
BLAKE R. WOLFE
Hexmate
ACADEMIA WIDDERSHINS:
LIBRO UNO

HEXMATE

Academia Widdershins
#1

Blake R. Wolfe

UwU Publishing



Copyright © 2025 UwU Publishing

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

Cover design by: UwU Publishing
Library of Congress Control Number: 2018675309
Printed in the United States of America

CAPÍTULO UNO: CADEN

—¿Qué quieres decir con que no eres mi madre?

Me quedé allí, con el corazón acelerado, mirando a la mujer que me había criado durante toda mi vida. Ella era mi mamá, siempre lo había sido. Entonces, ¿por qué me decía esto ahora, justo después de mi graduación de la preparatoria? Apenas ayer me había puesto la toga de graduación y había caminado con mis compañeros de clase fuera de la escuela, pensando que solo tenía un futuro brillante por delante. ¿Había hecho algo mal? ¿Mis calificaciones no eran lo suficientemente altas? ¿Me había odiado en secreto todo el tiempo y nunca lo supe?

—Tu padre me contrató para criarte —respondió con sencillez, como si no estuviera destrozando todo mi mundo con cada palabra que pronunciaba—. Y ahora que ya has sido criado, es hora de que lo conozcas.

—¿Conocerlo? —retrocedí, dando un paso atrás—. ¡Me dijiste que estaba muerto!

Las palabras quedaron suspendidas en el aire como un desafío, cargadas de verdades no dichas. Mi mente corría, tratando de unir los fragmentos de mi vida que ahora parecían una mentira. Ella —esta mujer que había sido mi madre, o eso creía— se dio la vuelta, con una expresión indescifrable. Quería gritar, exigir respuestas, pero mi voz se quedó atascada en mi garganta. ¿Qué mierda estaba pasando?

Antes de que pudiera reunir el valor para hablar, la habitación a mi alrededor comenzó a cambiar. Las paredes se volvieron borrosas, el suelo se inclinó y una sensación nauseabunda de ingravidez me atrapó. Tropecé, extendiendo la mano para agarrarme a algo, cualquier cosa que me sirviera de ancla. Pero no había nada.

Cuando el mundo dejó de girar, me encontré de pie en un gran salón tenuemente iluminado. Imponentes pilares de piedra se elevaban hacia un techo abovedado adornado con murales de criaturas que desafiaban cualquier explicación: alas, colmillos, ojos que brillaban como brasas. El aire estaba cargado con el aroma de libros antiguos y algo metálico, como sangre.

El miedo brotó dentro de mí, el pánico llenó mi pecho tan rápido que me resultó imposible respirar. Mis ojos se movían frenéticamente por la sala, buscando una salida, un rostro familiar, cualquier cosa que diera sentido a esta pesadilla. Pero todo lo que veía eran sombras que bailaban en las paredes de piedra y luz de velas parpadeantes que arrojaban un resplandor inquietante sobre todo.

—Bienvenido a casa, hijo —una voz profunda resonó por todo el salón.

Me di la vuelta, con el corazón latiéndome con fuerza, para enfrentar la fuente de la voz. Una figura alta e imponente emergió de la oscuridad, con un cigarrillo encendido que brillaba entre sus dedos. Cuando se adentró en la luz, jadeé. Sus rasgos eran inquietantemente familiares —la misma mandíbula afilada, los mismos ojos azules que veía cada vez que me miraba en el espejo. Pero había algo inhumano en él, algo que me ponía la piel de gallina.

—¿Quién eres? —logré decir con dificultad, aunque temía ya conocer la respuesta.

Sonrió, revelando dientes demasiado blancos que brillaban a la luz de las velas.

—Soy tu padre, Damien. Y esto —hizo un amplio gesto hacia el gran salón—, es donde realmente perteneces.

Negué con la cabeza, retrocediendo.

—No, esto no es real. Esto no puede estar pasando.

—Oh, pero está pasando —dijo, acercándose más—. Has alcanzado la edad adulta y ahora es tiempo de que demuestres tu valía.

Los ojos de Damien brillaban con una intensidad depredadora mientras avanzaba hacia mí. Todos mis instintos me gritaban que corriera, pero mis pies permanecieron clavados en el suelo.

—¿Demostrar mi valía? —repetí, con voz apenas audible—. ¿Qué quieres decir?

Se rio entre dientes, un sonido carente de cualquier calidez.

—Mi querido muchacho, vienes de un largo linaje de brujos poderosos. Pero el poder debe ganarse, no regalarse. Te enfrentarás a pruebas que pondrán a prueba tu temple, te llevarán al límite y revelarán tu verdadero potencial.

Mi mente daba vueltas. ¿Brujos? ¿Pruebas? Esto tenía que ser alguna broma elaborada o una pesadilla vívida. Pero la fría piedra bajo mis pies y el olor acre del humo en el aire se sentían demasiado reales.

—¿Y si me niego? —pregunté, tratando de reunir algo de desafío.

La sonrisa de Damien se volvió cruel.

—La negativa no es una opción. O demuestras que eres digno del apellido Cromwell, o serás desechado como basura. No tengo uso para la debilidad en mi linaje y no toleraré su continuación. Si me rechazas, yo rechazaré tu derecho a vivir. Simple y llanamente.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal ante sus palabras despiadadas. Este hombre —mi padre— era claramente peligroso y perturbado. Tenía que encontrar una manera de salir de aquí.

—Yo... no entiendo —balbuceé, tratando de ganar tiempo mientras mis ojos buscaban frenéticamente una ruta de escape—. ¿Qué tipo de pruebas? ¿Y a qué te refieres con brujos?

Damien dio una larga calada a su cigarrillo, cuya brasa brillaba con un púrpura antinatural en la tenue luz. Cuando exhaló, el humo formó extrañas figuras que parecían moverse con propósito antes de disiparse.

—Magia, chico. Poder real y puro que fluye por nuestras venas —dijo, con voz casi reverencial—. El tipo de poder que puede remodelar la realidad misma, el tipo por el que nuestra familia es conocida en todo el mundo. Pero debe ser perfeccionado, controlado. Las pruebas llevarán tus habilidades al límite.

Como para demostrarlo, chasqueó los dedos. Al instante, enredaderas retorcidas brotaron del suelo de piedra, enroscándose alrededor de mis piernas. Grité de sorpresa y miedo, tratando de alejarme, pero me sujetaron con fuerza, sus espinas atravesando mis vaqueros y clavándose en mi piel.

—¡Para! —grité—. ¡No tengo ningún poder! ¡Soy solo un chico normal!

Los ojos de Damien se estrecharon, su expresión oscureciéndose.

—No me mientas, muchacho. Te he estado observando. ¿Esas "coincidencias afortunadas" de plantas que crecen de manera antinatural de rápido en tu jardín? ¿La forma en que los animales parecen atraídos hacia ti? Eso es magia, cruda e indómita.

Me quedé paralizado, mi mente acelerada. Esos extraños acontecimientos que siempre había descartado como casualidades... ¿podrían realmente ser algo más? Pero antes de que pudiera procesar esta revelación, Damien continuó.

—Tu poder puede ser débil ahora, pero con el entrenamiento adecuado, podrías volverte formidable. Eso es, si sobrevives a las pruebas.

Las enredaderas se apretaron alrededor de mis piernas, y yo me estremecí de dolor.

—Por favor —supliqué—, no quiero esto. ¿No puedes simplemente dejarme ir?

La risa de Damien resonó por el salón, fría y sin alegría.

—¿Dejarte ir? Oh, Caden. Eres mi hijo, mi sangre. No tienes elección en este asunto.

Se acercó más, y pude oler el acre aroma del humo de su cigarrillo mezclado con algo más oscuro, más primario.

—La primera prueba comienza ahora. Libérate de esas enredaderas, o te aplastarán.

El pánico me invadió cuando las enredaderas se contrajeron aún más, sus espinas hundiéndose más profundamente en mi carne. Luché contra ellas, mis manos arañando desesperadamente los retorcidos zarcillos, pero sin éxito. Cuanto más luchaba, más fuerte parecían agarrarme.

—¡No puedo! —grité, con lágrimas de frustración y miedo brotando de mis ojos—. ¡No sé cómo!

El rostro de Damien permaneció impasible, sus fríos ojos azules taladrando los míos.

—Entonces morirás aquí, un fracaso y una decepción. ¿Es eso lo que quieres, muchacho?

Las enredaderas treparon más alto, envolviendo ahora mi cintura. Podía sentir cómo el aire era exprimido de mis pulmones. En desesperación, cerré los ojos, tratando de concentrarme en cualquier cosa menos en el dolor y el terror que me invadían. Pero por más que me concentraba, rezaba o suplicaba, no aflojaron su agarre.

—¡Por favor! ¡Te equivocas de persona! ¡No soy lo que crees que soy!

—Eres exactamente quien creo que eres —dijo Damien, su voz cortando a través de mi pánico—. Solo te falta la motivación adecuada.

Con un movimiento de su muñeca, una bola de fuego apareció en su palma. Las llamas danzaban de manera amenazante, proyectando sombras retorcidas sobre su rostro.

—Quizás un poco de calor te anime a acceder a tus habilidades.

El terror me invadió cuando acercó más la bola de fuego. Las enredaderas se apretaron aún más, y sentí que mi consciencia comenzaba a desvanecerse.

A medida que la bola de fuego se acercaba, el calor abrasaba mi piel. Un miedo primario surgió dentro de mí, y de repente sentí algo cambiar en mi interior. Una extraña sensación de hormigueo se extendió desde mi núcleo hasta la punta de mis dedos. Sin pensar, presioné mis manos contra las enredaderas y concentré todo mi miedo, desesperación y nueva energía en ellas.

Para mi asombro, las enredaderas comenzaron a marchitarse y desmoronarse bajo mi tacto. Aflojaron su agarre, cayendo en pedazos frágiles. Cuando el último zarcillo me soltó, me desplomé en el suelo, jadeando por aire.

Damien extinguió la bola de fuego, con una cruel sonrisa jugando en sus labios.

—Ahí está. Tu primer sabor de poder real.

Miré mis manos con incredulidad, todavía sintiendo la energía residual corriendo por mis venas.

—¿Qué... qué acaba de pasar?

—Has accedido a tus habilidades innatas —se burló Damien, luciendo más irritado que nunca, aunque hubiera sobrevivido a su embestida—. Magia verde, al parecer. El más débil de los poderes.

Todavía temblando, me esforcé por ponerme de pie.

—No quiero esto. Nunca pedí nada de esto.

La expresión de Damien se endureció.

—Lo que quieras es irrelevante —espetó, sus ojos destellando peligrosamente—. Eres un Cromwell, y aprenderás a dominar tus poderes, por patéticos que sean. Mantendrás la reputación de la familia, o serás eliminado.

Me estremecí ante sus duras palabras, todavía aturdido por lo que acababa de suceder. Mis piernas se sentían débiles, y mi piel ardía donde las espinas me habían perforado. La sangre empapaba mis vaqueros, y sentía que iba a desmayarme.

—Pero no entiendo. ¿Por qué ahora? ¿Por qué mantenerme en la oscuridad todos estos años?

Damien dio otra larga calada a su cigarrillo, mirándome con frío desdén.

—Tu madre —tu verdadera madre— era débil. Pero ni siquiera pudo sobrevivir al simple acto de dar a luz. Patética —escupió la palabra como si fuera veneno—. Te envié lejos, esperando que fueras tan débil como ella. Y parece que tenía razón.

Mi cabeza daba vueltas con esta nueva información.

—Entonces, ella está...

—Muerta —me interrumpió Damien—. Y esta familia está mejor por ello.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal por la forma casual en que hablaba de su muerte. ¿Qué clase de monstruo era este hombre?

—Ahora —dijo, dejando caer su cigarrillo frente a mí y aplastándolo contra el suelo con su brillante zapato de cuero—. Tienes dos pruebas más que completar.

Miré fijamente la colilla de cigarrillo humeante, mi mente acelerada. ¿Dos pruebas más? Apenas pude sobrevivir a la primera. Y este hombre —mi padre— parecía no tener ningún reparo en matarme si fracasaba.

—¿Cuáles son las otras pruebas? —pregunté, con voz temblorosa.

Los labios de Damien se curvaron en una sonrisa cruel.

—¿Ansioso, verdad? Muy bien. Tu próxima tarea es demostrar tu valía bajo la atenta mirada de tus compañeros.

—¿Mis... compañeros?

—Irás a la Academia Widdershins, y estudiarás —dijo, ya alejándose de mí—. Y al final de tus estudios, me demostrarás tu valía a mí y a la familia —Se detuvo, mirándome de nuevo con esos fríos ojos azules—. Y si no encuentro tu poder... satisfactorio... entonces serás expulsado de esta familia y de este mundo mortal.

Mi sangre se congeló cuando sus palabras calaron hondo. Si no lo impresionaba, iba a matarme.

—Diviértete en la escuela —dijo, saludando casualmente mientras se alejaba—. Y no vuelvas a oscurecer mi puerta hasta que valgas mi tiempo.

Me quedé allí temblando mientras Damien desaparecía entre las sombras. El gran salón de repente se sintió opresivo, cerrándose a mi alrededor. Mi mente corría, tratando de procesar todo lo que acababa de suceder. Brujos, magia, pruebas... era demasiado. Nada me resultaba familiar y el mundo que conocía hace solo un momento parecía perdido para siempre. ¿Cómo iba a poder regresar?

De repente, el aire centelló y un portal se materializó ante mí. A través de él, podía ver un extenso campus gótico bajo un cielo tormentoso. La Academia Widdershins, supuse.

—Atraviésalo —la voz de Damien resonó por la habitación, aunque no se le veía por ninguna parte—. O enfréntate al juicio ahora.

Con un suspiro y sin otra opción, hice lo que me ordenaron y atravesé el portal. El portal se cerró de golpe detrás de mí, dejándome de pie sobre la hierba húmeda. La lluvia golpeaba mi rostro mientras observaba mis alrededores. Me encontraba en un círculo de piedras con un camino que conducía hacia el campus. Frente a mí había una puerta de hierro forjado que se abrió. Sobre ella, en hierro negro ondulado, se leía "Academia Widdershins est. 1724".

Las lágrimas rodaban por mis mejillas mientras me abrazaba el torso. ¿Qué mierda me iba a pasar ahora?

CAPÍTULO DOS: CADEN

Dos años después

—La magia se ha vuelto demasiado escasa en estos días —dijo la profesora, caminando lentamente por la habitación con las manos entrelazadas tras la espalda—. La Academia Widdershins tiene solo veinticuatro estudiantes activos en su programa de magia para los cuatro años. Nuestra universidad hermana en Oregón tiene solo diecinueve. —Hizo una larga pausa, observando a cada uno de nosotros en la sala—. Eso significa que, en los Estados Unidos, hay menos de cincuenta brujos de vuestra edad. Para cuando os graduéis, habrá incluso menos.

—No es ningún secreto que la magia es peligrosa —continuó, paseando una vez más—. Las tasas de mortalidad entre los jóvenes brujos son extraordinariamente altas. Si no es debido a tontos accidentes, entonces es por falta de un entrenamiento adecuado. —Se detuvo frente a mí, mirándome con una intensidad que me hizo estremecer—. Si no aprendes a controlar el poder, te destruirá, te consumirá y te borrará de la existencia.

—El otro problema es el adelgazamiento de la sangre mágica. Ahora sé que es impopular decirlo, pero el adelgazamiento de la sangre mágica está llevando a su eliminación de la comunidad paranormal. Los brujos que se emparejan con otras criaturas o humanos se arriesgan a destruir su linaje mágico por completo.

Levanté la mano y ella se volvió hacia mí. No esperé a que me diera permiso. —Pero, ¿no es cierto también que los brujos y las criaturas mágicas han producido descendencia mucho más poderosa que cualquiera de los padres?

Su expresión se oscureció, pero su fría sonrisa permaneció en su lugar. —Es cierto. Sin embargo, su poder es caótico y poco fiable. A diferencia de *nosotros* —dijo enfáticamente, señalando a la clase—. Nuestro poder tiene una precisión científica que puede duplicarse una y otra vez. Un brujo y una dríada pueden producir un niño capaz de hacer crecer un bosque entero en una noche, pero incapaz de levitar una simple moneda con eficiencia. *Precisión* es lo que queremos, no caos.

—¡Pero ese tipo de caos lleva al descubrimiento! —le espeté—. Así es como encontramos nuestra magia en primer lugar...

—Si me disculpa, señor Cromwell —dijo, con no poca cantidad de veneno en su voz—. Me gustaría continuar con mi conferencia para esta sesión.

—Pero está omitiendo hechos importantes...

Ella dio una palmada, el sonido como un trueno retumbando por la habitación, amplificado por la magia que se arremolinaba entre sus dedos. —Te callarás o abandonarás mi aula. Y si no me equivoco, señor Cromwell, su padre no reaccionaría bien si lo expulsaran del programa de magia por el que pagó generosamente para que usted se uniera, a pesar de su evidente falta de... talento.

Las risitas estallaron a mi alrededor, y sentí que me invadía el ardor de la vergüenza. Incluso después de dos años de ser llamado débil y patético en este nuevo mundo, todavía me afectaba. Y lo peor era que no se equivocaban. Era patético y débil. Era mi mayor fama y la razón por la que todos en Widdershins me evitaban como la peste.

Hundiéndome en mi silla, intenté hacerme lo más pequeño posible. No escuché mucho más de lo que dijo la profesora mientras la clase continuaba. Hablar en clase no era algo que hiciera a menudo, de todos modos. Pero fuera lo que fuese lo que me había poseído para

cuestionar la conferencia de la profesora... eso tenía que parar. Para brujos como yo, con muy poco poder, mantener un perfil bajo era lo más inteligente que podía hacer.

Cuando la clase finalmente terminó, me apresuré a recoger mis libros, desesperado por escapar de la atmósfera asfixiante del aula. Justo cuando estaba a punto de escabullirme por la puerta, una mano agarró mi hombro, deteniéndome en seco.

—Señor Cromwell, una palabra —la voz gélida de la profesora Blackwood me provocó un escalofrío por la espalda.

Me volví de mala gana, encontrándome con su mirada acerada. —¿Sí, profesora?

Ella se inclinó, su voz apenas un susurro. —Sus... opiniones no son bienvenidas en mi aula. Haría bien en recordar su lugar aquí.

—Pero... —comencé a protestar, pero ella me interrumpió con un gesto brusco.

—Su padre puede haber comprado su entrada, pero eso no significa que pertenezca aquí. Demuestre que es útil, o podría encontrar su estancia en Widdershins recortada.

Con eso, giró sobre sus talones y se alejó, dejándome temblando a su paso. Salí tambaleándome al pasillo, con la mente dando vueltas. Mientras cruzaba el campus, los susurros y las miradas de mis compañeros me seguían como una nube de vergüenza.

Me encontré en el borde del bosque que bordeaba los terrenos de la academia. Los árboles antiguos se alzaban sobre mí, sus ramas nudosas extendiéndose como dedos torcidos. Dudé un momento, sabiendo que no debería aventurarme solo. Pero el bosque me llamaba, ofreciéndome consuelo de los crueles susurros y miradas sentenciosas.

Con un profundo respiro, pisé el camino musgoso y atravesé la barrera mágica que rodeaba la escuela. La barrera era invisible para los humanos y si uno la tocaba, de repente olvidaría por qué estaba en el bosque y daría la vuelta para regresar a casa. Por eso la

escuela, anidada en el corazón de los Montes Apalaches, nunca había sido encontrada. Mi única forma de volver a entrar era mi tarjeta de estudiante encantada que colgaba alrededor de mi cuello.

El bosque fuera de la escuela era donde me sentía más en casa, rodeado por la energía salvaje de la naturaleza. Mis propios y escasos poderes podían ser una broma para mis compañeros de clase, pero aquí entre los árboles y la tierra, podía sentirlos agitarse.

Vagué más profundamente, perdiendo la noción del tiempo mientras dejaba que la magia del bosque me inundara. Las hojas susurraban sobre mi cabeza con la brisa, sus colores comenzando a cambiar a medida que se acercaba el invierno. El suave crujido de las ramitas bajo mis pies y el susurro de criaturas invisibles significaba que estaba solo. Y así es exactamente como me gustaba.

Durante los últimos dos años, había pasado mucho tiempo en esos bosques, tratando desesperadamente de entender este nuevo mundo en el que me encontraba. Aún así, no estaba seguro de haber asimilado el hecho de que toda mi vida hasta los dieciocho años había sido una mentira. Mi madre no era mi madre real, sino una mujer contratada para criarme por un padre que me habían dicho que estaba muerto. No solo eso, sino que en el momento en que finalmente lo conocí, me amenazó con matarme si no demostraba ser digno de su nombre.

¿Trauma? ¿Quién es ella?

Mientras vagaba más profundamente en el bosque, mis pensamientos se desviaron a la noche en que llegué por primera vez a Widdershins. El recuerdo todavía me provocaba escalofríos...

Las puertas de hierro se habían abierto con un crujido, revelando una extensa y antigua universidad anidada entre las montañas mientras los relámpagos destellaban en lo alto. Un hombre vino a recibirme, afirmando que era el decano de la universidad. Sin embargo, también me informó que tenía órdenes estrictas de no hacer nada para ayudarme. Solo debía mostrarme mi habitación y

explicarme mi horario de clases que ya había sido elegido para mí y que comenzaría en el otoño.

Ese verano lo pasé solo, en un campus mayormente desierto, perdido en mis propios pensamientos. Recuerdo pasar día tras día en mi habitación, tratando desesperadamente de entender qué me había sucedido y cómo yo, Caden Cromwell, un chico perfectamente ordinario, podía posiblemente ser un brujo con poderes mágicos. Pero por mucho que me atormentaba, no llegaban respuestas. Y, gracias a las protecciones alrededor de la Academia Widdershins, mi teléfono tampoco funcionaba. Para todo el mundo que había conocido, simplemente había desaparecido un día. Y la parte más horrible de todo eso era que nadie venía a buscarme.

Así que esperé durante el verano, explorando los terrenos y la biblioteca, esperando que cuando los estudiantes finalmente llegaran, por fin ya no estaría solo. Y por un breve momento, cuando ese portal se iluminó una vez más, pensé que tenía razón. Pero en el instante en que los estudiantes descubrieron quién era yo y mi falta de poder, me abandonaron.

Un brujo sin poder no era mucho de brujo. Las familias mágicas, como había dicho mi profesora, eran raras, antiguas, poderosas y ricas. Todas esas cosas venían con un costo, generalmente en forma de favores de otros brujos. Y considerando que yo no era poderoso, y mi padre hablaba tan abiertamente sobre cuánto me despreciaba, el resto de mis compañeros mantenían su distancia.

Y es por eso que siempre estaba en el bosque, solo, sin nadie a quien responder. Pasaba mucho tiempo allí entre clases y aún más durante los veranos cuando me obligaban a vivir en el campus. Mi padre no me permitía entrar en ninguna de sus muchas propiedades extensas ya que todavía tenía que demostrar mi valía. Y aunque estudiaba y practicaba y leía todos los libros mágicos que podía conseguir... mi poder simplemente no mejoraba. De hecho, si las cosas no mejoraban pronto, corría un peligro muy real de ser expulsado de Widdershins debido a mi completa falta de talento.

Mientras caminaba más profundamente en el bosque, sentí un hormigueo familiar en las puntas de mis dedos. Este era el único lugar donde mis escasos poderes parecían responder. Me arrodillé, colocando mi palma contra la tierra húmeda. Cerrando los ojos, me concentré, deseando que brotara una pequeña plántula. Después de un momento de intensa concentración, sentí un leve aumento de energía. Abriendo los ojos, vi un delicado brote verde empujando a través del suelo.

Una pequeña sonrisa tiró de mis labios. No era mucho, pero era algo. Aquí afuera, lejos de las miradas críticas y los crueles susurros, podía pretender que no era un completo fracaso. Además, había algo en hacer crecer cosas verdes que se sentía... bueno, mágico. Padre llamaba a la magia verde el poder más débil, pero yo lo encontraba extrañamente hermoso. Era como crear vida.

El crujido de una ramita cerca me hizo levantar la cabeza bruscamente. Mi corazón se aceleró mientras escaneaba los árboles, de repente consciente de lo lejos que había vagado de los terrenos de la academia. El bosque podía ser peligroso, especialmente para alguien con tan poca habilidad mágica como yo. Y no había guardias ni profesores que me vigilaran.

—¿Quién está ahí? —llamé, tratando de mantener el temblor fuera de mi voz.

El silencio me respondió. Luego, una risa baja que envió hielo por mis venas.

—Vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí? —Una figura alta emergió de la oscuridad. Cuando entró en la luz, jadeé. Era la última persona que esperaba encontrarme ahí en el bosque.

—¿P-Padre? —tartamudeé, poniéndome de pie apresuradamente.

Los labios de Damien Cromwell se curvaron en una mueca mientras me miraba de arriba abajo. —Veo que sigues perdiendo el tiempo con estos... trucos de salón —dijo, señalando con desdén la diminuta plántula que acababa de animar a salir de la tierra.

Sentí que mis mejillas ardían de vergüenza e ira. —No es un truco —murmuré—. Es magia.

—¿Magia? —Soltó una risa áspera—. ¿A esto llamas magia? Esto es un juego de niños, Caden. Apenas digno de un Cromwell.

Apreté los puños, obligándome a no mostrar cuánto me dolían sus palabras. —¿Qué está haciendo aquí? —pregunté en cambio.

Dio un paso más cerca, alzándose sobre mí. A pesar de ser adulto, todavía me sentía pequeño en su presencia. —La Academia está teniendo una recaudación de fondos esta noche —gruñó—. Pensé en revisar mi inversión antes de ir. —Me miró de arriba abajo—. Y como de costumbre, me encuentro decepcionado con solo verte.

Tragué saliva, luchando contra el impulso de dar un paso atrás. —Estoy... estoy haciendo lo mejor que puedo —dije, odiando lo débil que sonaba mi voz.

—¿Lo mejor que puedes? —Damien se burló—. Tu mejor esfuerzo es patético. ¿Tienes idea de la vergüenza que traes a nuestro apellido? Los Cromwell han sido brujos poderosos durante generaciones, y ahora... —Me señaló con disgusto—. Ahora te tenemos a ti.

Sus palabras cortaron profundo, reabriendo viejas heridas. Quería discutir, defenderme, pero ¿qué podía decir? No se equivocaba. Era débil, mi magia apenas un destello en comparación con las rugientes llamas de poder que empuñaban mis compañeros de clase. Y comparado con mis otros trece hermanos y hermanas que nunca había conocido... yo era menos que nada.

—Lo siento —susurré, bajando la mirada al suelo del bosque.

—Lo siento no es suficiente —gruñó Damien. Extendió la mano repentinamente, agarrando mi barbilla y obligándome a mirarlo. Su toque era como hielo, enviando escalofríos por mi columna vertebral —. Te queda un año para impresionarme, Caden, o desconectaré todo esto. —Miró la plántula una vez más antes de aplastarla contra el suelo—. Claramente tienes demasiado tiempo libre para perder. Estás discutiendo con profesores y ahora estás aquí perdiendo el tiempo.

Claramente, la profesora Blackwood había informado a mi padre de lo que dije en el momento en que terminó la clase. Tendría que vigilarme de ahora en adelante. —Vine aquí a estudiar...

Su mano atravesó el aire, un resonante chasquido haciendo eco entre los árboles. Un dolor blanco y ardiente quemó mi mejilla mientras miraba al suelo, con el corazón acelerado.

—¡No me mientas! —ladró—. ¡Si estudiaras, ya valdrías algo ahora!

Me quedé allí, haciendo todo lo posible por no llorar. No le daría otra razón para despreciarme.

—Así que, a partir de mañana, conseguirás un trabajo en el campus en lugar de perder el tiempo. —Por fin me soltó, dando un paso atrás y enderezando su chaqueta—. Entonces al menos serás un poco menos una carga para mi riqueza.

—Los... los únicos trabajos son de tutoría —dije débilmente—. Y yo... yo no soy...

—¿Lo suficientemente bueno? —se burló—. Sorprendente. Pero estoy seguro de que hay muchos trabajos para los que incluso el personal de limpieza es demasiado talentoso. —Agitó una mano en el aire, abriendo un portal dorado brillante detrás de él—. Hablaré con el decano. Comenzarás mañana.

Sin siquiera mirar atrás, mi padre atravesó el portal. Se cerró de golpe detrás de él y me quedé en el bosque solo, mis hombros temblando mientras trataba sin éxito de contener mis sollozos.

A este ritmo, no estaba seguro de cuánto tiempo más me quedaba para vivir. Y aunque era hijo de Damien Cromwell, no tenía duda de que se desharía de mí mucho antes de poner en peligro la reputación familiar.

Deseaba más que nada poder hacer algo de magia real. O escapar. Pero ninguna de las dos cosas parecía posible, no cuando mi padre era uno de los brujos más poderosos y bien conectados de todo el país.

CAPÍTULO TRES: ATLAS

Con un gruñido, levanté a mi oponente en el aire, me eché hacia atrás y lo estrellé contra la colchoneta. Escuché cómo todo el aire abandonaba su cuerpo mientras jadeaba y arañaba, buscando recuperarlo. Pero yo tenía sus piernas sudorosas en mi agarre, y era demasiado grande para que pudiera quitarme de encima mientras presionaba sus hombros contra la colchoneta. El lobo dentro de mí palpitaba con poder, mi sangre Alfa ardiendo mientras escuchaba al árbitro comenzar a contar.

—¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! —gritó el árbitro en rápida sucesión—. ¡Caída!

Solté mi agarre y me puse de pie, con el pecho agitado mientras miraba a mi oponente derrotado. Sus ojos estaban abiertos, una mezcla de conmoción y asombro mientras me miraba. La multitud en el gimnasio de la academia estalló en vítores, mis compañeros de manada aullando su aprobación.

—Y el ganador es... ¡Atlas Faolan! —retumbó la voz del anunciador por los altavoces.

Ofrecí una mano para ayudar a mi oponente a levantarse, sintiendo el temblor en sus dedos cuando agarró los míos. El contacto envió una sacudida a través de mí, despertando algo primario. Nuestros ojos se encontraron y, por un momento, vi un destello de sumisión. No era algo fuera de lo común. Todos los hombres lobo se sometían a un Alfa eventualmente.

—Buen combate —gruñí, con voz ronca por el esfuerzo y la dominancia.

Asintió, manteniendo la cabeza baja.

—Eres realmente poderoso... —murmuró, lo suficientemente alto para que solo mi oído mejorado lo captara.

Cuando dejamos la colchoneta, el entrenador Harding me dio una palmada en la espalda.

—Bien hecho, Faolan. Te estás perfilando como uno de los Alfas más fuertes que hemos visto en la Academia Widdershins en años.

Sonreí, dejando mostrar un atisbo de colmillo.

—Gracias, entrenador. Solo hago lo que me sale natural.

Mientras me dirigía al vestuario, con el olor a sudor y adrenalina denso en el aire, no podía quitarme de encima la persistente sensación de victoria. Mi lobo seguía cerca de la superficie, exigiendo más: más dominación, más sumisión, más... todo.

Me quité la camiseta, los músculos flexionándose mientras la arrojaba a mi bolsa de gimnasio. El aire fresco golpeó mi piel sobrecalentada, e inhalé profundamente, tratando de centrarme. Fue entonces cuando lo capté: un olor que no pertenecía. Algo terroso y eléctrico, como el ozono después de un rayo.

Mi cabeza se levantó de golpe, las fosas nasales dilatándose mientras escaneaba el vestuario. La mayoría de mis compañeros todavía estaban fuera celebrando, pero allí, en la esquina más alejada, había una figura delgada que nunca había visto antes. Me estaba mirando con ojos verdes, grandes e inmóviles.

—No deberías estar aquí —gruñí, avanzando hacia él—. Esta zona es solo para atletas.

No se inmutó, no apartó la mirada. En cambio, levantó su barbilla desafiante, con una chispa de desafío en esos ojos esmeralda.

—Tengo todo el derecho a estar aquí —dijo, con voz baja y melódica —. También soy estudiante.

Inhalé bruscamente, captando más de su aroma. Era embriagador, diferente a cualquier cosa que hubiera encontrado antes. Mi lobo se

agitó, curioso y hambriento.

—No estás en ninguno de los equipos —dije, acortando la distancia entre nosotros. Me alcé sobre él, usando mi tamaño para intimidar —. ¿Qué estás haciendo realmente aquí?

Una sonrisa burlona jugaba en la comisura de sus labios.

—Observando. Estudiando. Ustedes los hombres lobo son criaturas fascinantes.

Mis ojos se estrecharon.

—Eres un brujo —gruñí, la realización golpeándome como un puñetazo en el estómago. Con razón su olor era tan extraño, tan seductor.

Asintió, sin miedo.

—Culpable de los cargos. Me llamo Rowan, por cierto.

Debería haber sentido repulsión. Los brujos y los hombres lobo no se mezclaban; era una de nuestras leyes más antiguas. Pero algo en él me atraía, me hacía querer acercarme más, respirar más de ese aroma embriagador. Mi lobo estaba inquieto, urgiéndome a reclamar, a marcar, a poseer.

—Atlas —gruñí, con la voz más áspera de lo que pretendía—. Y todavía no has respondido a mi pregunta. ¿Qué estás haciendo realmente aquí?

Los ojos de Rowan recorrieron mi pecho desnudo, luego volvieron a encontrarse con mi mirada. La chispa de desafío seguía allí, pero ahora estaba mezclada con algo más. Deseo.

—Ya te lo dije —dijo, dando un paso más cerca—. Estudiando. Hay mucho sobre los hombres lobo que no está en los libros. Como el olor que desprenden después de una pelea —inhaló profundamente, sus pupilas dilatándose—. Es... embriagador.

Mi mano salió disparada, agarrando su brazo. Pretendía apartarlo, afirmar mi dominio, pero en su lugar me encontré atrayéndolo más

cerca. Nuestros pechos casi se tocaban ahora, y podía sentir el calor que irradiaba su cuerpo.

—Estás jugando un juego peligroso, brujo —gruñí, con mi cara a centímetros de la suya—. ¿No sabes lo que les pasa a los de tu clase cuando se meten con lobos?

Los labios de Rowan se curvaron en una sonrisa.

—¿Por qué no me lo muestras, cachorro?

Estaba dividido entre el impulso de hacerlo pedazos y el de reclamarlo como mío. Mi cabeza daba vueltas, su aroma llevándome al borde de la locura. No podía pensar con claridad y todo estaba borroso. Inclinándome cerca, intenté decidir qué iba a hacer con él.

—¡Detente! —gritó una voz, sacándome momentáneamente de mi estupor.

Miré para ver a otra persona que nunca había visto antes, de pie al otro lado del vestuario. Era rubio, esbelto y tenía ojos azules penetrantes que casi parecían tomarme por sorpresa. Corrió, agarrando mi brazo y apartándome de Rowan.

—Te está hechizando —dijo, mirándome—. ¿No puedes olerlo?

—¿Por qué no te ocupas de tus propios asuntos, Cromwell? —gruñó Rowan, mirando con desprecio a este nuevo desconocido—. Estamos ocupados.

—Sí —gruñí—. ¿Quién coño eres tú?

Pero el nuevo desconocido no se detuvo. En cambio, hubo un pequeño destello de magia verde en sus ojos mientras escaneaba a Rowan. Se centró en el pecho de la chaqueta de Rowan. Su mano salió disparada, sacando algo verde y morado de dentro de la tela.

—¡¿Acónito?! —gritó el desconocido—. ¿Eres estúpido, Rowan? ¡Esto podría matarlo!

—Para mí parecía que lo estaba disfrutando —sonrió Rowan astutamente—. Parecía que estaba a punto de darme lo que quisiera.

—¡Lo estás drogando! ¡Eso podría hacer que te expulsaran! ¡Debería denunciarte por esto!

—Como si me importara una mierda. Es solo un perro estúpido, de todos modos.

Rowan levantó su mano y dobló sus dedos con un movimiento repentino. En un instante, la extraña planta se incendió en la mano del desconocido. Se redujo a cenizas en un instante.

—Ahí tienes —dijo Rowan con una sonrisa cruel—. Buena suerte haciendo que alguien te crea sin evidencia —me miró, guiñándome un ojo—. Nos vemos, cachorro.

Mientras Rowan se alejaba con arrogancia, la niebla en mi mente comenzó a despejarse. La rabia burbujeó dentro de mí, mi lobo arañando por ser liberado. ¿Cómo se atrevía ese brujo a intentar manipularme? Di un paso para seguirlo, listo para hacerlo pedazos, pero una mano suave en mi brazo me detuvo.

—No lo hagas —dijo suavemente el desconocido rubio—. No vale la pena.

Me volví para mirarlo, mi ira aún ardiendo.

—¿Y quién diablos eres tú?

Se estremeció ante mi tono, pero no retrocedió.

—Caden Cromwell. Soy... el nuevo conserje.

Inhalé profundamente, tratando de captar su aroma. También había algo diferente en él, pero no como Rowan. Era sutil, terroso, como tierra fresca después de la lluvia.

—Tú también eres un brujo —gruñí, entrecerrando los ojos.

Caden asintió, con un ligero rubor coloreando sus mejillas.

—Uno patético. Pero no soy nada como Rowan, te lo juro. Solo... No podía quedarme de brazos cruzados y ver cómo te manipulaba así.

Lo estudié por un momento, dividido entre la sospecha y la curiosidad. Sus ojos azules eran sinceros, carecían del brillo astuto

que había visto en los de Rowan. Había algo extrañamente... vulnerable en él.

—¿Por qué me ayudarías? —pregunté, con voz áspera—. Los brujos y los lobos no se llevan precisamente bien.

El rubor de Caden se intensificó.

—Yo... no encajo realmente con otros brujos. Y era simplemente incorrecto lo que estaba haciendo. Nadie debería ser manipulado así, sea hombre lobo o no.

Sentí que mi ira comenzaba a disminuir, reemplazada por una calidez desconocida. Este Caden no era como ningún brujo que hubiera encontrado antes. Mi lobo, todavía agitado por el engaño de Rowan, parecía calmarse en presencia de Caden.

—Bueno... gracias, supongo —murmuré, repentinamente consciente de mi estado de desnudez. Agarré una toalla, envolviéndola alrededor de mi cintura—. ¿Dijiste que eres el nuevo conserje?

Caden asintió, sus ojos apartándose de mi pecho desnudo.

—Sí, acabo de empezar esta semana. Es... asqueroso hasta ahora.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

Murmuró tan bajo que casi no lo escucho.

—Dinero...

Levanté una ceja.

—¿Dinero? ¿No son todos los brujos ricos?

El rostro de Caden decayó y apartó la mirada.

—No todos nosotros —dijo en voz baja—. Mi padre... no es exactamente comprensivo.

Algo en su tono hizo que mi pecho se tensara. Reconocí ese dolor, ese anhelo de aprobación. Era demasiado familiar. Mi propio padre nunca estaba satisfecho, sin importar cuánto me esforzara por llenar los zapatos que había creado para mí. Estar a la altura del título de

Alfa de la manada no era precisamente una tarea fácil, y él no lo hacía más sencillo.

—Mira —dije, suavizando mi voz—. Agradezco lo que hiciste. No muchos arriesgarían el cuello por un hombre lobo.

Los ojos de Caden se encontraron con los míos, una pequeña sonrisa tirando de sus labios.

—Como dije, era lo correcto.

Nos quedamos allí por un momento, un silencio incómodo extendiéndose entre nosotros. Me encontré estudiando sus rasgos: las pecas esparcidas por su nariz, la forma en que sus ojos azules parecían brillar con una luz interior. Era... bonito, de una manera que nunca había notado en un chico antes.

Sacudiéndome el pensamiento, aclaré mi garganta.

—Debería ir a las duchas. Probablemente tienes trabajo que hacer.

Caden asintió, dando un paso atrás.

—Cierto, por supuesto. Creo que volveré a lo mío.

Lo detuve, extendiendo mi mano.

—Me llamo Atlas Faolan —dije.

—Caden Cromwell —dijo automáticamente, tomando mi mano—. Ya... ya lo sabías.

—Sí, lo sabía —sonreí—. Y ahora sé cómo huele el acónito, así que puedo evitarlo gracias a ti.

Cuando nuestras manos se conectaron, sentí una descarga eléctrica recorrer mi brazo. Los ojos de Caden se ensancharon, y supe que él también lo había sentido. Por un momento, simplemente nos quedamos allí, con las manos unidas, mirándonos.

—Yo... debería irme —tartamudeó Caden, retirando su mano. Sus mejillas estaban sonrojadas, y parecía no poder mirarme a los ojos.

—Espera —dije, sorprendiéndome a mí mismo—. Tal vez podríamos tomar un café en algún momento. Ya sabes, para poder agradecerte

correctamente por salvarme el trasero.

Caden me miró, con sorpresa evidente en su rostro.

—¿Tú... quieres tomar un café conmigo? ¿Un brujo?

Me encogí de hombros, tratando de parecer tranquilo incluso mientras mi corazón aceleraba.

—¿Por qué no? No eres como los otros brujos que he conocido. Además, te debo una.

Una pequeña sonrisa jugó en las comisuras de la boca de Caden.

—De acuerdo —dijo suavemente—. Un café suena bien.

Fijamos una hora para el día siguiente, y mientras Caden salía del vestuario, no pude evitar verlo irse. Había algo en él que me intrigaba, que me atraía. Era un territorio peligroso, lo sabía. Un hombre lobo y un brujo: era algo inaudito, incluso prohibido. Pero mientras veía la figura de Caden alejarse, no podía negar la atracción que sentía hacia él.

Sacudí la cabeza, tratando de aclarar mis pensamientos. Necesitaba concentrarme. La luna llena se acercaba, y con ella, la reunión anual de la manada donde se esperaba que demostrara ser digno de convertirme en el próximo Alfa. No había espacio para distracciones, especialmente no en forma de un brujo tímido de ojos azules, y un hombre encima. Tendríamos suerte si incluso nos convertíamos en amigos.

Mientras entraba en la ducha, dejando que el agua caliente cayera sobre mis músculos, intenté apartar los pensamientos sobre Caden de mi mente. Pero su aroma persistía, terroso y eléctrico, imposible de ignorar. Mi lobo se agitaba inquieto, confundido por las emociones contradictorias.

Cerré los ojos, respiré hondo y dejé que el agua lavara el sudor y la suciedad del combate. Mañana, me dije a mí mismo. Mañana tomaría café con Caden, le agradecería adecuadamente, y luego dejaría atrás esta extraña atracción. Era lo único sensato. La única opción que tenía.

Pero mientras me secaba y me vestía, una pequeña parte de mí no podía evitar esperar ver esos ojos azules penetrantes de nuevo.

CAPÍTULO CUATRO: CADEN

—¿Qué tal tu primer día en prisión? —preguntó mi compañero de habitación en el momento en que crucé la puerta. Me miró de reojo, sus ojos verdes brillando en la penumbra, con una amplia sonrisa extendiéndose por su rostro—. ¿Los deportistas te dieron un remojón en el váter?

—No, Wild —suspiré—. No lo hicieron.

—Bueno, siempre hay una próxima vez —sonrió. Dejó su libro a un lado, volviéndose hacia mí, mientras los anillos dorados en sus orejas puntiagudas resplandecían—. ¿Fue horrible?

Caminé hacia mi cama, dejando caer mi mochila al suelo y desplomándome boca abajo. —Fue... oloroso.

Wild resopló, sus orejas puntiagudas moviéndose con diversión. —¿Oloroso? ¿Eso es todo lo que tienes para decir?

Enterré la cara en mi almohada, inhalando el aroma limpio del detergente. Era un respiro bienvenido de los penetrantes olores que habían asaltado mis fosas nasales durante todo el día. —No tienes ni idea —murmuré contra la tela—. Es como si alguien hubiera embotellado la esencia de deportista sudoroso y perro mojado, y luego lo hubiera rociado por todas partes.

—Mmm, suena delicioso —ronroneó Wild, y prácticamente podía escuchar la sonrisa traviesa en su voz—. Quizás debería conseguir

un trabajo allí también. Siempre estoy dispuesto a mirar a un montón de deportistas sudorosos.

Levanté la cabeza para mirarlo con severidad. —Ni se te ocurra. Necesito al menos un lugar donde pueda escapar de tu particular marca de caos.

Wild se agarró el pecho fingiendo sentirse ofendido. —Me hieres, cariño. Pensé que amabas mi caos.

—Como un agujero en la cabeza —repliqué, pero no pude evitar la pequeña sonrisa que se dibujó en mis labios. Wild tenía ese efecto en las personas: exasperante y entrañable a partes iguales. Era el único amigo que tenía en toda la Academia Widdershins. Estar con él, aunque a veces fuera irritante, se sentía como la parte más normal de mi vida.

Se deslizó de su cama con gracia felina, caminando para posarse en el borde de mi cama. Sus cortos rizos castaño claro cayeron hacia delante mientras se inclinaba cerca. —Vamos, cuéntame más. Quiero todos los jugosos detalles. ¿Viste a chicos guapos? ¿Alguna travesura sobrenatural secreta?

Puse los ojos en blanco pero me senté para enfrentarlo. —Es un gimnasio, Wild. No exactamente un semillero de romance.

—Los gimnasios pueden ser muy románticos —insistió con un guiño —. Todas esas hormonas, deseos prohibidos... las duchas abiertas...

—Has estado leyendo demasiadas novelas basura otra vez, ¿verdad?

Wild sonrió, sin avergonzarse. —Tal vez. Pero en serio, ¿no pasó nada interesante?

Dudé, recordando el extraño incidente en el vestuario. La forma en que Rowan, otro brujo, había intentado aprovecharse de uno de los hombres lobo usando acónito. Era el equivalente a poner drogas en las bebidas de un club, pero solo funcionaba en lobos. Todavía no podía entender qué había intentado hacerle Rowan a Atlas. Aunque, por la dirección que estaban tomando las cosas y la expresión en su rostro, supe que no era nada bueno. Claramente no le importaba a

quién lastimaba mientras consiguiera lo que quería. Típico brujo hambriento de poder.

Las orejas de Wild se irguieron, percibiendo mi vacilación. —¡Ooh, sí hay algo! ¡Suéltalo!

Suspiré, pasándome una mano por el pelo. —Es algo privado —dije, no estando seguro si Atlas querría que compartiera la historia por la escuela. Sin mencionar que Rowan tenía una familia poderosa y Wild no era bueno guardando secretos—. Pero digamos simplemente que evité que alguien fuera aprovechado.

Los ojos de Wild se abrieron con interés. —¿Oh? Cuéntame. ¿Quién fue la damisela en apuros que salvaste?

Dudé, dividido entre mi deseo de confiar en Wild y mi instinto de mantener privada la situación de Atlas. —Fue... uno de los hombres lobo —admití finalmente—. Un brujo estaba intentando usar acónito con él.

Wild soltó un silbido bajo. —Vaya, eso es retorcido. Menos mal que estabas allí para hacer de héroe. —Hizo una pausa, con una sonrisa astuta extendiéndose por su rostro—. ¿Al menos era guapo? El hombre lobo, quiero decir.

Sentí que el calor subía a mis mejillas. —Wild, ese no es el punto...

—Así que eso es un sí —interrumpió, luciendo positivamente alegre —. Vamos, dame detalles. ¿Alto? ¿Musculoso? ¿Taciturno?

Gemí, dejándome caer de nuevo en mi cama. —Bien. Sí, era... atractivo. Pero no importa. Los brujos y los hombres lobo no se mezclan, ya lo sabes. Y nadie quiere mezclarse conmigo.

Wild resopló. —Por favor. Las reglas están hechas para romperse, especialmente las estúpidas. —Se inclinó más cerca, con los ojos brillando—. Solo porque esta escuela esté financiada por un montón de brujos puristas imbéciles no significa que no puedas divertirte un poco. Yo no dejo que me detenga.

—Eres un fae —suspiré—. Ni uno solo de vosotros sigue las reglas.

—Eso es un estereotipo cruel —gruñó, cruzando los brazos sobre su pecho. Me miró de reojo, guiñándome un ojo—. Y uno que es completamente cierto.

No pude evitar reír ante las payasadas de Wild, liberando algo de la tensión del día de mis hombros. Pero cuando mi risa se desvaneció, la realidad de mi situación volvió a asentarse.

—De todos modos no importa —dije, con la voz más baja ahora—. Incluso si quisiera intentar algo, que no quiero, Atlas nunca se interesaría en alguien como yo.

Las cejas de Wild se dispararon hacia arriba. —¿Atlas? ¿Como Atlas Faolan? ¿El hijo del alfa?

Me estremecí, dándome cuenta de que se me había escapado el nombre. —Sí, es él. Pero no puedes decírselo a nadie, ¿vale?

—Tu secreto está a salvo conmigo. —Una lenta y malévola sonrisa se extendió por el rostro de Wild—. Pero cariño, te ha dado fuerte. Eso se ve a leguas. Y por todo un partidazo, además. —Se inclinó más cerca, bajando la voz a un susurro conspirativo—. He oído que lo tiene como un...

—¡Wild! —grité, empujándolo—. No quiero oír hablar de... eso.

Pero incluso mientras protestaba, no pude evitar que mi mente conjurara imágenes de Atlas: sus anchos hombros, la forma en que sus músculos ondulaban bajo su piel, esos intensos ojos dorados que parecían ver a través de mí. Y aunque todavía llevaba su malla de lucha alrededor de la cintura cuando lo vi... no dejaba mucho a la imaginación. Era innegablemente bien dotado.

Forcé esos pensamientos fuera de mi mente, sacudiendo la cabeza. —De todos modos, no importa. Nada puede pasar entre nosotros.

Los ojos de Wild brillaron traviesamente. —¿Ah, sí? ¿Y por qué es eso?

—Ya sabes por qué —suspiré—. Él es un hombre lobo, yo soy un brujo. Nuestras especies no se mezclan.

—Pfft, historia antigua —Wild agitó su mano con desdén—. Esto es el siglo veintiuno. Seguramente esos viejos prejuicios están desapareciendo ya.

Le di una mirada significativa. —¿Has conocido a los profesores de esta escuela? Preferirían quemarme en la hoguera antes que dejarme salir con un hombre lobo. La profesora Blackwood en particular.

—Kinky —Wild movió las cejas sugestivamente.

Gemí, enterrando la cara en mi almohada otra vez. —Eres imposible.

—Prefiero pensar en mí mismo como deliciosamente incorregible —respondió alegremente—. Pero en serio, no dejes que esas viejas brujas estiradas dicten tu vida amorosa. Si te gusta Atlas, ve por él.

—No es tan simple —murmuré contra la almohada.

—Podría serlo —insistió Wild—. Solo tienes que estar dispuesto a arriesgarte.

Levanté la cabeza para darle una mirada escéptica. —Un riesgo que podría hacer que me expulsen o algo peor. Mi padre también me mataría. Y además, ya sabes lo estricta que es la academia con las relaciones entre especies. Desde aquella pareja hace unos años, el brujo que tomó a un hombre lobo como su familiar y atacó a los otros estudiantes... ya no permiten ese tipo de vínculos.

Wild puso los ojos en blanco. —Por favor, la mitad del cuerpo estudiantil está enrollándose en secreto. ¿Crees que esos brujos de sangre pura no están teniendo líos con vampiros y faes a puerta cerrada? Créeme, lo sé.

Me incorporé, intrigado a pesar de mí mismo. —¿Cómo lo sabes?

Se tocó el costado de la nariz con una sonrisa astuta. —Sentidos de fae, cariño. Podemos oler la lujuria y los secretos a kilómetros. Este lugar está prácticamente goteando de ello.

Mordí mi labio, considerando sus palabras. La idea de intentar algo con Atlas era tentadora, pero los riesgos... —Incluso si eso es cierto,

Atlas es diferente. Es el hijo del Alfa. No hay forma de que arriesgue su posición por alguien como yo.

La expresión de Wild se suavizó. —No te menosprecies. Eres inteligente, poderoso y lindo como el infierno. Cualquier lobo tendría suerte de tenerte.

Entonces fue mi turno de reír. —¿Poderoso? ¿De quién diablos estás hablando? Soy el brujo más impotente de esta escuela, todos los profesores me desprecian, y mi propio padre me ha amenazado con matarme si no encuentro de repente magia que nunca he tenido y estoy a la altura del apellido familiar. —Hundí la cara en mi almohada —. Soy la última persona que alguien querría.

La expresión de Wild se volvió seria, algo raro para el típicamente despreocupado fae. Extendió la mano y apretó suavemente mi hombro. —Oye, nada de ese disparate autodespreciativo. Eres más fuerte de lo que crees. Y solo porque esos viejos profesores oxidados y tu idiota padre no puedan ver tu potencial no significa que no esté ahí.

Levanté la cabeza, mirándolo con escepticismo. —Solo dices eso para hacerme sentir mejor.

—¿Lo hago? —Wild arqueó una ceja—. Dime, ¿cuántos otros brujos conoces que habrían detenido ese ataque de acónito hoy?

Abrí la boca para discutir, y luego la cerré de nuevo. Tenía razón. La mayoría de los brujos ni siquiera habrían notado lo que estaba pasando, y mucho menos se habrían preocupado lo suficiente como para detenerlo. La mayoría de los brujos ignoraban las clases de herbolaria. No podían distinguir entre un tomate y una calabaza. Pero era una de mis materias favoritas.

—¿Ves? —Wild sonrió triunfalmente—. Tienes habilidades, cariño. Puede que no sean el tipo de magia llamativa que valora la academia, pero son valiosas, no obstante. Y fueron valiosas para Atlas.

Me senté lentamente, reflexionando sobre sus palabras. —Tal vez... pero eso sigue sin cambiar nada con Atlas. Incluso si estuviera

interesado, que no lo está, es demasiado peligroso.

Los ojos de Wild brillaron con picardía. —Peligroso, pamplinas —se burló Wild, agitando la mano con desdén—. Las mejores cosas de la vida son un poco peligrosas. Y por lo que he oído sobre Atlas, no es exactamente del tipo que se acobarda ante un desafío.

Sentí un aleteo en mi estómago al pensar en Atlas, recordando la intensa mirada en sus ojos dorados cuando intervine antes. Había habido algo allí, una chispa de... algo. Pero rápidamente aparté ese sentimiento.

—No importa —insistí, más para mí mismo que para Wild—. Nada puede pasar entre nosotros. Fin de la historia.

Wild abrió la boca, sin duda para seguir discutiendo, pero fue interrumpido por un fuerte golpe en nuestra puerta. Ambos nos quedamos paralizados, intercambiando miradas confusas. Era mucho después del toque de queda, ¿quién podría estar visitándonos a esta hora?

—Esconde los artículos de contrabando —susurró Wild teatralmente, metiendo dramáticamente algunos artículos cuestionables bajo su almohada.

Puse los ojos en blanco ante sus payasadas y me acerqué cautelosamente a la puerta. Cuando la abrí, mi respiración se quedó atrapada en mi garganta.

Allí, llenando todo el marco de la puerta con su imponente presencia, estaba Atlas Faolan. Su cabello oscuro estaba ligeramente húmedo, como si acabara de ducharse, y llevaba una camiseta negra ajustada que se adhería a su musculoso cuerpo. Sus ojos dorados se fijaron en los míos con una intensidad que hizo que mi corazón se acelerara.

—Siento molestarte —dijo Atlas, su voz profunda enviando un escalofrío por mi columna—. ¿Podemos hablar, Caden?

Me quedé allí, congelado por la sorpresa durante un momento hasta que la voz de Wild me devolvió a la realidad.

—Ooh, un caballero que te visita —me gritó—. ¿Necesitas un acompañante, Caden? Para preservar tu honor, por supuesto.

Sentí que mi cara se sonrojaba de vergüenza. —Cállate, Wild —siseé levantándome de la cama y corriendo hacia Atlas—. Um, claro. Vamos... vamos a dar un paseo.

Atlas asintió, retrocediendo para dejarme salir al pasillo. Mientras cerraba la puerta detrás de mí, capté un vistazo de la expresión alegre de Wild y supe que me esperaba un interrogatorio exhaustivo más tarde.

Caminamos en silencio por el pasillo vacío, nuestros pasos haciendo eco en las paredes de piedra. El aire se sentía espeso de tensión, y me encontré robando miradas a Atlas por el rabillo del ojo. Mi corazón latía con fuerza, y juraba que podía sentir el calor emanando de él. Nos detuvimos al final del pasillo, volviéndonos silenciosamente el uno hacia el otro.

—Siento molestarte. Es que... eh... olvidé que tengo un entrenamiento por la mañana mañana que no te mencioné —dijo, sus ojos dorados moviéndose entre los míos.

—Oh. —Respondí, tratando de no sonar decepcionado—. Podemos cancelar el café. No hay problema.

—¡No! —Su mano salió disparada, agarrando mi brazo. Miró hacia abajo, como si se hubiera sorprendido a sí mismo—. No quiero cancelar. Solo necesito retrasarlo, eso es todo.

—No tienes que hacer esto, Atlas. —No estaba seguro si estaba tratando de convencerlo a él o a mí mismo—. En serio. No me debes nada.

—Quiero tomar un café contigo —gruñó. Juré que podía ver su pelo erizarse aunque estuviera en forma humana—. Y te compraré el almuerzo. ¿Qué dices?

Miré hacia abajo donde sus dedos seguían envolviendo mi bíceps. Sus manos eran enormes y el punto de contacto entre nosotros no era más que electricidad haciendo que todo mi cuerpo se

estremeciera. Normalmente, solo era Wild dándome abrazos juguetones aquí y allá. Pero esto... había un verdadero calor detrás, algo a lo que estaba desesperadamente poco acostumbrado.

—S-si insistes —dije al fin, con la voz temblorosa—. Entonces sí. Está bien.

El agarre de Atlas en mi brazo se aflojó, pero no me soltó por completo. Su pulgar rozó ligeramente mi piel, enviando hormigueos por mi columna.

—Bien —dijo, con voz baja y ronca—. Encuéntrame en la cafetería del campus al mediodía. Te veré cuando termine con el entrenamiento.

Asentí, sin confiar en mí mismo para hablar. Los ojos de Atlas recorrieron mi rostro, deteniéndose en mis labios por un momento antes de retroceder, rompiendo el contacto.

—Debería irme —dijo, pasándose una mano por el pelo húmedo—. Pero Caden... gracias de nuevo por lo de antes. Te debo mucho más que solo café.

Antes de que pudiera responder, se dio la vuelta y caminó por el pasillo, su forma musculosa desapareciendo por la esquina. Me quedé allí un momento, con el corazón acelerado, tratando de procesar lo que acababa de pasar.

Cuando finalmente regresé a mi habitación, Wild estaba posado en el borde de su cama, prácticamente vibrando de emoción.

—¿Y bien? —exigió tan pronto como entré—. ¡Suéltalo! ¿Qué quería el alto, oscuro y peludo?

Me hundí en mi cama, todavía sintiéndome aturdido. —Él... me pidió almorzar con él en lugar de solo tomar un café.

—Sí —asintió Wild—. Eso es lo que pensaba.

Me giré hacia él, con una ceja levantada. —¿Qué pensamiento es ese?

Wild se levantó de su cama, se acercó a la mía y se inclinó cerca de mi cara, sus brillantes ojos verdes resplandeciendo.

—Ese hombre lobo —susurró, asintiendo hacia la puerta—. Quiere follarte.

Simplemente puse los ojos en blanco, empujándolo. —Vete a la cama, Wild. Déjame fuera de tus fantasías cachondas.

—Tengo razón —dijo fríamente, dejándose caer en su propio colchón una vez más y entrelazando los dedos detrás de su cabeza—. El peludito quiere darte caña. Y cuando descubras que tengo razón, espero una disculpa completa.

—Lo que sea.

Pero, mientras me daba la vuelta en mi cama para mirar la pared, mi corazón latía a mil por hora. Secretamente esperaba que Wild tuviera razón, aunque sabía que no era posible. Pero la realidad podía esperar hasta la mañana. Por ahora, podía escapar a mis sueños donde se me permitía ser lo que quisiera.

Cerrando los ojos, dejé que la oscuridad me tragara y soñé con brazos fuertes y ojos dorados.

CAPÍTULO CINCO: ATLAS

El entrenamiento fue agotador a pesar de nuestra competición de la noche anterior. El entrenador Harding nos exprimió a todos. No importaba si mis compañeros eran hombres lobo, fae, vampiros o bestias, todos tuvimos que soportar la misma sesión de entrenamiento tortuosa. Cuando terminamos, apenas ninguno podía moverse. Fue solo el pensamiento de almorzar con Caden lo que me despegó de la colchoneta y llevó mi trasero sudoroso a las duchas.

Para cuando terminé de ducharme, mis otros compañeros comenzaban a entrar y quitarse sus camisetas y pantalones sudados. Siendo un hombre lobo, eso significaba que la habitación estaba impregnada con el olor a testosterona, sudor y feromonas. Como muchos de los chicos del equipo, hacer que mi sangre bombee con un entrenamiento intenso me ponía bastante cachondo. A diferencia de la mayoría de ellos, mis sentidos de lobo significaban que podía oler todas y cada una de sus intenciones.

Hice todo lo posible por concentrarme en vestirme mientras todos los demás se desnudaban y se metían en las duchas. Antes de Caden, no hubiera pensado dos veces en ver a mis compañeros desnudos. Apenas lo habría notado. Pero ahora que me había encontrado atraído por otro hombre por primera vez en mi vida... estaba un poco nervioso.

—¿Has oído sobre el próximo anuncio del decano? —preguntó Silver, con su piel púrpura y cabello blanco reluciendo mientras se colocaba bajo la ducha. Era un elfo oscuro, una de las especies más raras que

se encontraban en la Academia Widdershins—. Es bastante jodidamente loco, ¿no?

—Digan lo que digan, no voy a renunciar a mi novia —respondió Zander. Era otro hombre lobo del equipo—. Ella chupa la polla como una campeona.

—Por supuesto que lo hace, es una vampira —replicó Silver—. No tiene que respirar. Lo cual suena genial excepto que a mí no me gustan los dientes.

—Sus colmillos son retráctiles —sonrió Zander—. Todavía no me ha mordido.

—Que tú sepas.

—¿Pero realmente lo dicen en serio? —preguntó Karrick, la bestia arrojando su toalla sobre el divisor—. Quiero decir... ¿cómo van a mantenernos a todos separados así? Todos vamos a la misma escuela.

—A nadie le importamos —se burló Silver, enjabonándose el pecho con rudeza—. Solo quieren que esas jodidas brujas estén en un pedestal más alto que el resto de nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que, para el próximo semestre, tendrán dormitorios solo para brujas y baños solo para brujas. Después, necesitarán su propia cafetería porque el resto somos demasiado sucios para estar cerca de ellas —suspiró descontento—. Se están comportando como un montón de humanos de mierda de hace cien años.

Intenté dejar de prestar atención a la conversación mientras terminaba de vestirme, pero las palabras de Silver me revolvieron el estómago. Las implicaciones para todos eran preocupantes. Y Caden era un brujo. ¿Sería obligado a estar en espacios solo para brujos y yo excluido de ellos? No parecía llevarse muy bien con los otros brujos ni encajar... así que no podía imaginar que estaría feliz por eso.

—Oye, ¿estás bien, tío? —retumbó la voz profunda de Karrick a mi lado—. Te ves un poco pálido.

Forcé una sonrisa. —Sí, solo estoy cansado del entrenamiento. El entrenador realmente nos exigió hoy.

Karrick asintió con simpatía. —Ni que lo digas. Voy a sentir esto durante días.

Rápidamente terminé de atarme los zapatos y agarré mi bolsa, ansioso por escapar de la charla del vestuario. Cuando me dirigía hacia la puerta, el entrenador Harding entró, su amplio cuerpo llenando el umbral.

—Escuchad, muchachos —ladró, silenciando la habitación—. Sé que hay muchos rumores sobre las nuevas políticas. Pero quiero dejar clara una cosa: en mi equipo, todos somos iguales. Brujo, hombre lobo, vampiro, no importa. Todos sois luchadores primero. Cualquiera que no pueda aceptar eso puede entregar su singlete ahora.

Algunos murmullos de acuerdo recorrieron la habitación. Los ojos del entrenador se posaron en mí.

—Faolan, una palabra.

Mi estómago se hundió mientras lo seguía al pasillo. ¿Había notado algo extraño en mi rendimiento? O peor, ¿de alguna manera se había enterado de lo de Caden y yo? Pero ¿cómo podría? No es como si se lo hubiera dicho a alguien y Caden definitivamente no lo haría. Pero ese tal Rowan... no estaba seguro de él.

—Parecías distraído hoy —dijo el entrenador, su voz áspera pero no desagradable—. ¿Está todo bien?

Tragué saliva. —Sí señor, solo estoy cansado por el combate de ayer.

Me estudió por un momento, luego asintió. —De acuerdo. Pero recuerda, si necesitas hablar, mi puerta siempre está abierta. Eres uno de nuestros mejores luchadores y te necesito en tu mejor forma.

Asentí, aliviado. —Gracias, entrenador. Lo aprecio.

Mientras el entrenador Harding se alejaba, solté un suspiro que no me había dado cuenta que estaba conteniendo. Me apresuré a salir del gimnasio, ansioso por encontrarme con Caden. El pensamiento de verlo hizo que mi corazón se acelerara de una manera que no tenía nada que ver con nuestro agotador entrenamiento.

Lo encontré esperando fuera del centro estudiantil, su cabello rubio resplandeciendo bajo la luz del sol. Se me cortó la respiración al verlo. Era una sensación tan extraña que me afectara tanto. Ni siquiera conocía al chico. Y honestamente, mi reacción era un poco aterradora. Pensé que lo estaba imaginando. Pero cuanto más lo veía, peor se ponía. Esos sentimientos tenían que detenerse.

—Hola —dije, acercándome a él con una sonrisa.

Caden levantó la mirada, sus ojos azules iluminándose cuando me vio. —Hola. ¿Cómo fue el entrenamiento?

—Brutal —admití—. El entrenador Harding estaba en raras condiciones hoy.

Caden hizo una mueca de simpatía. —Suena duro. No sé nada de lucha, pero considerando lo en forma que estás... supongo que probablemente sea un trabajo difícil.

Así que notó que estaba en buena forma, ¿eh? ¿Por qué el pensamiento de que me mirara iba directo a mi polla?

—¿Listo para comer algo? —preguntó, señalando con la cabeza hacia las puertas del centro estudiantil.

—Dios, sí —dije fervientemente. Mientras caminábamos hacia la entrada, debatí si mencionar lo que había escuchado en el vestuario. No quería preocupar a Caden innecesariamente, pero también sentía que tenía derecho a saberlo.

No hablamos mucho mientras recogíamos nuestra comida. Pero cuando nos instalamos en un rincón tranquilo de la cafetería con nuestras bandejas lejos de todos los demás, tomé aire

profundamente. —Bueno, um, hay algo que probablemente debería decirte.

Caden miró hacia arriba, con un tenedor lleno de ensalada a mitad de camino hacia su boca. —¿Oh? —Sus ojos azules se ensancharon ligeramente, un destello de aprensión cruzando su rostro.

Bajé la voz. —Escuché a algunos de los chicos hablando en el vestuario. Al parecer, el decano va a hacer un gran anuncio sobre... separar a los brujos del resto de nosotros. Algo relacionado con el baile de ex alumnos de anoche.

El tenedor de Caden repiqueteó en su plato. —¿Qué? ¿Por qué harían eso?

Me encogí de hombros impotente. —No sé todos los detalles. Pero parece que podrían estar creando espacios exclusivos para brujos: dormitorios, baños, tal vez incluso una cafetería separada.

El rostro de Caden se había puesto pálido. —Eso es... eso es una locura. No quiero estar separado del resto. Ya me siento bastante marginado —Se reclinó en su silla—. Apuesto a que el profesor Blackwood también está metido en esto. Dios, odio a los puristas.

La ira en su voz me sorprendió. Había clasificado a Caden como el tipo tranquilo y estudioso que dejaba que la gente lo pisoteara. Pero había fuego en él. Aunque, pensándolo bien, se había enfrentado a Rowan por mí, así que no debía ser tan tímido.

—No sé si realmente lo llevarán a cabo —me encogí de hombros, tomando un bocado de pollo de mi plato—. Pero el entrenador Harding también lo mencionó, así que es lo suficientemente real como para preocuparlo.

La frente de Caden se arrugó mientras movía la comida en su plato. Claramente estaba irritado. Me sentí mal por mencionarlo, pero no estaba seguro de qué más hablar con él. No sabía nada sobre el chico y con la dirección que estaba tomando la Academia Widdershins, tal vez nunca tendría la oportunidad. Aunque, probablemente eso fuera lo mejor considerando todos estos extraños sentimientos que no entendía.

—Entonces... eh... ¿qué tipo de magia estudias? —pregunté, cambiando de tema—. He oído que la mayoría de los brujos tienen una especialidad.

Caden se burló y cruzó los brazos. —Yo no. Soy el brujo sin poder, ¿recuerdas? Seguramente has oído hablar de mí.

—No... no conozco a muchos brujos —dije en voz baja, dándome cuenta de que había entrado en territorio peligroso. Claramente a Caden le molestaba hablar de su magia—. Ellos básicamente se mantienen apartados.

—Bueno, entonces déjame informarte para que no pierdas el tiempo intentando ser mi amigo —suspiró, mirándome—. Soy Caden Cromwell, hijo del famoso Damien Cromwell. Mi padre está donando mucho dinero a la escuela porque de otro modo no me habrían aceptado. Mi magia verde es débil, mi poder casi inexistente, y hay una posibilidad bastante decente de que mi padre simplemente me haga desaparecer si no lo impresiono antes de final de año.

—¿Desaparecer? —pregunté, levantando una ceja.

Caden asintió. —Permanentemente.

Hubo una repentina oleada de protección en mi pecho. Sentí el impulso de acercarme y agarrar a Caden, de abrazarlo y jurar que nadie, ni siquiera su padre, le haría daño de ninguna manera. No mientras yo estuviera cerca.

Reprimí esa sensación, sorprendido por lo fuerte que era. Luego tragué saliva, tratando de procesar las palabras de Caden. La idea de que su propio padre quisiera "hacerlo desaparecer" era escalofriante. Y, sin embargo, una parte de mí no estaba completamente sorprendida. El mundo mágico podía ser despiadado, especialmente entre la élite.

—Eso es... eso es terrible —logré decir, con voz baja.

Se encogió de hombros, pero pude ver la tensión en sus hombros. —Está bien. Estoy acostumbrado.

—No está bien —insistí, sorprendiéndome a mí mismo por la intensidad en mi voz—. Nadie debería tener que vivir con ese tipo de presión. Especialmente no de su propia familia.

Caden me miró, sus ojos azules abiertos de sorpresa. Por un momento, pensé que vi un destello de vulnerabilidad allí, pero rápidamente fue enmascarado.

—Gracias —dijo suavemente—. Pero ¿tú no lidias con lo mismo? Eres hijo de un líder de manada Alfa. Seguro que también tienes grandes zapatos que llenar.

—¿Cómo sabes eso de mí?

—Mi compañero de cuarto —suspiró Caden—. Wild. Es un fae. Al parecer, sabe mucho sobre la gente.

Me moví incómodamente en mi asiento. La idea de que alguien conociera detalles personales sobre mí sin mi conocimiento era inquietante. —Bueno, tiene razón. Pero es diferente. Mi manada... son familia. Incluso si no cumplo con las expectativas, ellos no... — me detuve, sin querer decir las palabras "me harán desaparecer".

Caden asintió, con una sonrisa triste en su rostro. —Debe ser agradable.

Comimos en silencio por unos momentos, el peso de nuestra conversación flotando entre nosotros. No podía dejar de pensar en lo que Caden había revelado. Cuanto más aprendía sobre él, más quería protegerlo, escudarlo de la crueldad de su propia familia, aunque no era mi lugar hacerlo.

Todo lo que habíamos hecho fue almorzar juntos y los sentimientos que tenía hacia Caden estaban fuera de control. Así que, mientras comía, traté de pensar en maneras de hacer mi salida. Con la dirección que estaba tomando la escuela y la familia claramente jodida de Caden, existía una buena posibilidad de que incluso ser amigos pudiera ser peligroso. Sin mencionar que esta creciente atracción en la boca de mi estómago ponía en peligro todo mi futuro. Necesitaba cortar las cosas limpiamente sin herir sus sentimientos.

—Bueno —dijo Caden, levantándose de su silla—. Ya almorzaste conmigo. Tu deuda está pagada.

—Yo... ¿Qué? —pregunté, confundido por su repentina proclamación.

—Está bien —sonrió tristemente—. Sé que solo hiciste esto para ser amable. Pero no me debes nada y sé que no quieres ser mi amigo. Nadie lo quiere. Y por una buena razón —Recogió su bandeja, los cubiertos repiqueteando sobre la superficie metálica—. Fue un placer conocerte, Atlas. Y mantente fuera de problemas, ¿vale?

—Espera —dije, poniéndome de pie abruptamente. Mi silla raspó ruidosamente contra el suelo, atrayendo algunas miradas curiosas—. Eso no es... Yo no...

Caden se detuvo, sus ojos azules encontrándose con los míos con una mezcla de confusión y esperanza cautelosa. Tragué saliva, repentinamente inseguro de qué decir. Había planeado terminar las cosas, protegernos a ambos de las complicaciones que nuestra amistad podría traer. Pero viendo la resignación en sus ojos, la silenciosa aceptación de la soledad, algo en mi pecho dolía.

—Mira —dije, bajando la voz y acercándome a él—. No soy bueno en todo esto de... ser amigo. Pero no estoy aquí solo porque me sintiera obligado. Quería almorzar contigo.

Las cejas de Caden se elevaron ligeramente. —¿En serio?

Asentí, sorprendido de descubrir que lo decía en serio. —Sí. Y me gustaría seguir quedando, si tú quieres. A la mierda lo que piensen los demás.

Una pequeña sonrisa tiró de las comisuras de la boca de Caden. —¿Incluso si intentan separarnos?

—Especialmente entonces —dije, sintiendo una oleada de desafío—. Somos los estudiantes aquí y necesitamos mantener nuestra posición. A la mierda lo que piensen esos viejos.

Los ojos de Caden se ensancharon ante mis palabras, una mezcla de sorpresa y admiración destelló en su rostro. —Vaya, no esperaba eso de ti. Parecías tan... apegado a las reglas.

Me encogí de hombros, sintiéndome un poco avergonzado. —Sí, bueno, a veces hay que desafiar las reglas. Especialmente cuando son injustas.

Caden volvió a dejar su bandeja en la mesa, su lenguaje corporal relajándose ligeramente. —Entonces... ¿realmente quieres ser amigos? ¿Incluso con todo lo que está pasando?

—Sí —dije, sorprendiéndome a mí mismo con cuánto lo decía en serio—. Quiero.

Una sonrisa genuina se extendió por el rostro de Caden, iluminando sus ojos azules de una manera que hizo que mi corazón se saltara un latido. —Está bien entonces. Amigos.

CAPÍTULO SEIS: CADEN

Atlas Faolan era mi amigo. Apenas podía creerlo. Por supuesto, sabía lo patéticamente triste que sonaba eso, pero no dejaba de ser cierto. Ahora, después de dos años en la Academia Widdershins, había logrado hacer un total de dos amigos.

Prácticamente era popular.

No pude evitar reírme de mi propia y triste broma. Aun así, estaba feliz. Wild era una gran compañía y un gran compañero de habitación, pero era agradable conocer a alguien más de un entorno diferente. Y tan increíblemente guapo.

Intenté no dejar que mi mente divagara demasiado por ese camino. Atlas era inalcanzable, y no solo porque estuviera fuera de mi liga. Brujos y hombres lobo no se mezclaban, todo el mundo lo sabía. Era prácticamente una ley. Y con el anuncio inminente del decano, estaba a punto de convertirse en ley al menos en la academia.

Pero mientras lo observaba desde el otro lado de la cafetería, riendo con sus compañeros de lucha, no podía evitar sentir una atracción hacia él. Sus ojos dorados brillaban mientras echaba la cabeza hacia atrás, su cuerpo musculoso sacudiéndose de risa. Me encontré preguntándome cómo sería pasar mis dedos por su cabello oscuro, trazar los contornos de sus anchos hombros.

Sacudí la cabeza, tratando de aclarar mis pensamientos. Este era un territorio peligroso. Atlas podría ser mi amigo ahora, pero eso era todo lo que podía ser. Tenía que recordarlo.

Justo entonces, como si sintiera mi mirada, Atlas levantó la vista y me pilló observándolo. Me dedicó una sonrisa que hizo que mi corazón se saltara un latido, y luego me hizo un gesto para que me uniera a él y sus amigos. Dudé por un momento, sabiendo que estaría entrando en la guarida del lobo, literalmente. Pero algo en la expresión de Atlas me hizo reunir mi valor y levantarme, con mi bandeja en mano.

Sin embargo, solo logré dar un paso o dos antes de que un trío de mis compañeros de clase se interpusiera en mi camino. Todos eran brujos y su líder, por supuesto, era Rowan. Y a juzgar por su sonrisa cruel, supe que todavía estaba enfadado conmigo por interponerme entre él y Atlas aquella noche que intentó drogarlo. Rowan no era del tipo que dejaba pasar las cosas fácilmente. Era bien conocido por su ira. Y considerando que su familia era casi tan poderosa como la mía, no tenía dudas de que casi siempre se salía con la suya.

—Vaya, vaya, vaya —dijo Rowan con desdén, sus ojos brillando con malicia—. Si no es más que el pequeño brujo que cree que puede jugar con los grandes lobos malvados.

Intenté esquivarlo, pero sus secuaces se movieron para bloquear mi camino. Mi corazón se aceleró, pero mantuve mi rostro neutral.

—No quiero problemas, Rowan.

—Oh, pero los problemas te quieren a ti —se burló, inclinándose cerca. El olor acre de su magia hizo que arrugara la nariz—. Cometiste un gran error al interponerte en mi camino, Cromwell. Y ahora vas a pagarlo.

Sentí los primeros zarcillos de su magia extendiéndose, sondeando debilidades en mis defensas. Pero antes de que pudiera reaccionar, un gruñido bajo reverberó por toda la cafetería. El sonido me erizó la piel, y no enteramente por miedo.

—¿Hay algún problema aquí? —la voz profunda de Atlas surgió detrás de mí, y sentí el calor de su cuerpo cuando se acercó, casi de manera protectora.

Los ojos de Rowan se ensancharon ligeramente, pero rápidamente enmascaró su sorpresa con una mueca de desprecio.

—Nada que te concierna, perro. Esto es asunto de brujos. Vuelve a tu jaula.

El gruñido de Atlas se intensificó, retumbando en su pecho. Podía sentir la vibración contra mi espalda, y me provocó un escalofrío a pesar de la tensa situación.

—Caden es mi amigo —dijo Atlas, con voz baja y peligrosa—. Eso lo convierte en asunto mío.

Sentí que un calor se extendía por mi cuerpo ante sus palabras, pero intenté mantener mi rostro impasible. Los ojos de Rowan se entrecerraron mientras miraba entre Atlas y yo, con un brillo calculador en su mirada.

—Oh, ya veo —dijo Rowan, sus labios curvándose en una sonrisa cruel—. El pequeño brujo ha encontrado un perro guardián. Qué... pintoresco.

Atlas dio un paso adelante, su enorme figura irguiéndose sobre Rowan. El aire a nuestro alrededor parecía crepitar con tensión, y podía sentir a otros estudiantes observando el enfrentamiento.

—Aléjate, Rowan —advirtió Atlas—. Antes de que te haga arrepentirte de haber puesto los ojos en Caden.

Por un momento, pensé que Rowan podría realmente retroceder. Pero entonces su mano salió disparada, agarrando mi muñeca. Sentí una descarga de su magia eléctrica, aguda y dolorosa, atravesándome.

Jadeé, mis rodillas cediendo mientras la magia de Rowan me quemaba por dentro. Pero antes de que pudiera caer, el brazo de Atlas rodeó mi cintura, sosteniéndome. Su contacto envió un tipo diferente de descarga a través de mi cuerpo, una corriente cálida que parecía empujar contra la magia malévola de Rowan. ¿Cómo era eso posible?

—Gran error —gruñó Atlas, su voz más profunda y gutural de lo que nunca la había escuchado.

En un borrón de movimiento, la mano libre de Atlas salió disparada, agarrando la muñeca de Rowan y torciéndola lejos de mí. Rowan gritó de dolor y sorpresa, su magia disipándose mientras su concentración se rompía. La cafetería quedó en silencio, todos los ojos puestos en nosotros.

—¿Te atreves a tocarme, sucio mestizo? —escupió Rowan, tratando de liberar su brazo. Pero el agarre de Atlas era como hierro.

—Me atrevo a mucho más que eso —gruñó Atlas, sus ojos dorados destellando peligrosamente. Podía sentir la tensión en su cuerpo, la rabia apenas contenida. Se estaba conteniendo, me di cuenta, luchando contra su instinto de transformarse y destrozar a Rowan.

—Atlas —murmuré, poniendo una mano en su brazo—. Está bien. Déjalo ir.

El agarre de Atlas se apretó por un momento, y pude ver la lucha interna reflejándose en su rostro. Su mandíbula se tensó, los músculos ondulando bajo su piel mientras luchaba por controlar su ira. Por un segundo que detuvo mi corazón, pensé que podría atacar a Rowan allí mismo en la cafetería.

Pero luego, lentamente, soltó la muñeca de Rowan. El brujo retrocedió tambaleándose, frotándose el brazo y mirándonos con odio a ambos.

—Esto no ha terminado —siseó Rowan, sus ojos pasando rápidamente entre Atlas y yo—. No puedes protegerlo para siempre, lobo. Y tú —volvió su mirada venenosa hacia mí—, te arrepentirás de haberme desafiado, Cromwell. Tu papito no está aquí para salvarte ahora.

Con eso, giró sobre sus talones y salió furioso de la cafetería, con sus secuaces corriendo tras él como ratas abandonando un barco que se hunde. La tensión en el aire se disipó lentamente mientras las conversaciones se reanudaban, aunque todavía podía sentir miradas curiosas sobre nosotros.

El brazo de Atlas seguía alrededor de mi cintura, su contacto tan reconfortante como electrizante.

—¿Estás bien? —preguntó, esos ojos dorados de Alfa recorriéndome de arriba a abajo.

—Estoy bien —asentí, sacudiéndome los últimos rastros de la sensación de hormigueo que la magia de Rowan había dejado en mi cuerpo.

—Siento haberte metido en esto...

—No fuiste tú —suspiré—. Yo fui quien se interpuso entre ustedes dos, ¿recuerdas? Además, Rowan la tiene tomada conmigo desde el día que pisé este campus. Al parecer, nuestras familias tienen una rivalidad tácita de la que no sé nada.

El brazo de Atlas se tensó a mi alrededor por un momento antes de soltarme a regañadientes. Inmediatamente eché de menos su calor.

—Eso no lo hace aceptable —gruñó, sus ojos aún centelleando de ira —. No tenía derecho a tocarte así.

Me encogí de hombros, tratando de restarle importancia al incidente.

—Así son las cosas aquí. A los brujos les gusta hacer alarde de su poder.

La expresión de Atlas se oscureció.

—Ya no. No contigo.

Sus palabras me provocaron una emoción intensa, pero la contuve. No podía permitirme albergar esperanzas por algo que nunca podría ser.

—Atlas, no puedes... nosotros no podemos... —luché por encontrar las palabras adecuadas—. Sabes que los brujos y los hombres lobo no se mezclan. Es demasiado peligroso.

Él se acercó más, su aroma envolviéndome: pino, tierra y algo salvaje que aceleró mi corazón.

—No me importan las reglas, Caden. Nosotros somos...

—¿Somos qué? —pregunté, inclinándome más cerca.

—Somos amigos —dijo finalmente, sacudiendo la cabeza—. Y los amigos se cuidan entre sí. ¿Verdad?

Tragué saliva con dificultad, incapaz de apartar la mirada de su intensa mirada. Sentí algo mientras sus ojos escrutaban los míos. La atracción hacia él era innegable, como la gravedad. Pero conocía las consecuencias de ceder ante esa atracción, que podrían ser catastróficas.

—Cierto —logré decir, con voz apenas por encima de un susurro—. Amigos.

Atlas sostuvo mi mirada un momento más, algo tácito pasando entre nosotros. Luego se aclaró la garganta y dio un paso atrás, rompiendo el hechizo.

—Vamos —dijo, señalando hacia su mesa—. Puedes sentarte con nosotros. Nadie te molestará allí.

Dudé, mirando al grupo de luchadores que nos observaban con curiosidad.

—¿Estás seguro? No quiero causar problemas.

Los labios de Atlas se curvaron en una sonrisa.

—Confía en mí, Caden. Tú no eres quien está causando problemas aquí.

Con un suspiro profundo, asentí y lo seguí hasta la mesa. Los compañeros de Atlas nos hicieron espacio, algunos mirándome con cautela, otros con curiosidad abierta. Podía sentir sus ojos sobre mí mientras me sentaba, híper consciente de la sólida presencia de Atlas a mi lado.

—Chicos, este es Caden —me presentó Atlas, su tono no dejaba lugar a discusión—. Ahora está con nosotros.

Hubo un momento de silencio, y me preparé para el rechazo. Pero entonces uno de los luchadores —un corpulento elfo oscuro de piel púrpura— extendió su mano.

—Encantado de conocerte, Caden. Soy Silver.

Le estreché la mano, el alivio inundándome.

—Gracias, igualmente.

Roto el hielo, los otros luchadores también se presentaron. Aunque algunos todavía parecían cautelosos, fueron lo suficientemente educados. Podía sentir a Atlas relajándose a mi lado mientras la conversación se reanudaba, aunque se mantuvo cerca, con su muslo presionando contra el mío debajo de la mesa.

Mientras picoteaba mi comida e intentaba seguir la discusión sobre próximos combates, no podía dejar de maravillarme por lo surrealista que se sentía todo. Yo, un brujo, sentado en una mesa llena de cambiaformas. Y no cualquier cambiaformas: estos eran algunos de los chicos más fuertes de la escuela, y los más populares.

Atlas se inclinó cerca, su aliento haciéndome cosquillas en el oído.

—¿Estás bien? —murmuró.

Asentí, reprimiendo un escalofrío por su proximidad.

—Sí, solo... procesando.

Él se rio suavemente.

—Sé que es mucho. Pero lo estás haciendo genial.

Sonreí nerviosamente, tratando de ignorar las mariposas en mi estómago ante el elogio de Atlas. Mientras miraba alrededor de la mesa, noté algunas miradas curiosas de sus compañeros. Uno de ellos, un pelirrojo fornido con pecas, se inclinó hacia adelante con una sonrisa traviesa.

—Así que, Caden —dijo, su voz con un toque de desafío—. ¿Qué hace un brujo como tú pasando el rato con monstruos como nosotros?

Sentí que Atlas se tensaba a mi lado, pero antes de que pudiera intervenir, enderecé los hombros y miré directamente al pelirrojo.

—Solo ampliando mis horizontes —respondí, tratando de mantener mi voz firme—. ¿A menos que eso sea un problema?

La sonrisa del pelirrojo se ensanchó.

—En absoluto. De hecho, creo que ya era hora de que tuviéramos sangre nueva por aquí. Podría mantener las cosas interesantes.

Atlas se relajó ligeramente, pero todavía podía sentir la energía protectora que irradiaba.

—Caden no está aquí para tu entretenimiento, Ryder —gruñó, con advertencia en su tono.

Ryder levantó las manos en rendición fingida.

—Tranquilo, Alfa. Solo estoy conversando.

La tensión en la mesa disminuyó cuando Ryder cedió, pero todavía podía sentir la energía protectora de Atlas irradiando a mi lado. Apreciaba su defensa, pero también sabía que necesitaba mantenerme firme si iba a sobrevivir en este nuevo círculo social.

—Entonces, Ryder —dije, inclinándome ligeramente hacia adelante —, ya que estás tan interesado en mantener las cosas entretenidas, ¿por qué no me cuentas sobre el combate más interesante que hayas tenido? He oído que el equipo de lucha de aquí es bastante intenso. O al menos, conozco su olor en los vestuarios.

Los demás se rieron, pero los ojos de Ryder se iluminaron con la pregunta, y se lanzó a contar una historia sobre un combate particularmente agotador contra el equipo de una escuela rival. Mientras hablaba, podía sentir a Atlas relajarse a mi lado, con su muslo aún presionado cálidamente contra el mío debajo de la mesa. Sabía que debería alejarme, pero no podía obligarme a moverme. El contacto entre nosotros se sentía demasiado bien, como pequeños fuegos artificiales irradiando por mi cuerpo.

La conversación fluyó más fácilmente después de eso, con los otros luchadores aportando sus propias historias y bromas. Me encontré riendo con ellos, sorprendido de lo cómodo que me sentía entre

ellos. Era tan diferente de la cortesía calculada y la tensión subyacente a la que estaba acostumbrado con otros brujos.

A medida que el almuerzo llegaba a su fin, Atlas se acercó nuevamente.

—Tenemos un grupo de estudio más tarde en la biblioteca. ¿Quieres unirte?

Dudé, dividido entre querer pasar más tiempo con él y saber que no solo tenía trabajo que hacer, sino también un trabajo al que asistir.

—No puedo —suspiré—. Lo siento. Tengo demasiadas cosas que hacer, y tengo trabajo esta noche.

—¿Te gusta trabajar para el gimnasio de la escuela? —preguntó Atlas, levantando una ceja—. Creo que el olor solo me mataría.

—Es asqueroso —asentí—. Pero tengo que hacerlo. Mi padre exige que pague parte de mi matrícula porque dice que tengo demasiado tiempo libre.

—¿Lo tienes?

Negué con la cabeza.

—¿Este almuerzo contigo? Ese fue todo el tiempo libre que tuve hoy. Y tengo un gran informe sobre runas mágicas para mañana, así que tendré suerte si duermo esta noche.

Me miró, sus hombros cayendo.

—Siento haber ocupado todo tu tiempo...

Por alguna razón, extendí la mano y la coloqué en su grueso hombro.

—Está bien —sonreí—. Me divertí. Y tus amigos son agradables. Mucho más agradables de lo que esperaba.

—Son buenos chicos. Bruscos, pero buenos. —Se inclinó un poco más cerca, sus labios casi contra mi oreja, enviando un escalofrío por mi cuerpo—. Y hablaba en serio con lo que dije. Ahora eres uno

de nosotros. Así que, si alguien se mete contigo... solo házmelo saber, ¿de acuerdo? Te protegeré.

Mientras me reclinaba y miraba hacia esos suaves ojos dorados suyos, supe que estaba diciendo la verdad.

—D-De acuerdo —tartamudeé, mi corazón latiendo a un millón de kilómetros por hora—. Lo haré.

—Bien —asintió, dándome una palmadita en el muslo—. Ve a trabajar en tu informe y te buscaré mañana.

Me levanté, con el corazón aún acelerado.

—Está bien. Adiós. —Caminé tal vez cinco pasos antes de detenerme y mirar hacia atrás—. Y gracias de nuevo, Atlas.

—No hay problema, colega.

Aunque era un apodo terriblemente común y probablemente no significaba absolutamente nada, igual envió una emoción a través de mi pecho. Mientras me dirigía a los dormitorios para comenzar mi trabajo, creo que mis pies no tocaron el suelo en todo el camino.

CAPÍTULO SIETE: ATLAS

—Existen varios tipos de vínculos que los cambiaformas pueden formar durante sus vidas —explicó el profesor, pasando las diapositivas proyectadas en una gran pantalla al frente del aula—. El más común es el vínculo entre un Alfa y su manada. Aunque la mayoría cree que esto es específico de los hombres lobo, no es así. Muchos otros cambiaformas, incluidos Bestias y Orcos, pueden desarrollar tal vínculo. Un vínculo similar ocurre entre Vampiros y Fae con sus líderes, aunque ellos no utilizan la terminología Alfa.

Mi cuaderno estaba abierto frente a mí, con el bolígrafo abandonado. Todo esto era información bastante básica, cosas que mi padre me había enseñado mientras crecía. Como yo era el siguiente en la línea para hacerme cargo de la manada, tenía que saber esas cosas.

—El segundo vínculo más común es el vínculo de pareja —continuó.

Mis orejas se aguzaron. Por supuesto, mi padre me había hablado sobre los vínculos de pareja. Pero en lo que a él concernía, eran cosas que se formaban, no cosas que se dejaban al azar.

—Los vínculos de pareja vienen en dos formas. Están aquellos que se forjan, al igual que las relaciones normales. Más tiempo juntos entre dos individuos puede producir un vínculo. Incluso los humanos experimentan el amor, así que esto no es terriblemente difícil de crear, solo requiere tiempo. —Hizo una pausa, recorriendo la clase con la mirada—. El otro es el vínculo de pareja predestinada. Es

completamente impredecible, increíblemente fuerte y, gracias a muchas investigaciones en la última década, sabemos que hay algún aspecto mágico en este tipo de vínculo.

No pude evitar moverme nerviosamente en mi asiento mientras mis pensamientos se dirigían a Caden.

Las palabras del profesor se desvanecieron en el fondo mientras mi mente divagaba hacia Caden. Su sonrisa tímida, esos cautivadores ojos azules, la manera en que su cabello rubio caía sobre su frente. Solo habíamos hablado unas pocas veces desde que comenzó el semestre, pero cada interacción me dejaba anhelando más.

Me encontré preguntándome si Caden podría ser mi pareja predestinada. El pensamiento me emocionaba y aterrorizaba a la vez. Mi padre nunca lo aprobaría - él tenía planes para que yo formara un vínculo con la hija del Alfa de una manada vecina. Pero la atracción que sentía hacia Caden era diferente a cualquier cosa que hubiera experimentado antes.

—Señor Faolan —la voz del profesor Horvath cortó mi ensoñación—. ¿Quizás le gustaría compartir sus pensamientos sobre los vínculos de pareja predestinada con la clase?

Sentí que mis mejillas se sonrojaban mientras todos los ojos se volvían hacia mí. —Yo... eh... —balbuceé, intentando desesperadamente recordar lo que había estado diciendo.

En ese momento, la puerta del aula se abrió y Karrick se deslizó dentro, tarde como siempre.

—Lo siento —murmuró, tomando asiento—. La clase anterior se prolongó de nuevo.

—Hable conmigo después de clase, señor Thompson —suspiró el profesor—. En fin, continuemos con el último y menos común vínculo. Los familiares.

Me animé de nuevo. Ahora este era un tema del que mi padre se negaba a hablar. Había leído un poco sobre ello en un libro una vez,

más que nada solo una mención pasajera, pero nunca había obtenido una explicación realmente completa.

—Como muchos de ustedes saben, los familiares son bastante raros porque requieren una unión entre una especie de cambiaformas y una bruja. Considerando la historia entre brujas y cambiaformas, no es sorprendente que no ocurra a menudo. —Pasó a la siguiente diapositiva—. El vínculo familiar es un ritual relativamente complicado que requiere un contrato físico entre la bruja y el cambiaformas. En el pasado distante, las brujas forzaban a los cambiaformas a su servicio mediante un ritual de sangre, básicamente usándolos como una batería sobrenatural para su magia. Las brujas más poderosas tenían más de una docena de familiares a su disposición como esclavos mágicos.

Hubo varias miradas incómodas intercambiadas cuando el profesor pasó a otra diapositiva.

—Sin embargo, los rituales de sangre fueron prohibidos en mil ochocientos cuarenta y tres gracias al Tratado de Licaón en Grecia. No obstante, los vínculos familiares han seguido ocurriendo, aunque son mucho más raros ya que requieren un socio que consienta. Y, gracias a la falta de magia de sangre, también requieren un componente sexual para completar el ritual.

Mi corazón saltó en mi pecho. Por supuesto, pensé en Caden y en lo atraído que estaba hacia él. Pero de repente me imaginé a él y a mí en un círculo mágico, nuestros cuerpos entrelazados mientras creábamos un vínculo mágico follando como animales. Era excitante, emocionante y un poco aterrador al mismo tiempo. No tenía dudas de que un vínculo familiar no era algo que se hiciera a la ligera, y no sabía si había alguna manera de salir de él si los sentimientos cambiaban.

—Sin embargo, la oleada de poder que una bruja obtiene al crear tal vínculo es caótica y a veces difícil de controlar. Por esa razón, tales vínculos han sido prohibidos en la Academia Widdershins y resultarán en expulsión inmediata si ocurren. —Caminó hacia la pared, encendiendo las luces y apagando el proyector de

diapositivas—. Hace unos años, dos estudiantes, una bruja que estudiaba magia temporal y un hombre lobo, crearon tal vínculo. Con ese poder, desterraron a varios estudiantes y al padre del hombre lobo al centro del Lago Erie, casi matándolos a todos. Los estudiantes vinculados fueron expulsados inmediatamente y desaparecieron permanentemente. Hasta el día de hoy, ninguna de sus familias ha sabido de ellos. —Nos miró a cada uno de nosotros —. Así que, ya que todos ustedes son cambiaformas, les aconsejaría encarecidamente que no entren en tales vínculos. No se puede confiar en las brujas.

Un murmullo recorrió la habitación. Sentí que la ira llenaba mi pecho, con Caden volviendo a mi mente.

—No todas las brujas son malas —dije, sin molestarme en levantar la mano—. Y no creo que los profesores deban enseñar prejuicios en sus clases.

La sala entera quedó en silencio. El profesor Horvath, una Bestia él mismo, me miró, con una sonrisa burlona curvándose sobre sus labios. —¿Y qué te hace decir eso, señor Faolan? ¿Has conocido a muchas brujas buenas?

—Algunas... —mentí—. Una, al menos.

—Bueno, entonces deberías considerarte afortunado. El orgullo y el ego de las brujas son famosos en todo el mundo. La arrogancia no conoce límites para aquellos con inmenso poder.

—¿Sientes lo mismo por los Fae? —pregunté, sin ocultar mi irritación —. Ellos tienen magia. También los Elfos Oscuros. ¿Deberíamos temerles?

—No son capaces de forzar vínculos familiares, así que no —respondió—. Aunque aplaudo tu intento de justicia social, me temo que mis palabras no te conmoverán. Considerando el anuncio del decano esta mañana, creo que la verdad sobre las brujas y su agenda es demasiado fácil de ver. —Miró al resto de la clase—. Recuerden mis palabras, para el comienzo del próximo año, encontrarán que la Academia Widdershins es un lugar mucho menos

acogedor. Y considerando que estoy diciendo esto en voz alta a todos ustedes, hay una buena posibilidad de que yo tampoco esté enseñando aquí.

La clase quedó en silencio por un largo momento. Incluso yo no podía pensar en algo que decir. Todavía pensaba que estaba mal decir esas cosas, pero también tenía razón sobre el nuevo anuncio. Estaba claro que los donantes de la escuela, que eran casi exclusivamente brujas, tenían un plan. Y no incluía el bienestar de los estudiantes cambiaformas.

El profesor Horvath aplaudió. —¡Y eso es todo por hoy! ¡Que tengan un buen fin de semana, todos! —Me miró, guiñándome un ojo—. Y no pierdas esa chispa. Es importante no someterse y simplemente aceptar lo que dicen tus mayores sin cuestionar.

Mientras recogía mis cosas y salía del aula, mi mente daba vueltas. Las palabras del profesor Horvath sobre las brujas y los vínculos familiares me dejaron sintiéndome conflictivo. Por un lado, no podía negar la oscura historia que había descrito. Pero por otro, mis pensamientos seguían derivando hacia Caden. Dulce y tímido Caden con su suave magia natural. ¿Cómo podría alguien como él ser una amenaza?

Estaba tan perdido en mis pensamientos que casi choco con alguien en el pasillo.

—¡Oh! Lo siento, no estaba mirando por dónde iba —dijo una voz suave.

Mi corazón dio un vuelco cuando levanté la vista y vi a Caden parado frente a mí, un ligero sonrojo coloreando sus mejillas pecosas.

—No te preocupes —logré decir, absorbiendo su imagen. Su cabello rubio estaba ligeramente despeinado, como si hubiera estado pasando los dedos por él. Esos cautivadores ojos azules se encontraron con los míos por un breve momento antes de desviar la mirada tímidamente.

—¿Cómo... cómo estuvo la clase? —preguntó Caden, jugueteando con la correa de su bolso mensajero.

—Interesante —respondí, sin querer molestarlo con los detalles de las opiniones del profesor Horvath—. ¿Qué haces por aquí? Pensé que las clases de magia estaban en el edificio norte.

—Oh, tengo una clase de herborística aquí en el conservatorio —sonrió—. No muchas brujas la toman.

—¿Te gustan las plantas?

Sus mejillas se volvieron aún más rosadas. —S-Sí.

—Eso es realmente genial —dije, genuinamente interesado—. Me encantaría escuchar más sobre eso alguna vez.

Los ojos de Caden se iluminaron, extendiéndose una sonrisa por su rostro. —¿En serio? La mayoría de la gente piensa que es aburrido.

—Para nada —le aseguré—. ¿Quizás podríamos tomar un café alguna vez y podrías contarme sobre eso?

Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera detenerlas. Contuve la respiración, esperando su respuesta. Sabía que no debería haber preguntado. Éramos amigos, así que no era raro. Pero la intención detrás de mis palabras no era amistosa. Era algo... más. Algo que no debería haber estado sintiendo.

Las mejillas de Caden se sonrojaron aún más. —Me gustaría eso —dijo suavemente, encontrando mi mirada por un momento antes de mirar sus pies.

Mi corazón se aceleró. No pude evitar olfatear ligeramente el aire, mis sentidos de lobo captando rastros de su emoción. Podía escuchar que su corazón estaba acelerado. —Genial —logré decir, tratando de mantener mi voz firme—. ¿Qué tal mañana por la tarde? Digamos, ¿a las 3 en punto? Pasaré a recogerte.

Caden asintió, con una tímida sonrisa jugando en sus labios. —Suena perfecto.

Nos quedamos allí por un momento, ninguno de nosotros muy seguro de qué decir a continuación. El aire entre nosotros se sentía

cargado, crepitando con una tensión que no podía nombrar exactamente.

—Bueno, debería ir a clase —dijo Caden finalmente, señalando hacia el conservatorio—. Pero te veré mañana, Atlas.

La forma en que dijo mi nombre envió un escalofrío por mi columna vertebral. —Sí, nos vemos mañana —respondí, observándolo mientras se alejaba.

Tan pronto como Caden desapareció por la esquina, solté un suspiro que no me di cuenta que estaba conteniendo. ¿Qué estaba haciendo? No debería estar persiguiendo esto, sin importar cuán atraído me sintiera hacia él. Mi padre estaría furioso si supiera que incluso estaba considerando una relación con una bruja, especialmente cuando ya había elegido una pareja para mí. Tenía que continuar nuestro linaje y si estaba con un hombre y una bruja... bueno, eso simplemente no iba a suceder.

Pero mientras regresaba a mi dormitorio, no podía quitarme de la mente la imagen de la tímida sonrisa de Caden. La atracción que sentía hacia él era innegable, casi magnética. ¿Era esto lo que se sentía un vínculo de pareja predestinada? ¿Aquel del que había estado hablando el profesor Horvath? Era casi imposible de ignorar, pero ¿por qué los dioses o el hilo de la magia nos unirían así? ¿Con qué propósito?

Sacudí la cabeza, tratando de aclarar mis pensamientos. Necesitaba concentrarme en mis responsabilidades, en mi futuro como líder de la manada. No podía dejar que me distrajera con estos sentimientos, sin importar cuán intensos fueran. Probablemente solo era una fase, de todos modos. Había oído que eso ocurría mucho en la universidad. Pero una vez que esos cuatro años terminaran, la vida real me esperaba. Sin importar lo que sintiera aquí en la academia, eventualmente tenía que volver a casa.

Cuando entré en mi habitación, fui recibido por la vista de mi compañero de cuarto, Silver, extendido a lo largo de su cama, con la cara enterrada en su almohada. El elfo oscuro no llevaba nada más

que unos boxers, mostrando completamente su forma musculosa. Me tomé medio segundo para mirarlo, preguntándome si me atraían los hombres. Era atlético y objetivamente guapo, pero no sentía la misma atracción que sentía hacia Caden.

—Hola, tío —dijo, mirándome—. Pareces haber visto un fantasma. ¿Todo bien?

Sacudí la cabeza, tratando de aclarar mis pensamientos. —Sí, estoy bien. Solo... tuve una clase interesante.

Silver se sentó, levantando una ceja. —¿Interesante cómo? ¿El profesor Horvath se lanzó en otra de sus diatribas anti-brujas?

Suspiré, dejando caer mi mochila y derrumbándome en mi cama. —Sí, algo así. Estaba hablando sobre los vínculos familiares y lo peligrosos que son.

Silver bufó. —Por supuesto que sí. Ese tipo tiene un serio resentimiento cuando se trata de brujas. Creo que su bisabuela o algo así fue obligada a ser familiar de una bruja.

Asentí, sin querer entrar en detalles. Mi mente todavía daba vueltas por mi encuentro con Caden en el pasillo. No podía dejar de pensar en lo lindo que se veía con su cabello despeinado y esas miradas tímidas. Por supuesto, la forma en que sus mejillas se volvieron rosadas cuando lo invité a tomar un café también era adorable. Pero lo que más me llamó la atención fue la manera en que su aroma cambió cuando me acerqué a él. Puede que él no se diera cuenta, pero yo podía oler que se sentía atraído por mí. Y me gustaba, lo que hacía que las cosas fueran mucho más complicadas.

—¿Algo en mente? —preguntó Silver, con el codo apoyado en su almohada mientras me miraba—. Te ves... no sé... preocupado, supongo.

—No es nada —dije, sacudiendo la cabeza—. Creo que solo necesito quemar algo de energía extra. Voy a saltar la barrera y transformarme. Necesito correr para liberar algo de esto.

—Buena idea sacarlo hoy.

Me levanté, mirándolo. —¿Por qué razón?

—Gran tormenta de nieve viene en un día o dos. Las dríadas han estado hablando de ello toda la semana. Parece que nos va a caer una auténtica nevada. —Me miró con una sonrisa burlona—. No quieres que se te congelen las patitas de lobo.

—Vete a la mierda —resoplé, dirigiéndome a la puerta—. Volveré antes del anochecer.

—Vale. Estaré durmiendo o masturbándome o algo así.

Solo puse los ojos en blanco y salí de la habitación, sin llevar nada más que mi identificación de estudiante para poder volver a atravesar la barrera.

Mientras cruzaba el campus hacia la barrera, mi mente seguía derivando hacia Caden nuevamente. La forma en que sus ojos azules se iluminaron cuando mostré interés en sus estudios de herborística, el adorable sonrojo que coloreó sus mejillas - todo era tan cautivador. Pero no podía sacudirme la molesta voz en el fondo de mi cabeza recordándome mis responsabilidades, las expectativas de mi padre. Realmente necesitaba controlarme.

Llegué al borde del campus donde la barrera mágica brillaba tenuemente, invisible para los ojos humanos pero clara como el día para seres sobrenaturales como yo. Con una rápida mirada alrededor para asegurarme de que nadie estaba mirando, me deslicé a través de la barrera, sintiendo el familiar hormigueo de magia lavarme mientras pasaba a través de ella.

Una vez del otro lado, me quité la ropa rápidamente, guardándola en un tronco hueco que a menudo usaba para este propósito. Tomando una respiración profunda, dejé que la transformación me dominara. Mis huesos crujieron y se remodelaron, el pelaje brotando por todo mi cuerpo mientras me transformaba en mi forma de lobo. Caí al suelo del bosque sobre cuatro patas oscuras, mi pelaje tan oscuro que casi era azul. Me sacudí, tratando de deshacerme de la sensación de picazón después de brotar tanto pelo de una sola vez. Era la peor parte de toda la transformación.

El bosque cobró vida a mi alrededor, mis sentidos agudizados captando cada crujido de hojas, cada criatura escurridiza. Salí corriendo, deleitándome con la sensación de mis patas golpeando contra la tierra, el viento corriendo a través de mi pelaje. Mientras corría, dejé mi mente en blanco, concentrándome solo en las sensaciones físicas de mi forma lobuna. Los aromas del bosque llenaron mis fosas nasales - pino, tierra húmeda y los débiles rastros de otros animales.

Me exigí más, corriendo más y más rápido hasta que mis músculos ardieron con el esfuerzo. Se sentía bien soltarse así, abrazar mi naturaleza salvaje sin las restricciones de la sociedad humana. Aquí fuera, yo no era Atlas Faolan, futuro Alfa y estudiante universitario. Era solo un lobo, libre y sin ataduras.

Y ahí era donde me sentía más en casa.

CAPÍTULO OCHO: CADEN

Llegué a la pequeña cafetería del campus al menos veinte minutos antes debido a los nervios. Había estado volviendo loco a Wild caminando de un lado a otro en nuestra habitación. Finalmente me dijo que saliera y fuera a caminar a otro lugar para que él pudiera terminar su tarea. No es que fuera muy aficionado a las tareas. Si tuviera que adivinar, diría que solo quería la habitación para él solo para poder liarse con alguien. O drogarse. De cualquier manera, ya no soportaba estar encerrado.

Así que me fui y vagué por el campus durante un rato, serpenteando entre los edificios hasta llegar al centro estudiantil. Ya había pasado la hora del almuerzo, así que todo estaba bastante tranquilo. Tenía una clase por la tarde a la que estaba faltando para ver a Atlas, pero no me importaba. De todos modos, era la clase de la profesora Blackwood. Mi ausencia probablemente la encantaría. No era ningún secreto lo mucho que me despreciaba. Y después de mi encuentro con ella la semana anterior, necesitaba un poco de espacio antes de volver a mostrar mi cara en ese salón de conferencias.

A pesar de todo mi vagabundeo, todavía llegué demasiado temprano. Como no quería pedir mi café antes y arruinar nuestra cita, esperé afuera.

No. No era una cita.

Era la quinta vez hoy que tenía que corregirme mentalmente. Atlas, el hombre lobo más guapo de la escuela y fácilmente uno de los más poderosos, *no* estaba interesado en mí. De eso estaba seguro. Y

aunque lo estuviera, lo que sabía que no era el caso, de todos modos nada podría salir de ello. Él era hijo de un poderoso Alfa y de una manada igualmente prestigiosa. No tenía ninguna duda de que su vida ya estaba trazada ante él, toda ordenada y pulcra igual que la mía. Las familias poderosas venían con una montaña de expectativas. Ambos estábamos en la universidad solo por un corto tiempo. Una vez que terminara, el sueño habría acabado, y el mundo real nos golpearía con fuerza.

No había escapatoria.

Así que, mientras estaba allí parado, me recordé con firmeza que solo éramos amigos, y eso es todo lo que siempre seríamos. Brujos y hombres lobo no se mezclaban. Y los Alfas gays no existían. Al menos no públicamente. No en Widdershins, donde los mejores de los mejores venían a aprender a ser los líderes del futuro mundo sobrenatural.

—Llegaste temprano —dijo una voz grave, haciéndome sobresaltar.

Me giré para ver a Atlas acercándose a mi lado, su amplio cuerpo musculoso proyectando una sombra sobre mí. Llevaba su chaqueta universitaria, abierta por delante mostrando una camiseta blanca ajustada debajo. Me sorprendí mirando cada uno de sus abdominales, asombrado de que pudieran ser tan marcados. Realmente era increíblemente atractivo. Y mi pene, a pesar de mis mejores esfuerzos, estaba totalmente de acuerdo.

—Ajá —dije, forzándome a cerrar la boca y levantar los ojos hacia los suyos—. Solo... eh... supongo que no tenía nada más que hacer.

—No tenías que esperar aquí fuera —sonrió—. Hace bastante frío hoy. Escuché que podría nevar, de hecho.

Miré hacia el cielo azul y despejado. Para mí no parecía otra cosa que la perfección otoñal. —Estoy bien —pero, por supuesto, en el momento en que lo dije, el viento aumentó y envió un escalofrío por todo mi cuerpo.

Atlas solo sonrió. —Claro —pasó su brazo alrededor de mis hombros, arrastrándome hacia las puertas del centro estudiantil—. Vamos a

meterte dentro antes de que te congeles. Los brujos siempre sois tan delgados.

—¡No soy tan delgado! —repliqué, permitiéndome ser arrastrado al interior—. ¿Es que tú no sientes frío o qué?

—No realmente —se encogió de hombros—. Y cuando lo siento, simplemente me transformo. El abrigo de pelo es sorprendentemente cálido. Probablemente podría dormir afuera bajo cero en forma de lobo y estar perfectamente bien.

—¡¿Por qué querrías hacer eso?! —me burlé—. ¡Suena terrible!

—Dormir bajo las estrellas es agradable —dijo suavemente—. Y ser un lobo... bueno, hay algo que se siente correcto al respecto, ¿sabes?

Negué con la cabeza. —Realmente no, pero te creo.

Atlas simplemente sonrió, llevándome hasta el mostrador de café. Ambos ordenamos y Atlas, por supuesto, insistió en pagar mi bebida. Permanecimos en un silencio agradable mientras preparaban nuestras bebidas. Podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo aunque estuviera parado a un pie de distancia. Y su aroma, terroso y salvaje, llenaba mis fosas nasales. Olía como el bosque, como musgo aferrado a troncos podridos entre hojas caídas. Olía como... bueno, como lo que imaginaba que olería a hogar. Pero había algo más, algo que se filtraba en mi piel y se acumulaba en mi entrepierna, haciendo que mi miembro se estremeciera.

Me aclaré la garganta, dando un pequeño paso lateral. Ese tipo de pensamientos tenían que parar. Lo último que necesitaba era tener una erección frente a este hombre lobo. Había oído que podían oler cosas así, así que tenía que mantenerme bajo control. Éramos solo amigos, nada más.

Con nuestras bebidas finalmente en mano, los dos encontramos un sofá apartado de la zona principal de estudiantes, dándonos un poco de privacidad.

—Bueno —suspiró Atlas, dejándose caer en el extremo más alejado del sofá y subiendo los pies sobre la mesa frente a él—. Ibas a contarme sobre tus clases de herbolaria.

Me acomodé en el otro extremo del sofá, metiendo una pierna debajo de mí mientras me giraba para mirar a Atlas. Sus ojos dorados estaban fijos en mí con intensidad, haciendo que mi corazón se acelerara. Di un sorbo a mi chai helado para calmar mis nervios.

—Sí, herbolaria —dije, tratando de concentrarme—. Bueno, es realmente fascinante. Estamos aprendiendo sobre todas estas plantas raras con increíbles propiedades mágicas. ¿Sabías que hay una flor que solo florece a medianoche durante la luna llena que puede aumentar el poder de un brujo diez veces?

Atlas levantó una ceja, con una ligera sonrisa en sus labios. —¿En serio? Suena peligroso en las manos equivocadas.

Asentí con entusiasmo. —Oh, absolutamente. Por eso está tan estrictamente regulada. Pero ¡imagina las posibilidades si se usara responsablemente!

Mientras me lanzaba a explicar más detalles sobre varias hierbas mágicas, Atlas escuchaba atentamente. Sus ojos nunca dejaron mi rostro, y me encontré perdiéndome en las profundidades ámbar de su mirada. La forma en que la luz los iluminaba hacía que parecieran brillar desde adentro.

—Realmente te apasiona esto, ¿eh? —dijo Atlas suavemente cuando finalmente hice una pausa para respirar.

Sentí que mis mejillas se sonrojaban. —Sí, supongo que sí. Perdona si te estoy aburriendo con todos los detalles.

Atlas negó con la cabeza, sus ojos aún fijos en los míos. —Para nada. Me gusta verte emocionado por algo. Tus ojos brillan cuando hablas de ello.

Mi corazón dio un vuelco ante sus palabras. Tomé otro sorbo de mi chai para ocultar mi reacción. —Bueno, ¿qué hay de ti? ¿Qué te apasiona además de la lucha?

Atlas se recostó, estirando sus musculosos brazos por encima de su cabeza. El movimiento hizo que su camiseta se subiera, exponiendo una tentadora franja de abdominales tonificados. Rápidamente desvié la mirada.

—Honestamente? No estoy seguro —dijo con un suspiro—. La lucha es genial, pero no es exactamente una trayectoria profesional. Y ser Alfa... —Se calló, una sombra pasando por su rostro.

—¿No quieres ser Alfa? —pregunté suavemente.

Atlas permaneció callado por un momento, con el ceño fruncido. —No es que no lo quiera. Es solo que... es mucha responsabilidad. A veces me pregunto si estoy hecho para ello.

Extendí la mano sin pensar, colocándola en su brazo. —Atlas, por lo que he visto, eres un líder natural. Estoy seguro de que serás un gran Alfa cuando llegue el momento.

Él miró mi mano sobre su brazo, y luego alzó la vista para encontrarse con mis ojos. La intensidad en su mirada hizo que me faltara el aliento.

—Gracias —dijo suavemente—. Eso significa mucho viniendo de ti.

Nos quedamos allí por un momento, solo mirándonos. Podía sentir el calor que irradiaba de su piel bajo mi palma. Mi corazón latía tan fuerte que estaba seguro de que él podía oírlo.

De repente, Atlas se aclaró la garganta y se alejó un poco. El momento se rompió.

—Entonces, eh, ¿cómo van tus otras clases? —preguntó, con la voz un poco más áspera que antes.

Retiré mi mano con reticencia, tratando de ignorar el hormigueo en las puntas de mis dedos donde lo había tocado. —Están bien, en su mayoría. Excepto la clase de la profesora Blackwood. Juro que esa mujer la tiene contra mí.

Los ojos de Atlas se estrecharon. —¿Qué quieres decir? ¿Te ha estado dando problemas?

Me encogí de hombros, sin querer hacer un gran problema de ello. —Solo tiene muchas ideas sobre mantener puras las líneas de sangre mágicas y ningún respeto por los brujos que carecen de poder suficiente. Como yo —negué con la cabeza—. Me recuerda mucho a mi padre.

La mandíbula de Atlas se tensó, un gruñido bajo retumbando en su pecho. —Eso es una mierda. Tu poder no define tu valor.

Parpadeé, sorprendido por la vehemencia en su voz. —Gracias, pero está bien. Estoy acostumbrado.

—No está bien —insistió Atlas, inclinándose más cerca. Su aroma me envolvió, haciendo que mi cabeza diera vueltas—. Eres brillante, Caden. Cualquiera con medio cerebro puede verlo. Solo tu conocimiento de herbolaria es increíble. La profesora Blackwood es una idiota si no puede ver tu potencial.

Mis mejillas ardían por sus elogios. —Yo... gracias. Es amable de tu parte decir eso.

Los ojos dorados de Atlas se suavizaron mientras me miraba. —Lo digo en serio. No dejes que nadie te haga sentir menos de lo que eres.

Estábamos tan cerca ahora, que podía sentir el calor irradiando de su cuerpo. Mi corazón latía fuertemente en mi pecho mientras me encontraba inclinándome, atraído por alguna fuerza invisible. Los ojos de Atlas bajaron a mis labios, su respiración entrecortada.

Justo cuando pensé que podría acortar la distancia entre nosotros, un ruidoso grupo de estudiantes irrumpió en el centro estudiantil. Ambos miramos hacia arriba para ver a Rowan y su pequeña pandilla de brujos bajando las escaleras hacia el piso principal. Todos acababan de salir de la clase de la profesora Blackwood. En el momento en que miré hacia arriba, la mirada de Rowan se centró en mí y empezó a caminar en mi dirección.

—Mierda... —gemí, recostándome contra el brazo del sofá—. Otra vez no.

A mi lado, Atlas gruñó por lo bajo. Si hubiera estado en forma de lobo, sabía que tendría el pelo erizado y los dientes al descubierto.

El brazo de Atlas se deslizó alrededor de mi cintura, acercándome más a él en el sofá. El contacto repentino hizo que me faltara el aliento.

—Ignóralos —murmuró, sus labios cerca de mi oído—. No valen tu tiempo.

Pero Rowan y sus secuaces ya se estaban acercando, con sonrisas arrogantes plasmadas en sus caras.

—Vaya, vaya —dijo Rowan con desdén, deteniéndose frente a nosotros—. Si no es el brujo sin poder y su perro mascota. ¿Saltándote la clase otra vez, Cromwell? Estoy seguro de que la profesora Blackwood estará encantada de saberlo.

Me tensé, mientras la ira y la vergüenza luchaban dentro de mí. Antes de que pudiera responder, Atlas se puso de pie, posicionándose entre Rowan y yo. Aunque Rowan era alto para ser un brujo, Atlas aún se elevaba sobre él.

—Lárgate —gruñó Atlas, con voz baja y peligrosa—. Ahora.

La sonrisa de Rowan titubeó por un momento, pero se recuperó rápidamente. —¿O qué, Faolan? ¿Soplarás y soplarás hasta derribarme? —Se rio, mirando a sus amigos—. No te tengo miedo.

Los ojos de Atlas brillaron dorados, un rumor bajo emanando de su pecho. —Deberías tenerlo.

La temperatura en la habitación pareció bajar varios grados. Podía sentir la magia crepitando en el aire mientras Rowan y sus amigos se tensaban, sus manos moviéndose como si estuvieran listos para lanzar hechizos. Atlas se mantuvo firme, su cuerpo musculoso enrollado como un resorte listo para liberarse.

—Vamos, chicos —dije, poniéndome de pie y colocando una mano en el brazo de Atlas—. Esto no vale la pena.

Atlas no se movió, su mirada aún fija en Rowan. —No, Caden. Estoy cansado de que estos imbéciles piensen que pueden acosarte.

Rowan sonrió con desprecio, sus ojos moviéndose entre Atlas y yo. —Aww, qué dulce. El gran lobo malo está protegiendo a su pequeño novio brujo. Cuidado, Faolan. No querrías que papá se entere de que te estás follando a chicos, ¿verdad?

Atlas avanzó pero yo agarré su brazo, sorprendido de que se detuviera con el más mínimo toque.

—No lo hagas —le urgí—. Después del anuncio del decano... esto solo empeorará las cosas. Solo quiere que lo ataques para hacer quedar peor a los no-brujos.

Atlas se detuvo, mirándome hacia abajo, la comprensión extendiéndose por sus facciones. En un instante sentí toda la tensión y la ira abandonar su cuerpo. Retrocedió, acercándose a mí una vez más.

Rowan me miró, su sonrisa ensanchándose. —No eres tan estúpido como pareces, Cromwell —hizo un gesto a todos sus secuaces para que bajaran la guardia, la magia en el aire disipándose—. Pero deberías tener cuidado. Cuando nos separemos de todos estos mestizos, te quedarás atrás.

Con eso, él y sus amigos pasaron junto a mí, pero no sin antes chocar su hombro contra el mío, tirando mi mochila de mi hombro. Cayó al suelo, mis libros desparramándose por todas partes. Miró hacia atrás, riendo mientras pateaba mis cosas, haciendo volar papeles en todas direcciones. Atlas comenzó a moverse de nuevo, pero yo mantuve firme su brazo.

—Está bien —dije en voz baja, observando cómo mis compañeros cruzaban el centro estudiantil y salían por la puerta opuesta—. Solo es papel.

—Realmente odio a ese tipo —gruñó Atlas, cayendo de rodillas para recoger mis pertenencias—. Es un maldito imbécil. Desearía poder sacarle todos los putos dientes.

Me arrodillé junto a Atlas, ayudándole a recoger mis papeles y libros dispersos. Sus manos temblaban ligeramente mientras recogía mi libro de herbolaria, con la mandíbula apretada.

—Oye —dije suavemente, colocando mi mano sobre la suya—. Está bien. De verdad.

Atlas me miró, sus ojos dorados ardiendo con furia apenas contenida. —No, no está bien, Caden. La forma en que te tratan... no es correcta.

Suspiré, sentándome sobre mis talones. —Lo sé. Pero meterse en peleas no va a resolver nada. Especialmente ahora, con toda la tensión entre brujos y otros sobrenaturales.

Atlas pasó una mano por su cabello oscuro, la frustración evidente en cada línea de su cuerpo. —Solo... odio verte tratado así. No lo mereces.

Mi corazón se hinchó ante sus palabras, una calidez extendiéndose por mi pecho. —Gracias —dije en voz baja—. Y recuérdame nunca dejar que conozcas a mi padre. Porque si piensas que eso fue malo... digamos simplemente que he tenido peores.

Terminamos de recoger mis cosas en silencio, el aire entre nosotros cargado de emociones no expresadas. Cuando Atlas me entregó los últimos papeles, nuestros dedos se rozaron. Una descarga eléctrica me recorrió ante el contacto, y retiré mi mano bruscamente, con las mejillas ardiendo.

Los ojos de Atlas se ensancharon ligeramente, sus fosas nasales dilatándose. Por un momento, temí que hubiera percibido mi reacción. Pero luego su expresión se suavizó, una pequeña sonrisa jugando en las comisuras de su boca.

—Lo siento —murmuró, su voz baja y ronca—. No quería asustarte.

Tragué saliva, tratando de calmar mi acelerado corazón. —Está bien —logré chillar.

Nos pusimos de pie, cayendo un silencio incómodo entre nosotros. Me ocupé metiendo mis libros de vuelta en mi mochila, evitando la

intensa mirada de Atlas.

—Escucha —dijo Atlas después de un momento—. Sé que dijiste que no quieres empeorar las cosas, pero... no puedo quedarme de brazos cruzados y dejar que te traten así.

Lo miré, sorprendido por la determinación en su voz. —Atlas, lo aprecio, pero...

—No hay peros —me interrumpió, acercándose más—. Eres mi amigo, Caden. Y yo protejo a mis amigos.

La palabra "amigo" envió una punzada a través de mi pecho, pero la hice a un lado. —No necesito protección.

Los ojos de Atlas brillaron con una emoción que no pude identificar completamente. —Tal vez no la necesites, pero la mereces —dijo suavemente. Su mano se extendió, sus dedos rozando ligeramente mi mejilla—. Mereces mucho más de lo que esos imbéciles te dan.

Mi respiración se cortó ante su toque. Cada nervio en mi cuerpo se sentía electrificado. —Atlas —susurré, incapaz de apartar la mirada de su intensa mirada.

Dio otro paso más cerca, tan cerca que podía sentir el calor irradiando de su cuerpo. Su aroma me envolvió - terroso y salvaje, con una corriente subyacente de algo que envió un escalofrío de deleite por mi columna. Mi cabeza daba vueltas con ello.

—Caden —murmuró, su voz baja—. Yo...

El sonido de pasos acercándose nos hizo separarnos de un salto. Atlas se aclaró la garganta, pasando una mano por su cabello mientras la profesora Blackwood doblaba la esquina. Sus ojos afilados se estrecharon al observar la escena.

—Señor Cromwell —dijo fríamente—. Veo que ha decidido que mi clase no vale su tiempo hoy.

Me sonrojé, tartamudeando una excusa. —L-lo siento, profesora. Yo...

—No me interesan sus excusas —espetó. Lanzó una mirada sucia a Atlas—. Claramente no valoras tu tiempo ni tu... *compañía*. Vendrás conmigo inmediatamente.

Miré a Atlas, con una mirada de disculpa. Él simplemente me dio un asentimiento de comprensión. Con un susurrado adiós, me alejé de él y seguí a la profesora Blackwood con la cabeza agachada.

Pero mi corazón seguía acelerado. Un hombre lobo Alfa quería protegerme. Algo en eso hizo que mi estómago revoloteara de todas las formas correctas.

CAPÍTULO NUEVE: CADEN

Un trabajo de diez páginas sobre las diferencias entre lanzar hechizos en latín versus inglés. Y debía entregarlo en tres días. Ese fue el castigo que me impuso la profesora Blackwood por faltar a su clase. A pesar de todo el trabajo que iba a ser, me sentía ligero mientras caminaba de regreso a mi habitación, con mis pensamientos todavía centrados en Atlas.

La forma en que se había interpuesto para protegerme de Rowan y sus secuaces... hacía que mi corazón cantara. Sabía que no debería, que debería mantener mis sentimientos a raya, pero no lo estaba haciendo muy bien. Eso combinado con su aroma, su físico excepcional, y la forma en que su camisa se levantaba cuando se estiraba... me debilitaba. Y también me excitaba demasiado. Solo eso podría meterme en problemas con sus sentidos de hombre lobo capaces de captar casi todo.

Aunque tenía que admitir que era bastante emocionante en múltiples niveles. Desde que me habían arrancado de mi antigua vida y obligado a entrar en la Academia Widdershins, había estado solo. La única compañía que tenía era Wild. Eso significaba que no había citas, ni miradas coquetas, ni nada por el estilo. Demonios, ni siquiera podía recordar la última vez que había comido con alguien antes de Atlas. Y con las expectativas de mi padre pesando sobre mí, no tenía tiempo para explorar nada más. Así que todo esto era nuevo y un poco aterrador al mismo tiempo.

Al llegar a mi habitación, no podía quitarme la imagen de Atlas de la mente. Sus ojos dorados, la forma en que sus músculos se ondulaban bajo su camisa, el poder crudo que emanaba de él. Sacudí la cabeza, tratando de aclarar mis pensamientos. Tenía trabajo que hacer, y fantasear con un lobo Alfa no iba a ayudarme a terminar ese trabajo.

Abrí la puerta y entré, inmediatamente recibido por Wild girando en su silla para mirarme, con esa misma sonrisa de gato Cheshire extendiéndose por su rostro.

—¿Y bien? —preguntó, pasando una mano por su cabello pelirrojo—. ¿Cómo estuvo tu cita?

Solté un largo suspiro y puse los ojos en blanco.

—No fue una cita, Wild. Solo fue un café.

—Ajá —se burló—. Por segunda vez. Y te saltaste la clase por él.

—No me lo recuerdes —resoplé, dejando caer mi mochila en el suelo y desplomándome en mi cama—. La profesora Blackwood me encontró en el centro estudiantil y me dio trabajo extra como castigo.

—Esa mujer es una zorra.

Lo miré de reojo.

—No es agradable.

—Exacto —asintió—. Una zorra. —Se apoyó contra su escritorio, sus brillantes ojos verdes seguían brillando mientras descansaba la mejilla en su mano—. Ahora deja de evitar la pregunta. ¿Cómo fue?

Dudé, sintiendo un rubor subir por mi cuello.

—Fue... agradable —admití finalmente, aunque sabía que no debería. Wild solía emocionarse demasiado incluso con los más pequeños detalles—. Atlas es... diferente de lo que esperaba.

Wild levantó una ceja.

—¿Diferente cómo?

—No es solo un deportista tonto —dije, sentándome en mi cama—. En realidad es bastante inteligente. Y divertido. Y... —me callé, recordando cómo Atlas me había defendido.

—¿Y? —insistió Wild, inclinándose ansiosamente.

Suspiré.

—Y me protegió de Rowan y sus matones. Estaban tratando de causar problemas hacia el final de nuestro café, pero Atlas se enfrentó a ellos y los asustó.

Los ojos de Wild se agrandaron.

—Joder. ¿Ese lobo Alfa te protegió de otros brujos? Eso es... eso es algo importante, tío.

—No sé si tanto —suspiré, mirando al techo—. Probablemente solo estaba siendo amable. Eso es todo.

Wild resopló, sacudiendo la cabeza.

—¿Amable? Un lobo Alfa no protege a cualquier brujo al azar por amabilidad. Hay algo más ahí.

Me senté, frunciendo el ceño hacia él.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir —dijo Wild, inclinándose hacia adelante con un brillo en sus ojos—, que nuestro querido Atlas también podría tener sentimientos por ti.

Mi corazón se saltó un latido ante el pensamiento, pero rápidamente lo aplasté.

—No seas ridículo. Es el hijo del Alfa. No hay forma de que esté interesado en un brujo. Y no hay forma de que le gusten los hombres. Eso es increíblemente raro en los hombres lobo.

—Y sin embargo —replicó Wild—, ha ido a tomar café contigo dos veces, y te defendió de otros brujos. Admítelo, Caden, hay algo ahí. —Hizo una pausa, una sonrisa traviesa tirando de sus labios—. Y déjame decirte algo sobre los hombres lobo: no les importa si eres

hombre, mujer o algo intermedio. Un agujero es un agujero para ellos. Lo he visto.

Mi corazón se aceleró mientras varias imágenes llegaban a mi mente de golpe. Atlas desnudo, su cuerpo cubierto de sudor inclinándose sobre mí mientras hacía lo que quería conmigo. Ese brillo dorado en sus ojos mientras tomaba todo lo que deseaba una y otra vez.

Me desplomé en mi cama, gimiendo y abrazando mi almohada. Solo era una fantasía. Nunca podría ser más.

—Incluso si hubiera algo, que no lo hay, no importa. ¿Brujos y hombres lobo juntos? Eso está prácticamente prohibido.

—El fruto prohibido es el más dulce —canturreó Wild, girando en su silla—. Y sé que tienes curiosidad por saber qué tan grande es.

Le lancé mi almohada, que esquivó con una risa.

—No estás ayudando.

—Solo digo —continuó Wild, sin inmutarse por mi ataque con la almohada—, que deberías explorar esto. ¿Cuándo fue la última vez que te permitiste sentir algo por alguien?

Suspiré, pasando una mano por mi cabello.

—Sabes que no puedo, Wild. Mi padre me mataría si descubriera que estoy pensando en un hombre lobo de esa manera. O haciendo cualquier cosa que no fuera practicar para fortalecer mi magia. Y Atlas... tiene responsabilidades. Será el Alfa de su manada algún día.

—Con más razón para divertirse ahora —argumentó Wild, con sus ojos verdes brillando—. Vamos, Caden. Vive un poco. ¿Qué es lo peor que podría pasar?

Le lancé una mirada.

—¿De verdad quieres que responda eso?

Wild desestimó con un gesto de la mano.

—Detalles, detalles. El punto es que te atrae, y él claramente está interesado en ti. ¿Por qué no ver a dónde va?

Me desplomé en mi cama, mirando al techo.

—Porque no puede ir a ninguna parte, Wild. Es simplemente... imposible.

—Nada es imposible —dijo Wild suavemente—. Ustedes los brujos deberían saberlo mejor que nadie.

Cerré los ojos, recordando el día que descubrí mi verdadera herencia, el día en que todo mi mundo se desmoronó a mi alrededor. No había sido más que miserable desde entonces. Claro, había pequeños momentos de felicidad aquí y allá, pero nada lo suficientemente significativo como para iluminar la oscuridad en la que se había convertido mi vida. Sonaba un poco dramático, pero realmente me había descuidado casi por completo estos últimos dos años en busca de magia y aceptación de mi padre, que estaba seguro que nunca obtendría.

Así que tal vez Wild tenía razón. Quizás era hora de hacer algo por mí mismo y disfrutar un poco. Además, si las amenazas de mi padre debían creerse, solo me quedaba un año más o menos antes de que me pusiera en una tumba prematura. Y de una cosa estaba seguro: *no* quería morir virgen.

—¿De verdad crees que podríamos ser algo? —pregunté, con voz apenas audible.

—Voy a ser sincero contigo, Caden —dijo Wild, con un tono sorprendentemente serio por una vez—. No sé si este tal Atlas es el amor de tu vida. Nadie puede decirte eso. Pero viniendo de un tipo con *mucha* experiencia, te puedo decir que está interesado en ti. Los hombres lobo son inexplicablemente atraídos por lo que desean. Él sigue encontrándote y eso me dice que quiere algo de ti. —Me miró, con una sonrisa genuina en su rostro—. Y considerando que no tienes ningún poder que ofrecerle y estar cerca de ti solo complicaría aún más su vida...

—Gracias por eso —murmuré.

—Y aun así sigue buscándote —asintió Wild—. Si eso no es algo, me cortaré las orejas y fingiré ser humano.

No pude evitar reírme de las dramáticas palabras de Wild, pero habían tocado una fibra sensible. Tal vez había algo ahí con Atlas. El pensamiento me emocionaba y aterrorizaba al mismo tiempo, y me llenaba de esperanza.

—Entonces, ¿qué debería hacer? —pregunté, sentándome y abrazando mis rodillas contra el pecho.

Wild sonrió.

—Bueno, para empezar, podrías intentar coquetear un poco. Demuéstrale que tú también estás interesado.

Sentí que mis mejillas se calentaban.

—Ni siquiera sabría por dónde empezar.

—Oh, vamos —se burló Wild—. No eres completamente un caso perdido. Solo... tócale el brazo cuando te rías de sus bromas. Haz contacto visual. Lámete los labios cuando te esté mirando.

—¡Wild! —exclamé, escandalizado.

Se encogió de hombros, sin arrepentimiento.

—¿Qué? Funciona. Créeme.

Negué con la cabeza, pero no pude evitar sonreír.

—Lo pensaré.

—Bien —asintió Wild—. Ahora, sobre ese trabajo...

Gemí, dejándome caer en mi cama.

—No me lo recuerdes. Diez páginas sobre lanzar hechizos en latín versus inglés. Va a ser una tortura.

—¿Quieres ayuda? Aunque no lo creas, el latín está basado en el lenguaje de las hadas, así que prácticamente ya lo hablo. Soy una especie de experto.

—Claro —murmuré, agarrando mi mochila.

Sin embargo, en el momento en que la levanté, la cremallera se soltó, y todos mis libros se desplomaron en el suelo en un montón.

Papeles se esparcieron por todas partes junto con lápices y al menos tres frascos de vidrio llenos de semillas para mi curso de herbolaria.

—Maldita sea —murmuré, agachándome al suelo para recogerlos.

Wild se arrodilló a mi lado, ayudándome a recogerlo todo. Pero después de solo un segundo o dos, se detuvo, sosteniendo un pequeño trozo de papel en sus manos.

—Eh... ¿Caden?

—¿Sí?

—¿Te escribiste una pequeña nota doblada?

Miré el papel, con las cejas fruncidas.

—No. Nunca había visto eso antes.

Wild lo giró, mostrando las letras toscas en el frente.

—Bueno, tiene tu nombre.

Miré el papel doblado, con el corazón de repente acelerado. La letra me resultaba vagamente familiar.

—¿Qué? Déjame ver eso.

Wild me lo entregó, con expresión curiosa. Desdoblé la nota con dedos temblorosos, mis ojos recorriendo la letra desordenada:

Caden,

Encuéntrame en la cresta alta justo fuera de la barrera a medianoche. La que da al valle. Quiero hablar contigo a solas.

-Atlas

Se me cortó la respiración. ¿Atlas me había escrito una nota? ¿Qué podría querer?

—¿Y bien? —insistió Wild, inclinándose sobre mi hombro—. ¿Qué dice?

Dudé un momento antes de leerla en voz alta. Los ojos de Wild se agrandaron, una sonrisa traviesa se extendió por su rostro.

—¡Oh jo jo! ¿Una cita a medianoche? ¡Qué romántico! ¡Asegúrate de llevar lubricante!

—Cállate —murmuré, pero no pude detener el sonrojo que subía por mi cuello—. Probablemente no es nada.

—¿Nada? Caden, te está pidiendo que te reúnas con él a solas fuera de la barrera de la academia. Eso no es nada.

Me mordí el labio, releyendo la nota.

—¿Pero por qué? ¿Y cómo metió esto en mi mochila?

Wild se encogió de hombros.

—¿Importa? La pregunta es, ¿vas a ir?

Miré fijamente la nota, con el corazón acelerado. La parte responsable de mí sabía que debería ignorarla, centrarme en mi trabajo y no arriesgarme a meterme en más problemas. Pero otra parte de mí, una parte que había estado dormida durante demasiado tiempo, vibraba de emoción.

—Yo... creo que sí —dije suavemente, sorprendiéndome a mí mismo.

Los ojos de Wild se iluminaron.

—¿De verdad? ¡Ese es mi chico!

Miré el reloj. Solo eran poco más de las cinco.

—Tengo un poco de tiempo antes de eso.

—Perfecto —sonrió Wild—. Déjame ayudarte a prepararte.

Antes de que pudiera protestar, Wild estaba hurgando en mi armario, arrojando ropa sobre mi cama.

—Ponte esto —indicó, entregándome unos jeans ajustados y un suéter azul suave que según él resaltaba mis ojos.

Mientras me cambiaba, Wild continuó charlando emocionado.

—Recuerda, mantén el contacto visual. Tócale el brazo si puedes. Y por el amor de todo lo mágico, si intenta besarte, no huyas gritando.

—No haría eso —murmuré, pasando el suéter por mi cabeza—. O al menos no quiero hacerlo.

—¿Tienes lubricante? —preguntó Wild seriamente, en el momento en que mi cabeza salió por el suéter.

—Wild...

—Tomaré eso como un no. —Caminó hasta su cómoda, abrió un cajón superior y sacó un par de sobres—. ¿Quieres del tipo caliente o algo con un poco más de chispa mágica?

Solo lo miré, con los brazos cruzados.

Asintió.

—Tienes razón. Comencemos con un lubricante normal y ustedes dos pueden experimentar más tarde. —Cruzando la habitación, metió un par de sobres en el bolsillo de mis jeans. Intenté protestar, pero apartó mi mano—. Es un hombre lobo Alfa, Caden. Un *Alfa*. —Me miró seriamente a los ojos—. *No* será lo suficientemente pequeño para una situación de solo saliva.

Mi estómago se retorció en un nudo apretado ante sus palabras. Me tomó un momento encontrar mi voz, aunque no saqué los sobres de mi bolsillo.

—¿No es un poco prematuro? —pregunté—. Faltan siete horas para que deba encontrarme con él, y dijiste que querías ayudarme con mi trabajo.

Wild tomó mis hombros en sus manos, mirándome con una emoción apenas contenida que lo hacía vibrar.

—Caden, yo escribiré todo el maldito trabajo si es necesario. Pero a cambio, quiero cada mínimo detalle sobre esta noche cuando regreses.

Fruncí el ceño.

—¿Todos?

—Hasta el último jodido detalle —respondió, puntuando cada palabra—. ¿Tenemos un trato?

Dudé, dividido entre mis responsabilidades académicas y el encanto de esta misteriosa reunión de medianoche. Pero el entusiasmo de Wild era contagioso, y me encontré asintiendo.

—De acuerdo, trato —dije, con voz apenas audible—. Pero ni se te ocurra plagiar nada. No quiero que me expulsen.

El rostro de Wild se iluminó con una sonrisa traviesa.

—No te preocupes, haré que suene como si lo hubieras escrito tú. Ahora, ¡vamos a prepararte para tu cita caliente con un hombre lobo aún más caliente!

CAPÍTULO DIEZ: CADEN

Al acercarse la medianoche, tenía el estómago hecho un nudo. Wild me dio un último repaso, ajustándome el suéter y despeinándome ligeramente el cabello.

—Recuerda, muestra confianza —dijo, empujándome hacia la puerta mientras me entregaba mi chaqueta—. Y no olvides respirar.

Asentí, tomando una respiración profunda mientras salía de nuestra habitación. Los pasillos estaban inquietantemente silenciosos mientras avanzaba por la academia, con el corazón palpitando contra mis costillas.

—Y tendré tu trabajo terminado antes de que regreses —me gritó Wild—. Solo necesito cargarme de cafeína primero.

—Gracias —respondí, aunque mi voz sonó bastante débil debido a los nervios que retorcían mis entrañas.

Bajando las escaleras hasta la planta baja, comprobé mi aliento al menos dos veces, consciente de lo sensibles que podían ser las narices de los hombres lobo. Mi mano también se deslizó a mi bolsillo más de una vez, asegurándome de que los sobres de lubricante seguían allí. No es que fuera a suceder, me repetía a mí mismo. Pero la suerte favorece a los preparados.

En el momento en que salí del dormitorio, se me cortó la respiración. Hacía más frío de lo que esperaba. Mi aliento creaba pequeñas nubes frente a mí mientras caminaba. No solo eso, sino que la nieve caía suavemente desde un cielo negro como la brea. No había

señales de estrellas o luna, solo la constante y suave nieve que captaba las luces de la academia mientras descendía al suelo. Ya las aceras tenían una ligera capa de nieve, cambiando su color.

Atlas había mencionado que podría nevar. Por un momento me pregunté si debería regresar y ponerme algo más grueso para protegerme del frío. Pero luego decidí que no. No había viento y llevaba una chaqueta ligera. Además, no era un camino largo, y no necesitaba una excusa para acobardarme ahora. Si volvía al dormitorio, no estaba seguro de si tendría el valor suficiente para salir de nuevo.

Había varias reglas en la Academia Widdershins, pero una de las más importantes era no traspasar la barrera de la escuela después del anochecer. Al estar en el corazón de los Montes Apalaches, no escaseaban los depredadores que rondaban por los bosques por la noche. Y, por supuesto, la concentración de poder de la escuela tenía tendencia a atraer a otros seres sobrenaturales que buscaban causar problemas. Pero nada de eso había ocurrido en casi veinte años. Y por eso no dudé cuando atravesé la barrera resplandeciente hacia el bosque montañoso que rodeaba la escuela.

En el momento en que crucé la barrera, el aire pareció cambiar. El suave resplandor de las luces de la academia se desvaneció detrás de mí, reemplazado por la oscuridad absoluta del bosque. Mi corazón se aceleró mientras seguía el estrecho sendero, apenas visible bajo la nieve recién caída.

Cada crujido de una rama o susurro de hojas me hacía sobresaltar. Traté de recordarme que estaba allí para encontrarme con Atlas, no para convertirme en presa de alguna criatura del bosque. Pero las sombras parecían bailar y retorcerse a mi alrededor, jugando con mis nervios ya desgastados.

Después de lo que pareció una eternidad, llegué al pequeño claro que Atlas había descrito. La luz de la luna se filtraba a través de las ramas desnudas sobre mi cabeza, proyectando un resplandor etéreo sobre el suelo cubierto de nieve. Y allí estaba él, apoyado contra un

enorme roble, su forma musculosa inconfundible incluso en la tenue luz.

—Viniste —dijo Atlas, su voz profunda enviando un escalofrío por mi columna que nada tenía que ver con el frío.

Asentí, incapaz de encontrar mi voz mientras lo observaba. Su cabello oscuro estaba despeinado, sus ojos dorados brillaban con una intensidad que me debilitaba las rodillas. Cuando se separó del árbol y se acercó a mí, sentí que se me cortaba la respiración.

Atlas se movía con gracia depredadora, cerrando la distancia entre nosotros en unas pocas zancadas. Se erguía sobre mí, sus anchos hombros bloqueando la luz de la luna. Podía sentir el calor que irradiaba su cuerpo, un fuerte contraste con el aire gélido que nos rodeaba.

—No estaba seguro de que vendrías —murmuró, su voz un ronroneo bajo que me envió escalofríos por la espalda. Su mano se elevó para acunar mi mejilla, su pulgar rozando mi labio inferior. Era un movimiento sorprendentemente directo—. ¿Sabes que esto es peligroso, verdad? ¿Nosotros estando aquí juntos?

Tragué con dificultad, tratando de encontrar mi voz. —Lo sé —susurré—. Pero no podía mantenerme alejado.

Un gruñido vibró en el pecho de Atlas, sus ojos destellando con algo primitivo. En un movimiento rápido, me atrajo contra él, un brazo rodeando mi cintura mientras su otra mano se enredaba en mi cabello.

—No tienes idea de lo que me provocas —gruñó Atlas, su aliento caliente abanicando mi rostro—. Puedo oler tu excitación, tu deseo. Me está volviendo loco.

Mi corazón latía con fuerza mientras miraba hacia sus ojos dorados, viéndolos oscurecerse con lujuria. Podía sentir los duros planos de su cuerpo musculoso presionados contra mí, su calor filtrándose a través de mi ropa. Me quedé allí en shock. No podía creer lo que estaba diciendo. Era tan abierto y tan libre con sus palabras fuera de la barrera. Era... extraño. Pero también me gustaba. No podía negar

que me estaba diciendo exactamente lo que había anhelado escuchar.

—Atlas —respiré, apenas capaz de formar pensamientos coherentes —. Te deseo. Ya no me importan las reglas.

Un sonido bajo y animal retumbó desde su pecho. En un movimiento fluido, nos giró y me presionó contra la áspera corteza del roble. Sus labios se estrellaron contra los míos en un beso abrasador que me robó el aliento.

Gemí en su boca, mis manos aferrándose a su camisa mientras lo acercaba más. Atlas besaba como hacía todo lo demás: con feroz intensidad y poder dominante. Su lengua invadió mi boca, reclamándome por completo.

Cuando finalmente nos separamos, jadeando por aire, los ojos de Atlas habían cambiado a un dorado fundido. Podía ver que sus caninos se habían alargado ligeramente, una señal de su naturaleza de hombre lobo asomándose. Pero algo en el aire pareció cambiar mientras me miraba. Sus labios se curvaron lentamente hacia atrás, su mirada fija en la vena pulsante de mi cuello. El miedo se arrastró por mi cuerpo, frío y alarmante.

—Atlas... —murmuré—. ¿Qué sucede?

Se rio, su voz extrañamente metálica. Cuando volvió a mirarme, sus ojos ya no eran dorados, sino esmeralda. El pánico invadió mi cuerpo, mis músculos tensándose bajo su agarre.

Ese no era Atlas.

Intenté apartarme, pero la criatura que no era Atlas me mantuvo firmemente contra el árbol. Su agarre era anormalmente fuerte, sus dedos clavándose dolorosamente en mis brazos.

—Qué brujo tan tonto —ronroneó, su voz una perturbadora imitación del timbre profundo de Atlas—. Escabulléndote después del toque de queda, encontrándote con un hombre lobo en el bosque oscuro. ¿Realmente pensaste que esto terminaría bien?

Mi corazón martilleaba salvajemente mientras luchaba contra su agarre. —¿Quién eres? ¿Qué has hecho con Atlas?

La criatura echó la cabeza hacia atrás y rio, el sonido resonando de manera antinatural por el claro. Cuando volvió a mirarme, su rostro comenzó a cambiar y contorsionarse. Las hermosas facciones que había estado admirando momentos antes se derritieron, revelando un rostro familiar que conocía demasiado bien.

—Tu precioso Atlas nunca salió de la academia —se burló Rowan—. La magia de ilusión es de las más fáciles de crear. Pero tú eres tan débil y fácil de manipular, especialmente cuando estás cegado por la lujuria.

Intenté desesperadamente invocar mi magia, pero el miedo me había paralizado. Allí estaba yo, en medio de la nada mucho más allá de la barrera de la academia con la persona que más me odiaba, aquel que había jurado vengarse.

¿Por qué había sido tan tonto como para creer que esa nota era realmente de Atlas? Él nunca sería tan directo, y yo sabía que no estaba interesado en mí de esa manera. Pero permití que mis sentimientos y desesperación anularan mi buen juicio y ahora iba a pagar por ello. No tenía idea si Rowan iba a matarme, mutilarme o ambas cosas. Lo único que sabía era que iba a ser horrible.

Los ojos esmeralda de Rowan brillaban con malicia mientras me presionaba con más fuerza contra el árbol. Podía sentir la áspera corteza clavándose en mi espalda a través del delgado suéter.

—No tienes idea de cuánto tiempo he esperado este momento —siseó, su rostro a centímetros del mío—. Para finalmente enseñarte una lección sobre entrometerte en asuntos que no te conciernen.

Intenté mantener mi voz firme mientras hablaba. —Rowan, por favor. Podemos hablar sobre esto. No tienes que...

Su mano salió disparada, agarrando mi garganta y cortando mis palabras. —Cállate —gruñó—. Estoy harto de escuchar tus patéticas excusas.

El pánico arañaba mi pecho mientras luchaba por respirar. Manchas negras bailaban en los bordes de mi visión. Justo cuando pensé que podría desmayarme, Rowan soltó su agarre. Jadeé, aspirando desesperadamente bocanadas de aire.

—¿Qué quieres de mí? —logré decir con voz ahogada.

Una sonrisa cruel torció los labios de Rowan. —Oh, quiero muchas cosas. Pero por ahora, creo que me conformaré con tomar de ti lo que me negaste con Atlas. —Bajó la mano, desabrochando su cinturón—. Y creo que mis amigos también tendrán su turno.

De repente, otros cuatro brujos salieron de la oscuridad, desvaneciéndose sus hechizos de ocultamiento. Eran los secuaces de Rowan, los mismos con los que siempre andaba. Y todos tenían la misma mirada hambrienta en sus ojos.

Quería correr, gritar, contraatacar. Pero yo era impotente comparado con ellos. Eran brujos del más alto calibre de las familias más poderosas. Y estábamos al menos a un kilómetro y medio de la barrera de la academia. Incluso si gritara hasta quedarme sin voz, nadie me oiría. Nadie vendría a rescatarme.

Mi única opción era cerrar los ojos y esperar que todo terminara pronto.

CAPÍTULO ONCE: ATLAS

No estaba seguro de cuánto tiempo llevaba corriendo. Desde mi cita con Caden para tomar café, me sentía eufórico. La energía que recorría mi cuerpo simplemente no disminuía. Apenas había logrado concentrarme en mis clases posteriores. En cuanto terminé, no soportaba la idea de quedarme quieto haciendo tareas. Así que dejé mis libros y me dirigí al gimnasio. Había estado allí desde entonces, levantando pesas y corriendo vueltas. Nada funcionaba.

Incluso después de todo eso, seguía rebosante de energía, con el lobo en mi interior negándose a calmarse. Estar cerca de Caden ya era bastante malo, pero esos momentos íntimos que pasaron entre nosotros cuando me levanté para protegerlo de esos brujos imbéciles... esos encendieron un fuego en lo más profundo de mi alma.

Mis instintos de Alfa se activaron en ese momento, colocándome entre Caden y los otros. Nunca había sentido nada parecido antes, el lobo dentro de mí irguiéndose en un instante. La sensación por sí sola casi fue suficiente para provocar que me transformara en el acto. Eso, más que nada, me preocupaba.

El tipo de sensaciones que estaba sintiendo, el impulso de proteger y estar cerca de Caden todo el tiempo... eran muy intensas. Y el componente sexual también se estaba volviendo más fuerte. Era cada vez más difícil ignorarlo.

Disminuí mi ritmo en la cinta de correr, mi respiración entrecortada. El sudor me caía por la cara y el cuello, empapando mi camiseta. Pero aun así, la energía inquieta se negaba a disiparse.

Imágenes de Caden aparecían en mi mente: su sonrisa tímida, esos expresivos ojos azules, las adorables pecas sobre su nariz. El lobo dentro de mí gruñó con deseo. Agarré con fuerza las manijas de la cinta, tratando de recuperar el control.

Esto no era solo lujuria o un simple flechazo. Era algo más profundo, más primitivo. El impulso de reclamar a Caden como mío, marcarlo, protegerlo, poseerlo completamente. La intensidad me asustaba.

Nunca había sentido esto por nadie antes. Claro, había tenido encuentros casuales y aventuras pasajeras. Pero esto... esto era diferente. Peligroso.

Mientras bajaba de la cinta con piernas temblorosas, me vi reflejado en el espejo. Mis ojos brillaban con una luz ámbar antinatural, mis caninos ligeramente alargados. Sin mencionar el bulto en mis shorts deportivos... no era nada sutil. Mierda. Necesitaba controlarme antes de que alguien lo notara.

Me metí en el vestuario, salpicándome la cara con agua fría. Me aferré a los bordes del lavabo, mirando mi reflejo mientras intentaba calmar mi corazón acelerado. Respiraciones profundas. Adentro y afuera. Lentamente, el brillo ámbar en mis ojos se desvaneció, mis dientes volviendo a la normalidad.

Pero el dolor en mi pecho permanecía. El anhelo. La necesidad de ver a Caden de nuevo, de estar cerca de él, de tocarlo. Era casi doloroso.

No podía seguir así. Tenía que hacer algo, decir algo. ¿Pero qué pasaría si Caden no sentía lo mismo? ¿Y si lo asustaba? El pensamiento me revolvió el estómago.

—¿Atlas? —llamó una voz por el vestuario. Me giré para ver al conserje nocturno asomándose por la esquina—. Estoy cerrando por la noche, chico.

—Gracias —dije, haciéndole un gesto con la mano—. Saldré en un minuto. Perdón por tardar tanto.

—¡No hay problema! —exclamó, volviendo a la zona principal.

Mientras me secaba y me cambiaba de nuevo a mi ropa normal, tomé una decisión. Iría a ver a Caden esta noche. Solo para hablar. Para intentar aclarar estos sentimientos. Quizás si le explicaba lo que estaba pasando, lo entendería. O tal vez saldría corriendo en la dirección opuesta.

De cualquier manera, no podía seguir guardando esto dentro de mí. Me estaba consumiendo. Tenía que saber qué significaba.

Salí del gimnasio, el aire frío de la noche fue un alivio bienvenido contra mi piel acalorada. Mis pies me llevaron a través del campus hacia la residencia de Caden antes de que pudiera dudar de mí mismo. La nieve caía a mi alrededor mientras caminaba. Las dríadas tenían razón, se estaba gestando una tormenta de nieve. Aunque ahora era relativamente suave, mi sensible olfato detectó la ventisca no muy lejos. No tenía duda de que todo el campus estaría bajo varios centímetros para la mañana.

Cerca de la medianoche, no había nadie deambulando por el campus. Caminaba solo, con mis pensamientos acelerados mientras la nieve amortiguaba todos los sonidos del mundo a mi alrededor. No fue hasta que pasé el centro estudiantil que vi a otra persona. Pero estaba tan perdido en mis propios pensamientos que no le ofrecí más que una mirada. Seguí caminando, dirigiéndome a la habitación de Caden. Sin embargo, una voz me hizo detenerme en seco.

—¡¿Atlas?!

Me di la vuelta para ver a un hombre de ojos verdes y pelo rojo acercándose con paso firme y un café en la mano. Tenía orejas puntiagudas y una gracia élfica. Era fácil notar que era Fae. Pero no fue hasta que se acercó a la luz de la farola que me di cuenta de que era Wild, el compañero de habitación de Caden.

—¡Eres tú! —ladró, con las cejas fruncidas de ira—. ¿Qué demonios haces aquí? ¿Dónde está Caden?

Su ira me sorprendió. —¿A qué te refieres? —pregunté, dando un paso atrás—. Solo iba a vuestra habitación para hablar con él.

—Se supone que deberías estar reuniéndote con él en la cresta fuera de la academia —espetó, señalando hacia la barrera—. ¿O acaso olvidaste lo que decía tu nota?

Mi corazón comenzó a latir ansiosamente. —¿Nota? ¿Qué nota? —No tenía idea de lo que estaba hablando.

—¡La que le metiste en su libro, idiota!

Permanecimos allí en silencio por un momento, ambos completamente confundidos. Luego, vi cómo la realización aparecía en el rostro de Wild. Me dijo todo lo que necesitaba saber.

—Entonces... ¿con quién va a reunirse Caden? —preguntó, con voz apenas audible.

Se me heló la sangre. El lobo dentro de mí gruñó, con el pelo erizado. Sin decir otra palabra, salí corriendo hacia la cresta, mis pies golpeando contra el suelo cubierto de nieve. Los gritos de Wild se desvanecieron detrás de mí mientras atravesaba el campus a toda velocidad, con el corazón retumbando en mi pecho.

La ventisca estaba aumentando, gruesos copos de nieve arremolinándose a mi alrededor mientras corría. El viento aullaba, azotando mi cabello y ropa. Pero apenas sentía el frío. Solo podía pensar en Caden, solo y vulnerable, caminando hacia algún tipo de trampa. Y tenía una buena idea de quién podría haberla preparado.

Rowan. El brujo al que me enfrenté ese mismo día. No dudaba que él estaba detrás de todo esto. Y si eso era cierto, Caden estaba en grave peligro.

Al acercarme al borde del campus, capté su olor en el viento. Débil, pero inconfundible. Terroso y fresco, como un bosque después de la lluvia. Era el de Caden, estaba seguro. Mi lobo se alzó, instándome a correr más rápido. A encontrarlo. Protegerlo.

Atravesé la barrera, con la nieve crujiendo bajo mis pies. La cresta se alzaba adelante, a al menos un kilómetro y medio de distancia,

una silueta marcada contra el cielo tormentoso. Pero debido a la falta de luz, no podía distinguir nada. Sin embargo, capté su olor en el viento mientras corría, mezclado con algo amargo y lleno de malicia.

Brujos.

—¡Caden! —grité, mi voz casi perdiéndose en el vendaval.

Pero no había nadie que me respondiera. Todavía no. Aceleré el paso, llevando mi cuerpo al límite mientras subía corriendo por la montaña. El viento azotaba nieve contra mi cara mientras cargaba hacia la cresta, siguiendo el olor de Caden. Mi corazón latía con fuerza, no por el esfuerzo, sino por el miedo. ¿Y si llegaba demasiado tarde? ¿Y si Rowan y sus amigos brujos ya habían herido a Caden? El pensamiento hizo hervir mi sangre.

Al llegar a la cima de la cresta, los vi. Un grupo de figuras oscuras agrupadas en círculo, sus capas ondeando con el viento. Y en el centro, una figura más pequeña con cabello rubio de rodillas: Caden.

Podía oler su miedo, agudo y acre en el viento. Estaba tratando de retroceder, pero los brujos lo tenían rodeado. La voz burlona de Rowan se elevaba por encima del aullido del viento. No necesitaba ver los jeans abiertos de Rowan para conocer sus intenciones. Podía oler su lujuria y hambre de carne en el viento. Pretendía lastimar a Caden de la manera más asquerosa posible.

—¿De verdad creíste que un brujo insignificante como tú podría impedir que consiguiera lo que quería? —se burló—. Te enseñaré cuál es tu lugar, pequeño maricón.

Un gruñido se escapó de mi garganta mientras cargaba hacia adelante. Los brujos se giraron, sobresaltados por mi repentina aparición. Embestí contra ellos, dispersando su círculo. Mi puño conectó con la mandíbula de Rowan, enviándolo a caer en la nieve.

—¡Atlas! —gritó Caden, alivio y miedo mezclándose en su voz.

Me coloqué entre él y los brujos, mi cuerpo en tensión y listo para atacar. El lobo dentro de mí aullaba pidiendo sangre, instándome a

despedazarlos por atreverse a amenazar lo que era mío. Podía sentir el cambio aproximándose, mis huesos moviéndose bajo mi piel.

—Lárgate de aquí, chucho —escupió Rowan, limpiándose la sangre de su labio partido—. Esto no te concierne.

—Claro que me concierne —gruñí, mi voz volviéndose más profunda mientras la transformación se apoderaba de mí—. Si lo tocas de nuevo, te arrancaré la maldita garganta.

Los otros brujos parecían inseguros, mirando alternativamente entre Rowan y yo. Podían sentir el peligro que irradiaba de mí en oleadas. Pero Rowan solo sonrió con desdén, levantando sus manos mientras energía oscura crepitaba entre sus dedos.

—¿Crees que puedes enfrentarte a todos nosotros, perro? —se burló —. Estás en desventaja numérica.

Sentí la mano de Caden en mi brazo, temblando ligeramente. —Atlas, no lo hagas —suplicó—. Te harán daño.

Su contacto me centró, pero no necesitaba estar centrado. Había algo que Rowan no sabía sobre mí, sobre mi herencia. Mi familia era uno de los clanes de hombres lobo más antiguos del continente. Y con eso venían ciertos poderes.

—Da tu mejor golpe, *perra* —gruñí.

El aire crepitaba con tensión mientras Rowan y yo nos enfrentábamos, los otros brujos flanqueándolo con incertidumbre. Podía oler su miedo, pero también su sed de sangre. Querían pelea.

—Atlas, por favor —susurró Caden detrás de mí, su voz temblando —. Vámonos.

Pero no podía retroceder ahora. Estos bastardos tenían que aprender que no podían meterse con lo que era mío. El lobo dentro de mí estaba completamente al control ahora, mis músculos ondulando mientras la transformación se apoderaba de mí.

Los ojos de Rowan se ensancharon mientras veía mi cuerpo cambiar y crecer, un pelaje oscuro brotando sobre mi piel. La ropa se

desgarró de mi cuerpo, hecha jirones por el cambio. En cuestión de segundos, me erguí ante ellos no como hombre ni como lobo, sino como un monstruo imponente con colmillos goteantes, garras oscuras y un gruñido que pondría en guardia incluso al más valiente. Mis ojos ámbar brillaban en la oscuridad mientras mostraba los colmillos, mi cuerpo irradiando poder.

—Mierda santa —jadeó uno de los otros brujos, dando un paso atrás —. Él... es un monstruo...

Pero Rowan se mantuvo firme, energía oscura arremolinándose alrededor de sus manos. —¿Y qué si eres una copia barata de una película de terror? —se burló—. Aún podemos derribarte.

Lanzó un rayo de magia negra crepitante hacia mí, pero yo estaba listo. Levanté mi antebrazo, recibiendo la magia de frente. Golpeó mi cuerpo, crepitó y se desvaneció.

—Apenas un cosquilleo —gruñí, mi voz fácilmente una octava más baja de lo normal—. No eres lo suficientemente poderoso para detenerme.

La cara de Rowan palideció, su bravuconería vacilando por primera vez. Los otros brujos intercambiaron miradas nerviosas, su confianza claramente quebrantada. Pero Rowan aún no estaba listo para rendirse.

—¡Atacad, idiotas! —gritó, lanzándome otra ráfaga de magia oscura.

La esquivé fácilmente, mis reflejos aumentados permitiéndome moverme con velocidad inhumana. Los otros brujos se unieron, lanzando hechizos y maldiciones en mi dirección. Pero ninguno podía tocarme. Era demasiado rápido, demasiado fuerte.

Con un gruñido, me abalancé sobre el brujo más cercano, mis garras rasgando su pecho. Gritó y retrocedió tambaleándose, la sangre manchando la nieve, aunque la herida era superficial. Los demás se dispersaron, su formación rompiéndose mientras el pánico se instalaba.

Volví mi atención hacia Rowan, que retrocedía lentamente, con los ojos abiertos por el miedo. —¡Aléjate! —gritó, con la voz quebrada.

Pero no iba a dejarlo escapar. No después de lo que había intentado hacerle a Caden. Avancé hacia él, mi forma masiva proyectando una sombra sobre su cuerpo tembloroso.

—¡Atlas, espera! —la voz de Caden atravesó el viento y la nieve.

Pero no le hice caso.

Parado sobre Rowan, me eché hacia atrás, garras afiladas como navajas en alto. —¡Nunca vuelvas a tocar a mi *pareja*! —rugí.

Sin vacilar, mis garras atravesaron el aire, golpeando el rostro de Rowan. La sangre salpicó la nieve, el carmesí en marcado contraste con el blanco que se acumulaba en el suelo.

Retrocedí un paso, mirando a todos los demás brujos. —Está vivo —gruñí—. Llevadlo y largaos de aquí.

Hicieron lo que les ordenaron, ninguno lo suficientemente valiente para enfrentarse a mí de nuevo. Uno se arrodilló y lanzó algún tipo de hechizo curativo a Rowan, pero no fue suficiente para deshacer el daño. Llevaría esa cicatriz por el resto de su vida, un claro recordatorio de lo que sucede cuando se interpone entre un hombre lobo Alfa y su pareja.

Juntos levantaron a Rowan y bajaron por la montaña, desapareciendo en la tormenta. Limpiando mis garras en la nieve, me volví hacia Caden, cuyos ojos estaban abiertos de miedo mientras me miraba. Noté que su camisa estaba rasgada y tenía un moretón formándose en una mejilla, un regalo de Rowan sin duda.

—Por favor... —sollozó—. Por favor, no me hagas daño.

Me incliné, recogiéndolo en mis brazos. —Nunca te haría daño —dije suavemente—. Solo estoy aquí para protegerte.

Vaciló solo un momento antes de rodear mi cintura con sus brazos. Los sollozos sacudían su cuerpo mientras enterraba su rostro en mi pelaje. Tan suavemente como pude, lo levanté y lo llevé hacia los

árboles, encontrando un pequeño lugar protegido del viento. Lo atraje con fuerza contra mí, mi pelaje manteniendo el frío y la nieve lejos de su piel.

Esperaría todo el tiempo que él necesitara. Y estaba decidido a no perderlo de vista nunca más. Nadie le haría daño mientras yo viviera. Él era mi pareja, simple y llanamente. Y yo era su Alfa.

CAPÍTULO DOCE: ATLAS

La tormenta rugía a nuestro alrededor mientras avanzaba la noche. Y Caden, sin mediar palabra, se había quedado dormido, sus sollozos lo habían dejado sin energía. Pero no me importaba. Estaba más que feliz de permanecer allí con la espalda contra el árbol, siendo su escudo contra la ventisca que nos rodeaba. Gracias a mi forma Alpha, tenía suficiente calor. Y con Caden en mis brazos, me sentía más en casa que nunca en mi vida.

Mientras el viento aullaba, observé la figura dormida de Caden. Su pelo rubio estaba cubierto de copos de nieve, y sus mejillas pecosas estaban sonrojadas por el frío. Incluso dormido, parecía preocupado, con el ceño ligeramente fruncido. Anhelaba borrar esas líneas de preocupación, protegerlo de los demonios que lo atormentaban.

Mis dedos ansiaban trazar la delicada curva de su mandíbula, pero me contuve. Caden era tan frágil, tan inseguro de sí mismo. Lo último que quería era sobresaltarlo con un contacto no deseado. En su lugar, apreté mis brazos a su alrededor, protegiendo su cuerpo esbelto del viento cortante.

Como Alpha, estaba acostumbrado a tomar el control, a ser el fuerte. Pero con Caden, todo se sentía diferente. Su naturaleza tranquila sacaba de mí una delicadeza que no sabía que poseía. Me descubrí queriendo sacarlo de su caparazón, verlo sonreír y reír libremente.

Un suave murmullo escapó de los labios de Caden, y se acurrucó más cerca de mi pecho. Mi corazón se encogió ante esta

inconsciente muestra de confianza. Si tan solo supiera el efecto que tenía en mí. Cómo su mera presencia encendía mi sangre, hacía que mi lobo aullara de anhelo.

Inhalé profundamente, saboreando el aroma de Caden —una mezcla de bosque y tierra con un trasfondo de algo únicamente suyo. Mis sentidos agudizados captaron los leves rastros de magia que se aferraban a él, recordándome su poder oculto. Aunque sus habilidades eran menores, había algo especial en Caden. Algo que me atraía hacia él como una polilla a la llama. Después de mi arrebato contra Rowan, ahora sabía lo que era. Él era mi pareja. Y eso creaba enormes problemas, unos que ambos tendríamos que enfrentar en algún momento.

Pero por ahora, aparté esos pensamientos. La preocupación inmediata era llevar a Caden a un lugar seguro y cálido. Como la tormenta no mostraba signos de amainar, sabía que no podíamos quedarnos aquí mucho más tiempo.

Con sumo cuidado, moví a Caden en mis brazos, acunándolo contra mi pecho mientras me levantaba lentamente. Se agitó ligeramente pero no despertó, en lugar de eso, se acurrucó más cerca de mi calor. El gesto envió una descarga de posesividad a través de mí, mi lobo gruñendo con satisfacción al tener a nuestra pareja tan cerca.

Examiné nuestro entorno, mi visión mejorada cortando a través de la nieve arremolinada. Allí, a unos cuatrocientos metros hacia el este bajando la montaña, divisé lo que parecía una cabaña vieja. No era lo ideal, pero proporcionaría mejor refugio que este claro expuesto.

Mientras avanzaba con dificultad por la nieve profunda, apenas notaba el ligero peso de Caden. Mi mente divagaba hacia lo ocurrido esa noche, cuando Rowan y sus matones lo tenían rodeado. Podía oler sus intenciones en el viento, la lujuria que emanaba de sus poros. La ropa de Caden estaba rasgada y tenía moretones cuando llegué, pero gracias a mi agudo sentido del olfato, sabía que esos brujos no habían conseguido lo que querían. Todavía estaba intacto. Y eso era algo bueno también. Si Rowan hubiera logrado hacer algo... *indecoroso*, lo habría matado en el acto. Y eso habría

significado una vida huyendo. Aun así, lo había mutilado y solo eso probablemente aseguraría mi expulsión una vez que volviéramos a la academia.

La cabaña se alzaba ante nosotros, una silueta oscura contra el blanco arremolinado. Me acerqué con cautela, mis sentidos en alerta máxima ante cualquier señal de peligro. Pero los únicos sonidos eran el viento aullador y la suave respiración de Caden contra mi pecho.

La puerta se abrió con un suave empujón, revelando un interior polvoriento. Era básica —solo una habitación con una pequeña chimenea, una mesa desvencijada y una cama estrecha. Pero serviría.

Deposité a Caden suavemente en la cama cubierta de polvo, mis dedos demorándose quizás un momento demasiado largo en su piel fría. Se agitó, sus ojos azules abriéndose confundidos.

—Shh —lo calmé—. Estamos a salvo ahora. Descansa.

Su mirada se encontró con la mía, vulnerable y confiada. Algo primitivo se agitó dentro de mí, una necesidad posesiva de reclamar y proteger. Tragué con fuerza, reprimiendo esos impulsos. Caden necesitaba consuelo ahora, no mi lujuria apenas contenida. Además, una erección en esta forma no era algo fácil de esconder. Lo último que quería era hacerle pensar que yo era tan malo como esos otros brujos.

Me ocupé en encender un fuego, agradecido por la distracción. Me llevó unos buenos diez minutos vagar por la nieve exterior para recoger suficiente leña. Sin embargo, todo fue en vano una vez que regresé al interior. Con mi ropa destrozada y nada dejado en la cabaña, no había forma de encenderlo.

—Yo... yo puedo ayudar —dijo una pequeña voz detrás de mí.

Me giré para ver a Caden acercarse, agachándose frente a la chimenea. La leña ya estaba apilada y rellena con algo del papel tapiz desprendido de la cabaña para ayudar a que prendiera. Extendió una mano, cantando suavemente bajo su aliento. Un resplandor verde comenzó a formarse alrededor de sus dedos,

profundizándose en color hasta volverse naranja brillante. Alcanzó y tocó con su dedo el papel, que se encendió al instante. En cuestión de momentos, un calor reconfortante comenzó a llenar la cabaña, con el fuego crepitando agradablemente.

—Gracias —susurró después de un minuto, rompiendo el silencio—. Por salvarme, quiero decir. Por... bueno, todo.

Me volví hacia Caden, observando su expresión vulnerable. La luz del fuego bailaba sobre sus rasgos, resaltando la curva de sus pómulos y la plenitud de sus labios. Se me cortó la respiración.

—No necesitas agradecerme —dije suavemente—. Siempre te protegeré, Caden.

Sus ojos azules se agrandaron ligeramente ante mis palabras, un ligero rubor extendiéndose por sus mejillas pecosas. Bajó la cabeza, su pelo rubio cayendo hacia adelante para ocultar su rostro.

—¿Por qué? —susurró, apenas audible sobre el crepitar del fuego—. ¿Por qué arriesgarías todo por mí?

Dudé, inseguro de cuánto revelar. La verdad ardía dentro de mí, rogando ser pronunciada. Pero no quería abrumarlo, no cuando ya estaba tan frágil.

—Porque eres especial —dije finalmente, extendiendo la mano para levantar suavemente su barbilla. Nuestros ojos se encontraron, y sentí esa chispa familiar de conexión—. Vales la pena proteger, Caden. Vales todo.

Tembló bajo mi toque, su pulso acelerándose. Podía oler la mezcla de miedo y excitación que emanaba de él, intoxicante y confusa. Su mirada se desvió, luego volvió a mí, la incertidumbre clara en esas profundidades azules.

—N-no entiendo —tartamudeó—. Nadie ha... quiero decir, no soy...

Acuné su rostro suavemente, mi pulgar trazando la curva de su pómulo.

—Lo eres —insistí suavemente—. Eres más de lo que crees, Caden.

Un escalofrío recorrió su cuerpo ante mi toque, sus labios separándose ligeramente. El olor de su excitación se intensificó, mezclándose con el humo de la madera y el aire fresco del invierno que se filtraba por las grietas de la cabaña. Mi control se estaba debilitando, el impulso de reclamarlo crecía cada segundo.

—Así es como me engañó —dijo Caden, con la voz quebrada—. Me hizo pensar que me deseabas. Incluso se puso un glamour para parecer tú... y caí en la trampa —Sacudió la cabeza, los recuerdos claramente carcomiéndolo—. Cedí... dejé que me besara...

Un gruñido bajo reverberó en mi pecho antes de que pudiera evitarlo. Pero me detuve en el momento en que esos ojos azules captaron mi mirada de nuevo.

—Si cedo de nuevo... ¿cómo sabré que es real?

Respiré profundamente, luchando por controlar mi ira por lo que Rowan había hecho. La idea de que engañara a Caden, tocándolo mientras llevaba mi rostro, hacía hervir mi sangre. Pero Caden no necesitaba mi rabia ahora. Necesitaba seguridad, suavidad.

—Caden —dije suavemente, mis manos todavía acunando su rostro —. Te prometo que esto es real. Yo soy real.

Guié una de sus manos a mi pecho, presionando su palma contra mi corazón.

—¿Sientes eso? Late por ti. Solo por ti.

Sus dedos se curvaron ligeramente contra mi pelaje oscuro, y vi un destello de algo en sus ojos —esperanza, tal vez. O deseo.

—¿Pero cómo puedo estar seguro? —susurró, su voz temblorosa.

Me incliné lentamente, dándole mucho tiempo para apartarse. Pero no lo hizo. En cambio, sus ojos se cerraron mientras presionaba mi frente contra la suya.

—Porque Rowan nunca podría replicar realmente esto —murmuré—. La forma en que me haces sentir. La forma en que mi lobo responde a ti.

Para enfatizar mi punto, dejé escapar un gruñido bajo y retumbante. Caden se estremeció cuando vibró a través de su cuerpo, asegurándole que yo era real, no solo una ilusión miserable.

—Y nunca tomaría de ti, Caden —añadí, con los ojos aún cerrados—. No te pediré que me beses o estés conmigo o cualquier otra cosa. Lo que suceda entre nosotros es bajo tus términos. Soy tu sirviente dispuesto, tu protector y tu pareja. Mi trabajo es darte lo que necesitas, no tomar de ti lo que deseo.

La respiración de Caden se entrecortó ante mis palabras, sus dedos apretándose en mi pelaje. Podía sentir el rápido latido de su corazón, oler la mezcla intoxicante de excitación y nerviosismo que emanaba de él. Durante un largo momento, permanecimos así, con las frentes juntas, respirándonos mutuamente.

Entonces, con un suave gemido, Caden cerró la distancia entre nosotros. Sus labios encontraron los míos, vacilantes al principio, luego con creciente confianza. El beso fue suave, exploratorio, nada parecido a los forzados que Rowan había robado. Dejé que Caden marcara el ritmo, mis manos permaneciendo cuidadosamente en su rostro mientras se inclinaba hacia mí.

Cuando finalmente nos separamos, las mejillas de Caden estaban sonrojadas, sus pupilas dilatadas. Me miró con asombro, como si me viera por primera vez.

—Eso fue... —se interrumpió, buscando palabras.

—Real —terminé por él, mi voz áspera por la emoción—. Eso fue real, Caden.

Asintió, una pequeña sonrisa tirando de las comisuras de su boca. Era la primera sonrisa genuina que veía de él sin contenerse, y eso hizo que mi corazón se elevara.

—Te creo —susurró—. Sé que eres realmente tú, Atlas.

—Ven aquí —dije, atrayéndolo a mi regazo para que su espalda quedara contra mi pecho.

Lo rodeé con mis brazos mientras nos sentábamos allí en el suelo frente a la chimenea, ambos disfrutando del calor. Estuvimos callados mientras mirábamos las llamas crepitantes. La ventisca afuera continuaba rugiendo, cubriendo lentamente los cristales de las ventanas con nieve hasta que fue imposible ver a través de ellos. Todo el mundo había desaparecido, como si el tiempo mismo se hubiera detenido para nosotros. Era una sensación hermosa y una que sabía que no duraría para siempre.

Pero esa sensación fue interrumpida por el lobo dentro de mí. Estar tan cerca de Caden me había hecho perder la noción de mis niveles de energía. Entre toda la carrera, la lucha y la transformación, me estaba quedando sin tiempo en mi forma Alpha.

—Caden —dije suavemente—. Voy a volver a cambiar pronto. No puedo mantener esta forma mucho más tiempo.

Me miró.

—Está bien.

Dudé un momento.

—Y estaré, eh... desnudo. Mi ropa se destruyó en la transformación.

Sus mejillas se volvieron rojo brillante al instante, sus ojos recorriendo mi cuerpo.

—Oh.

CAPÍTULO TRECE: CADEN

La forma de Atlas comenzó a encogerse a mi alrededor. En cuestión de segundos, el hocico se retrajo hasta convertirse en el atractivo rostro que reconocía, el pelaje desapareció y las garras se retrajeron. Lo que una vez fue un monstruoso hombre lobo era ahora un hombre familiar, aunque todavía grande y musculoso. Me deslicé hacia adelante, no queriendo invadir su espacio personal. Sin embargo, en el momento en que volví a mirarlo, mi mirada bajó hacia su entrepierna, obteniendo una vista completa de su miembro en todo su esplendor.

Era más grande de lo que esperaba.

Mi cara se puso roja como un tomate mientras me daba la vuelta. —Oh, Dios mío... —dije, sacudiendo la cabeza—. Lo... lo siento mucho. No quise hacer eso. Simplemente pasó y...

Pero mis palabras fueron interrumpidas cuando los brazos de Atlas me rodearon una vez más, acercándome a él. —Está bien, Caden. No me importa —hizo una pausa por un momento—. ¿Te... te gusta cómo me veo?

Tragué saliva, con el corazón latiendo fuertemente en mi pecho. El cálido aliento de Atlas me hacía cosquillas en la oreja, provocándome escalofríos por toda la espalda. Quería darme la vuelta y mirarlo de nuevo, absorber cada centímetro de su forma esculpida, pero estaba paralizado por una mezcla de deseo y temor.

—Yo... sí —finalmente logré susurrar, mi voz apenas audible—. Eres hermoso, Atlas.

Su agarre sobre mí se tensó, y sentí algo duro presionando contra mi espalda baja. Un pequeño jadeo escapó de mis labios al darme cuenta de lo que era. Aparentemente mis palabras tuvieron más efecto en él de lo que pensaba.

—Me alegro que te guste —dijo suavemente, con su barbilla apoyada sobre mi cabeza. Hizo una pausa de nuevo—. Y... eh... perdón por mi... ya sabes.

—N-No pasa nada —tartamudeé, tratando de fingir que no me provocaba una emoción que me recorría todo el cuerpo. Mi propio cuerpo reaccionó, mis vaqueros de repente muy apretados—. Entonces... eh... ¿qué querías decir con eso de que soy tu pareja?

El pecho de Atlas retumbó con un gruñido bajo mientras se acomodaba en mi cuello. —Significa que eres mío, Caden. Mi lobo te eligió en el momento en que capté tu aroma por primera vez. Puede que no me diera cuenta de lo que estaba pasando, pero ahora que lo sé, sé que es verdad.

Sus palabras me provocaron un escalofrío. Una parte de mí quería derretirme en su abrazo, entregarme a esta conexión primaria entre nosotros. Pero otra parte dudaba, recordando todo lo que me habían enseñado sobre brujos y hombres lobo y cualquier tipo de cambiante en realidad.

—Pero... no podemos —susurré—. Está prohibido. Los brujos y los cambiantes no deben...

Atlas me giró para que lo mirara directamente, sus ojos dorados ardiendo. —No importa lo que se supone que debemos hacer —gruñó—. Mi lobo te quiere. Yo te quiero. Al diablo con cualquiera que diga lo contrario.

Su intensidad me emocionaba y aterrorizaba a la vez. Nunca había sido deseado así antes. Mi mirada cayó a sus labios, llenos e invitadores.

—Atlas, yo... —me detuve, perdido en el calor de su mirada.

Él acunó mi rostro en sus grandes manos. —Lo siento... —dijo—. Me está... costando trabajo controlar mis emociones a tu alrededor. Todo se siente tan... intenso —tomó un respiro profundo, sus ojos dorados aún fijos en los míos—. Somos parejas destinadas, el tipo que llega de la nada y nos deja con poca elección en el asunto. Nuestro vínculo fue destinado por las estrellas y los dioses mismos. Estoy conectado a ti lo quiera o no.

—¿Preferirías no estarlo?

Su mirada se oscureció. —No. Quiero estar contigo por encima de todo lo demás. Me sentí atraído por ti desde el momento en que nos conocimos y ahora que sé lo que es esto... no deseo apartarme de ti. Incluso si... incluso si me cuesta mi título y mi manada.

Se me cortó la respiración ante las palabras de Atlas. La intensidad de su mirada, la emoción cruda en su voz... era abrumadora. Me sentí vacilar, dividido entre la atracción de nuestra conexión y el peso de todo lo que me habían enseñado.

—Pero tu manada —susurré—, tu futuro como Alfa. No puedo pedirte que renuncies a eso por mí. Apenas nos conocemos.

Las manos de Atlas se deslizaron para agarrar mis hombros. —Caden, escúchame. Hace tiempo que sé que no quiero ser Alfa. Nunca se sintió correcto. Esa es la razón por la que vine a Academia Widdershins en primer lugar, para retrasarlo tanto como fuera posible. Pero esto, nosotros, se siente más correcto que cualquier otra cosa.

Sus palabras me provocaron una emoción, pero la duda seguía royendo mi interior. —¿Cómo puedes estar tan seguro? ¿Y si esto es solo una atracción pasajera?

Un gruñido bajo retumbó en el pecho de Atlas. —No lo es. Puedo sentirlo en mis huesos, en mi alma misma. Eres mío, Caden. Mi pareja. Mi otra mitad.

Antes de que pudiera responder, cerró la distancia entre nosotros, capturando mis labios en un beso ardiente. El calor explotó a través de mi cuerpo mientras su boca se movía contra la mía, hambrienta y

exigente. Jadeé, mis labios separándose, y Atlas aprovechó la oportunidad para profundizar el beso. Su lengua se deslizó contra la mía, explorando, saboreando. Mis manos se movieron por voluntad propia, deslizándose por su pecho desnudo para enredarse en su cabello oscuro.

Atlas gruñó aprobatoriamente, sus brazos rodeando mi cintura para pegarme totalmente contra él. Podía sentir cada plano duro de su cuerpo, el calor de su piel ardiendo a través de mi ropa. Su excitación presionaba insistentemente contra mi cadera, haciéndome gemir de necesidad.

—Atlas —respiré mientras nos separábamos para tomar aire. Mi cabeza daba vueltas, abrumada por la sensación y el deseo.

—Dime que quieres esto —dijo Atlas, su voz áspera por la pasión—. Dime que me quieres o pararé.

Dudé por un momento, mi mente racional luchando con la necesidad primaria que corría por mis venas. Pero mientras miraba a los ojos dorados de Atlas, oscuros de lujuria y algo más profundo, supe que solo había una respuesta que podía dar.

—Te quiero —susurré—. Nunca he deseado a nadie así antes.

Una sonrisa triunfante se extendió por el rostro de Atlas. En un fluido movimiento, me recogió en sus brazos y me llevó sin esfuerzo a la cama, recostándome con sorprendente delicadeza. Se cernió sobre mí, sus ojos dorados recorriendo hambrientamente mi cuerpo. Me sentí expuesto bajo su mirada, aunque todavía estaba completamente vestido.

—Llevas demasiada ropa —gruñó Atlas, deslizando sus manos bajo mi camisa. Su toque dejó rastros de fuego en mi piel.

Me arqueé ante su caricia, sobrepasado por la sensación. —Entonces haz algo al respecto —respiré, sorprendiéndome a mí mismo con mi atrevimiento.

Los ojos de Atlas destellaron peligrosamente. En un rápido movimiento, rasgó mi camisa a medio romper limpiamente de mi

cuerpo. Jadeé, sorprendido y excitado por su despliegue de fuerza. Sus manos recorrieron mi piel recién expuesta, las palmas ásperas deslizándose por mi pecho y estómago.

—Hermoso —murmuró, bajando la cabeza para dejar un rastro de besos a lo largo de mi clavícula. Su barba incipiente raspaba deliciosamente contra mi piel sensible.

Gemí suavemente, mis manos aferrándose a sus anchos hombros. Cada toque, cada beso enviaba chispas de placer por todo mi cuerpo. Nunca había sentido nada igual.

La boca de Atlas se movió más abajo, dejando un rastro de besos calientes y abiertos por mi pecho. Su lengua rozó uno de mis pezones, arrancándome un agudo jadeo de los labios. Me miró, un destello malicioso en sus ojos dorados, antes de tomar el sensible botón entre sus dientes y tirar suavemente.

—¡Atlas! —grité, arqueándome fuera de la cama.

Él rió oscuramente, continuando su asalto sensual. Sus grandes manos recorrieron mis costados, con los pulgares enganchados en la cintura de mis vaqueros. Con movimientos diestros, los desabotonó y bajó lentamente la cremallera.

—Levanta las caderas —ordenó suavemente.

Obedecí sin dudar, permitiéndole quitar mis vaqueros y ropa interior en un solo movimiento fluido. Ahora estaba completamente desnudo ante él, expuesto y vulnerable, mi miembro duro y palpitante frente a él. Un rubor se extendió por mis mejillas mientras la hambrienta mirada de Atlas recorría mi forma desnuda.

—Perfecto —respiró, pasando sus manos por mis muslos—. Eres absolutamente perfecto, Caden.

Su toque encendió chispas bajo mi piel. Temblé, abrumado por la intensidad de la sensación y la emoción. Atlas pareció sentir mi nerviosismo, porque se retiró por un momento, sus ojos fijos en los míos. —¿Estás bien? —preguntó.

—S-Sí —logré decir, mi voz temblando—. Solo que... nunca he hecho algo así antes.

—Yo tampoco —dijo con sinceridad—. Con otro hombre, quiero decir.

Lo miré fijamente por un largo momento. —Yo nunca lo he hecho... en absoluto.

Los ojos de Atlas se ensancharon ligeramente ante mi confesión. —¿Eres virgen? —preguntó suavemente, su mano acariciando gentilmente mi mejilla.

Asentí, sintiendo calor subir a mi cara. —¿Eso... está bien?

Un gruñido bajo retumbó en el pecho de Atlas, sus ojos brillando con una mezcla de ternura y posesividad primitiva. —Más que bien —murmuró—. Significa que seré tu primero... tu único.

Sus palabras me provocaron un escalofrío. En cualquier otro momento podría haber cuestionado su naturaleza posesiva, pero ahora mismo lo único que hacía era excitarme más. La intensidad en su mirada era casi abrumadora, pero no podía apartar la vista.

—Lo tomaremos con calma —prometió Atlas, inclinándose para presionar un suave beso en mis labios—. No quiero lastimarte. Así que ¿qué tal solo lo básico hoy?

Su ternura, tan en contraste con su habitual comportamiento agresivo, hizo que mi corazón se hinchara. Alcé la mano, entrelazando mis dedos en su cabello oscuro. —Confío en ti —susurré.

Atlas gimió suavemente, capturando mis labios en otro beso, más profundo esta vez. Su lengua se deslizó contra la mía mientras su mano bajaba por mi cuerpo, dejando piel de gallina a su paso. Cuando llegó a mi miembro, lo envolvió con su gran mano, dándole una suave caricia.

Jadeé en la boca de Atlas mientras comenzaba a acariciarme, su callosa mano enviando oleadas de placer a través de mi cuerpo. Su toque era firme pero gentil, cuidando de no abrumarme demasiado

rápido. Me aferré a sus anchos hombros, mis caderas inconscientemente moviéndose en su agarre.

—Eso es —murmuró Atlas contra mis labios—. Déjate sentir bien, Caden. Te tengo.

Sus palabras me envalentonaron. Deslicé una mano por su musculoso pecho, trazando los definidos relieves de sus abdominales antes de envolver tímidamente mis dedos alrededor de su grueso miembro. Atlas gimió, sus caderas moviéndose hacia adelante.

—Joder, Caden —gruñó—. Eso se siente tan bien...

Alentado por su reacción, comencé a acariciarlo, imitando los movimientos de su mano sobre mí. La respiración de Atlas se aceleró, sus ojos dorados oscuros de lujuria mientras me miraba fijamente. El aire entre nosotros se volvió denso con el deseo, la habitación llena del sonido de nuestros jadeos y gemidos mezclados.

La mano libre de Atlas acunó mi rostro, su pulgar trazando mi labio inferior. —Abre tu boca —ordenó suavemente.

Obedecí, separando mis labios ligeramente. Atlas deslizó su pulgar en mi boca, presionándolo suavemente contra mi lengua. La intimidad del acto me provocó un escalofrío.

—Así es —murmuró Atlas, su voz ronca—. Chúpalo.

Cerré mis labios alrededor de su pulgar, chupando suavemente como me había indicado. Un gruñido bajo retumbó en el pecho de Atlas, sus ojos brillando con hambre primitiva. La mano en mi miembro se tensó ligeramente, sus caricias volviéndose más rápidas, más insistentes.

El placer se acumuló rápidamente dentro de mí, mi cuerpo inexperto abrumado por las sensaciones duales. Gemí alrededor del pulgar de Atlas, mis caderas moviéndose hacia su agarre. Todo lo que podía imaginar era su grueso miembro en mi boca. La idea era suficiente para llevarme al límite. Quería saber a qué sabía, cómo se sentiría pulsando contra mi lengua.

—Estás cerca, ¿verdad? —dijo Atlas, su voz áspera—. Puedo olerlo. Déjate ir, Caden. Córrete para mí.

Sus palabras me empujaron al borde. Con un grito ahogado, me corrí intensamente, derramándome sobre la mano de Atlas y mi propio estómago. Ola tras ola de placer me inundaron mientras Atlas me acariciaba durante mi orgasmo.

Mientras bajaba de mi clímax, me di cuenta de que Atlas todavía estaba duro como una roca en mi agarre. Sus ojos dorados estaban oscuros de necesidad, su respiración entrecortada. Quería devolverle el placer que me había dado.

—Atlas —susurré, mi voz ronca—. Quiero probarte.

Un gruñido bajo retumbó en su pecho. —¿Estás seguro? —preguntó, su voz tensa con deseo apenas contenido.

Asentí, lamiéndome los labios nerviosamente. —Muéstrame cómo.

Atlas gimió, moviéndose para arrodillarse junto a mi cabeza. Su grueso miembro se balanceaba frente a mi cara, la punta brillando con líquido pre-seminal. Acunó mi mejilla suavemente, guiándome hacia él.

—Empieza despacio —murmuró—. Usa tu lengua primero. Y cuidado con los dientes.

Respirando profundamente, me incliné hacia adelante y pasé mi lengua por la parte inferior de su tronco. Atlas siseó de placer, su mano tensándose en mi cabello. Alentado, pasé mi lengua alrededor de la cabeza antes de tomarla en mi boca.

El sabor era salado y almizclado, no desagradable. Chupé suavemente, tratando de tomarlo más profundo en mi boca, mi lengua girando alrededor de su tronco mientras intentaba acomodar su impresionante tamaño. Un gemido bajo retumbó desde su pecho, sus dedos tensándose en mi cabello.

—Eso es, Caden —respiró—. Justo así.

Alentado por sus palabras, ahuequé mis mejillas y chupé más fuerte, moviendo mi cabeza mientras lo tomaba más profundo. Las caderas de Atlas se movieron ligeramente, empujando más de su longitud en mi boca. Me atraganté un poco, retrocediendo.

—Lo siento —murmuró Atlas, su voz tensa—. Se siente tan bien, es difícil controlarme.

Lo miré a través de mis pestañas, viendo la necesidad cruda en sus ojos dorados. Sintiéndome audaz, agarré la base de su miembro y lo tomé en mi boca de nuevo, esta vez relajando mi garganta como Wild había mencionado durante nuestra charla mientras me preparaba para mi noche con Atlas. Había tratado de prepararme para todo.

Atlas dejó escapar un gemido estrangulado cuando logré tomar al menos la mitad de su longitud. —Joder, Caden —gruñó—. Eres un natural.

Sus palabras me provocaron una emoción, impulsándome. Moví mi cabeza más rápido, tomándolo tan profundo como pude. Mi mano trabajó la base de su tronco, acariciando en tándem con mi boca. La respiración de Atlas se volvió entrecortada, sus caderas comenzando a empujar suavemente.

—Caden —gimió—, estoy cerca. No tienes que...

Pero no me aparté. Quería probarlo, sentirlo deshacerse por mí. Chupé más fuerte, pasando mi lengua alrededor de la sensible cabeza de su miembro.

Con un rugido, Atlas se corrió, inundando mi boca con su liberación. Tragué lo mejor que pude, aunque algo escapó, goteando por mi barbilla. El cuerpo de Atlas se estremeció sobre mí mientras continuaba chupando suavemente, ordeñando hasta la última gota de él.

Finalmente, se apartó, colapsando a mi lado en la cama. Me recogió en sus brazos, presionando un tierno beso en mi frente. —Eso fue increíble —murmuró—. Tú eres increíble. Joder...

Me sonrojé, enterrando mi cara en su pecho. —Yo... eh... gracias.

Atlas se rió suavemente, su pecho retumbando contra mi mejilla. Su gran mano acarició mi espalda de manera reconfortante. —No hay necesidad de ser tímido ahora —murmuró, su voz cálida con afecto —. No después de lo que acabamos de hacer.

Lo miré, mi cara aún sonrojada. —Supongo que tienes razón — admití—. Es solo que... todo esto es tan nuevo para mí. Nunca pensé que experimentaría algo así.

Los ojos dorados de Atlas se suavizaron mientras me miraba. —Yo tampoco —confesó—. Quiero decir, he estado con mujeres antes, pero esto... contigo... es diferente. Más intenso. Más correcto.

Sus palabras enviaron un aleteo a través de mi pecho. Me levanté, trazando la fuerte línea de su mandíbula con mis dedos. —Entonces, ¿qué pasa ahora? —pregunté suavemente.

Atlas tomó mi mano, presionando un suave beso en mi palma. — Ahora —dijo—, lo resolveremos juntos. Hablaba en serio antes, Caden. Eres mi pareja. Mi otra mitad. No te dejaré ir.

Una pequeña sonrisa tiró de mis labios. —¿Incluso si significa renunciar a tu manada y tu título?

—Si me aceptas.

Sabía que debería decir que no, que esto nunca funcionaría entre nosotros. Con las reglas de la escuela, las expectativas sociales, las leyes de la manada, los prejuicios y todas las demás malditas cosas incorrectas en el mundo en nuestra contra, sabía que sería una terrible idea decir que lo quería. ¿Y mi padre? Nunca lo permitiría.

—Sí —susurré—. Te quiero.

Esas palabras, lo sabía, serían la chispa que quemaría todo mi mundo.

CAPÍTULO CATORCE: ATLAS

No pude dormir en toda la noche. No después de lo que habíamos hecho. ¿Cómo podría con el aroma de Caden impregnándose en mis poros? Su cálido cuerpo estaba acurrucado contra el mío, mis brazos lo envolvían como un capullo protector, manteniéndolo a salvo del frío. No importaba que la ventisca hubiera rugido toda la noche, dejándonos atrapados en aquella pequeña cabaña abandonada. Lo único que importaba era tener a mi compañero contra mi pecho, justo donde pertenecía. El resto del mundo podía esperar mientras yo disfrutaba de este momento con él.

Sin embargo, eso no me impidió tener que desprenderme de su abrazo varias veces durante la noche para alimentar el fuego. Por suerte, había recogido suficiente leña mientras estaba en mi forma de Alfa para mantenernos durante la mayor parte de la noche. Pero por la mañana ya estaba arrojando pedazos de muebles medio podridos de la cabaña para mantenerlo encendido. Incluso con toda la nieve que nos aislaba dentro, seguía haciendo un frío gélido. El fuego era lo único que nos impedía morir congelados.

Cuando los primeros rayos del amanecer se filtraron por las ventanas cubiertas de escarcha, Caden se removió en mis brazos. Sus pestañas aletearon contra mi pecho, haciendo cosquillas en mi piel. Contuve la respiración, sin querer despertarlo completamente. Este momento era demasiado precioso, demasiado frágil.

Pero entonces sus ojos azules se abrieron, nublados por el sueño y la confusión. Parpadeó varias veces, observando nuestro entorno, antes de que su mirada se posara en mí. Un rubor se extendió por sus mejillas pecosas cuando cayó en la cuenta de lo sucedido.

—Buenos días —susurré, con la voz ronca por el desuso.

Los labios de Caden se separaron, pero no emitió sonido alguno. Agachó la cabeza, enterrando su rostro contra mi cuello. Podía sentir el calor que irradiaba su piel.

—¿Estás bien? —pregunté, pasando mis dedos por su revuelto cabello rubio.

Asintió contra mí, aún sin hablar. Entendía su silencio. La noche anterior había cambiado todo entre nosotros, y el peso de esa realización flotaba pesadamente en el aire.

Lentamente, con vacilación, la mano de Caden se movió por mi pecho. Su tacto era ligero como una pluma, apenas perceptible, como si intentara asegurarse de que yo era real.

Atrapé su mano con la mía, presionándola firmemente contra mi corazón. —Estoy aquí —murmuré—. Soy yo, de verdad.

La respiración de Caden se entrecortó. Levantó la cabeza, aquellos ojos azules escrutando los míos. La vulnerabilidad que vi en ellos hizo que mi pecho doliera.

—Atlas —susurró, con voz temblorosa—. Nunca... quiero decir, no pensé...

—Shh —lo tranquilicé, acunando su rostro—. No tienes que decir nada.

Pero Caden negó con la cabeza, un destello de determinación brillando en sus ojos. —No, quiero hacerlo. Necesito hacerlo. —Tomó aire profundamente—. Anoche fue... fue increíble. Pero tengo miedo. ¿Y si esto cambia las cosas en la academia? ¿Y si tu manada se entera?

Apoyé mi frente contra la suya. —Que se enteren. No me importa quién lo sepa. Eres mi compañero, Caden. Nada más importa.

Sus labios se entreabrieron con sorpresa. —¿Compañero? Pero... ¿cómo puedes estar tan seguro? ¿Y si es un error?

En lugar de responder, lo besé. Suavemente al principio, luego con creciente intensidad mientras Caden se derretía contra mí. Vertí todo lo que sentía por él en ese beso: el anhelo, el deseo, la feroz protección. Cuando finalmente nos separamos, ambos respirando agitadamente, pude ver el asombro en los ojos de Caden.

—Oh —suspiró.

Sonreí, trazando su mandíbula con mi pulgar. —Sí. Oh.

Por un momento, simplemente nos quedamos así, disfrutando de la presencia del otro. Pero la realidad comenzaba a colarse por los bordes. El fuego se estaba apagando, y el frío en el aire se hacía más notable.

—Probablemente deberíamos empezar a regresar —dije a regañadientes—. La tormenta ha pasado, y la gente estará preocupada.

Caden asintió pero no hizo ademán de levantarse. En cambio, se acurrucó más cerca, enterrando su rostro en mi pecho. —Solo... ¿unos minutos más?

Reí suavemente, estrechando mis brazos alrededor de él. —Por supuesto. Todo el tiempo que quieras.

Permanecimos en un silencio cómodo, escuchando el crepitar del fuego agonizante y el suave susurro de la nieve deslizándose del techo. Podría haberme quedado así para siempre, pero sabía que eventualmente tendríamos que enfrentar al mundo.

Finalmente, Caden suspiró y se sentó, temblando cuando la manta medio podrida que había encontrado cayó de sus hombros desnudos. No pude evitar admirar cómo la pálida luz de la mañana jugaba sobre su piel pecosa.

—Realmente deberíamos irnos —dijo suavemente, aunque sus ojos seguían fijos en mí.

Asentí, incorporándome también. —Tienes razón. Pero primero...

Me incliné, capturando sus labios en un tierno beso. Caden se derritió contra mí, sus dedos enredándose en mi cabello. Cuando nos separamos, sus mejillas estaban sonrojadas y sus ojos brillaban.

—Solo algo para mantenernos calientes en el viaje de regreso —murmuré.

La tímida sonrisa de Caden hizo que mi corazón saltara. Le dejé tomar la manta, envolviéndola alrededor de sus hombros ya que su camisa y chaqueta estaban hechas pedazos en el suelo. Luego me transformé en mi forma de lobo, permitiendo que Caden hundiera sus manos en mi espeso pelaje para calentarse mientras partíamos.

El bosque era un país de las maravillas invernal, ramas cargadas de nieve. El aliento de Caden salía en pequeñas nubes mientras nos abríamos paso entre los ventisqueros. De vez en cuando, se inclinaba para susurrarme algo al oído: observaciones sobre la belleza a nuestro alrededor, o suaves palabras de afecto que hacían cantar mi corazón. Estar allí con él era como ver el mundo por primera vez.

Hicimos un pequeño desvío de regreso a la cresta donde lo había salvado de los otros brujos. Gracias a mi excelente sentido del olfato, pude localizar mi identificación escolar aunque estaba enterrada bajo la nieve. La necesitaría para atravesar la barrera de regreso a Widdershins.

A medida que nos acercábamos a la barrera de la academia, el agarre de Caden en mi pelaje se tensó. Podía sentir su ansiedad aumentando. La realidad de nuestra situación se estaba asentando: tendríamos que enfrentar a nuestros compañeros, nuestros profesores y todas las preguntas que inevitablemente surgirían. Sin mencionar que romperíamos algunas reglas en el proceso.

Disminuí el paso mientras nos acercábamos, divisando a algunas personas que se dirigían hacia nosotros. Al principio esperaba que

fuera seguridad viniendo a ponerme cadenas y arrastrarme ante el Consejo de Ancianos para ser castigado. Pero a medida que nos acercábamos a la barrera, me di cuenta de que era un grupo de búsqueda liderado por nuestros compañeros de habitación.

—¡¿Caden?! —gritó Wild al vernos. Atravesó la barrera corriendo, abrazando a Caden y levantándolo en sus brazos—. ¡Estás vivo! ¡Por los dioses, pensé que seguramente te encontraría muerto en la nieve en algún lugar!

—Estoy... bien... —logró jadear Caden a través del abrazo asfixiante de Wild—. Atlas me salvó.

—Le dije que estarías bien —añadió Silver, acercándose detrás de Wild. Miró hacia mí en mi forma de lobo, guiñándome un ojo—. Nadie muere cuando tiene un lobo Alfa protegiéndolo. —Arrojó una bolsa frente a mí—. Te traje algo de ropa. Imaginé que la tuya podría haberse estropeado con tus transformaciones.

Con un gruñido de agradecimiento, agarré la bolsa con mi hocico y me alejé trotando hacia los árboles. Me transformé de nuevo en mi forma humana, agradecido por la previsión de Silver. Mientras me ponía pantalones y una camisa, mantuve mis ojos en Caden, buscando cualquier señal de incomodidad o arrepentimiento. Pero él solo me dedicó una pequeña y secreta sonrisa mientras Wild se preocupaba por él.

—Necesitamos llevarte a la enfermería —decía Wild, envolviendo su propio manto alrededor de los hombros de Caden—. Debes estar medio congelado.

—Estoy bien, de verdad —protestó Caden, pero sus dientes castañeteaban.

Me adelanté, incapaz de contenerme de colocar una mano en la parte baja de la espalda de Caden. —Tiene razón. Deberíamos hacer que te revisen, solo por si acaso.

Caden se inclinó ligeramente hacia mi tacto, y sentí una oleada de posesividad. Mío, gruñó cada instinto en mí. Mi compañero.

Mientras nos dirigíamos de vuelta a la academia, Silver se puso a mi lado. —Entonces —dijo en voz baja—, ¿pasó algo interesante allá afuera en la ventisca?

Le lancé una mirada de advertencia, pero no pude evitar que una sonrisa se extendiera por mis labios. Silver me dirigió una mirada cómplice, pero no dijo nada más.

—Sé que al menos una cosa interesante ocurrió —dijo Wild, lanzándome una mirada sucia—. Rowan regresó aquí anoche con sus matones. Su cara parecía carne picada. —Se volvió, apuntándome con un dedo a la cara—. No deberías haber hecho eso. El pequeño cabrón se lo merecía, pero dudo que su familia vaya a dejar pasar algo así.

Mi bravuconería se desvaneció rápidamente. La realidad se estaba asentando deprisa. —¿Están esperando para expulsarme?

—No —respondió Wild, luciendo tan confundido como yo—. Por alguna razón, está diciendo a la gente que fue atacado por un puma. Y todos sus amigos lo respaldan.

Intercambié una rápida mirada con Caden, que parecía tan perplejo como yo me sentía. ¿Por qué Rowan mentiría sobre lo sucedido? No tenía sentido.

—Eso es... extraño —dije cuidadosamente, tratando de mantener mi voz neutral—. Pero supongo que deberíamos estar agradecidos de que no esté presentando cargos.

Wild asintió, pero sus ojos se entrecerraron con sospecha. —Sí, bueno, no pienses que esto significa que estás a salvo. La familia de Rowan tiene mucha influencia. Encontrarán la manera de hacerte pagar, aunque no sea por canales oficiales. A los brujos de ese calibre no les importa ensuciarse las manos.

Tragué saliva, tratando de ignorar el nudo de ansiedad que se formaba en mi estómago. Tenía razón, por supuesto. Los Hargrove no eran conocidos por su perdón. Pero no podía arrepentirme de lo que había hecho. No cuando miraba a Caden, veía los moretones que aún se desvanecían en su pálida piel.

Al acercarnos a la enfermería, Caden tropezó ligeramente. Sin pensarlo, extendí la mano para sostenerlo, dejándola en su brazo más tiempo del estrictamente necesario. Los ojos de Wild se movieron entre nosotros, frunciendo el ceño.

—Atlas, creo que deberías esperar afuera —dijo Wild, con un tono que no dejaba lugar a discusión—. Caden necesita que lo revisen, y estoy seguro de que el personal tendrá preguntas sobre lo sucedido. Y no necesitan que los mires con mala cara mientras trabajan.

Me erizé al ser despedido, pero Caden me dio un pequeño asentimiento. —Está bien —dijo suavemente—. Estaré bien.

A regañadientes, solté su brazo. —Estaré aquí mismo si me necesitas —prometí.

Mientras Wild llevaba a Caden a la enfermería, Silver se quedó atrás conmigo. Observamos cómo las puertas se cerraban antes de que él hablara.

—Así que, ¿tú y Caden, eh? —dijo, con una sonrisa conocedora en su rostro.

Suspiré, pasando una mano por mi cabello. —¿Es tan obvio?

Silver se rió. —Solo para alguien que sabe qué buscar. No te preocupes, tu secreto está a salvo conmigo. —Su expresión se volvió seria—. Pero Atlas, tienes que tener cuidado. Si Rowan se entera...

—Ya lo sabe —lo interrumpí—. Por eso lo ataqué.

Silver frunció el ceño. —¿Qué sucedió realmente allá afuera?

La ira ardió en mi pecho al recordar los eventos de la noche anterior. —Rowan ha estado molestando a Caden durante años. Ayer deslizó una nota falsa en su libro, atrayéndolo a la montaña en medio de la noche. Lanzó un glamour sobre sí mismo para parecerse a mí y atraer a Caden. —Miré a Silver, un gruñido bajo resonando en mi pecho—. Iban a... intentaron...

La comprensión brilló en su rostro. —Oh, Dios mío... no lo hicieron, ¿verdad?

—No —dije, forzándome a soltar una larga respiración temblorosa—. Lo golpearon y rasgaron su ropa, pero llegué antes de que hicieran algún daño real.

—Joder... eso es... ni siquiera sé cómo llamarlo.

—Repugnante —dije por él—. Asqueroso. Diabólico. Elige el que quieras. —Negué con la cabeza, apoyándome contra la pared—. Por eso lo ataqué. Sabía exactamente lo que estaba haciendo cuando me transformé en mi forma Alfa y lo rasgué. Quería que sangrara, que viviera con dolor después de lo que intentó hacerle a mi compañero.

—i¿Compañero?! —jadeó Silver, su pelo blanco volando mientras giraba la cabeza—. ¿Estás seguro?

Asentí. —Más que seguro.

Silver dejó escapar un silbido bajo. —Vaya. Eso es... intenso. Pero explica muchas cosas. —Hizo una pausa, su expresión volviéndose seria—. Atlas, sabes que esto va a ser complicado, ¿verdad? Un hombre lobo y un brujo... no es exactamente una pareja común. Y está prohibido que os unáis aquí en la escuela.

Asentí sombríamente. —Lo sé. Pero no me importa. Caden es mi compañero, y nada va a cambiar eso.

—¿Y qué hay de tu manada? ¿Tu padre? No es precisamente conocido por su tolerancia hacia los brujos.

El pensamiento hizo que mi estómago se revolviera. Mi padre, el Alfa de nuestra manada, siempre había dejado clara su aversión por los brujos. La idea de que su hijo, su heredero, se emparejara con uno... y un hombre además... era impensable.

—Me ocuparé de eso cuando llegue el momento —dije, tratando de sonar más confiado de lo que me sentía—. En este momento, solo quiero asegurarme de que Caden esté bien.

Como si fuera una señal, las puertas de la enfermería se abrieron. Wild salió, luciendo preocupado. —Quieren hablar contigo —dijo, señalando con la cabeza hacia la puerta.

Me enderecé, con el corazón acelerado. —¿Está bien Caden?

Wild asintió. —Está bien, solo un poco deshidratado y frío. Pero la enfermera quiere hablar contigo sobre lo sucedido.

Tragué saliva, intercambiando una mirada con Silver antes de seguir a Wild a la enfermería. El olor a antiséptico me golpeó inmediatamente, haciendo que mi sensible nariz se crispara. Divisé a Caden sentado en una de las camas, envuelto en una gruesa manta. Sus ojos azules se encontraron con los míos, y sentí una oleada de alivio al verlo a salvo.

La enfermera, una mujer de aspecto severo con cabello grisáceo, se acercó a mí. —Señor Faolan, tengo entendido que estuvo con el señor Cromwell durante la ventisca.

Asentí, manteniendo mi expresión neutral. —Sí, señora. Lo encontré en la montaña y lo llevé a un refugio.

Ella me miró con sospecha. —¿Y cómo exactamente terminó usted allí afuera?

Me había preparado para esta pregunta durante el camino de regreso. —Salí a correr cuando golpeó la tormenta. Me transformé en mi forma de lobo para mantenerme caliente y capté el olor de Caden.

Los ojos de la enfermera se entrecerraron, pero pareció aceptar mi explicación. —Muy bien. El señor Cromwell tiene algunas lesiones... preocupantes. ¿Puede explicarlas?

Miré a Caden, que estaba mirando sus manos. —Se cayó mientras intentaba encontrar refugio —mentí con fluidez—. El terreno era traicionero en la tormenta.

La enfermera hizo un ruido indiferente, garabateando algo en su portapapeles. —¿Y la ropa rasgada?

—Ramas —dije rápidamente—. Tuvimos que abrirnos paso a través de un bosque denso para encontrar la cabaña.

Ella miró entre nosotros, claramente no del todo convencida. Pero sin evidencia en contrario, no podía disputar nuestra historia. —Está bien. Señor Cromwell, puede irse. Pero quiero que regrese si experimenta algún efecto persistente del frío.

Caden asintió, deslizándose fuera de la cama. Me moví instintivamente a su lado, resistiendo el impulso de pasar un brazo alrededor de él.

En la puerta, la enfermera nos llamó. —Señor Faolan, ¿sabe algo sobre Rowan Hargrove? Vino anoche con algunas lesiones extrañas.

La miré, con el corazón latiendo fuerte. —No, señora —respondí, aún manteniendo mi voz controlada—. Pero creo que olí un puma mientras estábamos allá fuera. Por eso corrimos hacia la cabaña. —Hice una pausa, esperando no haber ido demasiado lejos—. ¿Está bien Rowan?

Sus ojos se entrecerraron de nuevo. —Vivirá. Pero está ciego de un ojo. Por alguna razón, la herida está resistiendo nuestra magia curativa.

—Lamento oír eso —mentí—. Desearía poder ayudar, pero no sé nada sobre magia, curativa o de otro tipo.

Ella asintió, alejándose de nosotros. —Pueden retirarse.

Al salir de la enfermería, Wild y Silver se pusieron a nuestro lado. —¿Y ahora qué? —preguntó Wild.

—Ahora —dije—, conseguimos algo de comida real y descansamos. Después de eso, intentamos actuar como si todo fuera normal. Con suerte, nadie se enterará de lo de Caden y yo.

Caden pareció sorprendido de oírme decirlo en voz alta, pero Wild no lo estaba.

—¿Y Rowan? —preguntó Wild—. ¿Qué pasa con él?

Dejé escapar un gruñido bajo, mostrando los dientes. —Si ese pequeño cabrón sabe lo que le conviene, mantendrá la boca cerrada.

CAPÍTULO QUINCE: CADEN

De alguna manera, Wild y Silver lograron separarnos a Atlas y a mí, llevándonos a nuestros respectivos dormitorios para descansar. No deseaba nada más que volver a quedarme dormido en sus brazos, pero Wild tenía razón. Si Atlas estaba cerca, no iba a dormir. No después de todo lo que había ocurrido.

Todo mi mundo sentía como si se hubiera puesto patas arriba en una sola noche. Casi había olvidado por completo las crueles intenciones de Rowan y los otros brujos de mi clase. Mi mente estaba tan centrada en Atlas y nuestra noche íntima, aunque inocente, juntos.

Él era diferente a cualquier persona que hubiera conocido desde que me uní al mundo sobrenatural. Hasta ahora, todos habían sido francamente crueles conmigo debido a mi falta de poder. Pero Atlas era todo lo contrario. Me respetaba, me trataba con amabilidad y nunca ponía sus propios deseos en primer lugar como todos los demás. Él me ponía primero a mí... y simplemente no estaba acostumbrado a eso.

De hecho, lo único en lo que había insistido era en que yo era su pareja destinada. Por supuesto, eso creaba una gran cantidad de problemas por sí solo, pero eso no impedía que se sintiera bien. ¿A quién le importaba si nadie nos aceptaba? A mí ciertamente no. De todos modos, nadie me aceptaba. Pero Atlas tenía mucho más que perder, y eso me preocupaba. Estaba tan feliz de renunciar a todo por mí y... honestamente... no estaba seguro de que debiera

hacerlo. Yo no era especial, ni poderoso, ni tenía buenas conexiones. Hasta donde yo sabía, mi vida tenía fecha de caducidad gracias a las amenazas de mi padre. Y ahora que Rowan probablemente estaba planeando la muerte de ambos, el reloj sonaba más fuerte que nunca.

Me revolví en la cama, incapaz de sacudirme la preocupación que me carcomía las entrañas. Aun así, de alguna manera logré dormir la mayor parte del día. Pero cada vez que cerraba los ojos, veía la cara burlona de Rowan, escuchaba sus palabras provocadoras. Por ahora guardaba silencio, sin decirle a nadie que había sido Atlas quien lo había desfigurado. ¿Qué estaba planeando? ¿Hasta dónde llegaría? Y su familia... seguramente se involucrarían. Una vez que lo hicieran, también lo haría la manada de Atlas.

¿Habíamos iniciado accidentalmente una guerra silenciosa?

Como invocado por mis pensamientos ansiosos, un suave golpecito sonó en mi ventana. Mi corazón saltó a mi garganta. Me acerqué sigilosamente al cristal, mirando hacia la oscuridad.

Allí, iluminado por la luz de la luna, estaba Atlas. Sus ojos dorados brillaban mientras me indicaba que abriera la ventana. Dudé por un momento, recordando lo insistente que había estado Wild en que descansara. Sin embargo, él se había ido y tenía la habitación para mí solo. Y la atracción hacia Atlas era demasiado fuerte para resistirla.

Levanté la ventana, y él trepó con gracia hacia adentro. Antes de que pudiera hablar, me tomó en sus brazos, enterrando su cara en mi cuello e inhalando profundamente.

—No podía mantenerme alejado —murmuró contra mi piel—. Necesitaba asegurarme de que estabas a salvo.

Su tacto envió escalofríos por mi columna vertebral, encendiendo un fuego en lo profundo de mi vientre. Sabía que debería apartarlo, decirle que se fuera. Pero en vez de eso, me encontré derritiéndome en su abrazo.

—Atlas —susurré, mis dedos aferrándose a la tela de su camisa—. No deberíamos...

Pero incluso mientras las palabras salían de mis labios, sabía que no las decía en serio. Su presencia llenaba un vacío que no me había dado cuenta que existía, calmando la inquieta ansiedad que me había atormentado todo el día.

Se apartó ligeramente, sus ojos dorados escrutando los míos. —¿Quieres que me vaya?

Negué con la cabeza, incapaz de expresar la desesperada necesidad que sentía. Los labios de Atlas se curvaron en una suave sonrisa, y se inclinó, presionando su frente contra la mía.

—Bien —murmuró—. Porque creo que no podría irme aunque lo intentara.

Sus manos se deslizaron por mis costados, deteniéndose en mis caderas. El calor de su tacto se filtraba a través de mi fino pijama, haciendo que mi piel hormigueara. Me encontré arqueándome hacia él, ansiando más contacto.

Atlas gruñó profundamente en su garganta, un sonido que envió una descarga de electricidad por todo mi cuerpo. En un fluido movimiento, me levantó del suelo y me llevó a la cama. Me depositó con suavidad, luego se arrastró a mi lado, su poderoso cuerpo enjaulando el mío.

—¿Está bien esto? —preguntó, sus brazos sosteniéndome firme contra su pecho.

Lo miré, asintiendo, demasiado consciente de su grueso miembro presionando contra mi muslo. El mío, por supuesto, pulsaba contra mi vientre. Sentí un rubor de vergüenza, mis mejillas ardiendo.

—No te preocupes por eso —sonrió como si pudiera leer mi mente —. Me gusta que te excites conmigo.

—A-a mí también me gusta —tartamudeé—. Que tú estés... ya sabes... —Nuevamente, mis mejillas ardieron, pero mantuve su

mirada—. Creo que tú y yo n-necesitamos hablar de un par de cosas a-antes de avanzar mucho más.

Era difícil concentrarme en mis palabras mientras él pulsaba contra mí, el calor de su cuerpo llenándome hasta el borde. Deseaba tanto mover mis caderas, buscar la fricción que anhelaba. Imágenes corrían por mi mente de lo que podría hacerme con sus manos, su boca, y ese enorme miembro suyo. ¿Y sobreviviría siquiera si le dijera que me tomara como yo quería?

—Creo que tienes razón —asintió—. Esto es mucho para procesar, incluso para mí.

—Dijiste que soy tu pareja destinada, predestinada por los dioses o lo que sea, ¿verdad? —pregunté.

—Así es.

—Entonces, ¿simplemente estamos destinados a estar juntos?

Se encogió de hombros. —Más o menos. Así es como me lo explicaron.

—De acuerdo. —Tragué saliva, respirando profundamente para prepararme para mi siguiente pregunta—. Pero no estamos... *vinculados* todavía, ¿verdad?

Los ojos de Atlas se agrandaron. No estaba seguro si estaba sorprendido por la pregunta o por mi conocimiento de tales actos, pero asintió de todos modos. —Es correcto. No estamos vinculados hasta que...

—Pero ya lo hicimos.

Sonrió ante eso, negando con la cabeza. —Apenas cubrimos los preliminares —explicó, tratando de mantenerlo casual—. Crear un vínculo duradero entre nosotros requeriría que yo... bueno... —Hizo una pausa, de repente pareciendo un poco nervioso—. Significaría que te follo —dijo al fin—. Y, a falta de un término mejor, te *preñara*.

—Oh.

Mi mente daba vueltas mientras sentía que mi cara se sonrojaba aún más ante las palabras francas de Atlas. La idea de que me "preñara" envió una confusa mezcla de excitación y ansiedad por todo mi cuerpo.

—¿Y eso nos uniría permanentemente? —pregunté, mi voz apenas por encima de un susurro.

Atlas asintió, sus ojos dorados intensos mientras penetraban los míos. —Sí. Una vez que estemos vinculados, no hay vuelta atrás. Estaríamos conectados de por vida. —Parecía más nervioso de lo que lo había visto en mucho tiempo—. He oído que hay formas de deshacerlo, pero dicen que es magia extremadamente dolorosa.

Tragué saliva, tratando de procesar el peso de lo que estaba diciendo. Una parte de mí se emocionaba ante la idea de estar atado a Atlas para siempre. Pero otra parte dudaba, recordando todas las complicaciones y peligros que enfrentábamos.

—¿Es... es algo que quieres? —pregunté tentativamente.

Los brazos de Atlas se apretaron a mi alrededor. —Más que nada —gruñó—. Pero solo si tú también lo quieres. No te presionaré para hacer algo para lo que no estés listo.

Su consideración me conmovió profundamente. Extendí la mano para trazar la fuerte línea de su mandíbula. —¿Pero no preferirías conocerme primero?

Atlas se detuvo, su sonrisa desvaneciéndose mientras mis palabras se asimilaban. —Yo... lo siento, Caden —dijo, soltando un largo suspiro—. Tienes razón, me estoy adelantando. La atracción hacia ti es tan fuerte que me está costando mantener la cabeza clara en todo esto. —Levantó su mirada hacia mí—. Por supuesto que quiero conocerte. Deberíamos tomarnos esto con calma y tratarlo como una relación normal, no apresurarnos a vincularnos para siempre en la primera semana.

Asentí, sintiendo una mezcla de alivio y decepción. —Creo que eso es inteligente. Hay tantas cosas pasando ahora mismo con Rowan y

todo lo demás. Deberíamos centrarnos en conocernos y mantenernos a salvo.

Atlas sonrió suavemente, apartando un mechón de pelo de mi cara. —Tienes razón. Y quiero hacer esto correctamente. Cortejarte como mereces.

Sus palabras hicieron que mi corazón se acelerara. —Me gustaría eso —susurré.

Nos quedamos allí en un cómodo silencio por un rato, simplemente abrazándonos. A pesar de mi anterior agotamiento, ahora me sentía completamente despierto, híper consciente de cada punto donde nuestros cuerpos se tocaban.

—¿Puedo preguntarte algo? —me aventuré después de un rato.

Atlas asintió, sus dedos trazando perezosos patrones en mi espalda.

—¿Qué significa exactamente ser parejas destinadas? Más allá de la parte de la vinculación, quiero decir.

Estuvo callado por un momento, considerándolo. —Es diferente para cada pareja, pero generalmente significa que somos perfectamente compatibles. Física, emocional y espiritualmente. Nos complementamos mutuamente de maneras que nadie más puede.

Reflexioné sobre esto. —¿Aunque yo sea un brujo?

—Hasta donde yo sé —dijo—, las parejas destinadas pueden ser de cualquier especie. Solía ser más raro que se cruzaran. Pero cuanto más se expande el mundo y nos relacionamos con otros, más parecen ocurrir cosas como esta. Tengo un primo que está emparejado con una vampira. Menuda unión tensa.

Asentí. Se sabía que los vampiros y los hombres lobo tenían una larga historia de desacuerdos. En el último siglo se habían vuelto mucho más dóciles entre sí, pero las viejas heridas eran profundas, especialmente considerando que la mayoría de los vampiros eran prácticamente inmortales.

—Entonces... ¿eso te convierte automáticamente en mi familiar?

Atlas me miró fijamente por un largo momento. —No... no lo sé. ¿Te gustaría que lo fuera?

Me mordí el labio, considerando la pregunta de Atlas. La idea de tenerlo como mi familiar era a la vez emocionante y aterradora.

—No estoy seguro —admití suavemente—. Nunca he tenido un familiar antes. Y tú ya eres tan poderoso por tu cuenta. No querría... disminuirte de alguna manera.

Atlas se rió, el retumbar de su risa vibrando a través de su pecho. —Nunca podrías disminuirme, Caden. Si acaso, ser tu familiar solo me haría más fuerte. Nuestros poderes estarían vinculados, amplificándose mutuamente.

Mis ojos se agrandaron ante eso. —¿En serio? Pero soy tan débil comparado contigo.

Negó con la cabeza, acunando mi rostro suavemente. —No eres débil. Tu magia es diferente, pero no menos poderosa. Simplemente no has aprendido a aprovecharla todavía. O tal vez un vínculo familiar sea justo lo que necesitas para despertar al poderoso brujo que sé que llevas dentro.

La intensidad en sus ojos dorados me hizo estremecer. Casi podía imaginarlo: nosotros dos, nuestros poderes entrelazados, enfrentando cualquier amenaza que se presentara. Pero la duda aún me carcomía.

—¿Y qué hay de tu manada? —pregunté—. ¿No se opondrían a que fueras el familiar de un brujo?

La expresión de Atlas se oscureció ligeramente. —Podrían hacerlo.

—Mi padre probablemente me felicitaría —suspiré—. Pero solo porque sería poderoso. En cuanto descubriera que tú y yo somos pareja destinada, probablemente me mataría.

—Tu padre... no suena muy agradable.

—No lo es —dije claramente—. De hecho, ha amenazado con expulsarme de la familia para finales de este año si no muestro más

potencial.

El agarre de Atlas sobre mí se apretó, un bajo gruñido retumbando en su pecho. —No te tocará —dijo ferozmente—. No lo permitiré.

Sentí una calidez extenderse a través de mí ante su protección, pero también una punzada de miedo. —Atlas, no sabes de lo que es capaz. Él es... él no es un brujo cualquiera. Es poderoso y tiene conexiones. Tiene a toda la academia en su bolsillo.

Atlas se apartó ligeramente, sus ojos dorados ardiendo con determinación. —Y yo no soy un hombre lobo cualquiera. Soy el futuro Alfa de mi manada. E incluso si mi padre me expulsa de la manada, sigo siendo más que un rival para cualquier brujo gracias a mi herencia.

Tragué saliva, dividido entre la esperanza y la ansiedad. —¿Tu forma Alfa?

Asintió. —Por eso la magia de Rowan no me afectó. En esa forma soy prácticamente inmune a los hechizos.

—¿Es... es eso común?

Negó con la cabeza. —Puede parecer así aquí en la Academia Widdershins, pero eso es solo porque las familias más antiguas y poderosas envían a sus hijos aquí. Pero comparado con el resto de los hombres lobo en el mundo, mi don es increíblemente raro. La mayoría de los Alfas solo pueden alcanzar esa forma durante una luna llena que cae en Halloween y pierden el control completamente. Pero yo puedo invocarla cuando quiera y mantener mi conciencia.

—Entonces... realmente podrías enfrentarte a mi padre...

—Podría —asintió—. Pero preferiría no hacerlo si puedo evitarlo. Sin embargo, si insiste en hacerte daño, no tendré elección. Aunque intentaré no matarlo, por ti.

No pude evitar burlarme. —Mátalo. Lo preferiría.

Las cejas de Atlas se dispararon hacia arriba, su mandíbula cayendo ligeramente abierta. Podía ver mil preguntas diferentes en sus

labios, así que levanté un dedo para silenciarlo.

—Podemos hablar de traumas familiares más tarde —dije—. Ahora mismo, solo quiero disfrutar de estar contigo.

Los brazos de Atlas se apretaron a mi alrededor mientras presionaba un suave beso en mi frente. El calor de su cuerpo me envolvió, haciéndome sentir seguro y protegido de una manera que nunca había experimentado antes.

—Yo también quiero eso —murmuró contra mi piel—. Solo estar contigo así... se siente correcto.

Asentí, acurrucándome en el hueco de su cuello. Su aroma —una mezcla de lluvia de verano y algo salvaje e indómito— llenó mis sentidos, haciendo que mi cabeza diera vueltas. A pesar de nuestro acuerdo de ir despacio, no podía negar la atracción que sentía hacia él. Cada célula de mi cuerpo parecía clamar por más contacto.

Como si leyera mis pensamientos, la mano de Atlas comenzó a recorrer mi costado, su toque encendiendo chispas a lo largo de mi piel incluso a través de la tela de mi pijama. Me estremecí, apretándome más cerca de él instintivamente.

—Caden —respiró, su voz ronca—. Sé que dijimos que iríamos despacio, pero... ¿puedo besarte de nuevo?

Mi corazón se aceleró ante sus palabras. Me aparté ligeramente para encontrar su mirada, viendo el mismo hambre que yo sentía reflejada en sus ojos dorados. Sin dudarlo, asentí, incapaz de encontrar mi voz. Atlas sonrió suavemente antes de inclinarse, sus labios encontrándose con los míos en un tierno beso. A diferencia de nuestros frenéticos besos anteriores, este era lento y dulce, como si estuviera saboreando cada momento.

Mis manos encontraron su camino hasta su pecho, sintiendo el sólido músculo bajo su camisa. Atlas gruñó profundo en su garganta, profundizando el beso mientras su lengua trazaba la costura de mis labios. Me abrí ansiosamente para él, gimiendo cuando su lengua se deslizó contra la mía.

El beso rápidamente se volvió acalorado, nuestros cuerpos presionándose más cerca mientras la pasión nos dominaba. La mano de Atlas se deslizó bajo mi camisa, su cálida palma extendiéndose por mi espalda baja. Me arqueé ante su toque, deseando más.

—Entonces —dijo, aclarándose la garganta mientras se apartaba, sus mejillas ardiendo de un rosa intenso—. ¿Dónde... eh... quieres ir en nuestra primera cita?

No pude evitar sonreír. Tener a este lobo Alfa tan enamorado de mí era una sensación nueva, y una que rápidamente estaba aprendiendo a disfrutar. Era tan suave y dulce conmigo. Me hacía sentir como el chico más afortunado del mundo.

—Vayamos a algún lugar privado donde podamos conocernos mejor —sugerí—. Algún sitio que te guste visitar.

Atlas sonrió, y eso fue todo lo que necesité para llenarme de alegría.

CAPÍTULO DIECISÉIS: ATLAS

—¿Este es tu lugar privado donde te gusta pasar el rato? —preguntó Caden, mirando a ambos lados con una expresión de sorpresa.

—Sí —asentí, sintiéndome repentinamente inseguro—. ¿Es... es raro?

—No —se rió—. Solo que... no esperaba que tu lugar especial estuviera en el sótano de la biblioteca —miró alrededor de la habitación sencilla que no tenía nada más que viejos estantes polvorientos llenos de periódicos—. O que fuera tan... polvoriento.

—¿Es porque soy un deportista? ¿No parezco el tipo de persona que frecuenta bibliotecas?

Caden me miró, con una pequeña sonrisa formándose en la comisura de su boca. —Quizás un poco.

—Bueno, eso demuestra lo poco que sabes —sonreí—. Y esto no es solo una habitación polvorienta escondida en el sótano. Tiene un secreto.

Caminé hacia la esquina trasera de la habitación donde dos viejas estanterías de madera se extendían desde el suelo hasta el techo. Ocupaban toda la esquina de la habitación y parecían estar construidas en la pared misma. Levantando la mano, agarré un libro hacia la parte superior del estante, el que tenía una luna plateada

brillando en su lomo. Al inclinarlo hacia adelante, se escuchó un pequeño clic y un sonido de roce mientras el estante se abría hacia dentro. Más allá había un vacío negro.

—¿Una habitación oculta? —preguntó Caden, estirando el cuello para intentar ver en la oscuridad.

—Una construida especialmente por mi familia —asintió Atlas—. Y mi propio escondite secreto. Nadie, ni siquiera mis amigos, sabe sobre este lugar —extendí mi mano—. ¿Quieres ver qué hay dentro?

Tomó mi mano sin dudar. —Sí.

Guié a Caden hacia la oscuridad, sintiendo una emoción mientras sus delgados dedos se entrelazaban con los míos. La puerta oculta se cerró detrás de nosotros con un suave clic, sumergiéndonos en una oscuridad total. Sentí que Caden se tensaba a mi lado.

—Está bien —murmuré, apretando su mano de manera tranquilizadora—. Solo espera.

Un momento después, un suave resplandor azul comenzó a emanar de las paredes. Un denso pero delicado patrón de metal encantado incrustado en las paredes cobró vida, detectando nuestra presencia en la habitación. Caden jadeó suavemente mientras mi lugar secreto se revelaba lentamente.

No era grande, quizás unos seis metros cuadrados, pero cada centímetro era un testimonio del legado de mi familia. Estanterías cubrían las paredes, repletas de antiguos tomos y artefactos arcanos. Una alfombra de felpa cubría el suelo, y en el centro había una mesa baja rodeada de cojines. Y, gracias a mi padre, se había construido un pequeño bar en uno de los lados de la habitación que contenía no solo licor, sino también una máquina de café y un mini refrigerador que los sirvientes de casa mantenían mágicamente abastecido.

—Atlas, esto es... increíble —suspiró Caden, con sus ojos azules abiertos de asombro mientras contemplaba el lugar.

Lo observé, cautivado por la forma en que la luz fantasmal jugaba sobre su piel pecosa. Mi lobo se agitó dentro de mí, instándome a acercarlo, a reclamarlo como mío. Reprimí ese impulso, recordándome que Caden no era una conquista. Él era... especial. Y estábamos tratando de ir despacio.

—Me alegra que te guste —dije suavemente, todavía sosteniendo su mano—. Nunca antes le había mostrado este lugar a nadie.

Caden se volvió hacia mí, sus ojos azules escrutando mi rostro. —Y sin embargo me lo mostraste a mí.

Asentí. —Eres mi compañero, ¿verdad? No puedo tener secretos contigo —lo llevé adentro y hasta el pequeño bar—. ¿Quieres algo de beber? Tengo casi de todo lo básico.

—Claro.

—¿Café helado? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Sí. Con vainilla si tienes.

Sonreí, complacido de recordar su bebida favorita. —Marchando.

Mientras me ocupaba con la máquina de café, Caden deambuló por la habitación, sus dedos deslizándose ligeramente sobre los lomos de los antiguos libros. No pude evitar mirarle de reojo, admirando cómo la etérea luz azul hacía brillar su cabello rubio.

—Estos libros —murmuró Caden—, todos son sobre historia y magia de hombres lobo, ¿verdad?

Asentí, vertiendo el café sobre hielo. —Sí, mi familia ha estado coleccionándolos durante generaciones. Algunos son tan antiguos y raros que probablemente sean los únicos ejemplares que quedan en existencia.

Los ojos de Caden se agrandaron. —Vaya. Eso es... es increíble, Atlas —hizo una pausa, mordiéndose el labio—. Entiendo por qué no quieres que otras personas sepan de este lugar. Algunos de estos libros... van directamente en contra de las reglas enseñadas en los cursos de magia.

Terminé de añadir el jarabe de vainilla a su bebida y me acerqué a él, entregándole el vaso. Nuestros dedos se rozaron, enviando una chispa de electricidad a través de mí.

—Tienes razón —dije suavemente, con mis ojos fijos en los suyos—. Y es por eso que los mantenemos a salvo. Hay cosas que no deberían olvidarse, incluso si ciertos brujos quisieran que las olvidáramos —hice una pausa por un momento, tomando un sorbo de mi bebida—. Aquellos que olvidan el pasado están condenados a repetirlo.

Caden asintió solemnemente, tomando un sorbo de su café helado. —Lo entiendo. Hay tanta historia aquí, tanto conocimiento —miró alrededor de la habitación otra vez, su mirada deteniéndose en un tomo particularmente ornamentado—. Es abrumador, honestamente.

Lo observé, fascinado por la forma en que trabajaba su mente. La mayoría de las personas se sentirían intimidadas por todo esto, pero Caden parecía genuinamente intrigado. Eso hizo que mi lobo se agitara de nuevo, complacido por su curiosidad e inteligencia.

—Puedes mirar lo que quieras —dije, acercándome más a él—. Confío en ti.

Los ojos de Caden se fijaron en los míos, con la sorpresa evidente en sus profundidades azules. —¿En serio? Pero algunos de estos libros... parecen antiguos. Incluso invaluables.

Me encogí de hombros, tratando de parecer indiferente aunque mi corazón latía aceleradamente por nuestra proximidad. —Lo son. Pero eres mi compañero. Lo que es mío es tuyo.

Un sonrojo se deslizó por las mejillas pecosas de Caden, y bajó la cabeza tímidamente. —Eso... eso es algo importante, Atlas. ¿Estás seguro?

En lugar de responder, tomé suavemente su mano y la guie hacia el libro que estaba tratando de alcanzar. —Es posible que te guste este —dije, viéndolo sacarlo del estante—. Explica a los compañeros y sus vínculos con gran detalle desde la perspectiva del hombre lobo. Podría ayudarte a entender mejor lo que estoy sintiendo.

Los dedos de Caden temblaron ligeramente mientras tomaba el pesado tomo de mí. Sus ojos se agrandaron al examinar las intrincadas runas plateadas grabadas en la cubierta de cuero.

—Esto es increíble —suspiró, abriendo cuidadosamente el libro. Las páginas eran finas y delicadas, cubiertas de una caligrafía fluida intercalada con ilustraciones detalladas.

Lo guié hacia los cojines que rodeaban la mesa baja. Nos sentamos, uno al lado del otro, nuestros muslos apenas tocándose. El calor de su cuerpo junto al mío envió hormigueos por mi piel.

—Mira aquí —dije suavemente, inclinándome para señalar un pasaje en particular. El aroma de él, como lluvia fresca y agujas de pino, llenó mis sentidos—. Esta parte habla de cómo los hombres lobo pueden sentir a sus compañeros incluso antes de que el vínculo se forme completamente.

Caden inclinó su cabeza para leer, su cabello rubio cayendo hacia adelante para rozar mi mejilla. Tuve que cerrar los puños para evitar extender la mano y pasar mis dedos por esos sedosos mechones.

—Dice que el lobo se sentirá atraído por el aroma y la presencia de su compañero —murmuró Caden. Me miró a través de sus pestañas —. ¿Es por eso que seguías buscándome después de conocernos? ¿Aunque intentabas fingir que solo era para agradecerme?

—*Sí* quería agradecerte —sonreí, sintiendo que mis mejillas ardían ligeramente—. Pero sí... no me di cuenta en ese momento, pero me sentía tan atraído hacia ti que no podía mantenerme alejado —miré el libro de nuevo, las palabras difíciles de distinguir en la tenue luz—. Oh. Casi lo olvido.

Saltando, me dirigí de nuevo hacia la puerta. Allí, en la pared, había un círculo azul brillante de metal encantado incrustado en la pared. Estaba dividido en doce piezas diferentes, como un pastel. Extendiendo la mano, presioné la sección de las nueve en punto, la magia revoloteando alrededor de mi dedo.

En un instante, toda la habitación cambió. El metal azul brillante incrustado en las paredes cambió de color y se expandió. Lo que una

vez fue solo un resplandor apagado ahora era una imagen proyectada, una ilusión que cubría cada pared, incluido el techo. Caden jadeó mientras tomaba forma, la habitación llenándose de luz. Los cojines, la mesa y el bar permanecieron en su lugar, pero ahora parecían estar misteriosamente ubicados en medio de un bosque de verano. La luz moteada atravesaba el dosel sobre nosotros, bañando todo con un resplandor amarillo-verdoso. El aroma dentro de la habitación cambió e incluso los sonidos del bosque parecían filtrarse desde ninguna parte.

—¿Qué... qué tipo de magia es esta? —susurró Caden, con la mandíbula caída por el asombro.

—Del tipo caro —me reí, feliz de verlo tan desconcertado—. El cobre encantado que corre por las paredes tiene la capacidad de crear ilusiones completas con olores y sonidos. Es un buen lugar para escapar cuando necesito transformarme y relajarme. Me hace olvidar por un momento que estoy encerrado en esta academia —miré alrededor el bosque que nos rodeaba, la ilusión tan realista que apenas podía distinguir dónde estaban las paredes—. Este me gusta más. Se... se siente como estar en casa.

Los ojos de Caden brillaron de asombro mientras contemplaba el bosque mágico que nos rodeaba. —Es hermoso —suspiró—. Nunca antes había visto algo así.

No pude evitar sonreír ante su asombro. —Hay doce configuraciones diferentes —expliqué, señalando el círculo junto a la puerta—. Cada una es un ambiente diferente. Bosque, playa, montañas, incluso bajo el agua.

La mirada de Caden volvió a mí, con curiosidad ardiendo en esas profundidades azules. —¿Por qué mostrarme todo esto, Atlas? Dijiste que nunca antes habías traído a nadie aquí.

Tragué saliva, sintiéndome repentinamente vulnerable. —Porque... porque quiero que me conozcas. Todo de mí —di un paso más cerca de él, atraído por una fuerza invisible—. Y también quiero conocerte, Caden. Cada parte de ti.

Un sonrojo se extendió por sus mejillas pecosas, pero no apartó la mirada. —¿Incluso las partes que son... diferentes? —preguntó suavemente—. ¿Las partes de brujo?

Asentí, extendiendo la mano para acunar su rostro suavemente. —Especialmente esas partes. Sé que se supone que los brujos y los hombres lobo no deben estar juntos, pero esa es solo la opinión de los demás. He leído algunos de estos libros aquí y conozco la verdad. Los hombres lobo y los brujos forman uniones poderosas. Son algo que debería ser venerado, no prohibido —me incliné más cerca—. Y los sentimientos que tengo por ti valen más que cualquier poder que pudiera obtener siendo tu compañero.

Caden se estremeció bajo mi toque, pero no se alejó. —Entonces... dijiste que esta configuración te hace sentir como en casa. ¿Es aquí donde creciste?

Sonreí, besando la punta de su nariz antes de retirarme. —No. Dondequiera que sea este lugar, nunca he estado allí. Pero se siente mucho más como un hogar que los bosques perfectamente cuidados en la propiedad de mi padre. Allí todo se siente casi... clínico. Es demasiado limpio, demasiado planificado. Pero esto —dije, señalando el bosque a nuestro alrededor—. Esto se siente como el mundo antes de que hubiera tanta gente. Un lugar intacto por el avance del progreso. Ese es el tipo de bosque que siento que llamaría hogar.

—Ojalá pudiera hacer algo como esto —sonrió Caden, mirando el dosel sobre nosotros—. Me encantan las plantas y las cosas verdes del mundo... pero mi magia... apenas es lo suficientemente poderosa para hacer crecer retoños, mucho menos un bosque entero.

—Cada árbol comienza como un retoño —dije, atrapando su mirada una vez más—. Tal vez ese sea tu problema con la magia.

—¿Qué quieres decir?

—Ahora mismo eres solo un retoño —expliqué—. Y si te obligas a crecer demasiado rápido, a alcanzar la luz, serás demasiado débil y

frágil para sobrevivir a la más pequeña de las tormentas. Pero quizás si aceptas la pequeñez de tu poder en este momento y esperas pacientemente a que un rayo de sol te encuentre, entonces podrás estar listo para hacer crecer tu poder cuando la oportunidad llame.

Los ojos de Caden se agrandaron ante mis palabras, una pequeña sonrisa tirando de las comisuras de su boca. —Eso es... sorprendentemente profundo, Atlas. Nunca lo había pensado de esa manera.

Me encogí de hombros, tratando de parecer indiferente aunque mi corazón se hinchaba de orgullo ante su elogio. —Puede que sea un deportista, pero también tengo algunas neuronas funcionando aquí arriba.

Caden se rió, el sonido ligero y musical en el bosque ilusorio. —Nunca lo dudé. Me has mostrado más que suficiente para probar que no eres solo un musculoso luchador sin cerebro.

Nos quedamos allí por un momento, rodeados por la belleza etérea del bosque mágico, simplemente mirándonos. El aire entre nosotros se sentía cargado, eléctrico. Mi lobo se agitaba inquieto dentro de mí, instándome a cerrar la distancia. Pero me contuve, no queriendo apresurarlo.

—Entonces —dijo Caden suavemente, rompiendo el silencio—. ¿Qué más puedes mostrarme aquí?

Sonreí, agradecido por la distracción. —Bueno, ¿qué tal si empezamos con los libros? Apuesto a que hay mucho aquí que podría ayudarte con tu magia o a entender a los hombres lobo. Incluso podría haber alguna historia aquí que no conozcas —hice una pausa, mordiéndome el labio inferior—. O... si quieres hacer algo loco... ¿podrías besarme de nuevo?

La respiración de Caden se entrecortó, sus ojos azules agrandándose ante mi sugerencia. Por un momento, me preocupé de haber ido demasiado lejos, demasiado rápido. Pero luego una tímida sonrisa se extendió por su rostro pecoso.

—Eso no suena nada loco —murmuró, dando un paso más cerca de mí.

Mi corazón se aceleró mientras Caden acortaba la distancia entre nosotros. Se acercó, sus delgados dedos rozando mi mejilla antes de deslizarse por mi cabello. Dejé escapar un suave gruñido de aprobación, mis manos encontrando su camino hacia su cintura.

—¿Estás seguro? —pregunté, dándole una última oportunidad de retractarse.

En lugar de responder, Caden se inclinó y presionó sus labios contra los míos. El beso fue suave y tentativo al principio, pero cuando lo acerqué más, se profundizó. Podía saborear la vainilla de su café helado en su lengua, y eso me hizo ansiar más.

Mi lobo aulló de alegría dentro de mí, instándome a reclamar completamente a mi compañero. Pero me contuve, dejando que Caden marcara el ritmo. Sus dedos se tensaron en mi cabello mientras se presionaba contra mí, un pequeño gemido escapando de su garganta.

Cuando finalmente nos separamos, ambos estábamos sin aliento. El calor fluía entre nuestros cuerpos. No solo podía oler su excitación, sino que podía sentir ese hermoso miembro suyo presionado contra mi muslo, pulsando rítmicamente.

—¿Me... me dejarías sentarme en tu regazo mientras leo? —preguntó Caden, con voz apenas por encima de un susurro.

Me dejé caer en los cojines, atrayéndolo a mi regazo. Envolví mis brazos alrededor de él, sosteniéndolo firmemente contra mi pecho mientras colocaba el libro sobre sus rodillas. Y juntos comenzamos a leer sobre mi gente y sus tradiciones. Compartir el mundo en el que crecí con mi compañero me hizo sentir más cercano a él que nunca. Y por ahora, eso era suficiente.

CAPÍTULO DIECISIETE: CADEN

La campana sonó, sacándome de mi ensueño. Me había quedado completamente distraído durante otra de las conferencias de la profesora Blackwood. Eso había estado sucediendo mucho últimamente ahora que Atlas estaba en mi vida. Durante la última semana apenas había prestado atención a mis clases. Eso no me ayudaría a fortalecerme como brujo, pero no me importaba. Solo quería pasar cada momento libre que tuviera con Atlas. Y cuando no estábamos juntos, fantaseaba con estar con él.

Guardando mis libros en la mochila, me dirigí hacia la puerta con el resto de la clase. Sin embargo, solo avancé unos metros antes de que una voz resonara, llamándome de vuelta.

—Una palabra, señor Cromwell —dijo la profesora.

Me detuve, dejando escapar un largo suspiro. Preparándome para su inevitable regaño, me dirigí hacia su escritorio. —¿Sí, profesora?

Me dio una larga y dura mirada. —Es sobre tu trabajo.

Mi ritmo cardíaco se aceleró. ¿Había descubierto que había hecho trampa? ¿Que Wild lo había escrito por mí? ¿En cuántos problemas me metería ahora?

—Encontré tu explicación bastante interesante y un poco poco ortodoxa. El latín está efectivamente basado en un idioma Fae, así que hacer conjuros en Fae, como sugeriste, sin duda aumentaría el

poder de tu ritual —frunció el ceño—. Ese conocimiento no forma parte del plan de estudios. ¿Dónde lo aprendiste?

Tenía que inventar una mentira, y rápido.

Mi mente trabajaba a toda velocidad, buscando una explicación plausible. No podía decirle la verdad: que Wild había escrito mi trabajo por mí y, siendo un Fae, sabría mucho más sobre todo eso que yo.

—Yo, eh... me topé con eso en un libro antiguo de la biblioteca —balbuceé, evitando su mirada penetrante—. Estaba escondido en la sección restringida. Estaba haciendo una investigación adicional y...

Los ojos de la profesora Blackwood se entrecerraron, claramente no del todo convencida. —¿La sección restringida? ¿Y cómo obtuvo acceso a eso, señor Cromwell?

Tragué saliva, sintiendo que el sudor comenzaba a perlar mi frente. —Mi padre... él, um, tiene cierta influencia en la junta directiva. Me consiguió un permiso especial.

No era completamente mentira. Damien Cromwell tenía considerable influencia en la academia, aunque nunca la había utilizado realmente. La idea de pedirle algo me ponía la piel de gallina.

La profesora me estudió por un largo momento, su expresión indescifrable. Finalmente, asintió lentamente. —Ya veo. Bueno, señor Cromwell, aplaudo su iniciativa. Y espero verlo dedicar tanto esfuerzo a sus futuros proyectos como lo hizo con este. Si continúa con esta tendencia, no veo razón por la que su poder no deba crecer junto con ella.

Asentí, sintiendo una oleada de alivio. —Gracias, profesora. Haré mi mejor esfuerzo.

Cuando me di la vuelta para irme, la profesora Blackwood volvió a llamarme. —Ah, y señor Cromwell, intente mantenerse despierto en mi clase de ahora en adelante. Lo que sea que lo esté distrayendo no es tan importante como lo que aprenderá en esta aula.

Sentí que mi cara se enrojecía de vergüenza. ¿Se había dado cuenta de que estaba soñando despierto con Atlas? ¿Era tan obvio?

—S-sí, profesora. No volverá a ocurrir —murmuré, saliendo rápidamente del aula.

Mi corazón todavía latía con fuerza mientras avanzaba por el pasillo abarrotado. Eso había estado demasiado cerca. Necesitaba ser más cuidadoso, tanto con mis tareas como con mi comportamiento en clase. Lo último que necesitaba era que mi padre se enterara de algo de esto, especialmente porque la profesora parecía contarle todo.

Perdido en mis pensamientos, no me di cuenta de la figura que pasaba junto a mí hasta que accidentalmente choqué con su hombro y tropecé.

—¡Mira por dónde vas, idiota!

Levanté la mirada hacia el rostro de Rowan Hargrove y ahogué un grito. Era la primera vez que lo veía desde aquella noche en la montaña. Tres largas cicatrices cruzaban su cara, una de ellas atravesando su ojo. Estaban completamente curadas y rosadas, pero eran impactantes, por decir lo menos. Realmente había quedado desfigurado por el ataque de Atlas. Sin embargo, eso no me provocó tanto miedo como aquel ojo lechoso que me devolvía la mirada y que alguna vez había sido verde esmeralda.

Ninguna palabra salió de mis labios mientras él pasaba de largo y continuaba por el pasillo, con todos sus amigos lanzándome miradas de desprecio.

Me quedé paralizado, con el corazón latiendo fuertemente en mi pecho. El encuentro con Rowan me había dejado conmocionado. Esas cicatrices, ese ojo lechoso... eran un claro recordatorio de lo que había sucedido aquella noche en la montaña. Una noche que había estado tratando desesperadamente de olvidar. Una que sabía que eventualmente volvería para atormentarme.

Después de un momento, logré reaccionar y dirigirme hacia mi siguiente clase. Herbolaria era la siguiente y la última del día. Pero

era mi asignatura favorita, así que al menos me ayudaría a despejar un poco la mente.

Al entrar en el invernadero de herbolaria, el aire cálido y húmedo me envolvió, trayendo consigo el aroma de la tierra y plantas exóticas. Respiré profundamente, dejando que los aromas familiares calmaran mis nervios. La profesora Paulson ya estaba al frente de la clase, su cabello plateado brillando bajo la luz filtrada del sol.

—Hoy trabajaremos con flores lunares —anunció, señalando las delicadas flores blancas sobre la mesa frente a ella—. ¿Puede alguien decirme sus propiedades?

Levanté la mano instintivamente, agradecido por la distracción de mis encuentros anteriores. —Las flores lunares se utilizan en pociones para dormir y rituales de adivinación. También se sabe que mejoran las habilidades psíquicas cuando se usan correctamente.

La profesora Paulson asintió con aprobación. —Excelente, señor Cromwell —caminó hacia una de las plantas, cuyos capullos estaban enrollados en una espiral apretada—. Sin embargo, solo se abren por la noche. Sus propiedades herbales son más fuertes cuando se recogen de noche, pero tenemos una sobreabundancia de ellas en este momento, así que necesitan ser podadas. Eso es lo que harán hoy.

Después de una demostración de las técnicas adecuadas de recolección, comenzamos nuestro trabajo práctico, recogiendo cuidadosamente los pétalos de las flores lunares y extrayendo su esencia. Sentí que me relajaba, perdiéndome en mi trabajo. Aquí era donde destacaba, donde me sentía más a gusto. Mis dedos se movían con destreza, casi por sí solos, mientras preparaba las delicadas flores.

Mientras trabajaba, mi mente volvió a Atlas. Me preguntaba qué estaría haciendo ahora mismo. Probablemente en la práctica de lucha libre, su cuerpo musculoso brillando de sudor mientras forcejeaba con sus compañeros de equipo. La imagen hizo que mis

mejillas se sonrojaran y que mi corazón se acelerara. Y verlo con ese ajustado maillot... uff, eso me hacía algo a nivel espiritual.

—Señor Cromwell, ¿está bien? —la voz de la profesora Paulson me devolvió a la realidad—. Parece un poco acalorado.

—Estoy bien —murmuré, concentrándome intensamente en la flor lunar entre mis manos—. Solo estoy... concentrándome.

Me dio una mirada escéptica pero continuó revisando a otros estudiantes. Respiré profundamente, tratando de calmarme. Necesitaba controlarme. Esta obsesión con Atlas se estaba volviendo peligrosa.

Una hora después, cuando terminó la clase y guardaba mis materiales, sentí un hormigueo familiar en la base de mi columna. Mi magia estaba reaccionando a algo. O a alguien. Me giré para ver a Atlas apoyado en el marco de la puerta, sus ojos dorados fijos en mí.

—Hola, Caden —dijo, su voz profunda enviando escalofríos por todo mi cuerpo—. Pensé en sorprenderte después de clase.

Torpemente manipulé mi bolsa, casi dejándola caer. —¡Atlas! —balbuceé, con el corazón acelerado al verlo—. N-no esperaba verte aquí.

Se separó del marco de la puerta y se acercó con paso desenvuelto, un brillo depredador en sus ojos dorados. —Pensé en sorprenderte. Salí temprano de la práctica.

Podía oler su aroma almizclado mientras se acercaba, todavía ligeramente húmedo de sudor por la lucha libre. Me hizo dar vueltas la cabeza.

—Oh, eso es... eso está bien —logré decir, tratando de mantener la compostura—. ¿Querías que pasáramos el rato juntos o algo así?

Atlas se rio, un sonido bajo y peligroso. —No es exactamente lo que tenía en mente, pero me parece bien —miró alrededor del aula ahora vacía, y luego a mí—. ¿Qué tal si vamos a la biblioteca?

Se me cortó la respiración. Sabía que estar en esa habitación privada suya, completamente solos y lejos de todos los demás era lo que ambos queríamos. Cada fibra de mi ser quería decir que sí. Y por mucho que esa molesta voz en el fondo de mi mente me dijera que debería tomarme mi tiempo, no podía negar el hecho de que había estado perdido en pensamientos sobre él toda la semana. A estas alturas, *no* hacer algo con él se estaba convirtiendo más en un obstáculo que otra cosa.

—Yo... sí —dije al fin—. Vamos a la biblioteca.

Hubo un leve destello de esperanza en su mirada mientras su corpulenta figura se inclinaba más cerca. Su aroma almizclado me envolvió, la terrosidad ahora casi picante después de haber estado sudando durante las últimas horas. Sentí el repentino impulso de lamerlo, aunque no entendía por qué.

—¿Es eso lo que realmente quieres? —preguntó, con un tono conocedor en su voz.

Por supuesto que sabía lo que realmente quería. Podía olerlo en mí. Estoy seguro de que apestaba a lujuria ya que había estado fantaseando con él toda la tarde. Diablos, toda la semana, de hecho. Solo estar cerca de él hacía que mis pantalones se ajustaran, mi miembro doliéndome por liberarse. Después de esa probada en la cabaña... quería más.

—S-sí —logré decir al fin—. Eso es lo que quiero.

Los ojos de Atlas destellaron con un brillo depredador mientras tomaba mi mano, guiándome fuera del aula. Mi corazón se aceleró mientras atravesábamos los pasillos, esquivando a otros estudiantes. Podía sentir el calor que irradiaba su cuerpo, su poderosa presencia abrumando mis sentidos. Ni siquiera se molestó en ocultar que sostenía mi mano frente a los demás.

Llegamos a la biblioteca, y Atlas me guió directamente escaleras abajo hasta su sala de estudio secreta escondida en el sótano. Tan pronto como la puerta se cerró tras nosotros, me presionó contra ella, su cuerpo musculoso inmovilizándome.

—He estado pensando en ti toda la semana —gruñó, con voz baja y hambrienta. Sus manos recorrieron mi cuerpo, dejando rastros de fuego a su paso—. Soñando con tocarte de nuevo, saborearte.

Gemí, mi cuerpo temblando de necesidad. —Yo también —admití sin aliento—. No puedo concentrarme en nada más.

Atlas capturó mis labios en un beso abrasador, su lengua adentrándose en mi boca. Gemí, aferrándome a sus anchos hombros mientras me devoraba. Sus manos se deslizaron para agarrar mi trasero, levantándome fácilmente. Envolví mis piernas alrededor de su cintura mientras me llevaba a la barra, dejándome en el borde.

—Dime que quieres esto —dijo, sus ojos dorados penetrando los míos—. Dime que esto está bien.

—Yo... no quiero formar un vínculo todavía —dije, apenas capaz de mantener la lógica. El aroma de él y el calor de su miembro presionado contra el mío hacían difícil pensar—. Pero quiero que... que me muestres algo nuevo.

Los ojos de Atlas se ensancharon y una lenta sonrisa se extendió por su rostro.

—Te mostraré lo que quieras, Caden.

Lo atraje de vuelta, besándolo fuertemente en la boca. Eso era todo el estímulo que necesitaba.

CAPÍTULO DIECIOCHO: ATLAS

Mis manos estaban por todas partes, explorando el cuerpo de Caden con un hambre que lo dejaba sin aliento. Tiró de mi camisa, murmurando suavemente cuando se enganchó en mis brazos. Los levanté, permitiéndole quitármela por la cabeza y arrojarla a un lado. Sus ojos recorrieron mi pecho expuesto, absorbiendo la visión de mi pecho velludo y los gruesos músculos que cubrían mi cuerpo. Me encantaba la forma en que me miraba, como si fuera algún hermoso espécimen en exhibición. Me hacía hincharme de orgullo.

—Hermoso —murmuró, inclinándose para trazar besos a lo largo de mi pecho. Su ligera barba raspaba deliciosamente contra mi piel sensible, enviando escalofríos por mi columna.

Luché con los botones de su camisa, desesperado por sentir su piel desnuda contra la mía. Caden se rio, apartando suavemente mis manos para desabrocharlos él mismo. A medida que se revelaba cada centímetro de carne pálida y suave, se me secó la boca. Era la perfección encarnada, como una delicada flor cobrada vida.

—¿Te gusta lo que ves? —bromeó Caden, quitándose la camisa. Estaba siendo más atrevido de lo habitual, pero me gustaba.

Incapaz de formar palabras, simplemente asentí, extendiendo las manos para recorrer su cuerpo esbelto. Caden gimió, sus ojos destellando con deseo. En un rápido movimiento, lo levanté de la

barra y lo llevé al pequeño montón de cojines en el centro de la habitación.

Acosté a Caden suavemente sobre los cojines, sin apartar mis ojos de los suyos. Su pecho subía y bajaba rápidamente, un ligero rubor extendiéndose por su piel con pecas. Me cernía sobre él, absorbiendo la visión de su cabello rubio despeinado y sus labios hinchados por los besos.

—¿Estás seguro de esto? —susurré, apartando un mechón perdido de su frente.

Caden asintió, sus ojos azules oscureciéndose con lujuria. —Nunca he estado más seguro de nada —respiró—. Yo... necesito esto.

Eso fue todo el estímulo que necesitaba. Capturé sus labios en un beso abrasador, vertiendo todo mi deseo reprimido en él. Caden respondió con entusiasmo, sus manos recorriendo mi espalda y hombros.

Mientras nos besábamos, sentí una extraña sensación de hormigueo donde nuestra piel se tocaba. Al principio, pensé que era solo la intensidad del momento, pero luego noté pequeñas enredaderas y flores brotando de los cojines alrededor de nosotros. La magia de Caden estaba reaccionando a sus emociones intensificadas, trayendo vida a nuestro entorno.

Me retiré ligeramente, maravillándome ante el despliegue botánico. —¿Eso siempre sucede? —pregunté, señalando las flores.

—No lo sé —respondió Caden, sin mirar—. Y no me importa.

Me reí contra sus labios, mis manos vagando más abajo para acariciar sus costados. Las enredaderas continuaron creciendo, enroscándose alrededor de nuestros cuerpos entrelazados como si la naturaleza misma nos estuviera impulsando. La magia de Caden pulsaba a través del aire, intensificando cada sensación.

Cuando mis dedos se deslizaron por debajo de su cintura, Caden jadeó, arqueándose hacia mi contacto. Sus ojos se cerraron, largas pestañas proyectando sombras sobre sus mejillas sonrojadas. Me

tomé un momento para admirarlo, maravillándome de cómo alguien tan hermoso podía verse tan vulnerable debajo de mí.

—Eres increíble —murmuré, trazando besos a lo largo de su mandíbula.

Los ojos de Caden se abrieron, un destello travieso reemplazando la timidez que estaba acostumbrado a ver. —Demuéstramelo —respiró, enganchando su pierna alrededor de mi cintura para acercarme más.

Gemí ante la fricción, perdiendo el control. Con manos temblorosas, luché con su cinturón, desesperado por sentir más de él. Mientras deslizaba sus pantalones por sus piernas, más flores florecieron a nuestro alrededor, su dulce aroma llenando el aire.

La magia de Caden era embriagadora, haciendo que mi cabeza girara con deseo. Inhalé profundamente, el aroma floral intensificando mis sentidos. Caden se retorcía debajo de mí, su pálida piel sonrojada y brillando con un ligero velo de sudor. Las enredaderas continuaron creciendo, tejiéndose a nuestro alrededor como un capullo de follaje.

—Por favor —gimoteó Caden, sus caderas alzándose contra las mías —. Tócame.

Gemí, mi autocontrol pendiendo de un hilo. Con manos temblorosas, quité el resto de nuestra ropa, absorbiendo la visión de la forma desnuda de Caden. Era impresionante, todo músculo delgado y curvas suaves. Recorrí con mis dedos su pecho, maravillándome de lo receptivo que era a mi tacto. Su miembro pulsaba con cada caricia, latiendo entre nosotros de la manera más tentadora.

Inclinándome, me coloqué entre sus piernas, mis ojos aún fijos en los suyos mientras lamía una larga franja por la parte inferior de su miembro. Jadeó, retorciéndose de placer. De repente su puño estaba en mi cabello, tirándome hacia abajo. Mi nariz presionó contra sus testículos, su aroma llenando mis sentidos, embriagándome de lujuria.

—No pares —ordenó, esos ojos azules fijos en los míos—. Por favor.

—Adoraré cada centímetro de ti —respondí, significando cada palabra—. Solo dime lo que necesitas.

Los dedos de Caden se tensaron en mi cabello mientras lo tomaba completamente en mi boca, saboreando su sabor y el peso de él en mi lengua. Ahuequé mis mejillas, chupando fuerte mientras movía mi cabeza arriba y abajo por su longitud. Sus caderas se sacudieron hacia arriba, empujándose más profundamente en mi garganta.

—Oh, dios —gimió Caden, con la cabeza echada hacia atrás en éxtasis. Las enredaderas a nuestro alrededor pulsaban con un resplandor etéreo, respondiendo a su placer. Delicados pétalos de flores llovían sobre nosotros, cubriendo nuestra piel resbaladiza por el sudor.

Me aparté con un sonido húmedo, trazando besos por sus muslos internos. Caden gimoteó ante la pérdida, su miembro contrayéndose contra su estómago. Mordisqueé la piel sensible donde su muslo se encontraba con su ingle, deleitándome en la forma en que se retorcía debajo de mí.

—Por favor —suplicó, sus dedos retorciéndose en mi cabello—. No pares.

El crudo deseo en su voz envió una descarga de excitación directamente a mi entrepierna. Me arrastré por su cuerpo, nuestros miembros rozándose mientras lo besaba, dejándole saborear su propio sabor en mi lengua. Cuando finalmente me aparté, miré a esos ojos azules suyos que eran tan hipnotizantes. Parecían brillar en la tenue luz, y juré que podía ver magia arremolinándose en sus profundidades.

—¿Quieres que te folle? —pregunté, mirándolo fijamente.

Miró hacia abajo a mi impresionantemente grande miembro pulsando entre nosotros, una mirada nerviosa en su rostro mientras se lamía los labios. —Eventualmente... —murmuró.

—¿Pero no ahora mismo?

Asintió lentamente. —Estoy... lo siento.

Lo besé de nuevo, más fuerte esta vez. —No te disculpes por eso. Nunca por eso. —Inclinándome, presioné mi frente contra la suya, frotando mi miembro contra el suyo—. ¿Quieres... quieres follarme tú?

Los ojos de Caden se abrieron de golpe, sus cejas fruncidas. —¡¿Harías eso?!

—¿Por qué no? —pregunté—. Eres mi compañero y quiero que te sientas bien.

—Pero tú eres... —Hizo una pausa, buscando la palabra correcta—. Un Alfa.

—¿Y?

—Bueno, ¿no es eso algo sumiso o algo así?

No pude evitar reírme. —Ser un líder y cuidar de tu manada no tienen nada que ver con poner cosas en tu trasero. —Caden se sonrojó profundamente, pero no me detuve—. Todo esto es tan nuevo para mí como lo es para ti. Y tengo... *curiosidad* sobre cómo podría sentirse. Nunca he hecho algo así antes.

—¿Y si no te gusta? —Preguntó—. No quiero que sigas solo por mí.

Sonreí, mi pecho calentándose con afecto ante su preocupación. —Entonces probaremos otra cosa.

Los ojos de Caden se ensancharon, una mezcla de emoción y nerviosismo cruzando por su rostro. —¿Estás seguro? —preguntó suavemente, sus manos recorriendo mis costados.

Asentí, capturando sus labios en un tierno beso. —Estoy seguro. Confío en ti, Caden.

Su confianza pareció crecer con mis palabras. Con un suave empujón, nos hizo rodar para que él estuviera arriba, a horcajadas sobre mis caderas. Las enredaderas a nuestro alrededor cambiaron, creando un exuberante dosel sobre nosotros. La magia de Caden vibraba a través del aire, haciendo que mi piel hormigueara con anticipación.

—Nunca he hecho esto antes —admitió Caden, con las mejillas sonrojadas—. Pero quiero hacerte sentir bien.

—Lo resolveremos juntos —le aseguré, subiendo mis manos por sus muslos.

Caden asintió, inclinándose para trazar besos a lo largo de mi cuello y pecho. Su toque era eléctrico, enviando chispas de placer a través de mi cuerpo. A medida que se movía más abajo, las enredaderas a nuestro alrededor parecían pulsar al ritmo de mi acelerado corazón.

Su lengua giró alrededor de mi pezón, arrancándome un gemido profundo. Me arqueé hacia su toque, mis manos agarrando sus caderas. La confianza de Caden creció con cada reacción que obtenía de mí. Besó su camino por mi estómago, deteniéndose para morder el borde de mi cadera, haciéndome gemir de dicha.

—¿Esto está bien? —preguntó, su aliento caliente contra mi piel.

—Más que bien —jadeé, mi miembro contrayéndose en anticipación.

Caden sonrió, un brillo travieso en su mirada. Trazó sus dedos por mis muslos internos, evitando deliberadamente donde más lo quería. Los toques provocadores eran enloquecedores, enviando descargas de placer a través de mi cuerpo.

Finalmente, envolvió su mano alrededor de mi longitud, dándole una caricia experimental. Gemí, mis caderas alzándose involuntariamente. Animado por mi reacción, Caden se inclinó y me tomó en su boca.

El calor húmedo envolviéndome era increíble. Apreté mis puños en los cojines, luchando contra el impulso de empujar hacia arriba en su boca. Caden chupaba suavemente mientras movía su cabeza. Su inexperiencia era evidente, pero su entusiasmo más que lo compensaba. Y, comparado con la primera vez que habíamos hecho esto, ya había mejorado.

Mientras Caden trabajaba con su boca, sentí una sensación fría y resbaladiza en mi entrada. Me tensé momentáneamente antes de darme cuenta de que era la magia de Caden, conjurando algún tipo

de lubricante natural de las plantas cercanas. Las enredaderas a nuestro alrededor pulsaban con un resplandor etéreo, respondiendo a su poder.

—¿Está bien esto? —preguntó Caden, separándose de mi miembro con un sonido húmedo. Sus dedos circundaban mi orificio suavemente, extendiendo la sustancia resbaladiza—. Es aloe.

Asentí, incapaz de formar palabras. Las sensaciones duales de su boca en mi miembro y sus dedos provocando mi entrada eran abrumadoras. Lentamente, Caden empujó un dedo dentro de mí. El estiramiento ardió ligeramente, pero no de forma desagradable.

—Más —jadeé, abriendo mis piernas más ampliamente.

Caden obedeció, añadiendo un segundo dedo. Los curvó experimentalmente, buscando ese punto especial que todos los hombres tenían. Cuando lo encontró, mi visión se volvió blanca de placer. Grité, mi espalda arqueándose fuera de los cojines. El lobo dentro de mí aulló de alegría.

—¿Ahí? —preguntó Caden, un toque de suficiencia en su voz.

—Sí —jadeé—. Justo ahí.

Continuó abriéndome, alternando entre estirarme y acariciar ese manojo de nervios sensibles. El placer era intenso, diferente a cualquier cosa que hubiera experimentado antes. Mi miembro goteaba constantemente sobre mi estómago, contrayéndose con cada presión de los dedos de Caden.

—Creo que estás listo —murmuró Caden, retirando sus dedos. Gemí ante la pérdida, sintiéndome vacío.

Caden se posicionó entre mis piernas, su miembro presionando contra mi entrada. Hizo una pausa, mirando a mis ojos. —¿Estás seguro de esto?

Asentí, atrayéndolo para un beso apasionado. —Nunca he estado más seguro —respiré contra sus labios.

Lentamente, Caden empujó su grueso miembro dentro de mí. El estiramiento ardía, pero la incomodidad fue rápidamente eclipsada por oleadas de placer. Sin mencionar que el aloe que estaba usando como lubricante lo refrescaba inmediatamente. Jadeé, aferrándome a sus hombros mientras llegaba hasta el fondo.

—Oh, dios —gimió Caden, su frente presionada contra la mía—. Eso se siente mucho mejor de lo que esperaba.

Nos quedamos así por un momento, ajustándonos a la nueva sensación. Las enredaderas circundantes pulsaban con energía, reflejando la conexión entre nuestros cuerpos. Cuando estuve listo, moví mis caderas, animando a Caden a moverse. Captó la indirecta, retirándose lentamente antes de empujar de nuevo. El arrastre de su miembro dentro de mí enviaba chispas de placer por mi cuerpo.

—Oh, joder —jadeé, clavando mis uñas en su espalda—. Eso se siente... realmente jodidamente bien.

Animado por mi reacción, Caden aumentó el ritmo. Sus empujes se volvieron más confiados, anclando sus caderas para golpear ese punto dentro de mí que me hacía ver estrellas. La habitación se llenó con los sonidos de nuestros gemidos y el sonido de piel contra piel.

Las enredaderas a nuestro alrededor parecían pulsar al ritmo de nuestros movimientos, su resplandor etéreo intensificándose. Flores florecían a nuestro alrededor, liberando un aroma intenso e intoxicante. La magia de Caden crepitaba en el aire, intensificando cada sensación. No sabía que tenía tanto poder, pero nuestro placer parecía solo impulsarlo a nuevos niveles.

Envolví mis piernas alrededor de su cintura, atrayéndolo más profundamente. Caden gimió, enterrando su rostro en mi cuello mientras embestía dentro de mí. Su aliento estaba caliente contra mi piel, puntuado por pequeños gemidos y lamentos. Podía decir que estaba luchando una batalla perdida. Había una tensión en su cuerpo que me decía que quería contenerse, pero la forma en que me estaba follando... no podía obligarse a ir más despacio. Y me encantaba.

—Caden —jadeé, sintiendo que mi orgasmo se acercaba—. Estoy cerca.

Alcanzó entre nosotros, envolviendo su mano alrededor de mi palpitante miembro. —Yo también —jadeó Caden, acariciándome al ritmo de sus embestidas—. Quiero sentirte correrte.

Sus palabras enviaron una descarga de excitación a través de mí. Me aferré a él con más fuerza, mis uñas clavándose en su espalda mientras el placer llegaba a su clímax. Con un fuerte grito, me corrí, derramándome sobre la mano de Caden y mi estómago. Mi cuerpo se contrajo a su alrededor, arrancando un gemido profundo de su garganta.

Los empujes de Caden se volvieron erráticos mientras perseguía su propio placer. Las enredaderas circundantes pulsaban brillantemente, flores floreciendo y marchitándose en rápida sucesión. Caden se retiró rápidamente y se corrió con un gemido estrangulado, disparando calientes chorros de semen por mi vientre. Me miró fijamente por un momento, sus ojos brillando de un verde intenso antes de colapsar encima de mí, esparciendo nuestro desastre entre nosotros.

Nos quedamos allí, jadeando y entrelazados, mientras las réplicas de nuestros orgasmos nos recorrían. El resplandor mágico de las enredaderas se desvaneció lentamente, dejándonos en un capullo de exuberante vegetación. La magia de Caden se asentó, pero aún podía sentirla vibrando bajo su piel.

—Eso fue... —Caden se detuvo, aparentemente sin palabras.

—Bastante bueno, ¿verdad? —sonreí, pasando mis dedos por su cabello—. Eso estuvo realmente bien para tu primera vez.

—¿Cómo lo sabrías? —se rio—. También fue tu primera vez.

—Me corrí, ¿no? Debes haber hecho algo bien.

Caden rió suavemente, acurrucándose en mi cuello. —Supongo que tienes razón. —Sus dedos trazaron patrones perezosos en mi pecho,

esparciendo nuestra liberación combinada—. ¿Fue... estuvo realmente bien para ti?

Apreté mis brazos alrededor de él, saboreando el peso de su cuerpo sobre el mío. —Fue más que bien, Caden. Fue increíble. —Levanté su barbilla, encontrando su mirada—. Tú eres increíble.

Una tímida sonrisa se extendió por su rostro, sus mejillas sonrojándose. Incluso después de lo que acabábamos de hacer, todavía podía ser tímido. Era entrañable.

—¿No te lastimé, verdad? —preguntó, preocupación parpadeando en sus ojos.

Negué con la cabeza. —Para nada. Hubo un poco de incomodidad al principio, pero se sintió increíble una vez que empezamos. —Sonreí, pasando mi mano por su espalda—. No me importaría hacerlo de nuevo alguna vez.

Los ojos de Caden se ensancharon, una mezcla de sorpresa y deseo cruzando por su rostro. —¿En serio? ¿Querrías?

—Definitivamente —murmuré, atrayéndolo para un tierno beso—. Aunque la próxima vez —dije, señalando todas las plantas que ahora llenaban la habitación—. Tal vez deberíamos poner una lona o algo así.

Caden finalmente dejó de mirarme el tiempo suficiente para mirar alrededor de la habitación. Su respiración se quedó atrapada en su garganta y una mano vino a sus labios. —¿Yo... yo hice todo esto? —susurró.

—Bueno, yo no puedo —dije—. Así que debe haber sido tú.

—Pero... ¿de dónde vinieron estos? Normalmente, solo puedo cultivar cosas a partir de semillas... —Me miró—. Estos cojines no están rellenos de material vegetal, ¿verdad?

—No. Es solo relleno sintético.

—¿Cómo es esto siquiera posible?

Alcé la mano, agarrando su rostro y obligándolo a mirarme. Había preocupación marcando sus facciones, y usé mis pulgares para borrarla. —Te dije que eras un brujo poderoso. Solo necesitabas las condiciones adecuadas para crecer, al igual que tus plantas. —Lo atraje hacia mí, besándolo una vez más—. ¿Me crees ahora?

CAPÍTULO DIECINUEVE: CADEN

Cuando salimos de la biblioteca, ya había caído la noche. La nieve volvía a descender perezosamente, atrapando la luz de las farolas. Todo estaba en silencio por todo el campus. Incluso la mayoría de las ventanas en los dormitorios estaban a oscuras. Parecía que, durante nuestro tiempo escondidos en la biblioteca, todo el mundo se había ido a dormir. Ahora éramos solo Atlas y yo, cogidos de la mano, paseando por la nieve que nos llegaba a los tobillos mientras respirábamos el aire fresco de la noche.

—Me sorprende que esté tan tranquilo aquí fuera —dije, mirando a Atlas—. No es tan tarde, ¿verdad?

—El reloj de la biblioteca marcaba poco más de las diez. —Se volvió, mirando a lo largo y ancho del campus—. Pero hay algo en el aire. —Hizo una pausa, deteniéndome mientras olfateaba—. Opresivo... como el trueno antes de una tormenta.

Un escalofrío recorrió mi espalda cuando todo su comportamiento cambió. El resplandor posterior a nuestra increíble tarde se desvaneció, devorado por el frío de la noche que nos rodeaba. Me encontré aferrándome a él, la oscuridad repentinamente más intimidante de lo que era un momento antes.

Atlas me atrajo hacia él, rodeando mi cintura con su musculoso brazo de forma protectora. Sus ojos dorados escudriñaban las sombras entre los edificios, sus fosas nasales dilatándose mientras

continuaba olisqueando el aire. Podía sentir la tensión que irradiaba de él, con el cuerpo en tensión y listo para entrar en acción.

—Deberíamos entrar —gruñó, con voz baja y áspera—. Algo va mal.

Mientras acelerábamos el paso, con la nieve crujiendo bajo nuestros pies, percibí un movimiento por el rabillo del ojo. Una forma oscura se deslizó entre dos edificios, demasiado rápida y fluida para ser humana. Mi corazón comenzó a acelerarse.

—Atlas —susurré con urgencia—, vi algo...

—Lo sé —me interrumpió, apretando su agarre sobre mí—. Solo corre.

De repente, la forma oscura se dirigió hacia nosotros a una velocidad alarmante. Atlas me agarró del brazo y me lanzó hacia atrás sobre la nieve, colocando su cuerpo entre nuestro perseguidor y yo. Vi cómo sus rasgos se afilaban, con garras extendiéndose desde las puntas de sus dedos. Dejó escapar un gruñido bajo pero aterrador.

La figura se detuvo frente a nosotros, sin aliento y con los ojos muy abiertos. Me tomó un momento que el cabello rojo y los ojos verdes activaran mi memoria.

—¿W-Wild? —jadeé, incorporándome en la nieve.

—¡Aquí están ustedes dos! —exclamó, abriéndose paso más allá de Atlas sin mostrar ni rastro de miedo—. ¡Llevo buscándoos durante la última hora! ¡Estaba preocupado de que os hubieran atacado!

—¿Atacado? —pregunté, tomando su mano para que me ayudara a levantarme—. ¿Por qué nos habrían atacado?

—¿Qué está pasando? —añadió Atlas, todavía revisando nerviosamente nuestro entorno—. ¿Por qué todo huele tan extraño?

Wild se quedó allí por un momento, con la mandíbula abierta. —Vosotros... No lo sabéis...

—¡¿Saber qué?! —gruñó Atlas—. ¿Podrías decirnos de una vez qué está pasando?

Las cejas de Wild se fruncieron y parecía que estaba a punto de gritarle a Atlas por levantar la voz. Pero le agarré la mano, obligándole a mantener la atención en mí. —¿Qué ha pasado, Wild?

—Han atacado a uno de los estudiantes —dijo, con los ojos moviéndose entre Atlas y yo—. Un Beastkin. No saben quién lo atacó, solo que tiene suerte de estar vivo. Alguien lo encontró sangrando en la nieve frente al gimnasio.

Vi el miedo en los ojos de Atlas. Si hubiera estado en forma de lobo, todo su pelaje se habría erizado.

—i¿Cómo se llama?! —preguntó, agarrando el brazo de Wild—. El Beastkin.

—Karrick, creo.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Incluso yo reconocía ese nombre. Era uno de los amigos de Atlas, un compañero de lucha en el equipo. Lo había conocido una vez. Parecía un buen tipo. Entonces, ¿quién querría atacarlo?

—i¿Está bien?! —preguntó Atlas, con miedo llenando sus rasgos.

—Está vivo —asintió Wild—. Pero aparte de eso, no lo sé. Lo llevaron a la enfermería.

El agarre de Atlas en el brazo de Wild se apretó, sus garras clavándose en la tela de su chaqueta. —Llévanos allí. Ahora.

Sin esperar respuesta, Atlas comenzó a caminar a grandes zancadas hacia la enfermería, prácticamente arrastrando a Wild con él. Me apresuré para mantener el ritmo, con el corazón latiéndome en el pecho. La sensación opresiva en el aire parecía hacerse más pesada con cada paso.

Al acercarnos al edificio de la enfermería, pude ver una multitud reunida afuera. Estudiantes de todas las facciones se apiñaban en pequeños grupos, susurrando con urgencia entre ellos. El olor a miedo y ansiedad era palpable, incluso para mi nariz de brujo.

Atlas se abrió paso entre la multitud, su imponente presencia haciendo que la gente se apartara ante él. Lo seguí a su estela, tratando de ignorar las miradas curiosas y a veces hostiles que me lanzaban. Fue un momento antes de que me diera cuenta de que todos eran razas monstruosas. No había un solo brujo entre la multitud.

Justo cuando alcanzamos la entrada, una mujer de aspecto severo con bata blanca salió, bloqueando nuestro camino. —No se permiten visitas —dijo con firmeza, entrecerrando los ojos mientras evaluaba el estado agitado de Atlas.

—No soy una visita, soy su compañero de equipo —gruñó Atlas—. Acabo de verlo esta tarde.

Ella le dio una larga y dura mirada. —Está bien. Pero mantén la calma. Seguridad querrá hacerte algunas preguntas.

—Por supuesto —asintió Atlas, abriéndose paso. Todavía tenía agarrada mi mano, llevándome dentro con él antes de que la enfermera pudiera detenernos.

La enfermería estaba inquietantemente silenciosa cuando entramos, las paredes blancas deslumbrantes y el olor a antiséptico contrastaban fuertemente con la noche nevada del exterior. El agarre de Atlas en mi mano se apretó mientras avanzábamos por el pasillo, siguiendo el sonido de voces susurrantes.

Doblamos una esquina y nos encontramos cara a cara con dos fornidos guardias de seguridad de pie frente a una puerta cerrada. Ambos también eran Beastkin. Sus ojos se entrecerraron al ver la imponente figura de Atlas, luego se fijaron en mí con sospecha.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —gruñó uno de ellos, dando un paso adelante para bloquear nuestro camino.

Atlas se irguió en toda su estatura, sus ojos dorados destellando con ira apenas contenida. —Estoy aquí para ver a Karrick. Soy su compañero de equipo y amigo.

Los guardias intercambiaron una mirada antes de que el segundo hablara. —Bien, pero solo tú. El brujo se queda fuera. Por lo que sabemos, podría estar involucrado.

Sentí tensarse el cuerpo de Atlas a mi lado, un gruñido bajo retumbando en su pecho. —Él viene conmigo —dijo, con una voz que no dejaba lugar a discusiones.

Por un momento, pensé que los guardias podrían desafiarlo, pero algo en el comportamiento de Atlas debió hacerles pensarlo dos veces. Con un asentimiento reacio, los guardias se apartaron, permitiéndonos entrar en la habitación. El aire dentro estaba espeso con el olor a sangre y antiséptico. Karrick yacía inmóvil en la cama, su musculoso cuerpo empequeñeciendo la estrecha camilla del hospital. Vendajes cubrían gran parte de su torso y un lado de su cara. Un goteo intravenoso serpenteaba hasta su brazo, suministrando lo que supuse eran medicamentos para el dolor y líquidos.

Atlas corrió al lado de Karrick, sus ojos dorados abiertos con preocupación. —Karrick —dijo suavemente, colocando una mano en el hombro ileso de su amigo—. ¿Puedes oírme?

Pero Karrick no respondió. Simplemente yacía allí inmóvil, con los ojos firmemente cerrados. Me sorprendió que siguiera en su forma bestial. La mayoría de las razas monstruosas tenían una forma humana que usaban para mezclarse con el resto del mundo. Pero Karrick estaba cubierto de pelaje marrón oscuro de pies a cabeza, sus orejas puntiagudas estaban fuera, y dos grandes colmillos sobresalían de su mandíbula inferior. Nunca había visto a ninguno de los Beastkin caminar así por el campus.

—No puede oírte —dijo una voz suave detrás de nosotros.

Tanto Atlas como yo nos giramos para ver a una mujer entrar en la habitación vistiendo un uniforme de enfermera. Era menuda, rubia y tenía un aire de timidez.

—¿Por qué no? —gruñó Atlas—. ¿Qué le pasa?

—Por una parte, ha perdido mucha sangre —respondió, comprobando la bolsa de suero y las máquinas conectadas a Karrick para leer sus signos vitales.

Se me ocurrió que la enfermería debía haber sido especialmente encantada para permitir que la tecnología funcionara dentro de sus paredes. Fuera del edificio, ninguna de esas máquinas funcionaría. Pero aquí parecían funcionar perfectamente. Me alegré por ello.

—Y por otra, ha sido maldecido.

—¿Maldecido? —pregunté antes de que Atlas pudiera responder—. Pero... ese tipo de magia está prohibida en el campus.

—Es cierto —asintió—. Y por eso hay tanta presencia de seguridad alrededor de esto. El decano mismo estuvo aquí antes junto con los tres miembros principales de la junta académica. Fue solo gracias a ellos que pudimos descifrar la maldición.

Los ojos de Atlas se entrecerraron, apretando la mandíbula. —¿Qué tipo de maldición?

La enfermera dudó, mirándonos alternativamente. —No estoy segura de que deba...

—Dínoslo —gruñó Atlas, con su paciencia claramente agotándose.

Ella suspiró, cediendo. —Es una maldición vinculante. Lo ha encerrado en su forma bestial y lo ha dejado inconsciente. No podemos despertarlo ni devolverlo a su forma humana. Si permanece así durante demasiado tiempo... morirá.

Sentí un escalofrío recorrer mi espalda. Tal maldición no solo estaba prohibida, sino que era increíblemente compleja. Se necesitaría un brujo poderoso para lanzar algo así.

Atlas se volvió hacia Karrick, con su mano aún descansando sobre el hombro de su amigo. —¿Quién hizo esto? —preguntó, con voz baja y peligrosa.

—No lo sabemos —respondió una voz áspera. Todos nos volvimos para ver a un vampiro alto entrar en la habitación, una insignia con

el símbolo del Consejo de Ancianos exhibida con orgullo en su pecho —. Lo encontraron solo, y no hubo testigos. El equipo de seguridad está investigando, pero no hay pistas hasta ahora. —Su mirada se posó en mí, examinándome detenidamente—. Todo lo que sabemos es que el culpable es un brujo. No hay otra explicación para una magia tan poderosa.

Sentí que Atlas se tensaba a mi lado, su agarre en mi mano apretándose protectoramente. La mirada acusadora del vampiro me hizo sentir un escalofrío, pero me forcé a mantener su mirada firmemente.

—No todos los brujos son capaces de tal magia oscura —dije, manteniendo mi voz calmada—. Y aquellos que lo son, no arriesgarían usarla en el campus. Las consecuencias serían severas.

Los ojos del vampiro se entrecerraron. —Tal vez. Pero los tiempos desesperados pueden llevar a las personas a medidas desesperadas. Las tensiones entre brujos y otras facciones han estado aumentando últimamente. Esto podría ser la chispa que encienda un conflicto mucho mayor.

Atlas gruñó bajo en su garganta. —¿Estás sugiriendo que esto fue algún tipo de movimiento político? Karrick ni siquiera está involucrado en la política de facciones. Es solo un estudiante, como el resto de nosotros.

—A veces, Sr. Faolan, no se trata de quién es la víctima, sino de lo que representa —respondió el vampiro fríamente. Su mirada parpadeó entre Atlas y yo, una leve sonrisa jugando en las comisuras de su boca—. Hablando de representación, tengo curiosidad sobre su... relación con este brujo. —Dio un paso adelante, su nariz contrayéndose mientras olisqueaba el aire—. Ustedes dos están claramente involucrados. Eso es bastante inusual, ¿no estarían de acuerdo?

Atlas se tensó a mi lado, sus ojos dorados destellando peligrosamente. —Mis relaciones personales no son asunto tuyo —

gruñó, dando un paso protector frente a mí—. Estamos aquí por Karrick. Concéntrate en encontrar quién le hizo esto.

La sonrisa del vampiro se ensanchó, revelando las puntas de sus colmillos. —Oh, pero podría ser muy relevante para nuestra investigación. ¿Un hombre lobo y un brujo, rompiendo siglos de tradición? Eso seguro que alborota algunas plumas. Quizás alguien quería enviar un mensaje.

Sentí que mi sangre se helaba ante la implicación. ¿Podría nuestra relación haber llevado de alguna manera a este ataque contra Karrick? La culpa y el miedo debieron mostrarse en mi rostro, porque Atlas apretó mi mano tranquilizadoramente.

—Eso es ridículo —gruñó Atlas—. Karrick no tiene nada que ver con nosotros. Esto es solo un patético intento de avivar más conflicto entre facciones. Además, hay muchos otros estudiantes en relaciones no tradicionales aquí. Es la universidad, por el amor de Dios.

El vampiro abrió la boca para replicar, pero fue interrumpido por un alboroto en el pasillo. De repente, la puerta se abrió de golpe y un hombre alto e imponente entró a grandes zancadas. Su cabello plateado y penetrantes ojos dorados inmediatamente lo identificaron como un poderoso alfa hombre lobo. Su presencia hizo que la habitación se sintiera de repente mucho más pequeña.

El comportamiento entero de Atlas cambió instantáneamente. Su espalda se enderezó, sus hombros se tensaron, y dio un pequeño paso frente a mí, como si me protegiera de la mirada del recién llegado.

—Padre —dijo, con voz tensa—. ¿Qué está haciendo aquí?

CAPÍTULO VEINTE: ATLAS

Los ojos del hombre de cabello plateado saltaron entre Caden, Karrick en la cama y yo. Sus fosas nasales se dilataron, sin duda captando los aromas entremezclados en la habitación.

—Recibí información sobre el ataque —dijo, su voz profunda retumbando en el pequeño espacio—. Como Alfa y miembro del consejo escolar, es mi deber investigar cuando uno de los estudiantes es herido. —Su penetrante mirada se posó en Caden—. ¿Y quién podría ser este?

Sentí que la mano de Caden se tensaba alrededor de la mía. —Este es mi... amigo —dije con cuidado—. Está aquí conmigo para ver cómo está Karrick.

Los ojos del alfa se entrecerraron, y prácticamente podía sentir la desaprobación que irradiaba de él. —Un brujo —dijo, con un tono que hacía que la palabra sonara como una maldición—. Ya veo.

El investigador vampiro se aclaró la garganta. —Señor Faolan, quizás sería mejor si usted y su... *amigo* salen un momento.

Llevé a Caden hacia la puerta, dando un amplio rodeo alrededor de mi padre. Aunque era mi pariente, me aseguré de mantenerme entre él y Caden hasta que estuvimos nuevamente en el pasillo. Mi corazón latía acelerado en mi pecho mientras me apoyaba contra la pared, jadeando como si hubiera estado conteniendo la respiración todo el tiempo.

Los dedos de Caden temblaban entre los míos mientras permanecíamos en el pasillo, con la tensión de la habitación aún aferrada a nosotros como una densa niebla. Podía escuchar su corazón acelerado, coincidiendo con el ritmo frenético del mío.

—Atlas —susurró, sus ojos azules abiertos de miedo—. ¿Quién era ese? ¿Por qué me miró así?

Tragué con dificultad, tratando de encontrar las palabras adecuadas. —Era... mi padre. El Alfa de nuestra manada.

El rostro de Caden palideció, haciendo que sus pecas resaltaran aún más contra su piel. —¿Tu padre? Pero parecía tan...

—¿Frío? —terminé por él—. Sí, así es él. Especialmente cuando se trata de... —me detuve, sin querer expresar la verdad que ambos conocíamos: que nuestra relación estaba prohibida.

Antes de que pudiera decir más, la puerta se abrió y el investigador vampiro salió. Sus ojos oscuros nos examinaron, deteniéndose en nuestras manos unidas.

—Señor Faolan, su padre desea hablar con usted. A solas.

Mi estómago se hundió, pero asentí, sabiendo que no tenía elección. Me volví hacia Caden, acunando suavemente su rostro con mi mano libre. —Espérame aquí, ¿de acuerdo? No tardaré mucho.

Caden asintió, sus ojos aún abiertos de preocupación. Le di un último apretón tranquilizador a su mano antes de soltarla a regañadientes y volver a entrar en la habitación.

Mi padre estaba de pie junto a la ventana, sus anchos hombros tensos mientras contemplaba los terrenos del campus. El investigador vampiro se había disculpado discretamente, dejándonos solos con un Karrick inconsciente.

—Atlas —la voz de mi padre era baja y controlada, pero podía escuchar la ira subyacente—. ¿Qué está pasando exactamente aquí?

Enderecé la columna, tratando de proyectar una confianza que no sentía. —Te lo dije, padre. Karrick fue atacado. Estoy aquí para ver

cómo está, como haría cualquier amigo.

Se giró, sus ojos plateados destellando peligrosamente. —¿Y el brujo? ¿También es solo un "amigo"?

Mi corazón martilleaba en mi pecho, pero mantuve su mirada firmemente. —Su nombre es Caden. Y sí, es mi amigo.

El labio de mi padre se curvó con disgusto. —No me mientas, muchacho. Puedo olerlo por todo tu cuerpo. —Dio un paso más cerca, su imponente figura cerniéndose sobre mí—. Apestas a él. A magia de brujo y... otras cosas.

Apreté los puños, luchando contra el impulso de retroceder. —Lo que hago y con quién estoy no es asunto tuyo.

Su mano salió disparada, agarrando mi brazo con una fuerza que dejaba moretones. —¡Es muy de mi incumbencia cuando el futuro Alfa de nuestra manada está confraternizando con un brujo! —gruñó —. ¿Has olvidado todo lo que te he enseñado? Los brujos no son de fiar, y mucho menos... para tocarlos.

Liberé mi brazo con un tirón, la ira burbujeando dentro de mí. —Caden es diferente. No es como los brujos de tus historias.

La risa de mi padre fue fría y sin humor. —Todos son iguales, Atlas. Manipuladores, hambrientos de poder. Te usarán y te desecharán sin pensarlo dos veces.

—No lo conoces —gruñí, sintiendo a mi lobo agitarse bajo mi piel.

—No necesito conocerlo —soltó—. He visto suficiente en mi vida para saber más. Esto termina ahora, Atlas. Cesarás todo contacto con ese chico, o habrá consecuencias.

Me aparté de él. —Entonces haz lo peor que puedas —escupí, dejando que la ira me dominara—. Si ser líder de la manada significa renunciar a mi pareja, entonces busca a alguien más.

Los ojos de mi padre se ensancharon, sus músculos tensándose mientras rechinaba los dientes. Claramente mis palabras habían

tocado una fibra sensible en él. Sabía que yo hablaba en serio y usar la carta de *pareja* definitivamente captó su atención.

—Este ataque —dije, señalando a Karrick—, no fue solo contra mi amigo. Fue contra cada raza de monstruos en esta escuela. La junta está tratando de separarnos de los brujos. Los profesores de magia les dicen que nos teman y los otros profesores me cuentan las mismas historias que tú siempre me has contado. Ya han anunciado planes para segregar toda la escuela para el próximo año. —Lo miré fija y duramente—. ¿Es eso lo que quieres, padre? ¿Una guerra? Porque con la forma en que tú y los brujos están actuando, eso es todo lo que vamos a conseguir.

Gruñó, el sonido resonando por la habitación, reverberando hasta mis huesos. —*Siempre* hemos estado en guerra —gruñó—. Nuestra especie tuvo que luchar con uñas y dientes para obtener la poca libertad que tenemos. Nuestra familia ha sacrificado demasiado a lo largo de los siglos para llegar a ser influyente. Y aun así, no somos nada comparados con la más baja de las familias de brujos. —Se acercó más, su forma imponente elevándose sobre mí—. Y ahora estás *follando* a uno de ellos. Nuestro enemigo.

—Estás ciego —dije, negándome a ceder—. Cegado por el odio y el prejuicio. Una unión entre un brujo y un hombre lobo, especialmente de dos familias extremadamente influyentes, sería vista como una oportunidad para la paz y la igualdad. —Le di un buen vistazo, burlándome con disgusto—. Todo lo que te importa es el poder y la tradición. No te importo yo, ni mi futuro, ni el hombre del que me estoy enamorando...

Apenas las palabras salieron de mi boca cuando un dolor candente estalló en mi mejilla izquierda. Me sentí mareado por el impacto, mirando al suelo para recuperar el equilibrio. El sabor de la sangre llenó mi boca mientras miraba de nuevo a mi padre, su mano aún temblando en el aire frente a mí.

—¿Cómo *te atreves* a hablarme así? —gruñó—. ¡Te crié para que me respetaras mejor!

Negué con la cabeza, sin poder evitar la sonrisa que tiraba de mis labios. —No. Me criaste para ser un Alfa, un líder valiente y compasivo. —Alcé la mano, limpiando la sangre de mi labio—. Y ahora veo que careces de esas cualidades.

—¿Así que eso es todo? ¿Vas a elegir a ese pequeño pedazo de mierda por encima de tu propia familia?

La ira inundó mis venas, y apenas logré contenerla. —Él me trata mejor de lo que tú jamás lo has hecho. Así que sí.

Apartándome de él, me dirigí hacia la puerta.

—¡Te arrepentirás de esto cuando ese pequeño *maricón* te convierta en su esclavo!

Lo ignoré solo para evitar matarlo en el acto. No tenía nada más que decirle. Él no cedería y yo tampoco. Mi camino era el futuro y el suyo... estaba lleno de odio y prejuicio.

—¡No me des la espalda, muchacho! —espetó, agarrando mi hombro.

Atrapé su mano en el aire fácilmente y le torcí la muñeca hasta que escuché un crujido repugnante. Retiró su mano bruscamente, aullando de dolor y mirándome con esos ojos de Alfa llenos de ira y miedo.

—Si me tocas a mí o a mi pareja otra vez —gruñí, sin apartar la mirada de la suya. Una especie de frío determinado llenó mi cuerpo mientras lo miraba fijamente—. Te pondré en una tumba prematura, viejo. —Solo hice una pausa por un momento—. Considera esto mi renuncia a la manada.

Cerré la puerta de golpe tras de mí, con el corazón latiéndome en el pecho. Caden estaba esperando en el pasillo, su rostro grabado con preocupación. Extendió la mano hacia mí, sus dedos rozando el moretón que se estaba formando en mi mejilla.

—Atlas, ¿qué pasó? Escuché gritos... —Su voz se apagó mientras observaba mi apariencia, sus ojos azules abriéndose—. Estás sangrando.

Tomé su mano, presionándola contra mi cara a pesar del escozor. Su tacto era fresco contra mi piel enrojecida, conectándome a tierra. —No es nada —murmuré, aunque ambos sabíamos que era mentira.

La frente de Caden se arrugó, una chispa de ira destellando en sus ojos generalmente amables. —¿Te golpeó?

Asentí, sin confiar en mi voz. La mano libre de Caden se cerró en un puño, y podía sentir el aire a nuestro alrededor crepitando con su magia.

—Lo mataré —susurró, su voz baja y peligrosa.

No pude evitar reírme, a pesar de la gravedad de la situación. —Tranquilo, Caden. Ya me he encargado de eso. Lo prometo.

La expresión de Caden se suavizó y se apoyó contra mí, sus manos aferradas a mi camisa. El investigador del Consejo de Ancianos salió de la esquina, sus ojos mirando mi labio partido. Por un momento pareció preocupado, pero cuando le di un asentimiento rígido, pareció entender.

—Bueno, veo que las cosas aquí van como esperaba —suspiró—. De todos modos, quería hacerles una última pregunta a ambos. ¿Saben quién podría ser responsable de esto?

Caden y yo nos miramos y supe que estaba pensando lo mismo que yo. Rowan Hargrove. Tenía una vendetta contra nosotros dos, pero aun así no podía encontrar ninguna razón para que atacara a Karrick. Ni siquiera estaba seguro de que Rowan supiera quién era Karrick.

—Lo siento, señor —dije—. Realmente no lo sé. En este momento, podría ser cualquiera que quiera ver la escuela destrozada.

—Desafortunadamente —respondió—, eso no es suficiente para proceder con un arresto. Sin embargo, corrobora la nota que encontramos en la escena.

—¿Nota? —preguntó Caden, levantando la mirada—. ¿Qué nota?

El investigador metió la mano en el bolsillo de su abrigo, sacando un pequeño trozo de papel. Lo sostuvo para que ambos pudiéramos leerlo fácilmente.

Un monstruo merece una jaula. Estos ataques continuarán hasta que estas bestias sean eliminadas de la escuela permanentemente.

—¿Alguna idea de quién podría haber escrito algo así? —preguntó, doblándolo y guardándolo nuevamente.

—No —dije.

Caden solo negó con la cabeza. —Podría... podría ser cualquiera en el programa de magia, estudiante o profesor. Se nos enseña a desconfiar de cualquiera que no sea un brujo.

—A nosotros se nos enseña lo mismo —añadí—. Que los brujos son peligrosos y solo nos quieren como baterías mágicas.

El investigador asintió sombríamente. —Eso es lo que temía. Este tipo de prejuicio profundamente arraigado no se manifiesta de la noche a la mañana. Ha estado gestándose durante mucho tiempo.

Nos miró, su expresión suavizándose ligeramente. —Ustedes dos... son diferentes. Un brujo y un hombre lobo, juntos. Es raro, pero no inaudito. Quizás podrían ser el puente que esta escuela necesita.

Sentí que Caden se tensaba a mi lado, sin duda recordando la hostilidad que irradiaba de mi padre. —No sé si estamos listos para ese tipo de responsabilidad —dijo en voz baja.

El investigador sonrió tristemente. —A veces, no podemos elegir nuestras batallas. Ellas nos eligen a nosotros. —Se ajustó la chaqueta—. Continuaré mi investigación. Mientras tanto, manténganse alerta. Y... permanezcan juntos. Podrían estar más seguros así.

Mientras se alejaba, me volví hacia Caden, acunando suavemente su rostro. —¿Estás bien? Sé que esto es mucho para asimilar.

Caden se inclinó hacia mi toque, sus ojos cerrándose brevemente. —Tengo miedo, Atlas. Tu padre, el ataque a Karrick, esta nota...

parece que el mundo entero está contra nosotros.

Atraje a Caden más cerca, rodeándolo protectoramente con mis brazos. Su aroma —una mezcla de cosas verdes y tierra— llenó mis sentidos, calmando la rabia que aún ardía bajo mi piel.

—Lo sé —murmuré en su cabello—. Pero somos más fuertes juntos. Resolveremos esto.

Caden asintió contra mi pecho, sus dedos aferrándose a mi camisa. Cuando me miró, sus ojos azules estaban llenos de una determinación que nunca había visto antes.

—Tienes razón —dijo suavemente—. No podemos dejar que ganen. No podemos permitir que el miedo y el odio nos separen.

Sonreí, sintiendo una oleada de orgullo y amor por este valiente y hermoso brujo en mis brazos. —Esa es mi pareja —dije, presionando un suave beso en su frente.

—Pero... ¿Atlas?

—¿Sí?

—¿Te... eh... te quedarás conmigo? —preguntó, con esos ojos azules fijos en los míos—. Solo... no quiero estar solo ahora mismo. Y no quiero perderte de vista.

No pude evitar sonreír. Tomando su mano en la mía, lo guié hacia el extremo opuesto de la enfermería donde podríamos escabullirnos por la puerta trasera sin ser notados.

—Por supuesto que me quedaré contigo —dije—. Todo el tiempo que quieras.

CAPÍTULO VEINTIUNO: CADEN

Durante los siguientes días, Atlas apenas se separó de mi lado. El resto de la academia también había quedado bastante tranquila. Las clases fueron canceladas el día después del ataque a Karrick para dar a todos la oportunidad de calmarse. O al menos eso es lo que la administración nos dijo.

La verdad era que durante ese día libre, la escuela había duplicado la seguridad en el campus, fortalecido la barrera y comenzado a colocar protecciones mágicas. Fueron instaladas alrededor de los dormitorios para mantener fuera a los que no eran estudiantes, lo cual supongo que tenía sentido. Pero al mismo tiempo, Karrick no fue atacado en un dormitorio y las clases no iban a estar canceladas para siempre. Eventualmente todos estaríamos en peligro una vez más. Y no había forma de que la escuela fuera a cerrar, no cuando la élite de brujos que no tenía nada que perder estaba al mando.

Costó mucho convencer a Atlas para que me dejara ir a clase esa mañana. Parecía particularmente decidido a protegerme. Aunque no tenía nada que temer de alguien que atacara a razas monstruosas, todavía estaba el asunto sin resolver con Rowan Hargrove. Después de que Atlas lo dejara ciego de un ojo y le desfigurara el rostro para salvarme, tenía la fuerte sensación de que Rowan estaría planeando lentamente su venganza contra nosotros. Era como una víbora, feliz de quedarse completamente inmóvil hasta el momento oportuno para atacar. Aun así, con toda la mayor seguridad alrededor del

campus, tenía el presentimiento de que se tomaría su tiempo por ahora. Él y su familia no eran del tipo que atacan públicamente. Esperaría hasta que no hubiera testigos.

Así que, a pesar del velo de oscuridad que rodeaba la academia, fui a clase.

El aire en el aula se sentía más pesado de lo habitual, como si la ansiedad colectiva de los estudiantes se hubiera asentado en las paredes mismas. Los susurros llenaban el espacio, conversaciones a media voz sobre el estado de Karrick, sobre las medidas de seguridad, sobre si realmente estábamos a salvo.

Me deslicé en mi asiento habitual cerca de la parte trasera, sintiendo la presencia de Atlas aunque no estuviera allí. Me había acompañado a clase —como un perro guardián sobreprotector— pero se quedó afuera, prometiendo reunirse conmigo cuando terminara su práctica. Sabía que era mejor no discutir. Estaba decidido a mantenerme a su alcance tanto como pudiera.

La profesora Blackwood entró a grandes zancadas, sus largas túnicas ondeando tras ella mientras dejaba caer una pila de libros sobre su escritorio. —Basta de susurros —dijo con brusquedad, silenciando la sala con una sola mirada fulminante—. Si están aquí, están para aprender, no para chismorrear.

Me recliné en mi silla, brazos cruzados mientras comenzaba la conferencia. Se suponía que era sobre matrices de hechizos complejas, pero mi mente seguía divagando, mis sentidos en alerta. Mis instintos me decían que alguien me observaba —algo oscuro y persistente justo debajo de la superficie del entorno mundano del aula.

Y entonces lo sentí. Un pulso de magia, sutil pero inconfundible. No un ataque —no, esto era algo más insidioso.

Era mi padre.

La sangre en mis venas se convirtió en hielo. El pulso de magia no era agresivo, ni una exigencia o un golpe, pero era inconfundiblemente suyo. Un susurro contra mi piel, enroscándose

en los bordes de mis sentidos como el humo de un fuego moribundo.

Tragué con dificultad y forcé mis manos a permanecer firmes sobre el escritorio. No estaba aquí —no físicamente. Pero quería que supiera que estaba observando. Su magia tenía una firma que nunca podría confundir, una fuerza profunda y antigua que se enroscaba a mi alrededor como cadenas invisibles.

Apenas escuché la voz de la profesora Blackwood mientras continuaba su conferencia. Mi mente estaba en otro lugar, repasando rápidamente las posibilidades. ¿Por qué ahora? ¿Por qué enviar esta advertencia aquí, en medio de la clase? ¿Era solo un recordatorio de su presencia, o era algo más? ¿Una amenaza? ¿Una prueba?

Una silla crujió detrás de mí, sacándome de mis pensamientos por un momento. Giré ligeramente la cabeza, capturando el único ojo sano de Rowan Hargrove fijo en mí desde el otro lado de la sala. Sonrió con suficiencia cuando nuestras miradas se encontraron — lenta, deliberadamente.

¿Lo había sentido él también? ¿O simplemente disfrutaba viéndome retorcerme?

Mordí el interior de mi mejilla y miré al frente nuevamente, obligándome a no reaccionar a pesar del incendio que se extendía por mis venas. La sonrisa burlona de Rowan ardía en la parte posterior de mi cabeza, una burla silenciosa que amenazaba con deshacer el frágil control que tenía sobre mí mismo. Agarré el borde de mi escritorio tan fuertemente que mis nudillos se volvieron blancos, forzándome a concentrarme en la voz de la profesora Blackwood, aunque sus palabras no eran más que un zumbido sordo en mis oídos.

—Sr. Cromwell —dijo con brusquedad, su voz cortando la neblina en mi mente como una hoja.

Parpadeé y levanté la mirada, dándome cuenta demasiado tarde de que toda la clase me estaba mirando. Los ojos oscuros de la

profesora Blackwood se estrecharon, su mirada clavándome como un insecto bajo un cristal.

—Aunque estoy segura de que cualquier ensoñación que esté teniendo es fascinante —continuó, con un tono empapado de sarcasmo—, quizás le gustaría compartir sus pensamientos sobre la aplicación de matrices de hechizos de núcleo dual.

Una onda de risa recorrió la sala, pero se sentía distante, amortiguada. Mi garganta estaba seca cuando abrí la boca para hablar, pero antes de que pudiera formular una respuesta, otro pulso de magia se deslizó sobre mi piel como agua helada. Era más pequeño esta vez, pero más agudo, más enfocado. Una advertencia.

—Yo... —Mi voz salió ronca, y aclaré la garganta rápidamente—. No tengo una respuesta para eso —terminé, con una voz apenas audible. La risa de la clase se desvaneció en un silencio tenso, y los ojos de la profesora Blackwood se estrecharon aún más. Un destello de algo pasó por su rostro —preocupación, tal vez— pero desapareció tan rápido como apareció.

—Concéntrese, Sr. Cromwell. —Su tono era firme pero no cruel, aunque pude sentir el peso de su mirada persistiendo en mí un momento demasiado largo antes de que volviera a la pizarra. Comenzó a esbozar diseños intrincados con movimientos rápidos y precisos, pero mi atención ya se había desviado de nuevo a los zarcillos invisibles de magia que se enroscaban por la habitación.

Mi padre no había terminado. El segundo pulso había sido más agudo por una razón: no era solo una advertencia, era una orden. Mi estómago se revolvió ante la comprensión. Quería algo de mí. Algo ahora.

Una gota de sudor se deslizó por la parte posterior de mi cuello mientras trataba de pensar, intentaba descifrar qué podría querer en este momento. Fuera lo que fuera, desafiarlo no era una opción —no sin consecuencias para las que no estaba preparado todavía. No aquí, rodeado de personas que no entenderían qué clase de poder ejercía mi padre.

El aire en la habitación se volvió más frío, casi imperceptiblemente, pero lo suficiente para que notara la piel de gallina que se levantaba a lo largo de mis brazos. Mis dedos se tensaron alrededor del borde de mi escritorio mientras me obligaba a respirar uniformemente. Si nadie más lo sentía, tenía que fingir que yo tampoco.

Lo último que necesitaba era darle más munición a Rowan o hacer que la profesora Blackwood indagara. Pero la magia de mi padre presionó contra mí nuevamente —esta vez, empujando. Urgiendo. No había duda ahora. Quería que me fuera.

Inhalé bruscamente por la nariz, mi mente buscando frenéticamente una excusa. Levantarme y salir de clase sin causa solo aumentaría las sospechas. Pero si lo ignoraba... Mi estómago se retorció ante las posibles repercusiones de esa elección.

Rowan todavía me observaba, su sonrisa burlona ensanchándose como si supiera exactamente lo que estaba pasando, como si pudiera ver la correa invisible apretándose alrededor de mi garganta. Tal vez podía —tal vez tenía más conexiones con mi padre de las que yo me daba cuenta.

Tragué el miedo que trepaba por mi garganta y levanté lentamente la mano. —Profesora Blackwood —dije, manteniendo mi voz firme aunque cada nervio en mi cuerpo gritaba que corriera—, no me siento bien.

Sus ojos afilados me examinaron, evaluando, calculando. Me estudió un instante demasiado largo antes de asentir una vez hacia la puerta. —Vaya a la enfermería entonces, Sr. Cromwell —dijo fríamente, su voz desprovista de simpatía pero no dura. Era una salida, nada más, pero una que yo deseaba desesperadamente.

Me forcé a levantarme lentamente, tratando de no parecer apurado, aunque mis piernas temblaban debajo de mí. En el segundo en que pisé el pasillo, pude sentir cada par de ojos en la habitación taladrando mi espalda. La mirada de Rowan era la más pesada. Ardía contra mi piel con una suficiencia que hizo que mi estómago se retorciera aún más.

No me atreví a mirarlo mientras salía del aula, pero pude sentir su satisfacción como un aura envolviéndome —espesa y sofocante. Él sabía algo. Quizás no exactamente qué, pero lo suficiente para reconocer mi incomodidad por lo que era: debilidad. Y Rowan Hargrove vivía para explotar la debilidad.

En el momento en que la pesada puerta de madera se cerró detrás de mí, exhalé temblorosamente, permitiéndome pausar en el pasillo vacío por solo un momento. La magia de mi padre todavía persistía débilmente en el aire circundante, un recordatorio constante de que no estaba realmente solo. Me quería en algún lugar específico; casi podía sentir la atracción, sutil pero innegable. Pero ¿cuánto tiempo tenía? ¿Qué pasaría si me resistía?

La agudeza regresó una vez más y esta vez, realmente sentí que iba a enfermarme. Tapándome la boca con la mano, corrí por el pasillo hacia el baño. En el momento en que estaba dentro, las náuseas desaparecieron. Solo para ser reemplazadas por miedo cuando la puerta se cerró de golpe, asegurándose en su lugar. La luz parpadeó mientras retrocedía contra la pared, mi respiración volviéndose jadeos superficiales.

La oscuridad parecía presionar desde las esquinas, llenando la habitación con una neblina similar al humo. Se juntó frente a mí, cambiando y arremolinándose hasta que vi rastros de un brazo, una pierna, un torso... Un momento después, un espectro se paró frente a mí con el rostro de mi padre, los ojos azules brillando como brasas en la oscuridad.

—Hola, Caden —susurró, su voz resonando de manera inquietante —. Te tomó bastante tiempo responder.

Tragué con dificultad, mi garganta seca como papel de lija. —Padre —logré articular, presionándome más contra la fría pared de azulejos —. ¿Qué quieres?

Su forma espectral parpadeó, esos ojos azules ardientes nunca dejando los míos. —¿Esa es manera de saludar a tu padre, Caden? —Su voz era suave, casi gentil, pero había un filo en ella que me

hizo estremecer—. Te he estado observando, hijo. Observando y esperando.

—¿Para qué? —pregunté, tratando de mantener el temblor fuera de mi voz.

Una sonrisa se extendió por su rostro etéreo, pero no llegó a sus ojos. —Para que demuestres que eres digno del apellido Cromwell, como siempre. Pero en cambio, ¿qué veo? Mi hijo, relacionándose con bestias y mestizos.

Mi corazón martilleaba en mi pecho. Él sabía sobre Atlas. Por supuesto que lo sabía. —No sé de qué estás hablando —mentí, aunque el pánico arañaba mis entrañas.

Su risa fue como hielo quebrándose. —No insultes mi inteligencia, muchacho. ¿Ese hombre lobo con el que has estado fraternizando? Está por debajo de ti. Un mestizo indigno de la sangre que fluye por tus venas. Y sin embargo, dejas que te marque con su olor, dejas que te folle como un cachorro común jugando a ser Alfa. ¿Has olvidado quién eres, Caden? ¿O tus... distracciones te han hecho aún más débil?

El veneno en sus palabras era una daga fría en mis entrañas, pero me forcé a pararme más derecho, encontrando esos ojos azules brillantes a pesar de que el miedo trepaba por mi columna vertebral. —Atlas no está por debajo de mí —dije, mi voz tranquila pero firme —. Es fuerte y leal, más de lo que puedo decir de ti.

La habitación pareció temblar mientras la temperatura se desplomaba aún más. La forma de mi padre parpadeó violentamente, los bordes de su figura ahora oscuros y dentados, como un nervio expuesto. —Te atreves —siseó, el sonido envolviéndome como alambre de púas.

—Me atrevo —respondí bruscamente antes de que mi valor pudiera marchitarse bajo el peso de su furia. Mi corazón se sentía como si pudiera salirse de mi pecho, pero no aparté la mirada. Darle la satisfacción de verme acobardarme no era una opción, ya no.

Su boca se curvó en algo que podría haber sido una sonrisa pero parecía más un gruñido. —Qué fuego —reflexionó, aunque su tono estaba impregnado de desdén—. Quizás este hombre lobo no sea tan inútil después de todo. Nunca había visto tanta ira dentro de ti. Eso es bueno. La ira es poder.

Mi corazón se saltó un latido. ¿Qué quería decir? Hace un momento me estaba reprendiendo, amenazándome, ¿y ahora le gustaba Atlas? ¿Qué estaba pasando?

—Sí... —dijo, más para sí mismo que para mí—. Ahora veo que este mestizo tiene algún potencial.

Sentí que mi ceño se fruncía por la confusión. —¿De qué estás hablando? —exigí, mi voz más fuerte ahora a pesar del temblor en mis manos.

La forma espectral de mi padre cambió, volviéndose más sólida mientras daba un paso más cerca. Casi podía sentir el frío que emanaba de él. —El poder reconoce al poder, Caden —dijo, su voz baja y suave—. Y aunque desprecio la idea de que mi hijo se relacione con una bestia, no puedo negar la fuerza que este... Atlas ha despertado en ti.

Así que sí conocía el nombre de Atlas. Sus palabras me hicieron sentir escalofríos, pero mantuve mi posición. —No sabes nada sobre Atlas o lo que significa para mí —escupí.

Una risa fría resonó por el baño. —Oh, pero sí lo sé. Lo sé todo, Caden. Sé cómo te hace sentir vivo, cómo enciende un fuego en tu sangre que nunca supiste que existía. Cómo tu magia florece a su alrededor sin provocación... —Sus ojos se estrecharon—. Pero lo que no entiendes es que ese fuego, esa pasión, puede ser aprovechada para propósitos mayores.

¿Cómo sabía sobre mi magia? Atlas y yo estábamos en una habitación secreta cuando eso sucedió. No podría habernos espiado, ¿verdad? Sacudí la cabeza, tratando de despejar la niebla de confusión y miedo. —¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo, mi querido muchacho, que quizás este romance tuyo tenga la clave para finalmente hacerte digno del linaje Cromwell. —El espectro se adelantó, su rostro a solo centímetros del mío—. Tengo una nueva tarea para ti —susurró, su voz goteando veneno y malicia—. Haz del Alfa tu familiar por cualquier medio necesario.

—¿Q-Qué? —murmuré, dando un paso atrás—. Eso es ilegal. Yo... no puedo hacer eso. ¡*No* haré eso!

La expresión de mi padre no cambió, pero el aire a nuestro alrededor se volvió más frío, más afilado, como garras invisibles raspando contra mi piel. Sus ojos brillaban con algo ilegible —anticipación, diversión, o tal vez algo peor.

—Oh, pero puedes —murmuró, su voz envolviéndome como humo —. Y lo harás.

Sacudí mi cabeza violentamente, forzando mi espalda contra la pared de azulejos como si de alguna manera pudiera escapar de su presencia. —No —dije de nuevo, más fuerte esta vez—. No puedes obligarme a hacer eso.

Sus labios se crisparon en algo que casi era una sonrisa burlona. —¿No puedo?

Una presión se cerró alrededor de mi pecho como una mano invisible exprimiendo el aire de mis pulmones. Jadeé, doblándome hacia adelante cuando una sensación aguda y ardiente se extendió por mis venas —un recordatorio de su poder, del control que aún tenía sobre mí a pesar de la distancia.

—Olvidas tu lugar, Caden —dijo fríamente, observando impasiblemente mientras luchaba por respirar—. Eres un Cromwell ante todo —uno de los últimos herederos de sangre pura del verdadero poder. ¿Esa... criatura a la que te aferras? No es más que una herramienta. Una herramienta que amplificará tu poder cien veces.

Caí de rodillas, agarrando el suelo mientras una agonía blanca y ardiente pulsaba a través de mi cuerpo. La voz de mi padre

resonaba en mis oídos, volviéndose más afilada con cada palabra. —Lo usarás, lo doblegarás a tu voluntad y lo convertirás en tu familiar, o enfrentarás las consecuencias de tu debilidad.

La presión en mi pecho se aflojó lo suficiente para que pudiera tomar un respiro tembloroso. Mi visión se nubló con lágrimas mientras arañaba el frío suelo de baldosas debajo de mí, luchando contra la fuerza abrumadora de su magia. —No lo haré... —susurré con voz ronca, aunque las palabras se sentían como fragmentos de vidrio desgarrando mi garganta—. No lo haré...

La forma espectral de mi padre se agachó frente a mí, sus ojos brillantes quemando los míos con una intensidad terrible. —El desafío es admirable —dijo suavemente, casi burlándose—. Pero también es fútil. He tenido un as bajo la manga todo este tiempo que no conocías. —Se inclinó cerca, riendo por lo bajo—. Te puse una maldición de sangre el día que llegaste a mi finca. Veo y sé todo lo que haces. Y si me desobedeces, simplemente detendré tu corazón con un chasquido de mis dedos.

—¡Yo... no me importa! —grité—. ¡No dejaré que lastimes a Atlas!

La habitación tembló mientras su presencia surgía hacia adelante, llenando cada centímetro de espacio con su poder sofocante. Su mano —si es que podía llamarse así— se extendió, curvándose bajo mi barbilla y obligándome a encontrar su mirada. El toque era frío como la muerte, y sin embargo, quemaba de igual manera.

—Me alegra mucho escuchar eso —siseó, su voz atravesándome como una cuchilla—. Si no logras convertirlo en tu familiar, te dejaré vivir. —Sonrió ampliamente, los ojos del espectro brillando intensamente—. Pero lo mataré frente a ti. Y será toda tu culpa, Caden.

No podía respirar mientras se alejaba de mí, sus palabras robando todo el aire de mis pulmones. No lo haría. No podía. Pero mientras miraba ese horrible semblante de mi padre, supe profundamente en mi pecho que estaba diciendo la verdad.

—Tienes dos semanas para completar el ritual. —Me miró fijamente, una sonrisa cruel extendiéndose por su rostro—. Y si fallas, él será la próxima bestia en el campus que tenga un final desagradable.

La risa llenó la habitación, construyéndose hasta un crescendo antes de que la oscuridad desapareciera repentinamente y las luces se encendieran de nuevo. Me quedé allí, con la espalda contra la pared, hiperventilando mientras los últimos ecos de la cruel risa de mi padre se desvanecían. Parecía que solo tenía una opción.

Engañar a mi pareja para que se convirtiera en mi familiar o dejarlo morir.

CAPÍTULO VEINTIDÓS: ATLAS

—Id en parejas, por favor —llamó el entrenador Harding mientras salíamos del gimnasio.

Había pasado una semana desde el ataque y él todavía olía a estrés y miedo. Todos en el equipo olían así. Y cada noche, sin falta, nos acompañábamos de regreso a los dormitorios al menos en parejas, si no en grupos más grandes.

Con un gesto de despedida a los demás, Silver y yo nos dirigimos a través del campus hacia los dormitorios. Sin embargo, en cuanto llegamos a la entrada, me aparté de él.

—¿Otra vez? —suspiró, lanzándome una mirada severa—. Deja que ese chico respire un poco. No se va a ir a ninguna parte.

—Yo... solo quiero verlo. Para darle las buenas noches —respondí, evitando su mirada.

—Mentira, Atlas. Estás completamente perdido por él.

Tenía razón, por supuesto, pero no iba a admitirlo. —Es mi pareja, Silver. Solo necesito asegurarme de que está bien. Ha estado... no sé, actuando de forma *extraña* esta semana. Como si algo le molestara.

—¿Y qué? Te lo dirá cuando esté listo. Acosarlo constantemente no va a mejorar las cosas.

—Lo sé, solo quiero apoyarlo.

—Lo que quieres es que te la chupe —me reprendió Silver—. No mientas.

Mis mejillas ardieron mientras me alejaba de él. —No... no es solo eso. De verdad estoy preocupado por él.

Silver negó con la cabeza, sabiendo que no tenía sentido discutir conmigo. —Bien. Ve. Solo intenta que no te mate algún maníaco por el camino.

Asentí agradecido y troté a través del campus hacia el dormitorio de Caden. El aire nocturno era fresco, una señal de que se acercaba más frío y nieve. Mientras me aproximaba a su edificio, capté su aroma familiar: tierra y cosas verdes, el aroma de la vida misma. Mi lobo se agitó, ansioso por estar cerca de nuestra pareja.

Subí las escaleras de dos en dos, con el corazón acelerado. Cuando llegué a la puerta de Caden, dudé un momento antes de golpear suavemente. Hubo una pausa, luego pasos arrastrados. La puerta se abrió con un chirrido, revelando el pálido rostro de Caden, sus ojos azules abriéndose por la sorpresa.

—¿Atlas? ¿Qué haces aquí tan tarde?

Bebí la visión de él, mis ojos recorriendo su cabello rubio despeinado y la camiseta suelta que se le caía de un hombro. Todo lo que llevaba debajo era ropa interior. —Yo... quería verte. Para asegurarme de que estás bien.

Caden se mordió el labio, mirando nerviosamente por encima de su hombro. —Estoy bien. No tenías que venir hasta aquí.

Algo no estaba bien. Su aroma estaba teñido de ansiedad, y bloqueaba la entrada con su cuerpo. Mis instintos protectores se dispararon. Seguía actuando extraño.

—¿Qué pasa? —pregunté, sosteniendo su mirada—. Has estado actuando raro toda la semana. Y ahora... es como si ni siquiera estuvieras contento de verme. —Hice una pausa, buscando respuestas en su rostro—. ¿Hice algo mal?

Los ojos de Caden se desviaron, incapaces de encontrarse con los míos. —No, no hiciste nada mal. Solo... necesito algo de espacio ahora mismo.

Sus palabras me golpearon como un golpe físico. ¿Espacio? ¿De mí? La idea misma hizo que mi lobo aullara en protesta. Di un paso más cerca, tratando de captar su aroma, para entender lo que realmente estaba pasando.

—¿Espacio? Caden, ¿qué está pasando? Háblame —supliqué, con voz baja y urgente.

Negó con la cabeza, sin mirarme a los ojos. —No puedo explicarlo ahora. Por favor, Atlas. Solo regresa a tu dormitorio.

Pero no podía irme. No cuando cada instinto en mi cuerpo gritaba que algo andaba mal. Puse mi mano en el marco de la puerta, inclinándome más cerca. —Déjame entrar, Caden. Sea lo que sea, podemos resolverlo juntos.

Fue entonces cuando lo capté: otro aroma. Débil, pero inconfundible. Sangre. Era de Caden.

Un gruñido retumbó en mi pecho antes de que pudiera detenerlo. —¿Qué está pasando ahí dentro? ¿Quién te ha hecho daño?

Los ojos de Caden se abrieron con pánico. —Atlas, por favor, tienes que irte. Ahora.

Pero era demasiado tarde. Mi lobo ya estaba surgiendo a la superficie, impulsado por el olor de la sangre de mi pareja y la abrumadora necesidad de protegerlo. Con un gruñido, empujé a Caden y entré en la habitación, mis ojos escaneando rápidamente cualquier amenaza.

La habitación estaba oscura, iluminada solo por el suave resplandor de la lámpara de escritorio de Caden. Libros y papeles estaban esparcidos por todas las superficies, y en el centro de todo había un extraño círculo brillante dibujado en el suelo. Símbolos que no reconocía estaban grabados alrededor de sus bordes, y el aire

zumbaba con una energía sobrenatural que me erizaba la piel. Su compañero de habitación, Wild, no estaba por ninguna parte.

—¿Qué demonios es esto? —gruñí, volviéndome hacia Caden.

Se quedó congelado en la puerta, su rostro pálido y demacrado. —Es... no es nada. Solo un experimento.

Pero podía oler la mentira en él. Mis ojos se entrecerraron mientras observaba su apariencia más de cerca. Había círculos oscuros bajo sus ojos, y su piel tenía una palidez enfermiza. Y allí, en su antebrazo, había un corte dentado que aún rezumaba sangre.

Agarré su brazo, obligándolo a dejarme ver la herida. —¿Te... te hiciste esto *tú mismo*? —pregunté, con voz apenas audible—. ¿Por qué, Caden?

Caden se estremeció ante mi contacto, sus ojos moviéndose nerviosamente por la habitación. —No es lo que piensas, Atlas. Yo... tenía que hacerlo. Todavía tengo que resolverlo.

Mi agarre en su brazo se apretó instintivamente. —¿Tenías que hacer qué? ¿Cortarte? ¿Hacer algún tipo de hechizo? —señalé el círculo brillante en el suelo—. ¿Qué demonios está pasando?

Intentó alejarse, pero lo sujeté con firmeza. —Por favor, solo déjame explicar —suplicó, con voz apenas audible.

—Entonces explica —gruñí, luchando por mantener a mi lobo bajo control. El olor de su sangre me estaba volviendo loco de preocupación y rabia.

Caden tomó un respiro tembloroso. —Tú... no te va a gustar. Es... es malo, Atlas.

—Dímelo —gruñí, acercándolo más—. Dímelo ahora.

—Lo hice para... intentar salvarte.

Mi ira fue repentinamente reemplazada por confusión. De todas las razones que Caden podría haber citado para realizar extraños y prohibidos rituales de sangre, esa era la última que esperaba.

Miré fijamente a Caden, mi mente dando vueltas. —¿Salvarme? ¿De qué?

Los ojos de Caden se llenaron de lágrimas. —De mí. De nosotros. Esto... esto no puede funcionar, Atlas. No estamos destinados a estar juntos.

Sus palabras me atravesaron como un cuchillo. Aflojé el agarre en su brazo, dando un paso atrás. —¿De qué estás hablando?

—Es mi padre —dijo al fin—. Él... me puso una maldición de sangre. Ve todo lo que yo veo, escucha todo lo que oigo. —Levantó la mirada hacia mí, sus ojos azules llenos de lágrimas—. Y va a matarte.

—¿Matarme? —me burlé—. Me gustaría verlo intentarlo.

—Es uno de los brujos más fuertes del país, Atlas. Y conoce todos tus secretos. Créeme, si alguien lo haría, sería él.

—Espera... ¿le contaste sobre el poder de mi familia?

Caden negó con la cabeza, un sollozo resonando en su garganta. —No... ¡te dije que puede ver todo lo que yo veo! ¡Por eso necesito sacarlo de mí! ¡Por eso necesito hacer esto! —Agarró su antebrazo, manchando de sangre su piel—. ¡Tengo que deshacerme de la maldición aunque me mate, para que estés a salvo!

Mi corazón se aceleró mientras procesaba las palabras de Caden. Una maldición de sangre. Su padre espiándonos. La amenaza de muerte pendiendo sobre mi cabeza. Era casi demasiado para asimilar.

—Caden, detente —dije firmemente, agarrando sus manos para evitar que se hiciera más daño—. Este no es el camino. Encontraremos una solución juntos.

Negó con la cabeza frenéticamente. —No lo entiendes. No hay otra manera. La maldición está ligada a mi sangre. Tengo que drenarla, reemplazarla con sangre purificada para romper la conexión.

Gruñí bajo en mi garganta, mis instintos protectores encendiéndose. —¿Y matarte en el proceso? No. No te dejaré hacer eso.

—Pero Atlas...

—No —repetí, acercándolo—. Escúchame. Somos pareja. Eso significa que enfrentamos las cosas juntos. Tus problemas son mis problemas ahora.

El cuerpo de Caden tembló contra el mío. —No puedo dejar que te haga daño —susurró.

Tomé su rostro entre mis manos, obligándolo a encontrarse con mi mirada. —Y yo no puedo dejar que te hagas daño. Encontraremos otra manera.

Por un momento solo me miró, su cuerpo temblando. —Él... me dio una opción. Un ultimátum.

No me gustaba cómo sonaba eso, pero si teníamos opciones, necesitaba saberlo. —¿Cuál es? Dímelo.

Caden negó con la cabeza, lágrimas corriendo por su rostro. —Dijo que tengo que obligarte a convertirte en mi familiar. Por cualquier medio necesario.

Sentí que mi sangre se helaba ante las palabras de Caden. Convertirse en un familiar no era cosa pequeña: significaba renunciar a una parte de tu alma, atándote irrevocablemente a un brujo para ser usado como una batería mágica. Para un hombre lobo, especialmente un Alfa, podría significar que el poder de Caden crecería cien veces. Un poder así cambiaría incluso a la persona con mejores intenciones.

—¿Y si me niego? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

La voz de Caden era apenas un susurro. —Entonces te matará. Y... y me hará verlo.

Acerqué más a Caden, envolviéndolo protectoramente con mis brazos. Mi mente corría, tratando de encontrar una solución que no terminara con uno de nosotros muerto o esclavizado.

—Resolveremos esto —murmuré en su cabello, incluso mientras la duda me carcomía—. Debe haber otra manera.

Caden negó con la cabeza contra mi pecho. —He buscado, Atlas. He estado investigando toda la semana. No hay forma de romper una maldición de sangre sin...

—Sin matarte —terminé sombríamente. Me aparté ligeramente, mirando su rostro bañado en lágrimas—. Lo cual no es una opción.

—¿Entonces qué hacemos? —preguntó Caden, con voz entrecortada.

Tomé un respiro profundo, tratando de calmar la tormenta de emociones que rugía dentro de mí. Mi lobo gruñía, exigiendo acción, pero sabía que necesitábamos pensar esto cuidadosamente.

—Primero —dije, guiando suavemente a Caden a sentarse al borde de su cama—, necesitamos ocuparnos de ese corte. —Tomé un botiquín de primeros auxilios del cajón de su escritorio y comencé a limpiar la herida—. Ahora, dime todo lo que sabes sobre esta maldición. ¿Cuándo la lanzó tu padre? ¿Cómo funciona exactamente?

Caden hizo una mueca cuando apliqué el antiséptico, pero su voz era más firme mientras hablaba. —Ha estado ahí desde que fui introducido en el mundo sobrenatural. Ni siquiera sabía que lo había hecho hasta hace unos días.

Gruñí suavemente ante eso, pero mantuve mi enfoque en vendar su brazo. —¿Y estás seguro de que puede ver y oír todo?

Caden asintió miserablemente. —Todo. Él... se burló de mí sobre cosas que solo tú y yo deberíamos saber.

Mis mejillas ardieron ante la implicación, pero dejé de lado mi vergüenza. Esto era más grande que mi orgullo. Tomé un respiro profundo, tratando de concentrarme. —Bien. Entonces, sabemos que puede ver y oír todo. Pero, ¿puede controlarte? ¿Hacerte hacer cosas?

Caden negó con la cabeza. —No, no creo. Al menos, no lo ha hecho todavía.

—Eso es algo, al menos —murmuré. Terminé de vendar su brazo y me senté junto a él en la cama, atrayéndolo hacia mí—. Necesitamos pensar en esto estratégicamente. Tu padre me quiere como tu familiar, ¿verdad? ¿Por qué?

Caden se inclinó hacia mí, su voz ahogada contra mi pecho. —Dice que es para que finalmente despierte mi poder. Para que finalmente sea digno del apellido Cromwell.

Asentí sombríamente. Tenía sentido. Un hombre lobo Alfa como familiar sería una fuente de poder sin precedentes. —Y si me niego, me matará. Pero si acepto...

—Estarías atado a mí para siempre —completó Caden—. Perderías tu libertad. Y serías una fuente de poder para que yo la usara cuando quisiera. Podría usarte sin tu permiso...

Tomando su mano, lo miré. —¿Pero te haría lo suficientemente poderoso como para romper la maldición sin matarte?

Los ojos de Caden se abrieron, luego bajaron la mirada. Podía ver los engranajes girando en su cabeza mientras lo meditaba. Finalmente, volvió a mirarme, con el ceño fruncido. —No estoy seguro. Apenas he accedido a mi poder, así que no sé hasta dónde podría llegar.

Tomé su rostro entre mis manos, besándolo suavemente en los labios. —Entonces quizás es hora de que nos unamos —dije dulcemente—. Tu padre piensa que obligarme a ser tu familiar es la opción más poderosa. Sin embargo, si te emparejas conmigo y luego me conviertes en tu familiar... bueno, podrías ser más poderoso que él.

Los ojos de Caden se abrieron de golpe. —Atlas, no. No puedo pedirte que hagas eso. Es demasiado. Estarías renunciando a todo: tu libertad, tu futuro como Alfa. No dejaré que te sacrifiques por mí.

Negué con la cabeza, acunando su rostro entre mis manos. —No es un sacrificio si es lo que quiero. Caden, eres mi pareja. Siempre iba a darte todo lo que soy. Esto solo... acelera un poco el proceso.

Las lágrimas brotaron en los ojos de Caden. —¿Pero qué hay de tu manada? ¿Tu familia? Nunca aceptarán esto.

—Tendrán que hacerlo —dije firmemente—. Porque no voy a dejarte ir. Ni ahora, ni nunca.

Me incliné, capturando sus labios en un beso profundo y apasionado. Caden se derritió contra mí, sus manos aferrándose a mi camisa como si temiera que pudiera desaparecer. Cuando finalmente nos separamos, ambos respirando pesadamente, apoyé mi frente contra la suya.

—Hacemos esto juntos —murmuré—. Nos emparejamos, nos unimos y luego enfrentamos a tu padre. Juntos.

Caden asintió lentamente, una mezcla de miedo y determinación resoluta inundándolo. Si lo que decía era cierto, no teníamos otras opciones.

Sin embargo, antes de que pudiera intercambiarse otra palabra, la puerta del dormitorio se abrió de golpe. Ambos levantamos la mirada para ver a Wild parado en la entrada, su cabello despeinado y sus ojos abiertos de miedo. Sus orejas eran más largas de lo normal, su cabello un desastre enmarañado, y sus ojos verde brillante y sin pupilas.

—¿Wild? —preguntó Caden—. ¿Qué pasa?

—H-Ha habido... otro ataque —dijo, con voz temblorosa.

—¿Qué? ¿A quién?

Wild cayó de rodillas, mirándonos a ambos. —A m-mí.

Cayó al suelo boca abajo. Caden gritó, corriendo a su lado. El olor a sangre llenó la habitación, esta vez perteneciente a Wild en lugar de a Caden. Mi mirada se fijó en el cuchillo clavado en el muslo de Wild. No era grande, pero podía oler el sabor del hierro en el aire.

El hierro y los Fae no se mezclaban. Si no lo llevábamos a la enfermería rápidamente, iba a morir.

CAPÍTULO VEINTITRÉS: CADEN

—¿Está bien? —preguntó Atlas en cuanto salí de la enfermería.

Esta vez el campus estaba tranquilo. No había ninguna multitud de estudiantes preocupados, ni seguridad, ni profesores. Era solo una noche oscura y silenciosa con una suave nevada cayendo a nuestro alrededor.

—Está vivo —respondí, entumecido de preocupación y conmoción de pies a cabeza—. Pero también está maldito, atrapado en su forma verdadera hasta que el hechizo sea levantado.

—¿Pueden levantarlo?

Negué con la cabeza. —A estas alturas... creen que la única manera de despertarlo a él y a Karrick es atrapar al brujo responsable. O matarlo. —Sentí un nudo formándose en mi garganta y luché por contener las lágrimas—. Yo... desearía poder hacer algo... Wild ha sido mi único amigo durante años...

Atlas se adelantó, atrayéndome hacia sus fuertes brazos. Me dejé envolver, permitiéndome ser arrastrado por su calidez aunque solo me distrajera por un momento.

El abrazo de Atlas era una fortaleza de músculos y calor, su aroma una embriagadora mezcla de tierra y almizcle que amenazaba con abrumar mis sentidos. Por un momento, me permití hundirme en él, olvidar el horror de lo que les había sucedido a Wild y a Karrick.

—Quien sea que esté detrás de esto —dijo suavemente—, se está acercando a nosotros. Y estoy... bueno, estoy preocupado de que tú o yo podríamos ser los siguientes.

Enterré mi rostro más profundamente en su pecho. No quería admitir que tenía razón, pero el frío temor que aferraba mi corazón me decía que estaba en lo cierto. Me había estado preguntando lo mismo durante un tiempo, la sensación molestando mi intuición. Me hacía pensar cada vez más que era Rowan o mi padre quien estaba detrás de todo. Las piezas encajaban. Y eso significaba que ambos estábamos en grave peligro.

—¿Qué deberíamos hacer? —pregunté, incapaz de encontrar su mirada.

—Lo único que podemos hacer —murmuró Atlas—. Emparejarnos. Y luego me conviertes en tu familiar.

Lo abracé más fuerte, sus palabras enviando un escalofrío por mi columna a pesar del miedo en mi vientre. —No te obligaré a hacer eso...

—No me estás obligando —respondió, levantando mi barbilla con su dedo índice para que nuestros ojos se encontraran—. He querido emparejarme contigo desde el momento en que te conocí. Esperaba darte más tiempo, hacer esto romántico y hermoso, pero entre los ataques y tu padre, no creo que tengamos otra opción. —Me atrajo hacia él, besándome suavemente en los labios—. Prefiero ser tu familiar que arriesgarme a perderte. Mi corazón es tuyo, así que ¿por qué no debería ser tuyo también mi poder?

—Pero... no se puede deshacer...

Apartó el cabello de mi rostro, acunando mi mejilla. —Lo sé, Caden. Y estoy feliz por eso porque... bueno... porque te amo.

Mi corazón dio un vuelco ante las palabras de Atlas. Busqué en sus ojos dorados cualquier indicio de duda o vacilación, pero solo encontré certeza inquebrantable. La intensidad de su mirada me hizo estremecer.

—Atlas, yo... —tragué con dificultad, luchando por encontrar las palabras correctas—. Yo también te amo. —Se sentía increíble decirlo por fin, aunque sabía lógicamente que era demasiado pronto —. Pero esto es un paso enorme. ¿Estás seguro?

Asintió, su pulgar acariciando suavemente mi mejilla. —Nunca he estado más seguro de nada en mi vida. Eres mi pareja, Caden. Mi otra mitad. Quiero protegerte, estar unido a ti en todas las formas posibles. Y una vez que lo estemos, podré mantenerte a salvo.

Cerré los ojos, inclinándome hacia su contacto. La idea de emparejarme con Atlas, de unir nuestras almas, me provocó una oleada de emoción y terror. Era todo lo que había soñado, pero las circunstancias eran completamente incorrectas.

—¿Qué hay de tu manada? —susurré—. ¿No te rechazará tu padre si te emparejas con un brujo?

La mandíbula de Atlas se tensó, un destello de dolor cruzando sus rasgos. —Quizás lo hagan. Pero no me importa. Tú eres más importante para mí que cualquier manada.

Sus palabras me calentaron y aterrorizaron a la vez. El peso de su sacrificio se asentó pesadamente sobre mis hombros. Estaba renunciando a todo para ser mi pareja. Y luego renunciaría a *aún más* para ser mi familiar. Estar unidos a ese nivel significaba que pasaríamos cada día juntos por el resto de nuestras vidas. Él sería mío. Para siempre.

—Deberíamos encontrar un lugar privado —murmuró Atlas, su aliento caliente contra mi oído—. El emparejamiento requiere... intimidad. Tengo que... *aparearte*... en mi forma Alfa.

Su voz resonó en mi pecho, enviando un escalofrío por todo mi cuerpo. Asentí, sabiendo lo que eso significaba. —Hay dos formas de convertirte en mi familiar. Magia de sangre... o magia sexual.

—Bueno —sonrió Atlas, a pesar de la gravedad de la situación—. Sé cuál prefiero.

Mi corazón se aceleró mientras Atlas tomaba mi mano, alejándome de la enfermería y dirigiéndome hacia la biblioteca. —Podemos usar mi habitación privada —dijo suavemente—. Nadie nos molestará allí. Y a pesar de la maldición de tu padre sobre ti, la habitación puede aislarnos de él por un tiempo al menos. Nunca activé las protecciones porque no pensé que las necesitaríamos. Al menos nos dará algo de privacidad por unas horas.

Seguí a Atlas a través del campus oscurecido, mi corazón latiendo con una mezcla de anticipación y miedo. La nieve crujía suavemente bajo nuestros pies mientras nos dirigíamos a la biblioteca, nuestro aliento visible en el aire gélido de la noche.

Una vez dentro, Atlas me condujo escaleras abajo hasta el sótano, luego a través de los sinuosos pasillos hasta su habitación secreta. Empujó la puerta oculta, tomó mi mano y me llevó adentro. Todas las plantas que habían brotado en los cojines la última vez habían sido eliminadas. Todo el lugar lucía exactamente como la primera vez que lo vi.

—Aquí estamos —dijo Atlas suavemente, cerrando la puerta detrás de nosotros. Extendió la mano hacia el dial en la pared, activando el símbolo arcano central como si fuera un simple botón. Sentí las protecciones materializarse a nuestro alrededor, las paredes impregnadas de magia ahora brillando con un tenue dorado en lugar de su habitual azul.

—Estamos a salvo ahora —dijo—. Al menos por un rato. Estas protecciones no mantendrán fuera a alguien como tu padre para siempre, pero al menos deberían evitar que te espíe durante unas horas. Eso será suficiente para vincularnos e intentar romper la maldición que tiene sobre ti.

—Aún tendremos que drenar toda mi sangre para deshacernos de su magia —dije, mi cuerpo temblando ante la idea—. Será... peligroso.

Atlas negó con la cabeza, tomando mi mano suavemente. —Una vez que te conviertas en mi pareja, puedo prestarte mis poderes de curación a través de nuestro vínculo. —Se acercó, besándome en la

frente—. Te recuperarás más rápido de lo que puedes sangrar, te lo prometo. Y una vez que me hagas tu familiar... bueno, solo puedo imaginar que esa habilidad se volverá más fuerte. Tu padre no sabrá lo que ha pasado hasta que sea demasiado tarde.

Tenía razón. Con las protecciones activadas, el repentino aumento de mi poder pasaría desapercibido para mi padre. Y si rompíamos la maldición esta noche, podría no notar la conexión perdida. Eso podría darnos a Atlas y a mí la oportunidad que necesitábamos.

—Cuando terminemos con esto —dije, mirándolo—, ¿huirás conmigo?

Sonrió. —Te seguiría hasta el fin del mundo, Caden. Lo que desees, haré todo lo posible para hacerlo realidad. —Hizo una pausa, observándome cuidadosamente—. ¿Estás listo?

Asentí, tragando con dificultad. —Yo... creo que sí.

Me quedé parado en el centro de la habitación con él, de repente nervioso. Esto realmente estaba sucediendo. Atlas me atrajo lentamente, sus ojos dorados brillando en la tenue luz. Acunó mi rostro en sus manos, besándome profundamente. Me derretí en él, aferrándome a sus anchos hombros mientras el deseo me inundaba.

—Todo lo que quiero es que estés a salvo —susurró Atlas contra mis labios—. Y mantenerte en mis brazos tanto tiempo como me lo permitas. Incluso si estamos unidos, quiero que sepas que nunca te limitaré. No te quitaré tu libertad como lo ha hecho tu padre.

—Lo sé —respondí, devolviéndole el beso—. ¿Atlas?

—¿Sí?

—¿Cómo es tu... eh... —miré el bulto en sus pantalones, demasiado tímido para decirlo en voz alta—. ¿Cómo es cuando estás en forma Alfa?

Sonrió. —Creo que será mejor simplemente mostrártelo.

Atlas retrocedió, sus ojos dorados sin abandonar los míos mientras comenzaba a desvestirse. Mi respiración se entrecortó mientras su

cuerpo musculoso se revelaba centímetro a centímetro. Cuando estuvo completamente desnudo, me dirigió una mirada ardiente que me hizo temblar las rodillas.

—¿Listo? —preguntó suavemente.

Asentí, incapaz de encontrar mi voz.

Atlas cerró los ojos, su cuerpo tensándose mientras comenzaba la transformación. El pelaje brotó por toda su piel, sus músculos hinchándose y remodelándose. Su rostro se alargó en un hocico, dientes afilados reluciendo. En cuestión de momentos, un enorme hombre lobo negro se alzaba ante mí, fácilmente de siete pies de altura sobre sus patas traseras.

Mi corazón se aceleró mientras contemplaba la forma Alfa de Atlas. Era magnífico, poderoso y primario. Sus ojos dorados brillaban con inteligencia y deseo mientras recorrían mi cuerpo. No había tenido una buena visión de él la noche que me salvó de Rowan. Ahora que lo hacía, me dejaba casi sin palabras.

—Eres hermoso —susurré, extendiendo la mano para tocar su pelaje.

Atlas rumió bajo en su pecho, inclinándose hacia mi tacto. Su hocico acarició mi cuello, su aliento caliente abanicando mi piel. Me estremecí cuando sentí algo rozar contra mi muslo. Al mirar hacia abajo, jadeé suavemente.

Su miembro era enorme, tan grueso como mi muñeca y casi el doble de largo que el mío. El tronco era de un rojo intenso, brillando con líquido preseminal en la punta. En la base había un nudo grueso y pulsante. Se me secó la boca ante la vista, una mezcla de excitación y temor inundándome.

Atlas gimió suavemente, percibiendo mi vacilación. Acarició mi mejilla gentilmente, su lengua saliendo para lamer mi mandíbula. El tierno gesto calmó mis nervios un poco.

—Está bien —susurré, más para mí mismo que para Atlas—. Confío en ti. Solo sé gentil conmigo, ¿de acuerdo? Yo... nunca he hecho

esto antes.

Comencé a desvestirme con manos temblorosas, hiperconsciente de la intensa mirada de Atlas siguiendo cada uno de mis movimientos. Cuando finalmente estuve desnudo, Atlas gruñó apreciativamente, sus ojos dorados recorriendo hambrientamente mi cuerpo.

Me rodeó lentamente, su pelaje rozando contra mi piel y enviando escalofríos por mi columna. Cuando llegó a pararse detrás de mí, sentí el calor de su cuerpo envolviéndome. Sus enormes patas se posaron en mis caderas, sus garras pinchando suavemente mi piel.

Jadeé al sentir la longitud caliente y resbaladiza de su miembro presionando contra mi espalda baja. Atlas retumbó bajo en su pecho, el sonido vibrando a través de todo mi cuerpo. Su lengua lamió mi cuello, dejando un rastro de calidez hormigueante a su paso.

—Atlas —susurré, mi voz temblando—. Tengo miedo. No de ti... sino de todo lo que está a punto de cambiar.

Gimió suavemente, acariciando mi mejilla en señal de confianza. Sus patas me giraron suavemente para enfrentarlo, y me encontré mirando esos hipnotizantes ojos dorados. Había tanta ternura allí, tanto amor, que me hizo doler el corazón.

Lenta y cuidadosamente, Atlas me recostó sobre los cojines esparcidos por el suelo. Se cernió sobre mí, su forma masiva bloqueando todo lo demás. Extendí la mano, pasando mis dedos por su espeso pelaje.

—Te amo —murmuré.

CAPÍTULO VEINTICUATRO: CADEN

Atlas gruñó en respuesta a mi declaración de amor, inclinándose para lamer una caliente franja sobre mi pecho. Su lengua encontró mi pezón, y me arqueé ante el contacto con un jadeo. El calor se acumuló en mi entrepierna mientras Atlas continuaba sus exploraciones, prodigando atención a cada centímetro de mi piel.

Cuando su hocico finalmente llegó a mi miembro, casi levité sobre la cama. Mis dedos se entrelazaron entre el espeso pelaje negro de su melena, aferrándome desesperadamente mientras olisqueaba mi palpitante longitud. Los ojos dorados que me miraban desde entre mis muslos mostraban una inteligencia que era puramente Atlas, incluso en esta forma.

—Joder —susurré, con la voz entrecortada mientras su áspera lengua recorría mi extensión. La sensación era diferente a cualquier cosa que hubiera experimentado con él en forma humana: más salvaje, más peligrosa y mucho más intensa.

Atlas gruñó, la vibración recorriendo todo mi cuerpo. Era cuidadoso con sus dientes, pero saber que estaban allí, capaces de destrozarme, solo intensificaba mi excitación. Esto estaba prohibido por tantas razones —brujo y hombre lobo, hombre y bestia— pero no podía preocuparme. Esas reglas eran para un mundo que ya no existía y no podía molestarme en preocuparme por ellas. No ahora que estaba con mi pareja.

Sus enormes patas presionaron mis muslos para separarlos más, las garras pinchando ligeramente contra mi piel. El leve dolor se mezcló con el placer mientras continuaba saboreándome, su lengua explorando lugares que me hacían retorcerme y gemir su nombre como una plegaria.

—Atlas —supliqué, sin saber siquiera lo que le estaba pidiendo que hiciera—. Por favor...

Agarrando la parte posterior de mis rodillas, me inclinó hacia atrás, levantando mi trasero en el aire. Con un gruñido bajo se inclinó hacia adelante, su lengua acariciando mi entrada con una delicada aspereza que me hizo temblar.

Todo mi cuerpo se estremecía mientras la lengua de Atlas presionaba contra mi entrada, el calor húmedo enviando ondas de placer a través de mí. Nunca me había sentido tan expuesto, tan vulnerable y sin embargo tan completamente seguro al mismo tiempo. Sus garras se clavaron en la carne de mis muslos, manteniéndome firme mientras amenazaba con alejarme retorciéndome de la abrumadora sensación.

—Oh, Dios —gemí, estirándome para agarrar las sábanas—. Atlas, joder...

Su respuesta fue otro gruñido retumbante que vibró contra mi carne más sensible. El sonido era posesivo, primitivo, un recordatorio de que en esta forma, era más bestia que hombre. Sin embargo, esos inteligentes ojos dorados nunca abandonaron los míos, observando cada una de mis reacciones con una intensidad que me desnudaba de maneras que nada tenían que ver con mi desnudez.

La textura áspera de su lengua me penetró, y grité, mi miembro goteando sobre mi estómago. Las orejas de Atlas se movieron hacia adelante ante el sonido, sus movimientos volviéndose más deliberados mientras me trabajaba con una paciencia que no habría esperado de una criatura tan claramente impulsada por el instinto.

—Te necesito —susurré, con la voz quebrada—. Por favor, Atlas. Te necesito por completo.

Levantó la cabeza, sus ojos dorados ardiendo con una intensidad que me hizo estremecer. Con un gruñido bajo, Atlas se movió sobre mi cuerpo, su forma masiva encerrándome debajo de él. Podía sentir el calor que irradiaba de su cuerpo cubierto de pelo, oler el aroma salvaje y almizclado que emanaba.

Su miembro, grueso y rojo, presionó contra mi muslo. Extendí la mano para tocarlo, maravillándome de lo diferente que se sentía en comparación con su forma humana: más grande, más ahusado, con un nudo hinchado en la base. Atlas retumbó aprobatoriamente mientras lo acariciaba, sus caderas moviéndose hacia adelante.

Intentó hablar, su voz un gruñido gutural que solo era reconocible en significado, pero no en palabras. Quería asegurarse de que estaba bien, de que todavía deseaba esto.

Asentí frenéticamente. —Sí, Dios sí. Quiero esto. Te quiero a ti.

Las enormes patas de Atlas agarraron mis caderas, levantándome ligeramente mientras se posicionaba. Sentí la punta de su miembro presionar contra mi entrada, caliente y resbaladiza. Empujó lentamente hacia adelante, abriéndome centímetro a agonizante centímetro.

El ardor de la expansión se mezcló con olas de placer mientras me llenaba por completo. Jadeé en busca de aire, abrumado por la sensación. Nunca había hecho nada parecido antes en mi vida, ni siquiera en forma humana. Había planeado empezar despacio, con algunos dedos o con Atlas en su forma humana. Pero no teníamos tiempo para esperar ahora, no con el mundo fuera de esta habitación amenazando con destruirnos a ambos.

El placer que llenaba mi cuerpo rápidamente se convirtió en magia dentro de mí. Sin querer, comenzó a salir de mí, plantas y cosas verdes brotando a la vida alrededor nuestro en los cojines del suelo. Las flores crecieron y florecieron, sus núcleos brillando con magia verde y dorada que llenaba el aire. Enredaderas se envolvieron alrededor de mis brazos, sujetándome al suelo para que Atlas pudiera hacer conmigo lo que quisiera. Por un momento me

pregunté si mi magia estaba trabajando en mi contra. Pero cuando las enredaderas se envolvieron alrededor de mis muslos, manteniéndome abierto para que Atlas me poseyera... supe que la magia tenía mi mejor interés en mente. Dejándome llevar al fin, me apoyé contra ellas, permitiendo que el placer y la magia me consumieran.

Atlas gruñó apreciativamente mientras las enredaderas me aseguraban, sus ojos dorados reflejando el brillo etéreo de mi magia. El aroma de vegetación fresca y tierra fértil se mezclaba con nuestro almizcle, creando una mezcla embriagadora que me hacía dar vueltas la cabeza. Su forma masiva se cernía sobre mí, poderosa y primitiva, mientras comenzaba a moverse.

Cada embestida enviaba olas de placer a través de mí. Las enredaderas se tensaban en respuesta a mi éxtasis, ajustando su agarre para sostenerme perfectamente mientras el ritmo de Atlas aumentaba. Sus garras se clavaron en la tierra junto a mi cabeza, desgarrando el follaje recién brotado mientras luchaba por mantener el control.

—Joder, Atlas —gemí, arqueando mi espalda contra mis ataduras botánicas—. No te contengas. ¡Puedo soportarlo. Lo necesito todo!

Un rumor de aprobación vibró a través de su pecho mientras movía sus caderas hacia adelante con renovado vigor. El sonido era posesivo, reclamante, una declaración de que yo era suyo y solo suyo. Mi magia respondió de igual manera, las flores floreciendo más intensamente a nuestro alrededor, sus pétalos abriéndose y cerrándose al ritmo de nuestros movimientos.

Podía sentir su nudo comenzando a hincharse, enganchándose ligeramente en mi borde con cada embestida. La sensación era diferente a cualquier cosa que hubiera experimentado, una deliciosa mezcla de placer y dolor que me dejaba sin aliento. Los movimientos de Atlas se volvieron más frenéticos, sus gruñidos más profundos y primitivos mientras perseguía su liberación.

—Sí —jadeé, mi propio orgasmo acumulándose rápidamente. No podía contenerme más—. Dámelo, Atlas. ¡Anúdame, reclámame!

Con un rugido atronador, Atlas se abalanzó hacia adelante una última vez, su nudo hinchándose a su tamaño completo y uniéndonos. La expansión fue intensa, rozando lo doloroso, pero la inundación de su semilla caliente dentro de mí me empujó al límite. Grité su nombre mientras me corría, mi miembro pulsando intacto entre nuestros cuerpos.

Mi magia explotó hacia afuera en un deslumbrante despliegue de luz y vida. Las plantas a nuestro alrededor crecieron exponencialmente, flores floreciendo en rápida sucesión mientras enredaderas se enroscaban y retorcían en el aire. Toda la habitación se transformó en un exuberante jardín místico, con nosotros en su centro.

Atlas se derrumbó sobre mí, su forma masiva sujetándome al suelo mientras ambos luchábamos por recuperar el aliento. Su lengua colgaba, lamiendo suavemente mi cuello y cara de una manera extrañamente reconfortante.

Nuestros cuerpos permanecieron unidos mientras las enredaderas lentamente soltaban su agarre sobre mí. Atlas me recogió en sus brazos, atrayéndome contra su pecho mientras caía en los cojines. Durante mucho tiempo simplemente nos quedamos allí, tratando desesperadamente de recuperar el aliento.

De repente sentí que el agotamiento me invadía. Quería dormir, dejarme caer en la inconsciencia, pero el sutil palpitar del miembro de Atlas dentro de mí hacía difícil pensar en cualquier otra cosa.

—¿Atlas? —pregunté, con la cara enterrada en el pelaje de su cuello —. ¿Cuánto... eh... tiempo vamos a estar atrapados así?

Él gimió contra mi cuello y aunque no podía hablar, supe la respuesta. Probablemente bastante tiempo. Sin embargo, por lo que sabía sobre las protecciones alrededor de su habitación privada, no iban a mantener a mi padre alejado durante toda la noche. Si íbamos a terminar el ritual del familiar y romper la maldición de sangre, necesitaríamos comenzar pronto.

—Atlas —dije suavemente, inclinándome hacia atrás para poder mirar sus ojos dorados—. ¿Puedo usar mi magia para obligarte a transformarte de nuevo? Prometo no lastimarte. Pero nos estamos quedando sin tiempo.

Me miró por un largo momento, gimió ligeramente y asintió. Sonreí, acariciando su hocico. —Gracias —dije—. Y prometo que haremos esto de nuevo para que lo disfrutes más, ¿de acuerdo?

Asintió nuevamente, lamiéndome la mejilla. Sonreí y me recosté, alcanzando el pozo de poder dentro de mí. En el momento en que lo hice, jadeé sorprendido.

Mi magia, en el mejor de los casos, era escasa. Apenas era suficiente para hacer brotar una semilla o hacer florecer una flor. Después de la primera vez que Atlas me dejó poseerlo, el poder había crecido, aunque no era ni de cerca suficiente para considerarse impresionante. Sin embargo, ahora que Atlas me había reclamado oficialmente como su pareja, el pozo de poder dentro de mí me dejó sin aliento.

Cerré los ojos, concentrándome en ese recién descubierto manantial de magia dentro de mí. Surgió a través de mi cuerpo, crepitando a lo largo de mi piel como electricidad. Cuando abrí los ojos de nuevo, brillaban con una luz sobrenatural, reflejando el poder crudo ahora a mi disposición.

Colocando mis manos en el pecho de Atlas, susurré un encantamiento, mi voz resonando con energía arcana. El aire circundante brilló, y sentí que el cuerpo de Atlas comenzaba a cambiar debajo de mí. Su pelaje retrocedió, huesos y músculos reorganizándose mientras se transformaba de nuevo en su forma humana.

El proceso fue más rápido de lo habitual, acelerado por mi magia. En cuestión de momentos, me encontré a horcajadas sobre Atlas en su forma humana, su miembro aún duro enterrado profundamente en mí. Sus ojos dorados, ahora en su apuesto rostro humano, se ensancharon de asombro.

—Mierda santa —respiró, estirándose para acunar mi rostro—. Eso fue... increíble. Nunca antes había cambiado tan rápido.

Le sonreí, sintiendo una oleada de afecto y orgullo. —Parece que ser tu pareja tiene algunas ventajas —bromeé, moviendo experimentalmente mis caderas. Ambos gemimos con la sensación.

Atlas gimió, sus manos agarrando firmemente mis caderas. —Joder, eso se siente increíble —respiró—. Pero necesitamos concentrarnos. El ritual...

Asentí, levantándome a regañadientes de su miembro. Ambos siseamos ante la pérdida de contacto. —Tienes razón —dije, bajándome de él—. No tenemos mucho tiempo.

Atlas se incorporó, pasando una mano por su despeinado cabello oscuro. Sus ojos dorados todavía estaban dilatados por la lujuria, pero había una determinación en su mandíbula. —¿Qué necesitamos hacer?

Respiré profundamente, centrándome. La habitación todavía estaba llena de la vibrante vida vegetal que mi magia había conjurado, y podía sentir la energía vibrando a través de cada hoja y pétalo. —Necesitamos completar el vínculo familiar —expliqué—. Es la única manera de romper la maldición de sangre y protegernos a ambos de mi padre.

Atlas asintió, su expresión seria. —Dime qué hacer.

Alcancé la pequeña bolsa que había traído conmigo, sacando un athame de plata y un pequeño vial de líquido brillante. —Necesitamos intercambiar sangre —dije—, y luego necesito poseerte.

Atlas se lamió los labios. —De acuerdo. ¿Podemos beber agua primero?

Sonreí. —Por supuesto.

Él se acercó, acunando mi rostro. —Sé que esto es rápido, Caden. Pero realmente lo decía en serio cuando dije que te amaba. Más que a nada. No me arrepiento de nada de esto.

Asentí, besando sus dedos uno por uno. —Yo también lo decía en serio —respondí—. Y ser tu pareja... incluso sin la magia, es un sueño hecho realidad.

CAPÍTULO VEINTICINCO: ATLAS

—¿Estás listo? —preguntó Caden, su mirada ya cargada de deseo.

Acababa de ser emparejado conmigo hacía menos de quince minutos y ya estaba completamente excitado y listo para continuar. Tenía que admirar su tenacidad. Podía ser tímido la mayoría del tiempo, pero una vez que lo ponía en marcha, era insaciable. Me encantaba eso de él, y no podía esperar para cosechar los beneficios una vez que ambos estuviéramos a salvo de su padre y de lo que fuera que estuviera causando estragos en el campus.

—Sí —asentí, terminando el resto de mi botella de agua—. Hagamos el ritual.

Caden dejó su botella, tomó mi mano y me llevó al centro de la habitación. Levantando el athame en su mano, lo sostuvo en alto y comenzó a recitar una invocación en voz baja.

El aire a nuestro alrededor se espesó, cargado con el aroma del ozono y algo más profundo, más terroso: la magia natural de Caden cobrando vida. Sus pecas parecían brillar contra su piel pálida, constelaciones que trazaban poder por todo su cuerpo. Observé, fascinado, cómo pequeños hilos de luz verde saltaban entre sus dedos, envolviéndose alrededor del athame. A través de nuestro recién formado vínculo de compañeros, sentí cómo su poder aumentaba.

—La sangre libremente entregada sella el juramento —susurró, su voz resonando a pesar de su suavidad.

Pasó la hoja por la palma de su mano con un gesto de dolor, y luego me la tendió. Tomé el athame, mis dedos rozando los suyos. Incluso ese pequeño contacto envió una descarga de deseo a través de mí. Joder, ese vínculo de compañeros era mucho más fuerte de lo que había anticipado.

Corté mi propia palma, siseando ante el ardor, y luego presioné mi mano sangrante contra la suya. Nuestra sangre se mezcló, cálida y resbaladiza entre nuestras palmas. Los ojos de Caden se cerraron, esas largas pestañas proyectando sombras sobre sus pómulos. Un suave gemido escapó de él.

—Por la sangre, por el aliento, por los cuerpos unidos —continuó, su voz haciéndose más fuerte. Los hilos verdes de luz se enroscaban ahora alrededor de nuestras manos unidas, pulsando con cada palabra.

—Nos comprometemos como uno solo —terminé, las palabras llegando a mí instintivamente a través de nuestro vínculo.

La luz se intensificó, envolviéndose alrededor de nuestros brazos y pechos, uniéndonos. Los ojos de Caden se abrieron de golpe, ardiendo con un fuego verde sobrenatural. Sus labios se separaron en un jadeo mientras la magia fluía entre nosotros.

Yo también lo sentí: una energía salvaje y primitiva inundando mis venas. Cada nervio de mi cuerpo se encendió, hiperconsciente de la proximidad de Caden. El aroma de su piel, el calor de su cuerpo, el rápido subir y bajar de su pecho... era todo en lo que podía concentrarme.

—Mío —gruñó Caden, su timidez habitual evaporándose mientras me atraía hacia él.

Su boca chocó contra la mía, hambrienta y exigente. Igualé su intensidad, mi mano libre enredándose en su suave cabello rubio. Nuestras palmas unidas y ensangrentadas se presionaron con más fuerza mientras la magia giraba a nuestro alrededor.

Las túnicas fueron despojadas apresuradamente, cayendo al suelo en un montón desordenado. Caden agarró un puñado de mi cabello, obligándome a arrodillarme frente a él. Me miró fijamente, sus ojos ardiendo con magia de fuego verde. Solo tuvo que mirarme y supe lo que debía hacer. Este ritual para convertirme en su familiar trataba sobre la sumisión. Él se había sometido a mí para formar el vínculo de compañero y ahora era mi turno de devolverle el favor.

Mi mirada bajó hacia el miembro palpitante frente a mí, ya goteando. Me incliné hacia adelante, mi lengua saliendo para probar la brillante punta. La respiración de Caden se entrecortó, sus dedos apretándose en mi cabello. La magia pulsaba a nuestro alrededor, instándome a continuar. Lo tomé completamente en mi boca, saboreando su peso en mi lengua, el sabor salado-dulce de su excitación.

Las caderas de Caden se sacudieron hacia adelante, empujándose más profundo. Relajé mi garganta, tomándolo por completo. Sobre mí, dejó escapar un gemido ahogado, su mano libre apoyándose contra la pared para sostenerse. Nuestras manos unidas, aún húmedas con sangre, presionaron contra mi mejilla mientras lo trabajaba con labios y lengua.

—Joder —jadeó Caden, su timidez habitual completamente desaparecida—. Tan bueno, tan jodidamente perfecto.

Murmuré en respuesta, las vibraciones haciéndolo estremecer. La magia giraba más rápido, zarcillos verdes acariciando nuestra piel como dedos fantasmales. Podía sentir el placer de Caden resonando a través de nuestro vínculo, amplificando mi propia excitación.

De repente, Caden retrocedió, deslizándose fuera de mi boca con un obsceno sonido. Antes de que pudiera protestar, me levantó de un tirón y me giró, presionando mi pecho contra la fría pared brillante.

—Te necesito —jadeó contra mi cuello, su voz áspera de deseo—. Necesito reclamarte completamente para completar el ritual.

Sus dientes rasparon a lo largo de mi hombro, enviando escalofríos por mi columna. La luz verde continuaba espiralizándose a nuestro

alrededor, filtrándose en nuestra piel, uniéndonos más estrechamente con cada segundo que pasaba. A través de nuestras palmas unidas, podía sentir su latido... ¿o era el mío? Los límites entre nosotros se estaban difuminando.

—Hazlo —le urgí, arqueándome contra él—. Hazme tuyo.

La mano libre de Caden se deslizó por mi espalda, trazando la curva de mi columna antes de agarrar mi cadera con una fuerza sorprendente. Su magia pulsó, y de repente me sentí húmedo y listo para él. Una de las ventajas de emparejarse con un brujo de la naturaleza: podía invocar su propio lubricante. Y eso no era todo lo que podía hacer. Al mismo tiempo, sentí plantas y enredaderas enroscándose alrededor de mis piernas, sujetándome firmemente en mi lugar. Me forzaron a doblar las rodillas, bajándome al nivel perfecto para que él pudiera poseerme.

—Mío —susurró nuevamente, posicionándose detrás de mí—. Mi familiar. Mi compañero. Mi todo.

Sentí la cabeza roma de su miembro apoyarse contra mi entrada, mi propio miembro palpitando en anticipación. El líquido goteaba de mí mientras las enredaderas me mantenían en su lugar. Una de ellas, para mi sorpresa, se enroscó alrededor de mis testículos y envolvió mi miembro. Pulsaba al mismo ritmo que el mío, sujetándome con firmeza. Nunca había sentido nada parecido antes, pero me excitó más de lo que creía posible. No solo me estaba sometiendo a los deseos carnales de Caden, sino también a su magia y poder. Ahora que me tenía posicionado y restringido, no había nada que pudiera hacer excepto dejar que hiciera su voluntad conmigo. Y estaba listo para ser usado por él, para dar todo lo que tenía por su placer.

Con un empujón lento, Caden entró en mí, abriéndome con su gruesa longitud. Las enredaderas se apretaron alrededor de mis extremidades, haciéndome jadear mientras pulsaban con el mismo ritmo que su latido. Su magia fluía a través de ellas y hacia mí, conectándonos de formas que trascendían lo físico.

—Dioses —respiró contra mi oído, su voz quebrándose mientras se enterraba hasta el fondo—. Te sientes... increíble.

Nuestras manos unidas, aún húmedas con sangre, presionaron contra la pared junto a mi cabeza. La luz verde se había intensificado, extendiéndose desde nuestras palmas en una red de venas luminosas a través de la piedra. Cada pulso de luz coincidía con los empujes de Caden mientras comenzaba a moverse dentro de mí.

—Más fuerte —logré jadear, mi cuerpo ya temblando de necesidad. La enredadera alrededor de mi miembro apretó, extrayendo más líquido de mí—. Necesito más.

La habitual vacilación de Caden no se encontraba por ninguna parte. Gruñó, realmente gruñó, y empujó sus caderas hacia adelante con una fuerza demoledora. Su mano libre se enredó en mi cabello, tirando de mi cabeza hacia atrás para poder arrastrar sus dientes a lo largo de mi garganta expuesta. Lejos quedaba el hombre tímido que había conocido apenas unas semanas atrás. En este momento, era tanto bestia como yo.

La magia del ritual aumentó, luz verde pulsando a través de cada punto de contacto entre nosotros. Los empujes de Caden se volvieron más frenéticos, sus dientes rozando mi cuello mientras arremetía contra mí implacablemente. Las enredaderas se apretaron, su agarre bordeando el dolor mientras me mantenían abierto y expuesto para él.

—Mío —gruñó Caden de nuevo, su voz profundizándose con cada empuje—. Dilo. Dime que eres mío.

—Tuyo —jadeé, mis palabras puntuadas por sus movimientos enérgicos—. Soy tuyo, Caden. Solo tuyo.

La admisión pareció encender algo primitivo en él. Sus caderas se proyectaron hacia adelante con una fuerza emocionante, penetrando más profundo que antes. La enredadera alrededor de mi miembro pulsaba al ritmo de sus empujes, apretando y acariciando en un ritmo enloquecedor.

A través de nuestras palmas unidas, podía sentir su magia aumentando hasta llegar a un crescendo. La luz verde se intensificó, proyectando sombras inquietantes por toda la habitación. Los dientes de Caden se hundieron en la unión de mi cuello y hombro, rompiendo la piel. El dolor agudo se mezcló con el placer, empujándome más cerca del límite.

—Córrete para mí —exigió.

La orden en la voz de Caden, combinada con la estimulación implacable de su miembro y la enredadera pulsante, me lanzó al abismo. Mi orgasmo me atravesó con una intensidad impactante, haciéndome gritar mientras me derramaba sobre la pared y el suelo. Las enredaderas se apretaron aún más, extrayendo hasta la última gota de mí mientras temblaba en su agarre.

Los empujes de Caden se volvieron erráticos, su respiración caliente y entrecortada contra mi cuello donde me había mordido. Podía sentir su magia aumentando, construyendo un crescendo que coincidía con la pulsante luz verde a nuestro alrededor. Con un gemido gutural, arremetió contra mí una última vez, enterrándose hasta el fondo mientras llegaba al clímax.

En el momento en que su liberación llegó, la magia explotó. Una luz verde cegadora nos envolvió a ambos, abrasando a través de nuestras manos unidas y en nuestros núcleos. Sentí la esencia de Caden fusionarse con la mía, nuestras almas entrelazándose en un vínculo mucho más profundo que el físico o incluso que el vínculo de compañeros.

Imágenes destellaron en mi mente: recuerdos que no eran míos. Vi a Caden de niño, viviendo una vida normal sin idea de lo que era o su herencia. Sentí su soledad, su confusión sobre su recién descubierto poder después de ser arrancado inesperadamente de su mundo normal. Compartió su miedo conmigo, las amenazas de su padre siempre resonando en el fondo de su mente. En cuestión de segundos, sentí como si hubiera vivido toda su vida con él, observando desde las líneas laterales. Lo conocía mucho más íntimamente de lo que cualquier pareja podría esperar.

Lo vi exactamente como era.

Las enredaderas lentamente se desenroscaron de mis extremidades, liberándome mientras la cegadora luz verde se desvanecía hasta convertirse en un suave resplandor. Mis piernas temblaban, apenas capaces de soportar mi peso mientras Caden salía cuidadosamente de mí. Me giró, sus manos ahora gentiles mientras acunaba mi rostro. Sus ojos azules estaban abiertos de asombro, la timidez habitual regresando mientras escrutaba mi expresión.

—¿Tú... viste? —susurró, su voz ronca.

Asentí, todavía aturdido por la intensidad de lo que acabábamos de compartir.

—Vi todo. Sentí todo.

Una única lágrima se deslizó por su mejilla pecosa. La limpié con mi pulgar, notando que nuestras palmas se habían curado completamente, dejando solo cicatrices plateadas idénticas que brillaban con una tenue luz verde. Parecía que mi capacidad de curación de hombre lobo ya se había compartido a través de nuestro nuevo vínculo como compañero y familiar.

—Nunca... —Caden tragó con dificultad—. Nunca había tenido a nadie que me viera así antes.

—Lo sé —dije suavemente, presionando mi frente contra la suya—. Gracias por confiar en mí.

Dejó escapar un suspiro tembloroso, sus dedos trazando patrones en mi piel. Ahora podía sentir su magia, un zumbido constante bajo la superficie de mi piel. El vínculo de familiar se había afianzado, entrelazando nuestras esencias de maneras que apenas comenzaba a entender.

—¿No estás... asustado? —preguntó Caden vacilante, su vulnerabilidad brillando una vez más—. Después de ver todo sobre mí, sobre mi padre...

Negué con la cabeza, atrayéndolo más cerca.

—No. Si acaso, me dan más ganas de protegerte. Estamos juntos en esto ahora, Caden. Sea lo que sea que tu padre tenga planeado, lo que sea que esté pasando en el campus... lo enfrentaremos como uno solo.

El alivio inundó sus facciones, y se inclinó para presionar un suave beso en mis labios. Fue tierno, un marcado contraste con la frenética pasión de momentos antes. Lo saboreé, maravillándome de lo rápidamente que este tímido y poderoso brujo se había convertido en mi mundo entero.

Al separarnos, Caden me miró, el miedo aún filtrándose a través de nuestro vínculo.

—Todavía tenemos que eliminar la maldición —dijo, inclinándose para recoger el athame una vez más. Lo sostuvo suavemente en una mano—. ¿Te... quedarás conmigo?

—Por supuesto que lo haré —respondí, besándolo en la frente—. No dejaré que te pase nada.

Asintió lentamente, dando un paso atrás. Con una mano se extendió, energía verde arremolinándose alrededor de sus dedos mientras una serie de enredaderas púrpuras crecían desde el suelo y se envolvían alrededor de sus dedos, su palma y luego su muñeca. Eran como raíces, pulsando sobre su piel al ritmo de su latido.

—Estas enredaderas... se alimentan de sangre —dijo lentamente, colocando la hoja del cuchillo contra su piel—. Me drenarán hasta que no quede nada. Solo entonces la maldición desaparecerá —me miró, sus ojos azules llenos de lágrimas—. Si... si algo sale mal...

—No saldrá mal —afirmé con firmeza—. No lo permitiré.

—Te amo, Atlas.

—Yo también te amo, Caden.

Hubo un destello plateado y un rastro de sangre por el suelo. Pero antes de que una sola gota pudiera derramarse de la herida, las enredaderas se adhirieron a su brazo. Sus rodillas se doblaron y lo envolví en mis brazos, viendo cómo el color se drenaba lentamente

de su cuerpo. A través del vínculo, sentí que comenzaba a debilitarse.

—Toma mi poder, Caden —le dije suavemente al oído—. Te lo doy libremente.

Con un pequeño asentimiento de su parte, sentí que la conexión entre nosotros se profundizaba. De repente, todo mi poder como hombre lobo y Alfa estaba siendo drenado de mí. Apretando mi agarre sobre él, nos bajé a ambos hasta el suelo, sabiendo que ninguno de los dos podría mantenerse en pie por mucho más tiempo.

La sensación de tener mi poder drenado no era desagradable, pero sí extraña. Nunca en mi vida me había sentido tan cansado, tan exhausto. Y cuanto más se alimentaban las enredaderas, más cansado me volvía. Caden seguía pálido y frío en mis brazos mientras sentía que llegaba al límite de mis fuerzas. La oscuridad se curvaba en las esquinas de mi visión, pero permanecí concentrado en Caden, sin perderlo de vista ni por un momento.

—Te... te amo, Caden —susurré.

Y entonces, sin siquiera un parpadeo, la oscuridad se cerró a mi alrededor.

CAPÍTULO VEINTISÉIS: ATLAS

Cuando recuperé la consciencia, mi cabeza descansaba en el regazo de Caden, sus dedos acariciando mi cabello de manera suave y protectora. Mis ojos se abrieron lentamente y lo miré, sonriendo a pesar de mi agotamiento.

—Estás bien... —dije, sintiendo cómo el alivio me invadía—. Yo... no estaba seguro si...

—Estoy bien —asintió, con una sonrisa formándose en sus labios—. Gracias a ti.

Lo miré fijamente, esos ojos azules que conocía tan bien ahora estaban bordeados de verde. Y ese no era el único cambio. Caden se veía repentinamente esculpido, musculoso y seguro de sí mismo. La habitación a mi alrededor vibraba con magia, su aroma espeso en el aire. Podía sentir la energía regresando a mi cuerpo a través del contacto de Caden, sus dedos girando entre mi cabello con cada caricia. Me estaba restaurando, devolviéndome el poder que le había prestado para romper la maldición de su padre.

—¿Lo lograste? —pregunté, manteniendo su mirada—. ¿La maldición...

—¿Desapareció? —completó. Su sonrisa se ensanchó—. Sí. Mi padre ya no tiene poder sobre mí. Y todo es gracias a ti y a tu sacrificio.

Negué con la cabeza. —No fue un sacrificio —dije, extendiendo la mano para acariciar su mejilla—. Quería ser tu compañero. Y ser tu familiar... bueno, creo que es un honor.

Las mejillas de Caden se sonrojaron bajo mi toque, sus pecas destacando contra su piel pálida. Incluso con su nueva confianza, seguía siendo ese chico tímido y vacilante del que me había enamorado.

—Un honor —repitió suavemente, sus dedos deteniéndose en mi cabello—. Nunca pensé... nunca imaginé que alguien se uniría voluntariamente a mí. Demonios, ni siquiera pensé que saldría vivo de la Academia Widdershins. Pero ahora... bueno, siento como si estuviera viendo el mundo entero por primera vez.

Me incorporé lentamente, mi cuerpo aún débil pero recuperándose con cada pulso de energía que fluía entre nosotros. Romper su maldición me había quitado más de lo que había anticipado, pero ver a Caden ahora —verdaderamente libre por primera vez— valía cada onza de poder que había dado.

—Tu padre estaba equivocado en todo —dije, sentándome para mirarlo directamente—. Sobre tu poder, sobre lo que mereces. Y ahora, nunca sabrá lo que estaba desperdiciando.

La mirada de Caden descendió, esos imposibles ojos azul-verdosos fijos en nuestras manos mientras entrelazaba sus dedos con los míos. El contacto envió chispas bailando por mi piel. Incluso el tacto de su piel había cambiado. Antes se sentía cálido y acogedor, pero ahora vibraba con poder.

—Puedo sentir la tierra ahora —susurró—. No solo las cosas pequeñas, no solo hacer florecer flores o crecer hierbas. Puedo sentir todo el bosque que rodea la academia. Cada árbol, cada criatura. —Levantó la mirada, con asombro en su expresión—. Puedo sentir tu corazón latir incluso cuando no te estoy tocando, sentir el aliento en tus pulmones. Tu poder como Alfa... es abrumador. Y el lobo dentro de ti, también puedo sentirlo.

No pude evitar sonreír mientras lo atraía hacia mis brazos. —Entonces estoy seguro de que puedes sentir lo emocionado y feliz que me haces.

Él asintió. —Y hay algo más que también puedo sentir ahora.

—¿Qué es?

Me miró, una expresión seria reemplazando su sonrisa. —Puedo sentir las maldiciones de atadura colocadas sobre Karrick y Wild. La magia... es como una firma. Antes apenas podía sentirla, pero ahora es como si la persona que los ató hubiera dejado una foto de sí misma adherida a sus víctimas.

Mi corazón latió con fuerza en mi pecho. Queríamos salvar a nuestros amigos, pero no esperaba encontrar al culpable tan rápido, especialmente cuando me encontraba en un estado tan debilitado.

—¿Q-quién es? —pregunté, sin estar seguro de querer saber la respuesta.

—Es Rowan —respondió suavemente—. Y no entiendo por qué estoy sorprendido.

Ese nombre envió un pulso de ira a través de mi pecho, mi piel calentándose inmediatamente. Por supuesto que era Rowan. Él fue quien intentó drogarme para hacer conmigo lo que quisiera. Y luego atacó a Caden e intentó forzarlo a una situación horrible. Si había una persona en Widdershins que nos despreciaba a ambos, era Rowan.

—No sabía que fuera capaz de ese tipo de magia —dije finalmente —. No me sorprende que lo hiciera... simplemente no pensé que *pudiera*.

—No lo es —respondió Caden—. Al menos no todavía. Es un estudiante igual que yo. Aunque él y sus amigos vienen de familias poderosas, todavía están aprendiendo el oficio. Y ese tipo de magia no se enseña aquí. Supongo que podría haberla aprendido en casa, pero requeriría demasiado poder para ejecutarla tan rápido. Y tendría que ser más astuto y poderoso que ellos primero. Karrick es

demasiado fuerte para ser derribado por Rowan y Wild es demasiado inteligente. Por eso... no creo que esté trabajando solo.

Sentí que mi mandíbula se tensaba. —¿Crees que algún profesor lo está ayudando?

Caden asintió, su expresión sombría. —O algo peor. Mi padre tiene amigos en la junta de gobernadores. Magos poderosos que no pensarían dos veces en usar a los estudiantes como peones. Ya dejaron claro que quieren separarnos del resto del cuerpo estudiantil. Esto solo aceleraría sus planes y les daría una excusa para ejecutarlo antes.

Me moví para sentarme a su lado, haciendo una mueca cuando mis músculos protestaron. La pequeña habitación privada —que ahora estaba completamente cubierta de musgo y flores— se sentía diferente. Las paredes parecían pulsar con una nueva energía que no había estado allí antes. Su magia debía haber cambiado la misma esencia del encantamiento que ocultaba este lugar del resto del campus.

—¿Puedes romper las ataduras? —pregunté, observando cómo los dedos de Caden trazaban patrones invisibles en el aire.

—Puedo intentarlo —dijo, con incertidumbre cruzando sus rasgos—. Pero si tengo razón sobre quién está detrás de esto, estamos lidiando con magia oscura. Magia de sangre. El tipo que hace que la gente sea encarcelada para siempre o ejecutada por el Consejo de Ancianos.

Alcancé su mano, apretándola suavemente. —Eres más fuerte ahora. Ambos lo somos.

Los ojos de Caden se encontraron con los míos, esa nueva confianza vacilando. A pesar de todo lo que había cambiado, seguía siendo Caden —todavía el chico que dudaba de sí mismo, que necesitaba seguridad.

—Eso puede ser cierto —susurró—. Pero nadie lo sabe todavía. Y si queremos atraer a Rowan y hacer que revele sus secretos, tendremos que actuar como si nada hubiera cambiado.

Asentí lentamente, entendiendo lo que Caden estaba sugiriendo. Tendríamos que mantener en secreto su nuevo poder, al menos por ahora. No sería fácil, especialmente con lo mucho que había cambiado físicamente, pero era nuestra mejor oportunidad para atrapar a Rowan y a quien lo estuviera ayudando.

—Tienes razón —dije, inclinándome para darle un suave beso en los labios—. Tendremos que ser cuidadosos. Pero no podemos quedarnos sentados sin hacer nada mientras Karrick y Wild sufren.

Los ojos de Caden brillaron con determinación. —No lo haremos. Tengo una idea, pero es arriesgada. Necesitaremos acercarnos a Rowan, hacerle creer que somos vulnerables.

Un escalofrío recorrió mi columna ante la idea de acercarme nuevamente a ese bastardo. Pero por nuestros amigos, haría cualquier cosa. —¿Qué tenías en mente?

Caden respiró hondo, sus dedos entrelazándose con los míos. —Todo el campus está en alerta máxima ahora. Nadie saldrá solo después del anochecer. Es la oportunidad perfecta para pillar a Rowan desprevenido. Seremos el cebo y, como nos odia a los dos, será una oferta demasiado tentadora para que la rechace. Incluso actuaré como si todavía estuviera luchando con mi magia para despistarlo.

—Cebo —repetí, la palabra sabiendo amarga en mi lengua—. No me gusta la idea de ponerte en peligro otra vez. No después de lo que acabamos de pasar.

Los ojos de Caden se suavizaron, pero esa nueva resolución permaneció firmemente en su lugar. —No soy la misma persona que era ayer. Tú tampoco. —Sus dedos trazaron la línea de mi mandíbula, enviando agradables escalofríos por mi columna—. Además, si tenemos razón sobre la profesora Blackwood estando involucrada...

—¿Crees que ella lo está ayudando? —La pregunta salió más brusca de lo que pretendía.

—Ha estado predicando la separación desde el principio. Y le ha estado contando a mi padre cada pequeño movimiento que hago

durante todo el semestre. —La voz de Caden bajó—. Tampoco es ningún secreto que favorece a Rowan. Si alguien lo está ayudando, probablemente sea ella.

Me senté más erguido, ignorando la protesta de mis músculos doloridos. —¿Pero realmente haría esto? Parece bastante extremo.

—También lo parece segregar a todos los estudiantes y prácticamente construir una sección amurallada del campus solo para brujas. Pero tanto ella como la junta piensan que es una gran idea. Después del anuncio del Decano, no podemos negar lo que están tratando de hacer.

Las palabras de Caden quedaron suspendidas pesadamente en el aire entre nosotros. Sabía que tenía razón, pero la idea de ponernos deliberadamente en peligro hizo que mi estómago se revolviera. Aun así, teníamos que hacer algo para ayudar a nuestros amigos.

—De acuerdo —dije finalmente, apretando su mano—. Hagámoslo. Pero necesitamos un plan sólido.

Caden asintió, sus ojos brillando con una mezcla de determinación y poder recién descubierto. —Empezaremos mañana por la noche después de tu próxima competencia de lucha. Hay un camino cerca del gimnasio que muchos de los estudiantes monstruo usan, pero estará totalmente abandonado después de la competencia. Todos se mantendrán en las áreas públicas para estar seguros. Está bastante cerca de donde Karrick fue atacado. Y es lo suficientemente apartado como para que él piense que tiene ventaja si uno de nosotros está solo.

—¿Quieres que vaya a una competencia de lucha después de todo esto? —resoplé.

—Tienes que hacerlo. No podemos dejar que piensen que algo ha cambiado.

—Está bien —dije sacudiendo la cabeza. Se sentía extraño ir a algo tan superfluo después de todo lo que había sucedido. Pero Caden tenía razón. Si no iba, parecería sospechoso—. ¿Y cómo nos aseguramos de que tome el anzuelo después de que termine?

Una sonrisa astuta se extendió por el rostro de Caden, una que no estaba acostumbrado a ver. Me produjo una emoción. —Escenificaremos una discusión. Lo suficientemente fuerte para que cualquiera cerca pueda oír. Me iré furioso al bosque a través de la barrera, y tú me seguirás, llamándome. Si Rowan está cerca, no podrá resistirse. Somos las dos personas a las que más quiere lastimar, después de todo.

No pude evitar sonreír. —Mírate, ideando planes malvados. Me gusta este nuevo lado tuyo.

Las mejillas de Caden se sonrojaron nuevamente, las pecas sobre su nariz oscureciéndose. —Sigo siendo yo. Solo que... más.

—Más es bueno —murmuré, inclinándome para besarlo otra vez. Esta vez, cuando nuestros labios se encontraron, una corriente de energía pasó entre nosotros que hizo que las flores a nuestro alrededor florecieran con más brillo, intensificando su aroma. Me aparté, sin aliento—. Muy bueno.

Los ojos de Caden se habían oscurecido, ese nuevo borde verde alrededor de sus iris azules parecía brillar. —Deberíamos descansar. Necesitas recuperar tus fuerzas, y yo necesito practicar el control de... lo que sea que sea esto. —Señaló una enredadera que había comenzado a trepar por su brazo, aparentemente por cuenta propia.

—¿Y cómo propones que descansemos? —pregunté, bajando mi voz mientras me acercaba a él.

Por un momento, vi al antiguo Caden —vacilante, tímido— pero luego algo cambió en su expresión. Extendió la mano, sus dedos curvándose alrededor de mi nuca, y me atrajo hacia él con una confianza recién descubierta que me produjo un escalofrío.

—¿No estás cansado de follar? —gruñó, sus labios a un centímetro de los míos—. Pensé que tu trasero estaría adolorido y usado a estas alturas.

No pude evitar sonreír. —¿Cansado de que me folles tú? Nunca. —Me incliné cerca, besándolo suavemente—. Y no estoy nada adolorido. Esa curación de hombre lobo sirve para algo.

—Vaya —sonrió con picardía—. Supongo que tendré que esforzarme más esta vez.

Asentí con entusiasmo. —Más duro es bueno.

—Eres un cachorro tan caliente.

—Solo por ti, mi compañero.

—Tal vez la próxima vez puedas usar tu maillot de lucha —murmuró en mi oído—. Apuesto a que sería ardiente.

Gruñí con entusiasmo, mis dedos apretando su cintura. —Como desees.

Con eso, los labios de Caden chocaron contra los míos, cayendo ambos sobre los cojines que todavía estaban cubiertos de musgo y enredaderas. De repente, volvieron a cobrar vida, retorciéndose a nuestro alrededor mientras el poder de Caden aumentaba. No pude evitar sonreír, sintiendo las enredaderas deslizarse alrededor de mis piernas una vez más. Estar unido a él... era mejor de lo que jamás había soñado.

CAPÍTULO VEINTISIETE: CADEN

Si no fuera por cómo ese maillot se ajustaba al trasero de Atlas, me habría costado concentrarme en el combate. Sin embargo, considerando que estaba cubierto de sudor reluciente y cada centímetro de su cuerpo musculoso se destacaba por el spandex estirado sobre él, estaba demasiado ocupado mirándolo embobado para pensar en mucho más. Aunque su oponente, un Beastkin, era mucho más grande que él, no tenía dudas de que ganaría su combate. Y ahora que estábamos unidos como compañeros y como familiar, podía sentir su confianza y poder a través del vínculo. Él también sabía que iba a ganar.

Atlas se movía con una gracia primitiva que ningún luchador humano podría igualar. El Beastkin se abalanzó, pero Atlas se apartó sin esfuerzo, sus ojos dorados brillando con intención depredadora mientras contraatacaba con un rápido derribo. La multitud estalló, pero sus vítores se desvanecieron en ruido de fondo mientras me concentraba en la forma en que sus músculos se tensaban y flexionaban bajo ese maldito maillot.

Una ola de calor posesivo surgió a través de nuestro vínculo, y la mirada de Atlas se clavó en la mía por un momento. Sabía que lo estaba observando. Sabía exactamente lo que estaba pensando. Una sonrisa curva se dibujó en sus labios antes de volver su atención a su oponente.

—¡Derríbalo, Faolan! —gritó alguien desde las gradas.

Sentí una oleada de orgullo mezclado con deseo mientras Atlas ejecutaba un lanzamiento perfecto, inmovilizando al Beastkin con despiadada eficiencia. El árbitro golpeó la colchoneta, y Atlas se puso de pie, victorioso como siempre. Su pecho se agitaba por el esfuerzo, su cabello oscuro húmedo por el sudor, y podía sentir su satisfacción pulsando a través de nuestra conexión.

El árbitro levantó el brazo de Atlas en señal de victoria, y la multitud enloqueció. Sus compañeros de equipo aullaron su aprobación, sin importarles quién pudiera escuchar los sonidos inhumanos. De todos modos, todos en la Academia Widdershins, incluido el equipo visitante, formaban parte de la comunidad sobrenatural. No había razón para el secreto.

Me moví incómodamente en mi asiento, mi excitación dolorosamente obvia. A través de nuestro vínculo, sentí la diversión de Atlas ante mi predicamento. El bastardo estaba disfrutando de mi incomodidad.

Mientras los equipos se alineaban para darse la mano, Atlas rompió el protocolo para mirarme directamente de nuevo. Sus ojos dorados parecían brillar bajo las luces del gimnasio, y articuló dos palabras: "Diez minutos".

Mi corazón martilleaba contra mis costillas. Sabía lo que significaba. El vestuario estaría vacío pronto; el equipo siempre celebraba las victorias en un bar cerca del campus que atendía a la población sobrenatural. Y con todo el peligro en el campus recientemente, seguramente abandonarían el campus lo más rápido posible y bajo la atenta mirada de padres, entrenadores y seguridad.

Me escabullí de las gradas y me dirigí al pasillo apartado detrás del gimnasio. El pasillo olía a limpiador de suelos y sudor, pero no me importaba. Mi magia vibraba bajo mi piel, respondiendo a la proximidad de Atlas incluso a través de las paredes. Estar vinculado a un hombre lobo era mucho más embriagador de lo que esperaba. Y, solo por esta vez, iba a permitirme ceder al momento.

Sabía que en el momento en que dejáramos el gimnasio, estaríamos en peligro. Si nuestro plan funcionaba, nos enfrentaríamos cara a cara con el brujo que intentaba matar a los estudiantes monstruo en el campus, Rowan Hargrove. Queríamos enfrentarlo, para poner fin a toda la violencia y maldiciones que estaba lanzando a los estudiantes. Pero si las cosas no iban bien, si por alguna casualidad habíamos subestimado gravemente a nuestro enemigo, esta podría ser la última hora que tuviéramos juntos. Y no iba a desperdiciar esa oportunidad.

La puerta del vestuario se abrió de golpe exactamente nueve minutos después, y Atlas se dirigió hacia mí con intención depredadora. Se había duchado apresuradamente, con gotas de agua aún aferrándose a su cabello oscuro, pero apenas se había molestado en vestirse: solo unos pantalones cortos de baloncesto que colgaban bajos en sus caderas, exponiendo el corte en V de músculos que desaparecían bajo la cintura.

—¿Ahora me distraes durante los combates? —gruñó, acorralándome contra la pared. Su aroma me envolvió: pino, tierra y un almizcle lobuno que hizo que mi magia chispeara bajo mi piel.

—No estaba haciendo nada —protesté débilmente, incapaz de apartar la mirada de la gota de agua que se deslizaba por su pecho.

La risa de Atlas fue baja y peligrosa. —Tus pensamientos eran tan fuertes que prácticamente podía oírlos. —Se acercó más, atrapándome entre su cuerpo y la pared—. Cada cosa obscena que querías que te hiciera. —Se inclinó aún más cerca—. Todo lo que tenías que hacer era pedirlo, Caden.

Su boca chocó contra la mía, hambrienta y exigente. Me rendí inmediatamente, mis manos aferrándose a sus anchos hombros mientras me levantaba sin esfuerzo. Mis piernas se envolvieron alrededor de su cintura, y él se frotó contra mí, haciéndome jadear en su boca.

—No tenemos mucho tiempo —murmuré sin aliento—. Si queremos atraparlo...

—No necesitaré mucho —gruñó Atlas, con los dientes contra mi cuello—. Estoy tan jodidamente excitado que apenas puedo pensar.

Gemí cuando sus dientes rozaron mi piel, sin llegar a romper la superficie pero amenazando con hacerlo. A través de nuestro vínculo, podía sentir al lobo dentro de él, ansioso e inquieto, queriendo reclamar lo que era suyo.

—Atlas —jadeé mientras sus manos se deslizaban bajo mi camisa, palmas calientes contra mi piel más fría. La diferencia de temperatura entre nosotros era algo nuevo que había notado: los hombres lobo tenían varios grados más de calor que los humanos, e incluso más calor que brujos como yo.

—Dilo otra vez —exigió, sus ojos dorados destellando en la luz tenue del corredor—. Di mi nombre.

—Atlas —respiré, y él me recompensó frotando sus caderas contra las mías, la delgada tela de sus pantalones cortos de baloncesto no haciendo nada para ocultar su excitación.

La magia dentro de mí respondió a su toque, pequeños brotes verdes brotando de las grietas en el suelo de linóleo bajo nosotros. Sucedía cada vez que estábamos juntos así: mi magia de naturaleza manifestándose sin mi control consciente. La primera vez, Atlas se había sorprendido. Ahora parecía enorgullecerse, como si mi incapacidad para contener mi poder fuera un testimonio de su efecto en mí.

—Puedo sentir cuánto deseas esto —murmuró contra mi garganta, una mano deslizándose para acariciarme a través de mis vaqueros—. También puedo olerlo.

Mi cabeza cayó hacia atrás contra la pared con un golpe. —Cualquiera podría pasar —susurré, incluso mientras mis caderas se empujaban hacia su toque. No es que realmente me importara.

—Que lo hagan —gruñó Atlas, sus ojos destellando dorados en el pasillo tenue—. Que vean a quién perteneces.

Nos hizo girar, llevándome a través de la puerta del vestuario y cerrándola de una patada. El sonido del cerrojo encajando me envió un escalofrío por la columna. Con un movimiento fluido, me puso de pie y me quitó la camisa por la cabeza, arrojándola a un lado antes de acorralarme contra los casilleros.

El metal estaba frío contra mi piel desnuda, pero apenas lo noté cuando Atlas se dejó caer de rodillas frente a mí. Sus dedos trabajaron en mi cinturón, desabrochándolo con facilidad practicada.

—Tenemos diez minutos antes de que necesitemos estar en posición —dijo, mirándome a través de pestañas oscuras—. Tengo la intención de hacer que cada segundo cuente.

Mi respiración se entrecortó cuando tiró de mis vaqueros y bóxers en un rápido movimiento. El aire fresco golpeó mi piel expuesta, pero el aliento de Atlas era caliente contra mi muslo. Mi polla palpitaba, rebotando a menos de una pulgada de su nariz.

—Cada. Segundo. —Enfatizó cada palabra con un beso presionado en mi hueso de la cadera, mi estómago, trabajando su camino hacia abajo con una lentitud deliberada que me hizo retorcer.

Cuando su boca finalmente se cerró alrededor de mi dolorida erección, tuve que morderme el labio para no gritar. Mis dedos se enredaron en su cabello húmedo, y él gruñó su aprobación, la vibración enviando chispas de placer por mi columna. Enredaderas comenzaron a trepar por los lados de los casilleros, pequeños capullos abriéndose en flores que no tenían nada que hacer en un vestuario de chicos.

Su lengua giró mientras chupaba, una mano tirando suavemente de mis testículos para intensificar la sensación. Cerré los ojos, apoyándome contra los casilleros mientras no hacía nada para ahogar mis gemidos. No llevábamos haciendo esto mucho tiempo, pero ya era condenadamente bueno. En menos de un minuto ya podía sentir que me acercaba al límite.

—Atlas —jadeé, tirando suavemente de su cabello—. No voy a durar si sigues...

Se echó hacia atrás, ojos dorados brillando hacia mí. —Ese es el punto, Caden. —Mi nombre sonaba dulce en sus labios.

—Espera —dije, tirando de su cabeza hacia atrás—. ¿No preferirías follarme en su lugar?

Los ojos de Atlas destellaron peligrosamente, sus pupilas dilatándose hasta que solo quedó un fino anillo de oro. Un gruñido bajo y retumbante vibró desde su pecho mientras se levantaba con velocidad inhumana.

—No puedes simplemente decir cosas así —gruñó, su voz bajando una octava. A través de nuestro vínculo, sentí que su control se deslizaba: el lobo acercándose más a la superficie.

—¿Por qué no? —desafié, sorprendiéndome con mi audacia. Normalmente era el tímido, el vacilante, pero algo sobre nuestro inminente enfrentamiento con Rowan me hizo imprudente—. Es lo que quieres, ¿no? Lo que ambos queremos.

Las manos de Atlas se aferraron a mi cintura, levantándome sin esfuerzo y haciéndonos girar. Me sentó en uno de los bancos, sus pantalones cortos de baloncesto formando una tienda de campaña obscenamente. —Date la vuelta —ordenó, con voz áspera.

Obedecí, con el corazón martilleando mientras apoyaba mis manos en el frío metal del banco. Detrás de mí, escuché el crujido de la tela cuando Atlas bajó sus pantalones. Su palma caliente presionó contra la parte baja de mi espalda, empujándome hacia un arco más profundo.

—No tenemos tiempo para hacer esto adecuadamente —gruñó Atlas, su voz tensa por la contención—. Pero no puedo esperar. No después de verte mirándome así.

Extendí la mano hacia atrás, girando mis dedos en el aire. De repente mi mano se llenó con una sustancia pegajosa y transparente que había usado con él más de una vez. El aloe natural siempre hacía un excelente lubricante, y las plantas eran mi especialidad después de todo.

—Hazlo —insté, arqueando más mi espalda y untando el fluido viscoso sobre mi dolorido agujero—. Tenemos que atrapar a un villano esta noche, así que no te contengas.

Su risa fue oscura y prometedora. —Cuidado con lo que deseas, Caden. —Se inclinó cerca, su gruesa cabeza de polla viniendo a descansar contra mi entrada—. Pero no te haré daño.

El sonido de la mano de Atlas golpeando mi trasero resonó en el vestuario vacío. Atlas siempre era gentil, pero sabía que no quería gentileza ahora. Solo lo quería a él. Eso no le impidió abrirme con una eficiencia practicada que hizo que mis dedos se curvaran contra el suelo embaldosado.

—Joder, estás apretado —murmuró, añadiendo un segundo dedo junto al primero—. Siempre tan apretado para mí.

Mis brazos temblaron cuando curvó sus dedos, encontrando ese punto dentro de mí que hizo que estallaran estrellas detrás de mis párpados. Se me escapó un gemido, vergonzosamente fuerte en la habitación silenciosa.

—Eso es —alentó Atlas, su mano libre agarrando mi cadera con fuerza—. Déjame oírte.

Un tercer dedo se unió a los otros, estirándome con una ardiente delicia que me hizo mecerme contra su mano. Las flores que brotaban a lo largo de los casilleros se multiplicaron, su dulce fragancia llenando el aire mientras mi magia respondía a mi excitación.

—Atlas, por favor —supliqué, sin importarme lo desesperado que sonaba—. Estoy listo.

Retiró sus dedos, y sentí la presión contundente de su polla contra mi entrada una vez más. Incluso después de todas nuestras veces juntos, su tamaño todavía me hacía contener la respiración. No era nada comparado con su forma Alfa, y la había tomado. Así que confiaba en que estaría bien. Empujó hacia adelante lentamente, una mano frotando círculos tranquilizadores en mi espalda baja mientras se deslizaba dentro.

—Respira —murmuró, su voz tensa por el esfuerzo de contenerse—. Eso es, Caden. Tómame.

Exhalé lentamente, relajándome a su alrededor mientras se hundía más profundo. La sensación de ser llenado tan completamente envió escalofríos por mi columna. Cuando estuvo completamente dentro, ambos hicimos una pausa, jadeando. A través de nuestro vínculo, podía sentir su placer reflejando el mío, creando un bucle de retroalimentación de sensación que amenazaba con abrumarnos a ambos. Las enredaderas a lo largo de los casilleros se engrosaron, pequeñas flores blancas floreciendo en respuesta a mi placer.

—No tenemos mucho tiempo —le recordé, con la voz quebrándose mientras se movía ligeramente dentro de mí.

Atlas gruñó en respuesta, retirándose hasta que solo la punta permaneció antes de avanzar de nuevo. El banco debajo de nosotros crujió con la fuerza de su embestida.

—Entonces haré que cuente —prometió, estableciendo un ritmo castigador que me tuvo agarrando el banco como apoyo.

Cada potente embestida me empujaba hacia adelante, y me apoyé contra el frío metal. El sonido de piel chocando contra piel resonaba por el vestuario vacío, puntuado por nuestros gemidos mezclados. Los dedos de Atlas se clavaron en mis caderas, manteniéndome en su lugar mientras me reclamaba con una posesividad que hizo que mi polla palpitara dolorosamente.

—Mío —gruñó, inclinándose sobre mi espalda para morder mi hombro. Sus dientes rozaron mi piel, sin romper la superficie pero recordándome lo que podría hacer si quisiera—. Mi brujo. Mi pareja.

—Tuyo —jadeé, la palabra apenas audible mientras el placer se acumulaba en la base de mi columna—. Y tú eres mío también. Mi pareja. Mi familiar.

Atlas gruñó ante eso, el sonido retumbando a través de su pecho y hacia el mío. Su ritmo vaciló por solo un momento antes de redoblar sus esfuerzos, penetrándome con renovada pasión. El banco debajo de nosotros gimió en protesta.

—Siempre —jadeó contra mi oído—. Siempre tuyo.

Su mano se deslizó para agarrar mi polla olvidada, acariciando al ritmo de sus embestidas. La doble sensación era abrumadora, el placer espiraleando a través de mí con tal intensidad que mi magia estalló salvajemente. Las flores a lo largo de los casilleros estallaron en plena floración, enredaderas arrastrándose por el techo y las paredes, transformando el severo vestuario en un paraíso verdoso.

—Atlas —gemí, sintiendo que mi clímax se acercaba rápidamente—. Estoy cerca...

—Córrete para mí —ordenó, su voz un susurro áspero contra mi cuello—. Déjame sentirte.

Su pulgar pasó sobre la sensible cabeza de mi polla, y eso fue todo lo que necesité. Me corrí con un grito, derramándome sobre sus dedos mientras mi cuerpo se apretaba a su alrededor. A través de nuestro vínculo, sentí su placer dispararse en respuesta al mío, sus embestidas volviéndose erráticas mientras perseguía su propio orgasmo.

Con un gruñido gutural que era más lobo que humano, Atlas presionó profundamente dentro de mí y se corrió, su polla pulsando mientras me llenaba, su semen caliente y espeso dentro de mí. Su frente cayó sobre mi hombro, su aliento caliente contra mi piel empapada en sudor mientras ambos temblábamos con las réplicas.

Por un momento, nos quedamos así, conectados y sin aliento. Las enredaderas a nuestro alrededor susurraban suavemente, pétalos cayendo para aterrizar en nuestros cuerpos entrelazados. Atlas presionó suaves besos a lo largo de mi columna, un fuerte contraste con la ruda posesión de momentos antes.

—Deberíamos limpiarnos —murmuré con renuencia, mirando el reloj en la pared—. Tenemos dos minutos antes de que necesitemos estar en posición.

Atlas suspiró, retirándose cuidadosamente de mí. Hice una mueca ligeramente ante el vacío, ante el cálido goteo por mi muslo. Con

una ternura que todavía me sorprendía, Atlas me ayudó a ponerme de pie, sosteniéndome cuando mis piernas amenazaron con ceder.

—Aquí —dijo, agarrando una toalla limpia de su bolsa de gimnasio. La humedeció en el lavabo y volvió a mí, limpiando suavemente la evidencia de nuestro encuentro de mi piel. Se detuvo solo por un momento para besarme suavemente, sus ojos suaves y llenos de afecto.

—Te amo, Atlas —dije, acariciando su mejilla.

—Yo también te amo, Caden —respondió, arrojando la toalla a un lado—. Ahora vamos a detener a este imbécil de lastimar a nuestros amigos.

CAPÍTULO VEINTIOCHO: CADEN

Todavía tenía el trasero adolorido, de una buena manera, mientras caminaba por el sendero detrás del gimnasio con Atlas. El aire nocturno era frío, con la nieve cayendo suavemente a nuestro alrededor. Durante la competencia de lucha libre se había acumulado una buena cantidad en el camino, haciendo que el mundo estuviera más silencioso de lo normal. Y, por lo que podía escuchar a través de los árboles, la mayoría de las personas que habían asistido al encuentro ya se habían marchado. El estacionamiento sonaba casi vacío y, por lo que podía percibir, no había nadie más en el sendero con nosotros.

Tomé una respiración profunda mientras comenzábamos a caminar, con mis dedos entrelazados con los de Atlas. Tener a mi compañero y familiar tan cerca me daba una sensación de seguridad. Lógicamente, sabía que mi poder había crecido exponencialmente y probablemente era más poderoso que Rowan, nuestro objetivo previsto. Sin embargo, si Rowan estaba recibiendo ayuda de alguien, podría tener un as bajo la manga que yo desconocía.

Y eso me ponía nervioso. Sinceramente esperaba que no estuviéramos metiéndonos en algo demasiado grande, pero tampoco teníamos tiempo que perder. Ya habían pasado tres días desde que Wild fue atacado y más de una semana desde que Karrick también fue maldecido. Tuvimos que tomarnos el tiempo para completar nuestro vínculo, pero ahora el reloj estaba corriendo. Cada momento

que pasaba era otro en que nuestros amigos se acercaban más a la muerte gracias a la maldición de Rowan. No podíamos permitirnos esperar más. Solo esperaba que nuestro plan funcionara y que nuestra presencia fuera demasiado tentadora para que Rowan la ignorara. Nos odiaba a ambos. Esperaba que fuera suficiente para hacerlo salir.

—¿Estás listo? —dije, manteniendo mi voz baja mientras miraba a Atlas.

Él asintió, con la mandíbula apretada. —No me gusta ponerte en peligro así, pero no tenemos otra opción. —Me miró, con afecto ardiendo a través de nuestro vínculo—. Solo recuerda, estaré justo detrás de ti.

—Mantén la distancia hasta que se revele. Después de eso, podemos derribarlo juntos.

—De acuerdo.

—Bien —dije con un gesto, acelerando el paso—. Empecemos esta falsa discusión, ¿te parece?

Atlas apretó mi mano una vez antes de soltarla. Sus ojos dorados brillaron a la luz de la luna mientras se alejaba de mí. Habíamos ensayado esto, pero mi corazón aún se encogió cuando su expresión se transformó en algo frío y hostil.

—No puedo creer que hayas hecho eso —gruñó Atlas, lo suficientemente fuerte para que se escuchara en la tranquila noche —. Haciéndome quedar como un idiota frente a todo mi equipo.

Igualé su volumen, inyectando veneno en mi voz. —¡Quizás si no estuvieras tan obsesionado con tu preciosa reputación, verías lo que realmente importa!

Continuamos caminando, manteniendo una distancia cuidadosa mientras discutíamos. Podía sentir la presencia de Atlas a través de nuestro vínculo: alerta, protector, observando las sombras entre los árboles. La nieve crujía bajo nuestros pies mientras avanzábamos más profundamente por el sendero.

—Bruja —escupió Atlas—. Mi padre tenía razón sobre los de tu clase. Siempre creyéndose por encima de todos los demás.

—¿Y los de tu clase son mejores? ¡Perros glorificados que no ven más allá de la política de manada!

Entonces sentí algo, un cambio en la energía a nuestro alrededor. Los pelos de mi nuca se erizaron, y no era por el frío. Atlas también lo sintió; podía percibir cómo su consciencia se agudizaba. Nos estaban observando.

—¡Bien! —grité, sabiendo que esta era mi señal—. ¡De todas formas ya no quiero tener nada que ver con un perro estúpido como tú! ¡Ve a llevar tus problemas de pene pequeño a otra parte! ¡Quizás por fin puedas levantarlo por una vez!

Vi el dolor en los ojos de Atlas cuando me alejé. Esa parte no estaba planeada, sino que la improvisé en el momento. Me sentí mal, pero sabía que lo superaría. De todas las personas en el mundo que podrían sentirse acomplejadas por el tamaño de su miembro, los hombres lobo Alfa eran los últimos en caer presa de ese sentimiento.

Alejándome del sendero y atravesando la nieve crujiente, me dirigí hacia el bosque, dejando atrás la seguridad del campus. Solo tomó unos diez pasos antes de que atravesara la barrera y entrara al bosque que llenaba el valle de la montaña. De repente todo estaba mucho más silencioso, pero esa sensación inquietante en la nuca me decía que alguien seguía observándome.

Caminé otros cincuenta metros, haciendo un espectáculo de patear ramas cubiertas de nieve y murmurar maldiciones entre dientes. El bosque estaba oscuro, pero la luna llena reflejándose en la nieve proporcionaba suficiente luz para ver. Perfecto para un hombre lobo, y para un brujo con sentidos mejorados gracias a su vínculo con su familiar.

La sensación de ser observado se intensificó. Podía sentir a Atlas al borde de mi consciencia, manteniendo la distancia según lo planeado pero siguiendo cada uno de mis movimientos. Su

preocupación fluía a través de nuestro vínculo, cálida y protectora a pesar de las duras palabras que habíamos intercambiado.

—¿Problemas en el paraíso?

La voz se deslizó desde detrás de un grupo de pinos. Rowan Hargrove apareció, su figura esbelta recortada contra la nieve iluminada por la luna. Su sonrisa era depredadora, satisfecha... exactamente como habíamos esperado. Esa profunda cicatriz en su rostro y ese ojo lechoso servían como recordatorio de lo que Atlas le había hecho cuando él y sus amigos intentaron agredirme. Me alegraba ver que nada había mejorado.

—¿Qué quieres, Rowan? —mantuve mi voz cansada, derrotada—. ¿Vienes a regodearte?

—Simplemente observando el curso de la naturaleza. —Se acercó, irradiando confianza—. Brujo y lobo... nunca funciona. Estaban condenados desde el principio.

Dejé caer mis hombros, fingiendo vulnerabilidad. —Solo... déjame en paz.

De repente estaba justo a mi lado, con su brazo dolorosamente envuelto alrededor de mi bíceps, apretando cada vez más fuerte con cada momento. —Esta vez no, Caden —gruñó profundamente en su pecho—. No voy a irme a ninguna jodida parte.

Intenté débilmente zafarme. —¿Q-Qué quieres, Rowan?

—Venganza —gruñó, con su cara a solo centímetros de la mía—. Y lo que me debes desde aquella noche cuando tu pequeño *chucho* intervino para salvarte.

Su aliento era caliente contra mi cara, llevando el inconfundible aroma metálico de la magia de sangre. Así que, tenía razón: estaba usando hechizos prohibidos.

—No te debo nada —dije, inyectando un temblor en mi voz mientras secretamente reunía mi poder. Podía sentir la energía del bosque a mi alrededor: cada planta dormida bajo la nieve, cada criatura acurrucada en refugios invernales. Mi conexión con la naturaleza

siempre había estado ahí, pero desde que me vinculé con Atlas, se sentía como un río rugiente en lugar de un goteo.

Los dedos de Rowan se hundieron más profundamente en mi brazo. —Me costaste todo —siseó. Su ojo lechoso parecía brillar a la luz de la luna—. Mi posición en mi familia, mis amigos y mi maldita cara. —Me jaló más cerca, su otra mano sacando un cuchillo ritual curvo del interior de su chaqueta—. Esta es la única manera en que puedo recuperarlo todo.

—Las maldiciones —susurré, sin necesidad ya de fingir mi horror—. Wild y Karrick. Fuiste tú.

Su rostro cicatrizado se partió en una sonrisa. —Solo el comienzo. Realmente pruebas simples. —El cuchillo brilló mientras lo presionaba contra mi garganta—. Y una vez que echen a todas esas *bestias* de la escuela, finalmente recuperaré mi vida. *Él* va a arreglarlo todo cuando yo logre esto.

—¿Él? —murmuré, fingiendo un estremecimiento—. ¿Qué quieres decir?

Los ojos de Rowan brillaron con orgullo fanático. —Alguien que entiende el orden natural. Alguien que sabe que animales inmundos como tu precioso Atlas no deberían poder caminar entre nosotros. Él me mostró cómo aprovechar el poder real.

Dejé que mi miedo se mostrara, lo que no fue difícil considerando el cuchillo en mi garganta. El frío metal se clavó en mi piel mientras Rowan presionaba con más fuerza.

—Estás trabajando con alguien —dije, tratando de mantenerlo hablando mientras continuaba reuniendo mi poder. La energía del bosque pulsaba a mi alrededor, fluyendo a través de mis pies hacia mi núcleo—. ¿Otro brujo?

Rowan se rió, un sonido áspero que resonó entre los árboles. —Mucho más que solo un brujo. Cuando él termine, esta escuela será purgada de cada último hombre lobo, bestia y monstruo. Comenzando con la pequeña manada de cabezas de músculo de tu novio.

Podía sentir a Atlas a través de nuestro vínculo, su ira creciendo mientras se acercaba sigilosamente. Todavía no, empujé a través de nuestra conexión. Necesito más información.

—Wild y Karrick solo fueron práctica —dije, haciendo temblar mi voz —. ¿Qué planeas hacerme a mí?

Su rostro cicatrizado se retorció en algo feo. —Tu sangre va a alimentar la mayor maldición que este campus haya presenciado jamás. Una vez que derrame esa preciosa sangre Cromwell, cada monstruo en la Academia Widdershins caerá bajo mi maldición. Serás el catalizador que finalmente purificará la escuela. Nadie más que un brujo se atreverá a poner un pie aquí durante siglos.

Sentí mi corazón golpear contra mis costillas, pero no por miedo, sino por rabia. Wild y Karrick estaban sufriendo por la retorcida vendetta de Rowan. Y ahora planeaba usarme para dañar a todos los que me importaban.

—¿Quién te está ayudando? —exigí, abandonando ligeramente el acto de miedo—. ¿Quién te enseñó magia de sangre prohibida?

El agarre de Rowan se apretó dolorosamente. —Alguien que reconoce tu verdadero potencial, Caden. Alguien que sabe lo que realmente significa el apellido Cromwell. —Su voz bajó a un susurro reverente—. Dice que estás desperdiciando tu derecho de nacimiento apareándote con ese animal.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal que no tenía nada que ver con la nieve empapando mis zapatos. —Mi padre —respiré—. Estás trabajando con Damien Cromwell.

El destello de sorpresa en los ojos de Rowan lo confirmó antes de que pudiera ocultarlo.

—Tu querido papá ha sido bastante generoso con su conocimiento — se burló Rowan, recuperándose rápidamente—. Te ha estado observando durante años, esperando que abraces tu verdadera naturaleza. En lugar de eso, elegiste mancillarte con una bestia. Y ahora te has ocultado de él de alguna manera. —Chasqueó la lengua con desaprobación—. Esa fue una mala decisión.

El cuchillo presionó con más fuerza contra mi garganta, y sentí un cálido hilillo de sangre correr por mi cuello. En el momento en que tocó la nieve debajo de nosotros, sentí una oleada de poder; mi sangre conectando con la tierra, fortaleciéndome.

—Ya no puede encontrarte —continuó Rowan, su voz adquiriendo un tono fanático—. Pero me prometió que si te entregaba a él, después de usar tu sangre para la purga, por supuesto, me enseñaría todo. Me convertiría en su aprendiz. Me daría el poder que merezco.

—¿Y le creíste? —pregunté, dejando que una pequeña sonrisa compasiva jugara en mis labios—. Damien Cromwell no comparte el poder. Usa a las personas y las descarta.

La duda parpadeó en el rostro de Rowan antes de endurecerse en resolución. —Cállate. No sabes nada. Mi familia es casi tan poderosa como la tuya. Cuando nuestras líneas de sangre finalmente se unan, tomaremos el control de esta escuela y luego de lo que queramos. ¡Nunca tendremos que negociar ni pedir nada nunca más!

—¿Unidas? —me burlé—. ¿Mi padre va a tener un bebé contigo o algo así?

Rowan se burló. —¿Crees que eres el único hijo Cromwell? Tienes varios hermanos de los que no sabes nada. Pero algo sobre ti llamó la atención de Damien —susurró—. Dice que tienes más potencial que el resto. Aunque yo no lo veo. Eres tan impotente y patético como siempre lo has sido.

A través de nuestro vínculo, podía sentir a Atlas acercándose, su ira creciendo con cada gota de mi sangre que caía en la nieve. Todavía no, le envié. Solo un poco más.

—No estaría tan seguro de eso —dije, mi voz volviéndose más fuerte mientras sentía la energía del bosque fluyendo a través de mí. Las gotas de mi sangre en la nieve comenzaron a brillar débilmente, inadvertidas por Rowan en su estado fanático.

—¿Crees que eres especial ahora porque tienes el miembro de un lobo dentro de ti? —escupió Rowan, su aliento caliente contra mi

cara—. Damien dice que eso es solo una fase. Una vez que te purifiquemos, entenderás tu verdadero propósito.

Casi me río. —¿Purificarme? ¿Eso es lo que te dijo mi padre?

—Tu sangre purgará este campus —continuó Rowan, presionando el cuchillo con más fuerza contra mi garganta—. Luego te limpiaremos de la influencia de ese animal. El ritual requiere luna llena y un brujo de linaje puro. Esta noche es perfecta.

Mientras hablaba, sentí algo cambiar en la energía a nuestro alrededor. Pequeños zarcillos verdes estaban emergiendo de donde mi sangre había tocado la nieve, invisibles para la vista normal pero brillando como fuego esmeralda para mis sentidos mejorados. El bosque estaba respondiendo a mí, a mi sangre, a mi poder.

Sentí una oleada de confianza mientras el bosque respondía a mi llamada. La energía que fluía a través de mí era diferente ahora, más fuerte, más primitiva. Desde que me vinculé con Atlas, mi conexión con la naturaleza se había profundizado de maneras que apenas comenzaba a entender.

—¿Sabes qué es gracioso, Rowan? —dije, mi voz firme a pesar del cuchillo en mi garganta—. Hablas de linajes puros y todo el poder que contienen, pero no tienes idea de cómo huele el verdadero poder.

Su rostro cicatrizado se retorció de rabia. —¡Cállate! ¡Eres un brujo sin poder! ¡Todo el mundo lo sabe! ¡Y yo soy el que tiene el cuchillo!

—Y yo soy el que tiene el bosque.

Liberé el poder que había estado reuniendo, dirigiéndolo a través de la sangre que había derramado sobre la nieve. Los pequeños zarcillos verdes irrumpieron hacia arriba, envolviéndose alrededor de los tobillos de Rowan como enredaderas. Él gritó sorprendido, el cuchillo vacilando contra mi piel.

—¿Qué demonios...?

Aproveché su distracción momentánea, agarrando su muñeca y girándola. El cuchillo cayó a la nieve mientras las enredaderas

surgían más alto, envolviéndose alrededor de sus piernas. El pánico destelló en sus ojos, el lechoso girando salvajemente mientras luchaba contra sus restricciones vivientes.

—¿Crees que no tengo poder? —dije, retrocediendo mientras las enredaderas se apretaban alrededor de él—. ¿Crees que soy débil porque amo a Atlas?

El rostro de Rowan se contorsionó en miedo y rabia mientras luchaba contra las plantas que ahora se deslizaban hasta su cintura. —¡Esto no es posible! ¡Eres un brujo de la naturaleza, talentos menores en el mejor de los casos!

—Lo era —estuve de acuerdo, sintiendo la energía del bosque zumbando a través de mi cuerpo—. Pero las cosas cambian.

Las enredaderas continuaron su ascenso implacable, envolviendo ahora su torso. Sentí a Atlas acercándose desde atrás, su presencia un calor reconfortante en mi espalda.

—Llegas tarde —escupió Rowan, con pánico en su voz mientras se retorcía contra sus ataduras—. La maldición ya ha comenzado. Tus amigos morirán, y no hay nada que puedas hacer para detenerla.

Me acerqué más, mi confianza creciendo con cada paso. —Dime cómo romper la maldición sobre Wild y Karrick.

La risa de Rowan fue aguda y tensa. —No puedes. Solo el lanzador puede levantarla, y yo nunca lo haré.

—¿No estás olvidando algo? —pregunté en voz baja—. Si el lanzador muere... la maldición termina.

—Tú... no lo harías —tartamudeó Rowan—. ¡Serías perseguido por el Consejo de Ancianos y ejecutado por matar a otro brujo! ¡Tanto tú como tu perro callejero!

Solo sonreí ante eso, mi sangre volviéndose helada mientras levantaba mis manos, las enredaderas engrosándose y apretándose más alrededor de Rowan. Él gritó de dolor, sus articulaciones comenzando a dislocarse mientras las enredaderas se contraían,

estirando sus extremidades hacia afuera. —No si no encuentran tu cuerpo —gruñí.

Atlas se paró a mi lado, lanzando despreocupadamente una bola de cristal del tamaño de una palma en su mano. —Lo tengo todo grabado —dijo, metiendo el cristal en su bolsillo—. Solo déjalo aquí y enviaremos seguridad a buscarlo.

Pero no me moví, las enredaderas todavía apretándose alrededor de Rowan. Atlas me miró, colocando una mano en mi hombro. —Caden —dijo suavemente, su voz llena de preocupación—. Déjalo ir.

—No —respondió otra voz.

Tanto Atlas como yo miramos hacia arriba cuando una figura oscura entró en el pequeño claro. Una larga túnica negra rozó la nieve mientras se adentraba en la luz, sus fríos ojos azules brillando a la luz de la luna.

—Mátalo —dijo mi padre, con una cruel sonrisa en su rostro—. Mátalo y conviértete en el brujo Cromwell que estabas destinado a ser.

CAPÍTULO VEINTINUEVE: CADEN

Se me heló la sangre cuando las palabras de mi padre cortaron el aire nocturno. Mantuve las enredaderas firmes alrededor de Rowan, cuyos ojos ahora sobresalían de terror mientras miraba entre Damien y yo.

—Señor Cromwell —jadeó Rowan—. ¡Ha venido! Hice lo que me pidió... ¡Lo encontré!

Mi padre ni siquiera miró a Rowan. Sus penetrantes ojos azules, tan similares a los míos, permanecieron fijos en mí, calculadores y hambrientos.

—Padre —dije, sintiendo la palabra extraña en mi lengua—. Me preguntaba cuándo te mostrarías.

Una pequeña sonrisa se dibujó en la comisura de su boca. —Mi hijo. Mira cómo has desarrollado tu poder. —Señaló las enredaderas que retorcían y mantenían cautivo a Rowan—. Impresionante. Aunque a tus métodos les falta... delicadeza.

Sentí a Atlas moverse a mi lado, su cuerpo tenso y listo para saltar. A través de nuestro vínculo, podía sentir su instinto protector primario aumentando. Le envié una silenciosa advertencia para que esperara.

—Así que eres tú quien está detrás de las maldiciones —dije, manteniendo mi voz firme a pesar de la rabia que crecía dentro de mí—. Usando a Rowan como tu títere.

Damien hizo un gesto desdeñoso con la mano. —Rowan es meramente una herramienta. Una bastante desesperada, por cierto. —Miró al estudiante que luchaba con desprecio—. ¿Realmente pensaste que te recompensaría por hacer lo mínimo? Encontrar a mi hijo no era el desafío... moldearlo lo era.

—¿Moldarme? —Apreté las enredaderas alrededor de Rowan, quien gimió patéticamente—. ¿Así es como llamas a enviar a alguien para aterrorizarme? ¿Para intentar *agredirme*?

Atlas gruñó bajo a mi lado, sus hombros ensanchándose ligeramente mientras luchaba por contener su transformación. La luz de la luna atrapó sus ojos dorados, haciéndolos brillar con intensidad sobrenatural.

La mirada de mi padre se dirigió hacia Atlas, su labio curvándose con disgusto. —Y este debe ser el lobo con el que has estado apareándote. Qué decepción. —Suspiró dramáticamente—. Siglos de cuidadosa crianza, solo para que mi heredero abra las piernas a un mestizo.

Atlas gruñó, dando un paso adelante. —Cuida tu maldita boca.

Puse mi mano en el brazo de Atlas, sintiendo los músculos tensos bajo su piel. —No lo hagas —susurré—. Eso es lo que él quiere.

—Escucha a mi hijo —sonrió Damien—. Comprende la gravedad de su posición. —Mi padre nos rodeó como un depredador, cada paso deliberado—. Aunque veo que ha desarrollado un gusto bastante... primitivo en compañía. Aun así, ahora que obviamente lo has hecho tu familiar, no hay duda del poder que te ha traído.

La piel de Atlas ardía bajo mis dedos. Podía sentir a su lobo empujando contra la superficie, desesperado por proteger lo que consideraba suyo.

—¿Qué quieres de mí? —exigí, manteniendo mi voz firme a pesar del temblor en mi pecho—. Hice lo que me pediste, ahora déjanos en paz.

Damien se detuvo, sus ojos destellando con algo antiguo y terrible. —Quiero lo que cualquier padre quiere: que su hijo cumpla su potencial. —Extendió su mano, con la palma hacia arriba—. Vuelve a casa, Caden. Tu pequeña aventura académica ha cumplido su propósito. Has descubierto tu poder. Ahora es tiempo de aprender a empuñarlo verdaderamente.

Desde detrás de nosotros, Rowan emitió un sonido ahogado. —¡Señor Cromwell, por favor! ¡Hice todo lo que me pidió!

La expresión de mi padre se oscureció. Con un casual movimiento de muñeca, el aire alrededor de Rowan pareció comprimirse. Las enredaderas que había invocado se marchitaron instantáneamente mientras Rowan se agarraba la garganta, su rostro tornándose púrpura.

—¡Detente! —grité, instintivamente extendiendo la mano hacia Rowan, pero mi magia de repente se sintió débil, como si intentara empujar a través de una melaza espesa.

—Tu compasión está mal dirigida —dijo mi padre, con voz inquietantemente calmada mientras las rodillas de Rowan se doblaban—. Te habría matado si yo se lo hubiera ordenado.

Atlas se movió con velocidad sobrenatural, colocándose entre mi padre y yo. —Suéltalo —gruñó, su voz profundizándose mientras la transformación comenzaba a manifestarse.

Los ojos de mi padre se estrecharon. —¿Te atreves a darme órdenes, lobo?

El aire crepitó con poder cuando Damien Cromwell levantó su mano. Lo sentí antes de verlo: una oleada de energía oscura precipitándose hacia Atlas. Sin pensarlo, me lancé hacia adelante, con las palmas extendidas. Una luz verde brotó de mis manos, colisionando con el hechizo de mi padre en una lluvia de chispas.

La fuerza del impacto me lanzó hacia atrás contra el pecho de Atlas. Él me sostuvo, su aliento caliente contra mi cuello.

—Interesante —murmuró mi padre, pareciendo genuinamente sorprendido—. ¿Protegerías a un hombre lobo por encima de tu propia sangre?

Rowan se desplomó en el suelo detrás de nosotros, jadeando por aire. Podía escuchar su respiración irregular mientras mantenía mi posición.

—Tú no eres mi sangre —dije, las palabras surgiendo de algún lugar profundo dentro de mí—. La sangre es más que genética. Es lealtad. Es amor.

La risa de mi padre fue fría, haciendo eco en la noche. —¿Amor? ¿Eso es con lo que te llenó la cabeza la perra que te crió? Patético. —Dio un paso más cerca, y sentí los músculos de Atlas tensarse contra mi espalda—. Lo que sientes por este animal no es amor, Caden. Es magia reconociendo poder. Nada más.

El aliento de Atlas estaba caliente contra mi oído. —No lo escuches —susurró, su voz áspera por la transformación parcial—. Está intentando meterse en tu cabeza.

Sentí algo cálido deslizándose por mi nariz: sangre. La barrera mágica que había creado me estaba agotando más rápido de lo que esperaba. Mi padre también lo notó, sus ojos brillando con satisfacción.

—¿Ves? Ya estás debilitándote. Tu poder es crudo, indisciplinado. —Extendió su mano nuevamente—. Ven conmigo. Puedo enseñarte control. Enseñarte a canalizar el mismo poder que fluye por mis venas.

—¡Nunca iré contigo! ¡No eres mi padre! —grité.

Damien solo se rio antes de que su mirada se oscureciera y extendiera su mano. —Déjame probártelo.

De repente, el escudo que rodeaba a Atlas y a mí se hizo añicos. Rowan cayó al suelo en un montón, sin moverse. Atlas fue arrojado hacia atrás. Pero a mí me empujaron hacia adelante, la mano de Damien envolviendo mi garganta mientras me levantaba del suelo.

Me elevó unos centímetros, una hoja plateada apareció en su otra mano.

—La maldición se completará esta noche —gruñó—. La Academia Widdershins finalmente purificada. Y luego vendrás a casa conmigo, te guste o no. —Miró a Atlas—. Tu familiar puede venir, pero tendrá que estar enjaulado. No creo en mantener mascotas.

Intenté hablar, pero con sus dedos apretando mi garganta, no salió ningún sonido. La mayor parte de mi magia había sido drenada por mi escudo, así que cuando levantó la hoja hacia mi brazo, no pude hacer nada. Una sonrisa cruel se extendió por su rostro mientras cortaba hacia abajo, el destello plateado seguido por un dolor blanco y ardiente. La calidez fluyó por mi brazo, goteando de mis dedos hasta el suelo. Damien comenzó a cantar, el claro a nuestro alrededor de repente brillando con un zafiro opaco mientras runas y símbolos arcanos aparecían en el suelo.

Los símbolos pulsaban con una luz antinatural, bebiendo mi sangre como si estuvieran vivos. Cada gota que caía al suelo enviaba ondas por el claro, haciendo que el aire vibrara con poder antiguo.

—Tu sangre reconoce su propósito —susurró Damien, su rostro transformado por el éxtasis—. El linaje Cromwell siempre estuvo destinado a la grandeza.

Detrás de él, vi a Atlas levantándose, su transformación acelerándose. Sus hombros se ensancharon, los huesos cambiando bajo su piel mientras el pelo comenzaba a brotar a lo largo de su mandíbula. Sus ojos dorados ardían con rabia primitiva, fijos en el hombre que me mantenía apretado en su agarre.

—¿Puedes sentirlo, verdad? —Mi padre continuó, ajeno a la amenaza detrás de él—. El poder de nuestros ancestros fluyendo a través de este suelo sagrado. Widdershins fue construido sobre sangre Cromwell, y con sangre Cromwell será purificado.

Intenté hablar, advertir a Atlas que se mantuviera alejado, pero el agarre de mi padre se apretó, ahogando mis palabras. La sangre continuó fluyendo de mi brazo, cada gota encendiendo otro símbolo

en el suelo. La luz azul se había vuelto más brillante, proyectando el rostro de Damien en un duro relieve, haciéndolo parecer más un monstruo que un hombre. Detrás de su cruel sonrisa, vi algo antiguo y hambriento, algo que había estado esperando este momento durante mucho más tiempo que mis veinte años de vida.

Atlas se lanzó hacia adelante, un borrón de músculo y rabia, pero mi padre simplemente movió su mano libre sin siquiera darse la vuelta. Una fuerza invisible golpeó a Atlas, enviándolo contra un roble cercano con un crujido enfermizo. Se desplomó en el suelo, momentáneamente aturdido.

—Predecible —suspiró mi padre—. Los lobos siempre atacan por detrás. —Torció mi brazo, forzando que más sangre goteara sobre el patrón cada vez más complejo que se formaba debajo de nosotros —. Tu mascota verá cómo cumples tu destino. Y luego se convertirá en nada más que una batería para tu poder.

A través del dolor y el miedo, algo cambió dentro de mí. Las enredaderas que se habían marchitado antes comenzaron a moverse, alcanzando tentativamente hacia arriba desde la tierra. Las sentí responder a mi llamada silenciosa, extrayendo fuerza no de mi magia agotada sino de algo más profundo: la tierra misma.

Mi padre continuó su encantamiento, su voz elevándose a un crescendo mientras las runas debajo de nosotros pulsaban con energía malévola. —¡Con este sacrificio de sangre, uno la Academia a la línea Cromwell para siempre. Que todas las criaturas que no sean de sangre pura sean expulsadas o destruidas!

El círculo arcano alrededor de nosotros de repente se volvió de un azul eléctrico vibrante. Mi padre soltó una carcajada aullante mientras más y más sangre brotaba de mi brazo. Sin embargo, estaba tan absorto en su ensueño que no notó lo que sucedió en el momento en que la gota tocó el suelo.

Mi sangre ya no alimentaba la magia de Damien. En cambio, enredaderas y flores brotaron a través de la nieve, vibrantes y verdes con energía. Mi sangre también parecía cambiar, adquiriendo

un tono verde metálico mientras se derramaba de mi cuerpo. A medida que las plantas empujaban a través de las runas que brillaban cerca del suelo, la magia pasó de azul eléctrico a verde amarillento. Se extendió lentamente al principio, luego más y más rápido mientras reescribía la esencia misma del hechizo que Damien estaba lanzando.

Mi padre notó el cambio demasiado tarde. Su encantamiento vaciló cuando la luz verdosa trepó por sus piernas como enredaderas vivientes. Sus ojos se agrandaron con una mezcla de rabia y, por primera vez, miedo.

—¿Qué has hecho? —siseó, aflojando su agarre en mi garganta lo suficiente como para que pudiera tragar aire precioso.

El bosque a nuestro alrededor parecía respirar conmigo. Los árboles crujían y se balanceaban sin viento. Las flores florecían imposiblemente en la noche invernal. El suelo bajo nuestros pies zumbaba con poder antiguo, no la magia corrompida que mi padre había invocado, sino algo más antiguo, más puro.

—No hice nada —dije con voz ronca—. Mi sangre te está rechazando.

—¡Eso es imposible! —gritó, ambas manos agarrándose a mi cuello —. ¡La sangre Cromwell no puede rechazar este ritual!

—No soy un Cromwell —pronuncié, mis dedos envolviendo sus muñecas mientras mi fuerza regresaba. Aflojé su agarre, la magia verde penetrando en su piel y constriñéndolo con fuerza—. Derramé toda esa sangre hace días. Hasta la última gota. —Lo miré directamente a los ojos, viendo el primer destello de miedo que jamás había visto allí—. Soy un Faolan.

El rostro de Damien se contorsionó con rabia e incredulidad. —¿Qué has dicho? —gruñó, sus dedos hundiéndose más profundamente en mi garganta incluso mientras la magia verdosa trepaba por sus brazos.

—Soy un Faolan —repetí, la fuerza fluyendo a través de mí como savia a través de un árbol.

Detrás de él, Atlas se puso de pie, su transformación casi completa. Pelaje negro cubría su forma de Alfa, su ropa rasgada por la transformación. Sus ojos dorados se encontraron con los míos, la comprensión surgiendo entre nosotros.

—Atlas y yo nos vinculamos. Lo hice mi familiar. Y luego rompí tu maldición desangrándome... y reemplazándola con la suya.

Los ojos de mi padre se ensancharon con horror. —¡Tonto! Has corrompido nuestro linaje...

—Lo purifiqué —respondí, sintiendo la presencia de Atlas detrás de mí, su energía fusionándose con la mía a través de nuestro vínculo —. Tu sangre era la corrupción.

La luz verde se intensificó, iluminando el claro como el amanecer. El círculo ritual de Damien estaba completamente transformado ahora, las runas reformándose en antiguos símbolos de protección y renovación. La magia que una vez fue suya, ahora respondía a un llamado diferente: el llamado de la tierra, de la manada, de vínculos elegidos libremente en lugar de forzados por la sangre. Dentro de ese círculo yo era el maestro de la vida y la muerte misma.

—Imposible —jadeó Damien, su poder visiblemente drenándose mientras la magia verde consumía su azul—. ¡Romper la maldición debería haberte matado!

—Lo habría hecho —dije con frialdad, mirando a Atlas que se cernía sobre nosotros dos—. Pero la curación de hombre lobo y un vínculo de pareja no son tan fácilmente sobrepasados. —Volví mi atención a Damien Cromwell, un odio ardiente quemándome por dentro—. Pero tú sí lo serás.

—¡Tonto! —cacareó, la energía estallando a su alrededor—. ¡No puedes destruirme! ¡Yo te *creé*! ¡Y puedo deshacerte de la misma manera! Tú y tu *animal* van a morir ahora mis-

Sus palabras fueron interrumpidas cuando el último bit de azul se desvaneció del círculo. De repente, enredaderas brotaron a su alrededor, envolviéndose alrededor de su cuerpo y apretándolo con fuerza. Una enredadera gruesa atravesó su cuerpo, envolviéndose

alrededor de su cuello y cortando su voz en un instante. Toda la magia que rodeaba a Damien se desvaneció, las enredaderas exprimiendo la vida misma de él.

Por un breve momento, me miró, una expresión lastimosa en sus ojos. Incluso sin palabras, sabía que estaba asustado. Mi padre, la persona que me había torturado y amenazado durante los últimos dos años, se reducía a suplicar misericordia del hijo al que llamó impotente y patético durante tanto tiempo.

—Tú eres el tonto —dije suavemente—. Recuerda lo que me hiciste. Lo que le has hecho a innumerables personas a lo largo de los años. Cuánta gente has lastimado. —Me acerqué, las enredaderas apretándolo tan fuerte que sus ojos se habían puesto rojos—. El perdón es para aquellos que lo merecen.

Me alejé y caminé hacia Atlas, lanzando mis brazos alrededor de su cintura. Entonces, por fin, todo el odio, la furia y la magia que había estado conteniendo se liberó. Hubo una repentina oleada de poder, un silbido de viento, y silencio. Atlas se tensó, sus brazos sosteniéndome con fuerza, un destello de miedo y no poca satisfacción fluyendo a través de nuestro vínculo. Me quedé allí por un largo momento, sintiendo mi poder drenarse lentamente. Mis rodillas se debilitaron y se desplomaron, Atlas guiándome suavemente hacia el suelo nevado del bosque. Me atrajo hacia su regazo, protegiéndome de una amenaza que yo sabía que hacía tiempo había desaparecido.

La oscuridad se filtró en los rincones de mi visión mientras miraba hacia atrás por primera vez. Allí, donde había estado mi padre, ahora había un árbol, más alto y más grandioso que cualquiera en el bosque. La sangre empapaba sus raíces, pero nada quedaba de mi padre excepto un solo zapato de cuero que yacía en la base del árbol. Aun así, sabía que lo que quedaba de él había sido absorbido por la tierra y el árbol. Las plantas en esa parte del bosque prosperarían durante años, alimentándose de su tremendo poder.

—Atlas —susurré, mi voz temblando mientras lo miraba—. Yo... te amo.

Entonces, sin poder resistir más el llamado, caí en la oscuridad.

CAPÍTULO TREINTA:
ATLAS

Había pasado los últimos tres días en la enfermería en la habitación de Caden, simplemente sentado junto a su cama. No fui a clase, y apenas dormí. Si mis amigos no me hubieran traído comida, no habría comido. Mi compañero estaba en una especie de coma mágico, y ni siquiera podía pensar en hacer otra cosa que estar a su lado. El doctor dijo que ya debería haberse despertado, pero aún no había salido de su sueño. Incluso con el vínculo de compañeros, estaba demasiado lejos para que pudiera alcanzarlo. Así que todo lo que podía hacer era esperar.

Karrick y Wild ya habían visitado más de una vez, tratando de tranquilizarme diciéndome que todo iba a estar bien. Se habían despertado en el momento en que Damien Cromwell fue asesinado. Al parecer, la maldición de sangre que Rowan había usado requería algo de la sangre de Damien, así que cuando murió, la maldición se desintegró. Y Rowan, con suerte de estar vivo, se entregó en el momento en que la seguridad atravesó la barrera y nos encontró en el claro. Aparentemente, el espectáculo de luces y el árbol masivo de sesenta metros que solía ser el padre de Caden los alertaron de nuestra presencia.

Cuando los investigadores del Consejo de Ancianos vinieron a llamar, les entregué el cristal de grabación y me alejé. Entre eso y la confesión de Rowan, no vieron razón para investigar más. Por lo que a ellos concernía, Caden había matado a su padre en defensa

propia. Eso combinado con el repentino despertar de varios miembros de la junta escolar que aparentemente habían estado bajo la influencia de Damien, puso fin al caso en cuestión de uno o dos días.

El plan para separar brujas y monstruos fue descartado y la Academia Widdershins, junto con sus estudiantes, fue salvada. Todo volvió a ser como debía ser, gracias a mi compañero y su negativa a rendirse.

Ahora solo necesitaba que Caden despertara.

Tracé las pecas en su pálida mejilla, conectándolas como constelaciones. Se veía tan pacífico, casi etéreo, con su cabello rubio esparcido sobre la almohada. Los moretones de la batalla se habían desvanecido a manchas amarillas, pero el agotamiento mágico... eso era otro asunto completamente.

—Vuelve a mí —susurré, presionando mi frente contra la suya—. Por favor, Caden.

El vínculo entre nosotros zumbaba, pero era como gritar en una caverna: el eco regresaba hueco y distante. Los médicos habían explicado que usar tanto poder crudo de una vez había forzado a su magia a retroceder profundamente dentro de él para sanar. Nunca habían visto nada parecido a la fuerza elemental pura que había canalizado esa noche.

Un suave golpe en la puerta me hizo levantar la cabeza. La profesora Blackwood entró, su habitual expresión severa suavizada por la preocupación.

—¿Algún cambio? —preguntó.

Negué con la cabeza, con la garganta apretada. —Nada. —Le lancé una mirada sucia—. No es que a usted le importe.

Se acercó con cautela a la cama, colocando una mano arrugada sobre la de Caden. —Los sanadores del Consejo llegarán mañana. Se especializan en casos de agotamiento mágico.

Realmente no quería que estuviera allí, pero ella sabía más sobre estas cosas que yo. —¿Podrán ayudarlo?

—Si alguien puede —dijo en voz baja—, ellos pueden. La Anciana Voss ha estado tratando el agotamiento mágico durante más de dos siglos.

Asentí, sin confiar en mí mismo para hablar. La profesora se quedó, estudiando el rostro de Caden con una expresión que no pude descifrar.

—Me culpas —dijo finalmente. No era una pregunta.

—Usted sabía lo que era Damien. De lo que era capaz. Incluso le informaba sobre los movimientos de Caden. —Mis dedos se apretaron alrededor de la mano inerte de Caden—. Y no hizo nada para detenerlo.

Los hombros de la profesora Blackwood se hundieron. —Los Cromwell han sido intocables durante generaciones. Su influencia se extiende mucho más allá de lo que puedas imaginar. —Me miró directamente—. Pero sí. Debí hacer más para protegerlo. Y ahora veo que mi... *prejuicio* se ha interpuesto en mi juicio.

La admisión me sorprendió. Había esperado negaciones o justificaciones.

—Es más fuerte de lo que cualquiera de nosotros se dio cuenta —continuó, apartando suavemente un mechón de cabello de la frente de Caden—. La cantidad de poder que canalizó debería haberlo matado instantáneamente. El hecho de que todavía esté respirando es... —Se interrumpió, sacudiendo la cabeza con asombro.

—¿Qué es lo que no me está diciendo? —pregunté, sintiendo su vacilación.

Suspiró, su mirada desviándose hacia la ventana donde la luz del atardecer proyectaba largas sombras a través de la habitación. —Lo que Caden hizo, canalizar tanta magia elemental y destruir a alguien tan poderoso como Damien Cromwell en un instante, no es solo raro. Se supone que es imposible para un brujo de su edad.

—Pero lo hizo —dije, mi pulgar trazando pequeños círculos en la palma de Caden.

—Sí —dijo la profesora Blackwood, bajando la voz casi a un susurro —. Lo que significa que el linaje Cromwell no es lo que todos pensaban. Damien estaba obsesionado con la pureza, pero la ironía es que el poder de Caden sugiere algo... que Damien cometió un error.

Miré el rostro pacífico de Caden. —¿Qué tipo de error?

—Es mi creencia que Damien Cromwell tuvo un hijo con alguien que *no* era una bruja.

Mi cabeza se levantó de golpe. —¿Qué? Eso no puede ser. ¡Su padre parecía tan seguro!

—Y sin embargo el ritual se volvió contra él gracias a la sangre de Caden. Si hubiera sido de sangre pura como Damien pensaba, eso nunca habría sucedido.

—Pensé que era porque rompimos la maldición de sangre. Porque mi curación de hombre lobo reemplazó toda su sangre.

—Una buena teoría —asintió—. Pero improbable. Es más probable que la madre de Caden fuera algún tipo de espíritu de la naturaleza o una dríada, haciéndose pasar por bruja. Y quienquiera que fuera, era lo suficientemente poderosa como para engañar a uno de los hombres más poderosos de todo el país.

Miré fijamente a la profesora Blackwood, tratando de procesar sus palabras. —¿Una dríada? ¿Habla en serio? ¿Caden siquiera sabe que esto es posible?

Negó con la cabeza. —Lo dudo. Y no hay forma de confirmarlo sin encontrar a su madre.

Mi mente trabajaba a toda velocidad. Si Caden no era puramente brujo, sino parte espíritu de la naturaleza, explicaría su afinidad por las plantas, cómo el bosque parecía doblegarse a su voluntad esa noche. La forma en que el árbol masivo había consumido a Damien, ramas y raíces entrelazándose alrededor de su forma luchadora

hasta que no quedó nada más que corteza y hojas donde una vez estuvo un hombre.

—Entonces, ¿qué significa esto para él ahora? —pregunté, apretando más la mano de Caden—. ¿Lo ayudará a recuperarse?

—Podría. Los espíritus de la naturaleza sanan de manera diferente que las brujas. Extraen energía de la tierra misma. —La profesora Blackwood se movió hacia la ventana, abriendo completamente las cortinas—. Quizás lo que necesita no es solo tiempo, sino conexión.

Seguí su mirada hacia los terrenos de la academia abajo, donde el invierno aún se aferraba a todo, frío y helado, la tierra profundamente dormida. La idea hizo clic al instante.

—¿Cree que debería llevarlo afuera?

La profesora Blackwood me miró. —No solo afuera, sino a un lugar especial. Un lugar que signifique algo para él. Un lugar donde haya encontrado alegría con las cosas verdes del mundo.

—El invernadero de herboristería —susurré. Era el único lugar en el campus con vida verde mientras las profundidades del invierno se aferraban a la tierra que nos rodeaba—. Pero... ¿cómo lo saco?

—Déjame eso a mí —sonrió—. Llévate a tu compañero y tráelo de vuelta. Todavía tiene varios ensayos por terminar para mi clase.

—¿Varios ensayos? —me reí a pesar de mí mismo—. ¿Está en un coma mágico y usted se preocupa por la tarea?

Los labios de la profesora Blackwood se crisparon. —Mantener la normalidad es importante. Además, su análisis sobre la teoría de la magia simpática era bastante prometedor.

Después de que se fue para organizar nuestra excursión no autorizada al invernadero, me incliné cerca del oído de Caden.

—¿Oíste eso? Incluso en coma, estás impresionando a los profesores. —Rocé mis labios contra su sien—. Siempre el perfeccionista.

Unos minutos más tarde, la profesora Blackwood regresó con un juego de llaves maestras y una sonrisa traviesa. Levanté a Caden suavemente de la cama, echándomelo al hombro.

—Los guardias nocturnos han sido temporalmente... reasignados —susurró mientras nos deslizábamos por las puertas de la enfermería —. Tienes una hora antes de que se den cuenta de que se ha ido.

—Gracias —dije, dándole un asentimiento.

—No me agradezcas —respondió, con una expresión de dolor en su rostro—. Tengo mucho que compensar después de algunas de las cosas que he estado enseñando en mis clases. Esto es solo el comienzo de mi penitencia.

Con un último asentimiento, me escabullí por los pasillos, con Caden rebotando ligeramente en mi hombro. Fuera de la academia estaba inquietantemente silencioso mientras nos movíamos a través de la nieve profunda. La luz de la luna se derramaba a través de árboles esqueléticos, pintando caminos plateados a través de las acumulaciones intactas. Mantuve una mano en el pecho de Caden, sintiendo el ritmo constante de su corazón bajo mi palma. Afortunadamente no teníamos que ir muy lejos.

La cúpula de cristal del invernadero de herboristería brillaba con una luz etérea contra el cielo nocturno. Era después del toque de queda, así que la estructura estaba vacía y silenciosa, un santuario de verdor en medio del dominio del invierno. Me detuve en la puerta, jugando con las llaves de la profesora Blackwood hasta que encontré la correcta.

Dentro, el aire era cálido y vivo con el aroma de la tierra y las cosas crecientes. Plantas tropicales y hierbas mágicas prosperaban bajo luces encantadas que imitaban los rayos del sol. Este era el lugar favorito de Caden en el campus, el lugar donde lo había visto por primera vez en su elemento, inclinado sobre una rara flor lunar, sus dedos delgados trabajando con tal precisión gentil que me había quedado paralizado, incapaz de apartar la mirada.

Lo llevé al centro del invernadero donde un pequeño claro se abría entre el follaje. Cuidadosamente, lo acosté sobre el suave musgo que alfombraba el suelo.

—Aquí estamos —susurré, arrodillándome junto a él—. ¿Puedes sentirlo? ¿Toda esta vida a tu alrededor?

Su rostro permaneció sereno, sin respuesta. Tragué mi decepción y me estiré a su lado, presionando mi cuerpo contra el suyo. El vínculo de compañeros vibraba entre nosotros, una melodía tenue donde una vez hubo una sinfonía. Aun así, era algo a lo que aferrarse.

Lo rodeé con mis brazos y cerré los ojos, transfiriéndole mi fuerza. El invernadero zumbaba con vida a nuestro alrededor, plantas moviéndose y susurrando a pesar de la ausencia de cualquier brisa. Pasaron los minutos, y comencé a preguntarme si la profesora Blackwood había estado equivocada.

Entonces lo sentí: un cambio sutil en el aire, una concentración de energía que hizo que los pelos de mis brazos se erizaran. Abrí los ojos para ver pequeñas motas de luz verde desprendiéndose de las plantas, flotando hacia Caden como luciérnagas atraídas por una llama. Flotaban sobre él, pulsando al ritmo de su latido.

—Caden —susurré, apenas atreviéndome a respirar.

Las luces descendieron, hundiéndose en su piel. Donde tocaban, sus pecas parecían brillar brevemente, constelaciones iluminándose a través de su pálido rostro. Su respiración se profundizó, y un rubor de color regresó a sus mejillas.

Sentí que el vínculo entre nosotros de repente se intensificaba, ya no distante sino inmediato y vibrante. Las plantas circundantes comenzaron a crecer a un ritmo acelerado, enredaderas extendiéndose hacia nosotros, flores abriéndose por todo el invernadero. Las enredaderas se enroscaron a nuestro alrededor, no amenazantes sino protectoras, creando un capullo verde. Las flores florecían en rápida sucesión, sus pétalos abriéndose ampliamente en un caleidoscopio de colores. El aire se espesó con su fragancia, dulce y embriagadora.

Bajo mis manos, la piel de Caden se calentó. Su pecho subía y bajaba más profundamente, y las pecas en su rostro continuaban brillando con esa extraña luz verde. El vínculo de compañeros entre nosotros pulsaba más fuerte con cada segundo que pasaba, una marea regresando después del reflujo.

—Eso es —susurré, presionando mi frente contra la suya—. Vuelve a mí.

Sus pestañas revolotearon contra sus mejillas. Una vez. Dos veces. Mi corazón saltó a mi garganta.

Entonces esos ojos azules, del mismo tono que el cielo de verano, se abrieron, enfocándose lentamente hasta encontrar los míos.

—Hola —dijo, con voz áspera por el desuso. Sus labios se curvaron en una débil sonrisa—. ¿Me perdí algo importante?

Una risa estalló de mí, mitad sollozo y mitad alivio. —Solo unas pocas clases. Nada importante.

La frente de Caden se arrugó mientras observaba nuestro entorno, el dosel de enredaderas y flores que se había formado a nuestro alrededor. Sus ojos se ensancharon cuando notó las plantas que aún crecían, respondiendo a su presencia.

—¿Yo... hice esto? —susurró, levantando una mano temblorosa hacia una enredadera que inmediatamente se enroscó alrededor de sus dedos como una mascota afectuosa.

Asentí, incapaz de hablar más allá del nudo en mi garganta. Tres días de miedo y espera se derrumbaron sobre mí de una vez, y enterré mi rostro contra su cuello, inhalando su aroma: tierra después de la lluvia, hojas húmedas y algo únicamente suyo.

—Has estado inconsciente durante tres días —finalmente logré decir —. Después de lo que pasó con tu padre...

Su cuerpo se tensó debajo del mío. —Mi padre —repitió, con voz hueca—. Recuerdo... todo. —Su mano libre se movió hacia mi rostro, girándolo suavemente para que nuestros ojos se encontraran—. Yo... yo lo maté.

—Iba a matarnos a todos —dije firmemente—. El Consejo de Ancianos ya dictaminó que fue en defensa propia gracias al testimonio de Rowan y al cristal de grabación. Se acabó, Caden. Estás a salvo.

Las plantas a nuestro alrededor susurraron, respondiendo a sus emociones. La respiración de Caden se aceleró, y podía sentir su corazón golpeando contra mi pecho. Las enredaderas circundantes se apretaron ligeramente antes de relajarse nuevamente, reflejando su ansiedad.

—Lo convertí en un árbol —susurró—. Sentí su conciencia desvanecerse mientras la corteza lo cubría. Estaba... aterrorizado. —Su voz se quebró en la última palabra, y lágrimas brotaron en sus ojos—. ¿En qué me convierte eso?

Tomé su rostro en mis manos, obligándolo a mirarme. —Te convierte en un superviviente. Él te habría matado sin dudarlo. Iba a sacrificarnos a todos por sus ideales retorcidos.

Una lágrima se deslizó por la mejilla de Caden, y donde cayó sobre el musgo, pequeñas flores blancas florecieron instantáneamente. Ninguno de los dos podía ignorar lo que eso significaba.

—Hay algo más que deberías saber —dije con cuidado—. La profesora Blackwood cree... cree que tu madre podría no haber sido una bruja.

La confusión cruzó su rostro. —¿Qué? Pero mi padre estaba obsesionado con la pureza. Él no habría...

—Tal vez no lo sabía —sugerí—. Blackwood cree que tu madre podría haber sido una dríada o algún tipo de espíritu de la naturaleza.

—¿Por qué le importa? Me odia.

Asentí. —Creo que podría haber visto el error de sus caminos. —Caden se burló y no pude evitar estar de acuerdo con él. Admitir un error no equivalía automáticamente al perdón—. Dijo que no era suficiente para redimirse, así que va a tratar de hacerlo mejor. De

hecho, ella es la razón por la que te traje aquí, la razón por la que estás despierto de nuevo.

Caden me miró fijamente, sus ojos azules escrutando los míos. —¿Ella... quería ayudarme?

—Sí. Y no tienes que perdonarla de inmediato, pero creo que tiene buenas intenciones.

—i¿Qué hay de Karrick y Wild?! —espetó de repente, sentándose erguido—. i¿Están bien?!

Tomé sus hombros en mis manos, sosteniéndolo firme mientras se balanceaba. —Están bien. Despertaron en el momento en que mataste a Damien.

—Y la academia...

—Ha vuelto a la normalidad —dije suavemente, sonriéndole—. El decano retiró su declaración, y la junta de gobernadores ha vuelto a estar en su sano juicio. —Lo acerqué, con mi mano en su mejilla—. Lo hiciste bien, Caden. *Mucho* bien.

Me miró fijamente, sus ojos brillantes con lágrimas contenidas. —¿Estoy realmente libre? —preguntó suavemente—. ¿Por fin?

—¿Libre de Damien Cromwell? Sí —asentí, presionando mis labios contra los suyos—. ¿Pero libre de mí? Nunca.

Su respiración se entrecortó por un momento, las plantas a nuestro alrededor brillando suave y doradas. —Te... te amo, Atlas.

—Yo también te amo, Caden.

EPÍLOGO: CADEN

—¿Por qué sigues trabajando aquí? —preguntó Wild, dándome un codazo—. ¿No dejaste este trabajo hace como dos meses?

—Sí —asentí, apoyándome en una escoba cerca de las gradas del gimnasio—. Pero si llevas una escoba y actúas como si pertenecieras aquí, nadie cuestiona por qué estás aquí después de horas o te cobra entrada.

Él arqueó una ceja.

—¿Y por qué estás aquí después de horas?

—¿Por qué crees?

Una amplia sonrisa se extendió por el rostro de Wild.

—¿Qué pasó con mi tímido compañero de habitación? ¿Quién es este descarado confiado que veo frente a mí?

Me encogí de hombros.

—Matar a un hombre te cambia.

—También lo hace recibir el nudo de un hombre lobo, aparentemente.

—Eso definitivamente ayudó.

Cruzó los brazos, ambos sonriendo mientras la multitud a nuestro alrededor estallaba en vítores. En la colchoneta, Karrick acababa de inmovilizar a su oponente, un vampiro bastante musculoso de otra

escuela. Se levantó, alzando el puño en señal de victoria. Desde que se levantó la maldición hace un mes, estaba ansioso por volver a la colchoneta. Este era el primer encuentro de recuperación que tenía el equipo de lucha de Widdershins después de todo lo ocurrido. Todos estaban listos para volver a la competición, incluido Atlas. Tampoco podía culparlos. Era agradable tener algo de normalidad por una vez después de que mi padre y Rowan intentaran purificar el campus. Afortunadamente, todo eso ahora era solo un mal recuerdo que esperaba se desvaneciera con el tiempo.

—Hablando del rey de Roma —dijo Wild, señalando hacia una figura imponente que subía a la colchoneta.

Sonreí, mis ojos absorbiendo cada detalle del cuerpo de Atlas mientras se flexionaba bajo una fina capa de spandex. Me encantaba verlo en ese traje de lucha, empapado en sudor. Levantó la mirada y a través del vínculo sentí cómo me regañaba por mirarlo tan abiertamente. Podía sentir mi excitación a través de nuestro vínculo, y lo vi acomodarse el paquete hacia un lado. No pude evitar sonreír. Me encantaba tener un efecto tan profundo en él. Y una vez que terminara este encuentro, tenía la sensación de que me haría pagar por ello en el vestuario. Ese era mi tipo favorito de castigo.

Wild me dio un golpecito en el hombro.

—Sea lo que sea que estés haciendo, para —sonrió—. Por mucho que me encantaría ver a tu novio empalmarse frente a todos, dale un respiro. No creo que su oponente quiera quedar cubierto de verga de lobo.

Resoplé, acercándome más a Wild.

—Bien, bien. Me portaré bien.

Pero no dejé de mirar. ¿Cómo podría? Atlas se movía como poder líquido en la colchoneta, todo agresión controlada y forma perfecta. Cuando cruzó miradas con su oponente —un oso metamorfo de hombros anchos de Crescent Valley— sentí que un gruñido se formaba en mi propio pecho. Atlas lo percibió a través de nuestro vínculo y sus labios se curvaron ligeramente hacia arriba.

—Ustedes dos son asquerosos —murmuró Wild, pero pude escuchar el afecto en su voz.

El silbato sonó, y Atlas se abalanzó hacia adelante. Sus manos encontraron apoyo en los hombros de su oponente y, con un movimiento rápido que parecía casi sin esfuerzo, derribó al oso metamorfo sobre la colchoneta. La multitud estalló de nuevo, y sentí una oleada de orgullo que no era completamente mía.

—Entonces —dijo Wild, bajando la voz—, ¿has sabido algo de Rowan?

Mi agarre se tensó en la escoba.

—No. No desde que lo llevaron a la Instalación Correccional Arcana.

—Bien. Que se pudra allí.

Asentí, pero no pude evitar el escalofrío que recorrió mi espina dorsal al mencionar el nombre de Rowan. Incluso encerrado, su recuerdo me perseguía. Al final, se había vuelto contra mi padre, quien lo había traicionado. Fue la única razón por la que el Consejo de Ancianos no me juzgó por asesinato. Aun así, no podía olvidar las cosas que me había hecho y todo el daño que había causado.

—Ya no puede lastimar a nadie —dije, más para convencerme a mí mismo que a Wild—. Tal vez algún día expíe lo que hizo.

Wild puso una mano en mi hombro.

—Siento haberlo mencionado. Mejor concentrémonos en tu sexy novio lobo.

En la colchoneta, Atlas casi tenía inmovilizado a su oponente, los músculos tensándose mientras el oso metamorfo luchaba contra su agarre. La multitud estaba enloquecida, pero todo en lo que podía concentrarme era en la forma en que la espalda de Atlas se flexionaba, las manchas húmedas de sudor oscureciendo su traje de lucha.

Sonó el silbato. Atlas había ganado.

—¡Y otra victoria para Widdershins! —retumbó la voz del anunciador —. ¡Atlas Faolan sigue invicto esta temporada!

Atlas se puso de pie, aceptando el apretón de manos de su oponente con la gracia de un líder nato. Sus ojos me encontraron entre la multitud, y incluso desde esta distancia, podía ver cómo se iluminaban las motas doradas en sus iris.

Cuando Atlas se bajó de la colchoneta, el entrenador Harding le dio una palmada en la espalda. El resto del equipo se agolpó a su alrededor, pero sus ojos nunca dejaron los míos. A través de nuestro vínculo, sentí su satisfacción, su orgullo, y debajo de todo ello, un ardiente deseo que hizo que mi piel se sonrojara.

—Tierra llamando a chico brujo —dijo Wild, chasqueando los dedos frente a mi cara—. Prácticamente estás babeando.

—¿Puedes culparme? —murmuré, observando cómo Atlas finalmente rompía el contacto visual para escuchar algo que el entrenador estaba diciendo.

—No, pero puedo juzgarte por ello —Wild sonrió—. Entonces, ¿planes en el vestuario?

Sentí que mis mejillas se calentaban.

—¿Es tan obvio?

—Solo para cualquiera con ojos. O oídos. O que haya estado a menos de quince metros de ustedes dos en el último mes —me empujó juguetonamente—. Solo intenta no romper ninguna propiedad de la escuela esta vez. El conserje todavía está encontrando astillas de ese banco.

—Eso no fue mi culpa —protesté—. Atlas se puso un poco... entusiasta.

Wild puso los ojos en blanco.

—Guarda los detalles para cuando regreses a nuestra habitación. Quiero escucharlos todos —se acercó más, empujándome de nuevo

—. Y hagas lo que hagas, no le digas a nadie que lo convertiste en tu familiar.

Mis ojos se abrieron de par en par mientras me volvía hacia Wild. Nunca le había contado eso.

—Yo... no sé de qué...

—Tu secreto está a salvo conmigo —sonrió—. Nadie más lo sabe. No quiero que expulsen a mi mejor amigo.

—¿C-Cómo...?

—Soy Fae, ¿recuerdas? Puedo sentir más magia de la que jamás entenderás —me dio una palmada en el hombro—. Ve a divertirte con tu novio lobo. Nos vemos en la habitación.

Me sonrojé y miré hacia otro lado.

—Eh... no creo que vuelva esta noche.

—Mañana entonces —me guiñó un ojo—. Solo asegúrate de que aún puedas caminar. No te llevaré cargando a clase —me hizo un gesto con la mano—. Nos vemos luego.

El partido estaba terminando ahora, con Widdershins declarado vencedor. Saludé a Wild con la mano, observándolo irse por un momento antes de volver mi atención a Atlas.

La multitud comenzó a dispersarse mientras se contabilizaban las puntuaciones finales, pero me quedé quieto, fingiendo barrer el mismo lugar cerca de las gradas. Atlas estaba rodeado de compañeros que le daban palmadas en la espalda y le revolvían el pelo, pero sus ojos seguían encontrando los míos a través del gimnasio. El vínculo entre nosotros pulsaba con anticipación, haciendo que mi piel se sintiera demasiado ajustada para mi cuerpo.

El entrenador Harding reunió al equipo para un último círculo.

—¡Trabajo excepcional hoy, caballeros! Especialmente tú, Faolan. Esa derribada en el segundo asalto fue perfecta —le dio una palmada a Atlas en el hombro—. Duchen y descansen. El lunes, comenzamos a entrenar para los regionales.

El equipo se dispersó entre gritos y vítores. Atlas se quedó atrás, fingiendo ajustar su protector para la cabeza mientras los otros se dirigían hacia el vestuario. A través de nuestro vínculo, sentí su impaciencia, su deseo, y algo más oscuro que hizo que me faltara el aliento.

Esperé hasta que el entrenador Harding desapareciera en su oficina antes de abandonar mi escoba improvisada contra la pared y dirigirme hacia el vestuario, con el corazón latiendo con fuerza. El pasillo estaba vacío, los sonidos de celebración desvaneciéndose mientras el equipo se dispersaba para las actividades del fin de semana. Estábamos a solo un par de semanas de las vacaciones de invierno, y gracias a todas las maldiciones, tenían muchas actividades que recuperar. Pero eso solo significaba que Atlas y yo tendríamos el lugar para nosotros más rápido, lo cual me parecía perfecto.

Empujé la puerta del vestuario, recibido por el vapor y los sonidos de las duchas funcionando. La mayoría del equipo ya había pasado rápidamente por sus rutinas posteriores al partido, ansiosos por celebrar su victoria en otro lugar. Solo quedaban unos pocos rezagados, recogiendo sus cosas.

—Hola, chico brujo —me llamó Karrick, con una toalla envuelta alrededor de su cintura mientras pasaba junto a mí. Podría estar en forma humana, pero siendo un Beastkin, seguía siendo musculoso y peludo siempre—. Qué bueno ver que Atlas te tiene bien entrenado. Siempre apareciendo justo después de sus partidos —me guiñó un ojo, sin mala intención.

Me encogí de hombros, tratando de parecer casual a pesar del calor que subía a mis mejillas.

—Solo estoy apoyando al equipo.

—Claro que sí —se rio, golpeando mi hombro ligeramente—. No rompan nada esta vez.

A medida que los últimos luchadores salían, el vestuario se volvió más silencioso, solo el constante repiqueteo de una ducha que

seguía funcionando. Seguí el sonido, con vapor envolviéndome mientras me adentraba más en la habitación.

Encontré a Atlas solo, con agua cayendo por su amplia espalda, músculos flexionándose mientras pasaba las manos por su cabello oscuro. No se dio la vuelta, pero sabía que me había sentido; nuestro vínculo vibraba con consciencia.

—¿Disfrutando de la vista? —preguntó, con una sonrisa tirando de las comisuras de su boca.

—Siempre —respondí, apoyándome contra la pared de azulejos, sin molestarme en ocultar mi apreciación—. Estuviste increíble allí fuera.

Atlas se giró, con agua corriendo por su pecho, sobre los definidos surcos de sus abdominales, y más abajo. Se me secó la boca. No importaba cuántas veces lo viera así, nunca me cansaba.

—Te sentí observándome —dijo, sus ojos dorados oscureciéndose—. Sentí lo que estabas pensando.

Me encogí de hombros, tratando de parecer casual a pesar del calor que crecía entre nosotros.

—Tal vez deberías aprender a bloquearme durante los combates.

—Tal vez no quiero hacerlo —su voz bajó una octava, enviando un escalofrío por mi columna que no tenía nada que ver con el frío húmedo del vestuario.

Atlas cerró la ducha con un giro brusco y avanzó hacia mí, sin molestarse en usar una toalla. Gotas de agua se aferraban a su piel, resaltando cada curva de músculo. A través de nuestro vínculo, sentí su deseo, crudo y primario, mezclándose con el mío hasta que no podía distinguir dónde terminaba el suyo y comenzaba el mío. Bajé la mirada, viendo cómo su polla se engrosaba entre nosotros.

—Estás demasiado vestido —gruñó, acorralándome contra la pared.

Mi corazón martilleaba en mi pecho.

—Cualquiera podría entrar.

—Eso solo lo hace más excitante —susurró en mi oído. Sus dientes rozaron el lóbulo de mi oreja, enviando pulsos eléctricos por mi columna—. Además, sabes que los escucharía venir.

Tragué saliva, mis manos alcanzando el dobladillo de mi camisa mientras Atlas presionaba su cuerpo mojado contra mí, sin importarle que estuviera empapando mi ropa. Los fríos azulejos contra mi espalda contrastaban con el calor de su piel, haciéndome jadear.

—Has estado provocándome toda la noche —gruñó, sus ojos dorados destellando—. Podía sentir tus ojos en mí durante cada combate. Podía sentir cada cosa sucia que querías que te hiciera.

—No puedo evitarlo —logré decir, mientras su mano se deslizaba bajo mi camisa, dedos callosos trazando mis costillas—. Sabes cómo te ves en ese traje de lucha.

La risa de Atlas fue oscura y posesiva.

—Sé exactamente cómo me veo. Y sé lo que te provoca.

Su boca chocó contra la mía, hambrienta y exigente. Me derretí en él, mis dedos enredándose en su cabello húmedo mientras me levantaba sin esfuerzo, inmovilizándome contra la pared. El agua de su cuerpo empapó mi ropa, pero no podía importarme menos. Todo en lo que podía concentrarme era en la presión de su cuerpo contra el mío, en la sensación de su verga frotándose contra mi trasero.

A través de nuestro vínculo, sentí que su lobo se agitaba —esa parte salvaje y posesiva de él que todavía hacía que mi corazón se acelerara. Sus manos agarraron mis muslos, con los dedos hundiéndose lo suficientemente fuerte como para dejar marcas. Yo quería esas marcas. Quería que todos supieran que le pertenecía a él.

—Creo —murmuró Atlas contra mi cuello—, que necesitas que te recuerden a quién perteneces.

—Tal vez sí —lo desafié, sabiendo exactamente lo que le provocaría —. Tal vez lo he olvidado.

Sus ojos destellaron, las pupilas dilatándose hasta que solo quedó un delgado anillo de oro. Con un movimiento rápido, rasgó mi camisa por la mitad, botones desparramándose por el suelo mojado de azulejos.

—¡Oye! Me gustaba esa camisa —protesté, pero la queja murió en mi garganta cuando su boca descendió sobre mi clavícula, dientes raspando la piel.

—Te compraré otra —gruñó—. Cien más.

Sus manos hicieron un trabajo rápido con mis pantalones, empujándolos por mis piernas hasta que pude desprendérmelos con una patada. El aire frío contra mi piel expuesta me hizo temblar, pero el cuerpo de Atlas estaba ardiendo contra el mío.

—¿Cien más? —bromeé—. Un lobo sin trabajo como tú ni siquiera podría permitirse una.

Gruñó contra mi cuello.

—¿No te lo dije? —resopló, frotándose contra mí—. Mi padre pasó por aquí antes del combate —se echó hacia atrás solo por un segundo, sus ojos destellando en un dorado brillante—. ¿Adivina quién es el heredero de la manada de nuevo?

—¿¡Qué!? —jadeé, olvidándome realmente de su verga por dos segundos—. ¿En serio? ¿Estás feliz por eso?

—Tiene sus ventajas —asintió.

—¿Qué... hay de mí? Sé que a tu padre no le gustaba que estuviéramos juntos.

—Después de todo lo que pasó —Atlas se encogió de hombros—, se dio cuenta de que quería más a su hijo que aferrarse a tradiciones viejas y obsoletas.

—¡Eso es increíble, Atlas! ¡Estoy tan feliz por ti!

—Yo también —sonrió. Luego su rostro volvió a una expresión de deseo—. ¿Ahora puedo follarte, por favor?

Mordí mi labio inferior, inclinándome para besarlo profundamente, mi lengua deslizándose contra la suya.

—Solo si prometes anudarme.

Gruñó bajo en su pecho.

—Eres un descarado necesitado.

—Culpable.

Los ojos de Atlas destellaron con ese hambre primaria que todavía hacía que mi corazón se acelerara.

—Te daré lo que necesitas —gruñó, su voz áspera por el deseo—. Date la vuelta.

Obedecí, presionando mis palmas contra los fríos azulejos mientras Atlas se movía detrás de mí. Su mano se deslizó por mi columna, luego presionó firmemente entre mis omóplatos, doblándome hacia adelante. A través de nuestro vínculo, sentí su satisfacción al verme posicionado así —esperándolo, deseándolo.

—Mírate —murmuró, su mano libre recorriendo hacia abajo para agarrar mi trasero—. Tan ansioso por recibirlo —su pulgar rozó mi entrada, y no pude evitar el suave gemido que se me escapó—. ¿Ya preparado para mí? Pequeño descarado.

Miré por encima de mi hombro, encontrándome con su mirada dorada.

—Te dije que venía preparado.

Una sonrisa lenta y peligrosa se extendió por su rostro.

—Por supuesto que sí —se inclinó hacia adelante, su pecho presionando contra mi espalda mientras susurraba en mi oído—: Por eso eres mío.

Sus dientes rozaron el punto sensible donde mi cuello se une con mi hombro. Me estremecí, inclinándome hacia la sensación por un momento antes de sentir que el vínculo entre nosotros comenzaba a brillar. Poder Alfa, puro y crudo, llenó mi mente mientras Atlas comenzaba a transformarse. Las manos que sujetaban mi cintura se

agrandaron, garras hundiéndose en mi carne mientras se extendían desde sus dedos. Su voz desapareció, reemplazada por un gruñido profundo que reverberaba a través de todo mi cuerpo. Y su verga, ya grande en forma humana, creció aún más, pulsando caliente y gruesa contra mi trasero.

Atlas me agarró, me dio la vuelta y me levantó del suelo fácilmente. Presionó mi espalda contra la pared, mi cuerpo sostenido en el aire fácilmente por su fuerza de hombre lobo. Envolví mis brazos alrededor de su cuello, mirando fijamente esos brillantes ojos dorados rodeados de pelaje oscuro. Su larga y caliente lengua recorrió mi cuello, haciéndome temblar de placer. Mi propia verga estaba presionada contra su vientre, derramando líquido preseminal en su pelaje.

—Por favor —supliqué, ya frotándome contra él—. Por favor, fóllame, Atlas. Necesito que me preñes.

Gruñó profundamente en su pecho, ya no capaz de hablar en su forma Alfa. Con una mano todavía sosteniéndome en el aire, usó la otra para apuntar su verga, dejando que la gruesa cabeza roja descansara contra mi agujero. Lo sentí pulsando allí, líquido preseminal mezclándose con el lubricante que ya me había aplicado antes del combate. Me había asegurado de dilatarme con anticipación también, por lo que mi cuerpo ya estaba preparado para su enorme grosor.

Me estremecí cuando Atlas presionó dentro de mí, el estiramiento inicial haciéndome jadear a pesar de mi preparación. No importaba cuántas veces hiciéramos esto, nunca estaba realmente preparado para cómo se sentía tomarlo en esta forma —el calor, el tamaño, la energía primaria que pulsaba a través de nuestro vínculo.

—Joder —siseé, mi cabeza cayendo hacia atrás contra los azulejos mientras se envainaba más profundamente—. Atlas...

Su respuesta fue otro gruñido retumbante, sus manos con garras agarrando mis muslos con fuerza mientras me sostenía contra la pared. A través de nuestro vínculo, sentí su placer mezclándose con

el mío —el calor apretado alrededor de su verga, la plenitud estirándome. Mis dedos se enredaron en el pelaje oscuro de su pecho, sosteniéndome mientras comenzaba a moverse.

La primera embestida me quitó el aliento. La segunda hizo que mis dedos se curvaran. Para la tercera, estaba gimiendo sin vergüenza, sin importarme si alguien nos oía.

—Sí —jadeé, mis piernas apretándose alrededor de su cintura—. Dios, sí, justo así.

Los ojos dorados de Atlas ardían con hambre posesiva mientras observaba mi rostro, leyendo cada destello de placer. En esta forma, no podía hablar, pero no lo necesitaba. A través de nuestro vínculo, sentía todo —su deseo, su satisfacción al verme desmoronarme, la necesidad primaria de su lobo de reclamar y marcar.

Cada embestida me empujaba más arriba contra la pared de azulejos, la fría superficie un fuerte contraste con el calor ardiente del cuerpo de Atlas. Su ritmo era implacable, cada poderosa estocada golpeando ese punto perfecto dentro de mí que hacía que estallaran estrellas detrás de mis párpados. Mi verga rebotaba contra mi estómago, goteando líquido preseminal con cada embestida.

—Más fuerte —supliqué, mi voz quebrándose—. Por favor, Atlas, más fuerte.

Él accedió, su gruñido profundizándose mientras ajustaba su agarre en mis muslos, garras pinchando mi piel lo justo para enviar deliciosos escalofríos por mi columna. El nuevo ángulo me hizo ver estrellas, mi cabeza cayendo hacia atrás contra los azulejos con un golpe que apenas registré.

A través de nuestro vínculo, sentí que su control se desvanecía, el lobo tomando el control más completamente. Sus embestidas se volvieron más erráticas, más desesperadas. Sabía lo que venía —podía sentir la base de su verga comenzando a hincharse, el nudo que nos mantendría unidos.

—Sí —jadeé, mis dedos hundiéndose en su pelaje, urgiéndolo—. Dámelo. Quiero tu nudo.

Su gruñido se convirtió en algo más profundo, más primario mientras sus embestidas se volvían más cortas, más urgentes. El vestuario se llenó con los sonidos de nuestra unión —mis gemidos desesperados, sus gruñidos animales, el golpeteo de nuestros cuerpos al unirse. La hinchazón en la base de la verga de Atlas presionaba contra mi entrada, estirándome más con cada embestida.

—Vamos —lo insté, mi voz quebrándose mientras el placer se acumulaba dentro de mí—. Anúdame, Alfa.

Esas palabras desencadenaron algo en él —lo sentí surgir a través de nuestro vínculo, crudo y abrumador. Con un rugido que resonó en los azulejos, Atlas embistió una última vez, su nudo presionando más allá de mi borde y encerrándonos juntos. La presión contra mi próstata era abrumadora, enviando olas de placer que me atravesaban. Me corrí con un grito, sin tocarme, pintando mi estómago y el pelaje de Atlas con gruesas cuerdas de semen.

El cuerpo de Atlas se estremeció contra el mío mientras su propio orgasmo lo golpeaba. Sentí los pulsos calientes de su liberación llenándome, el nudo asegurando que nada se escapara. A través de nuestro vínculo, su placer amplificó el mío, creando un bucle de retroalimentación que me hizo temblar y jadear en sus brazos.

A medida que la intensidad inicial se desvanecía, Atlas ajustó cuidadosamente su agarre, manteniéndonos conectados mientras nos bajaba a ambos hasta el banco. Me acunó en su regazo, su enorme forma de hombre lobo enroscada protectoramente a mi alrededor. La lengua de Atlas lamía suavemente mi cuello, calmando las marcas que sus dientes habían dejado. Me derretí contra su pecho, temblando con réplicas mientras su nudo nos mantenía unidos. A través de nuestro vínculo, sentí su satisfacción, su posesividad, y debajo de todo ello, una ternura que a veces todavía me sorprendía.

Tracé mis dedos a través del oscuro pelaje de su pecho, sintiendo su latido cardíaco gradualmente disminuir bajo mi palma.

—Eso fue... intenso —murmuré, mi voz ronca—. Pero... no creo que podamos quedarnos aquí toda la noche, unidos así.

Él rumió en acuerdo, acariciando con su nariz la parte superior de mi cabeza. Extendiendo una mano, la coloqué en su pecho, usando el vínculo y mi magia para forzar su forma Alfa a retroceder. Sentí el sutil cambio en su energía mientras comenzaba a revertir a su forma humana, el pelaje retrocediendo bajo mis dedos, las garras acortándose a uñas romas. La transformación fue lo suficientemente gradual para que su nudo permaneciera hasta el último momento posible. Pero incluso sin él, era más que suficiente para llenarme hasta el borde.

—Joder —respiró Atlas cuando sus cuerdas vocales volvieron a la normalidad, su voz todavía áspera con vestigios de lobo—. Vas a ser mi muerte.

Me reí suavemente, presionando un beso en su mandíbula ahora humana.

—Pero qué manera de morir.

Sus brazos se apretaron a mi alrededor, sus dedos trazando mis omóplatos y bajando por mi columna con un toque plumoso. No pude evitar temblar ante su toque y la sensación de su cálida semilla goteando fuera de mí y sobre el banco. Todo sobre este momento, sobre mi pareja, y sobre nuestro vínculo como familiar y brujo... era perfecto. Amaba cada momento de esto incluso si significaba enfrentar un mundo de prejuicios. Todo eso valía la pena por estos hermosos momentos con él donde todo se sentía tan correcto en el mundo.

—Te amo, Atlas —susurré, envolviendo mis brazos alrededor de su cuello y apretándolo contra mí.

—Yo también te amo, Caden —respondió—. Y siempre lo haré.

—¿Lo prometes?

Sentí el vínculo entre nosotros aumentar, el afecto desbordándose y llenándome.

—Lo prometo.

ABOUT THE AUTHOR

Blake R. Wolfe



Blake R. Wolfe has adored werewolves and monsters since he was a child growing up in a small rural Michigan town. Now he lives near the shores of Lake Michigan with his two partners, two cats that need to be fed every three seconds, and a dog that is very spoiled. He spends most of his free time hiking through the nearby forest, thinking up the next great romance story for his readers.

Blake writes under three separate Pen Names:

--Blake R. Wolfe -- Gay Paranormal Romance

--Atreus Rosewood -- Gay Contemporary Romance

--Eoghan R. Cunningham -- LGBTQ+ Fantasy

Sign up for Blake's newsletter for exclusive discounts and special editions at www.blakerwolfe.com

Get access to exclusive short stories on Blake’s Patreon!
www.patreon.com/blakerwolfe